

Cuadernos del CIPeCo

CENTRO DE INVESTIGACIONES EN PERIODISMO Y COMUNICACIÓN "HÉCTOR TOTO SCHMUCLER"

EXPERIENCIAS DE INFANCIAS Y PRÁCTICAS DE CUIDADO EN TIEMPOS DE PANDEMIA

IANINA TUÑÓN, JULIANA HUERGO
E ILEANA IBÁÑEZ (COORD.)



EXPERIENCIAS DE INFANCIAS Y PRÁCTICAS DE CUIDADO EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Ianina Tuñón, Juliana Huergo e Ileana Ibáñez (Coord.)

Cuadernos del CIPeCo

Centro de Investigaciones en Periodismo y Comunicación (CIPeCo)
Facultad de Ciencias de la Comunicación
Universidad Nacional de Córdoba

Staff



Dirección general de la revista: Dra. Paula Morales - CIPeCo (FCC-UNC)

Dirección editorial: Dra. María Belén Espoz - IECET (CONICET-UNC)

Equipo Editorial: Dra. Paula Torres - IECET (CONICET-UNC), Lic. Esteban Fernández - IECET (CONICET-UNC)

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercialCompartirIgual 4.0 Internacional.



ISBN 978-950-33-1630-6



COMITÉ DE REFERATO

Marcela Fabiana González

Universidad Torcuato Di Tella, Argentina.

María Lis del Campo

Escuela de Nutrición, FCM, UNC

Mariana Butinof

Escuela de Nutrición, FCM, UNC

Julieta Lavin Fueyo

IPEHCS-CONICET, UNCo – FCTA, UNCo

Paola Bonavitta

Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH, UNC)

Florencia María Páez

Universidad Provincial de Córdoba

María Eugenia Boito

Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC, UNC) – IECET CONICET-UNC

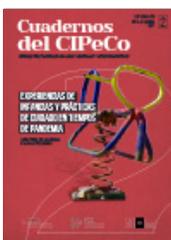
ÍNDICE

Dossier: “Experiencias de infancias y prácticas de cuidado en tiempos de pandemia”

Introducción Ileana Ibáñez	p. 5
Inseguridad alimentaria, hábitos alimenticios y comensalidad en comedores infantiles de Tucumán y Santiago del Estero, antes y durante la pandemia por COVID-19 Fernando Longhi, Romina Cordero, Daniel Ise, Juan Lucas Maldonado y Adrián Luna	p. 11
La alimentación de infancias vulnerables de Mendoza en tiempo de pandemia Cecilia Molina, Eliana Lazzaro, Javier Ontivero, Gabriela Escudero, Gerardo Weisstaub, Claudia García y Laura de Rosas	p. 40
Llenar el plato en tiempos de COVID (Patagonia Argentina, 2021) Delia Ana Nin, Anabella Salomone, Ana Soledad Inestal, María Luz Franco, Yesica Arzamendia y Aylén Giraudo	p. 71
Coreografías del cuidado en barrios socio-segregados de la ciudad de Córdoba: familias y organizaciones comunitarias Florencia Bainotti y María Valeria Busleimán	p. 91
“Ahora viene toda la familia al comedor”. Transformaciones de comensalidad infantil antes y durante la pandemia María Julia Angeli y Juliana Huergo	p. 113
Entre dispositivos, espacios e instituciones. La actividad física infantil en hogares populares durante la pandemia Nicolás Aliano, Ana Pilar Pi Puig, María Eugenia Rausky y Javier A. Santos	p. 141
Salud adolescente en contextos de vulnerabilidad social durante el ASPO – COVID-19 Ianina Tuñón, Nazarena Bauso y Valentina Passone	p. 170
Sueños de niños, niñas y adolescentes durante el ASPO. Incertidumbre, angustia por el aislamiento y violencia de género Leandro Drivet, Mariana López, María Laura Schaufler y Juan Pablo Hetzer	p. 194

Reseñas

Comunicarnos con los muertos más allá del trabajo del duelo Pablo Sánchez Ceci	p. 213
Nuevos territorios para (re)pensar las prácticas de enseñanza/aprendizaje en tiempos de pandemia Constanza Fariña Hernández	p. 221



Vol. 1, Nº 2. Dossier:
Experiencias de infancias y prácticas de cuidado en tiempos de pandemia

Introducción

HILOS Y TRAMAS COLECTIVAS EN TIEMPOS DE PANDEMIA: EXPERIENCIAS DE NIÑOS, NIÑAS Y PRÁCTICAS DE CUIDADO

Ileana Desirée Ibáñez

El presente dossier materializa el trabajo realizado en el marco de la investigación PISAC 2020-009 “Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas”, desarrollado desde distintas universidades organizadas en nueve nodos regionales¹ y dirigido por la Dra. Ianina Tuñón. Esta pesquisa de alcance nacional e interinstitucional tuvo como principal interés la indagación acerca de las experiencias de niños, niñas y adolescentes durante la pandemia por COVID 19, a partir de las medidas definidas por el poder ejecutivo nacional en tiempos del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) y el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO). La relevancia y magnitud del trabajo realizado se corresponde con la planificación emergente después de interesantes procesos de intercambio y discusión desde las diversas disciplinas que confluyen en los equipos participantes en la investigación.

En este sentido, los debates dieron cuenta de la complejidad y multiplicidad de dimensiones pertinentes y necesarias de abordar a la hora de proponer una estrategia metodológica. Finalmente, el proyecto se estructuró en dos etapas, una cualitativa y otra cuantitativa, que garantizaron una mirada integral de las problemáticas que dinamizaba la pandemia, aunque las condiciones fluctuantes del tiempo de incertidumbre pandémico hicieron que muchas definiciones fueran transformadas y repensadas sobre la marcha. Para ello, en una primera etapa se realizaron a) entrevistas a familias, cuidadoras/es, profesores/as de educación física y representantes de organizaciones sociales; b) observaciones en espacios públicos; c) talleres –virtuales y presenciales- con niños/as y adolescentes. En la segunda etapa, se realizó un abordaje cuantitativo a partir de una

¹ Universidad Nacional de Córdoba, Universidad Nacional de la Matanza, Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Flores, Universidad de Entre Ríos, Universidad Nacional de Cuyo, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Universidad Católica Argentina, SOLIDAGRO.

encuesta a nivel nacional que permitía el reconocimiento de las formas de reconfiguración de las rutinas en relación a las instituciones y organizaciones sociales, y el impacto de políticas sociales específicas, como la Tarjeta Alimentar y el Ingreso Familiar de Emergencia.

En esta compilación se exponen, a lo largo de distintos escritos, aspectos y reflexiones metodológicas, así también como líneas analíticas sobre los resultados obtenidos en relación a la vivencia de estos grupos etarios. El primero de los textos, titulado “Inseguridad alimentaria, hábitos alimenticios y comensalidad en comedores infantiles de Tucumán y Santiago del Estero, antes y durante la pandemia por COVID-19”, presenta las particularidades de la experiencia en comedores desde una propuesta analítica que cruza datos cuantitativos y cualitativos de los hábitos alimenticios según niveles de inseguridad alimentaria. El estudio realizado por Fernando Longhi, Romina Cordero, Daniel Ise, Juan Lucas Maldonado y Adrián Luna da cuenta de estas dimensiones en dos de las provincias más pobres del país, señalando la importancia y el rol vital de las organizaciones territoriales durante la pandemia. En tal sentido, y si bien estas instituciones tuvieron que transformar sus prácticas drásticamente ante las restricciones y la mayor demanda alimentaria en el comedor, su intervención fue fundamental para la sostenibilidad de la vida y los lazos de sociabilidad en los territorios. Sin embargo, un dato preocupante que arroja el estudio en términos de salud es el aumento de la obesidad infantil por las dietas brindadas priorizando el rendimiento y el alcance a una mayor cantidad de comensales.

En esa línea, el segundo artículo, “La alimentación de infancias vulnerables de Mendoza en tiempo de pandemia”, es presentado por Cecilia Molina, Eliana Lazzaro, Javier Ontivero, Gabriela Escudero, Gerardo Weisstaub, Claudia García y Laura de Rosas, quienes abordan desde una perspectiva cualitativa la crudeza de la experiencia alimentaria ante la profundización de las privaciones. Las y los autores señalan cómo ante la carencia y la falta, los adultos priorizan el cuidado y la alimentación de niños y niñas en detrimento de su propio cuerpo y capacidades energéticas. El trabajo describe distintas características que fueron adquiriendo las prácticas alimentarias y las particulares formas del lazo social e intergeneracional en tiempos de pandemia. El siguiente texto, titulado “Llenar el plato en tiempos COVID (Patagonia Argentina, 2021)”, avanza sobre la experiencia de madres y cuidadoras y las estrategias y repertorios ya conocidos y transitados en tiempos anteriores de crisis y privación alimentaria. Las autoras Delia Ana Nin, Anabella Salomone, Ana Soledad Inestal, María Luz Franco, Yesica Arzamendia y Ayelén Giraudo, destacan desde una perspectiva interdisciplinaria el papel fundamental de la memoria social, que se actualiza en pandemia.

El cuarto y quinto artículo, en tanto, confluyen en una lectura transversal de la reconfiguración de las prácticas de cuidado ante el cierre de las instituciones, públicas, privadas y de la sociedad civil, con un impacto directo en sectores sociosegregados, en

particular en Córdoba Capital. Por un lado, Florencia Bainotti y María Valeria Busleimán en “Coreografías del cuidado en barrios socio-segregados de la ciudad de Córdoba: familias y organizaciones comunitarias”, dan cuenta a partir de datos cualitativos acerca de cómo las familias y organizaciones sociales tuvieron la responsabilidad, la necesidad y el compromiso de reconfigurar sus prácticas. Como estrategia argumentativa las autoras proponen la metáfora de las “coreografías del cuidado”, es decir, parten de considerar el cuerpo individual y colectivo puesto en acción para el cuidado de niños, niñas y de la comunidad toda. El texto permite visualizar la multidimensionalidad de estas prácticas: movimientos, subjetividades y emociones; amores, aventuras, sensaciones, tristezas y alegrías. Emerge, en el análisis de la vida cotidiana, el cuerpo con diferentes tiempos y ritmos localizados en espacios materiales y espacios simbólicos, como una danza que en la pandemia tuvo rasgos diferentes ante problemáticas acuciantes y profundas como el hambre. Allí la danza y el movimiento se volvieron colaborativos y fueron organizados para procurar hacer frente a estas demandas y necesidades. Por su parte, María Julia Angeli y Juliana Huergo en su artículo “‘Ahora viene toda la familia al comedor’. Transformaciones de comensalidad infantil antes y durante la pandemia”, dan cuenta de la continuidad y profundización de condiciones estructurales previas en materia alimentaria. Particularmente, cómo las políticas públicas provinciales desde hace más de 30 años tendieron a afianzar las formas de comer institucionalizadas (comedores escolares en todo el sistema educativo y de primera infancia); políticas que si bien garantizan la sostenibilidad de la vida, en palabras de las autoras han “despojado a las familias de la potencia de la acción para alimentarse autónomamente: decidir el qué, cuándo, con quiénes, dónde, cómo de su práctica de comensalidad. En esta trama se configuran sabores y saberes alimentarios que se graban a fuego en la infancia como matriz significativa de las relaciones con el mundo inmediato” (p. 136). En este sentido, las condiciones planteadas por la política del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio eran imposibles de ser asumidas en hogares sin accesibilidad alimentaria ni recursos materiales (insumos, utensilios, aparatos de cocina). El texto muestra la crudeza de esta larga historia de asistencia y dependencia, pero también a mujeres protagonistas que confluyen amorosa y solidariamente en la tarea del cuidado colectivo del territorio y de las redes vinculares barriales.

Seguidamente, el trabajo realizado por Nicolás Aliano, Ana Pilar Pi Puig, María Eugenia Rausky y Javier Santos –de carácter cualitativo y situado en La Plata y Gran La Plata-, nos acerca a las particulares prácticas de niños y niñas en relación al cuerpo y la actividad física en tiempos de pandemia. El texto se titula “Entre dispositivos, espacios e instituciones. La actividad física infantil en hogares populares durante la pandemia”, y aborda algunas de las reconfiguraciones a partir del ASPO. Entre ellas: cierres institucionales (educativos, deportivos, territoriales) y las consecuentes transformaciones en las prácticas deportivas, las actividades recreativas con pares y en las formas de



socialización. La propuesta expone claramente la relevancia de hacer foco en la actividad física, de vital importancia en el bienestar de niños y niñas, en el cuerpo y la salud.

Por su parte, el texto de Ianina Tuñón, Nazarena Bauso y Valentina Passone, permite reconocer algunas características del impacto en la salud a través de una aproximación de tipo cualitativa que permite reconstruir la perspectiva de adolescentes y sus madres. El trabajo, titulado “Salud adolescente en contextos de vulnerabilidad social durante el ASPO – COVID-19”, indaga en torno a los efectos negativos de la pandemia por las privaciones sociales en las formas de relación con otros y su impacto en las configuraciones subjetivas y autoestima. Así, el artículo analiza algunos de los efectos de la pandemia en la constitución subjetiva, entre ellos: sentimientos negativos, malestar psicológico asociado al encierro, autopercepción de cambios en el peso corporal, merma de la actividad física e incremento del comportamiento sedentario frente a pantallas, así también como la pérdida de la centralidad del grupo de pares en los procesos de socialización. En tal sentido, un punto distintivo que señalan las autoras para profundizar en futuras indagaciones, es que algunos de estos indicadores expresan diferencias de género regresivas para las mujeres.

Posteriormente, el equipo de Leandro Drivet, Mariana López, María Laura Schaufler y Juan Pablo Hetzer propone un acercamiento innovador y la revalorización metodológica y epistemológica de la interpretación de los sueños. Se trata de un más allá –o un más acá– del relato biográfico desde su dimensión social y cultural, otorgando centralidad a un modo de escucha e interpretación, pero también de producción de datos. Bajo esta perspectiva, en el artículo “Sueños de niños, niñas y adolescentes durante el ASPO. Incertidumbre, angustia por el aislamiento y violencia de género”, cobran relevancia aquellos sentidos y modos específicos que tienen estos sujetos para entender el mundo a partir de expresar y resignificar “angustias, deseos, enigmas e interrogantes provenientes del mundo adulto” (p. 209). A partir de un corpus de 82 dibujos, el trabajo aborda tres líneas de lectura desde una selección intencional. La propuesta interpela desde lo sensorial de la experiencia onírica y devuelve la mirada a todo aquello que desde lo social performa la experiencia infantil y adolescente. Se trata de un aporte sustancial para repensar metodologías y formas interpretativas.

Por último, las reseñas seleccionadas abordan vivencias sociales de la pandemia. La primera, escrita por Pablo Sánchez Ceci, da cuenta de una obra de Vinciane Despret (2021) titulada “A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan”. Sánchez Ceci presenta este texto de la filósofa francesa que invita a una reflexión profunda sobre el duelo que interpela la experiencia vital y trascendental que nos atravesó/atraviesa como sociedad, como es la muerte. En tanto, la segunda reseña –escrita por Constanza Fariña Hernández– analiza/ expone el impacto de la pandemia en las prácticas pedagógicas. El libro “Aprendizajes y prácticas educativas en las actuales condiciones de época: COVID-19” compilado por Lucía Beltramino (2020), es un material realizado en medio del



escenario de cambios e incertidumbres que desató la pandemia, y recoge experiencias y voces docentes de diferentes puntos del país, así también como de distintos niveles del sistema educativo.

Retomando el desarrollo central de este dossier, el estudio Pisac abordó las transformaciones en las prácticas cotidianas, pero también los sentidos y las emociones de niños, niñas y adolescentes en relación a la pandemia, la ciudad, el espacio público y las formas de sociabilidad en un contexto tan disruptivo. Asimismo, se analiza el impacto de las reconfiguraciones institucionales –como la escuela y los comedores- en el marco de las experiencias familiares; la centralidad de las organizaciones sociales y los vínculos comunitarios; las políticas alimentarias y sanitarias –como el Programa Tarjeta Alimentar y las campañas de vacunación- implementadas por el Estado y su impacto en el cotidiano barrial. Es por eso que consideramos que este material es un aporte significativo para (re)conocer las resonancias de un acontecimiento que implicó una reconfiguración radical del tiempo, pérdidas materiales y afectivas, aislamiento, distanciamiento social y profundas transformaciones de la vida cotidiana. Sin ir más lejos, este escenario aún nos interpela y, claramente, tiene consecuencias diferenciales y desiguales en relación a la posición de los sujetos en la estructura social.



DOSSIER

Experiencias de infancias y prácticas de cuidado en tiempos de pandemia



Inseguridad alimentaria, hábitos alimenticios y comensalidad en comedores infantiles de Tucumán y Santiago del Estero, antes y durante la pandemia por COVID-19

Fernando Longhi
UNSE y CONICET-UNT

Juan Lucas Maldonado
UNSE

Romina Cordero
FHCSyS-UNSE y UNT

Adrián Luna
UNSE

Daniel Ise
UNSE

Resumen

En el marco de un proyecto de investigación PISAC-COVID¹, se indagó sobre las características de la oferta alimentaria extra-familiar durante la pandemia, identificando hábitos alimenticios y características de la comensalidad según niveles de inseguridad alimentaria en comedores infantiles de dos de las provincias más pobres de Argentina: Tucumán y Santiago del Estero.

Entendemos que la situación actual de nuestro país respecto a su seguridad alimentaria es controversial, en tanto es reconocido como proveedor de alimentos (otrora denominado "granero del mundo"), mientras simultáneamente presenta niveles elevados de pobreza e indigencia que condicionarían la seguridad alimentaria de su población. Dicha situación se produce porque, si bien la producción es suficiente, no está garantizada la equidad. Los factores condicionantes se definirían en un orden macro social, relacionado con el comportamiento económico global y las políticas monetarias; como también en el orden micro

¹ Este trabajo ha sido financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, en el marco de la convocatoria PISAC-Agencia La sociedad argentina en la postpandemia con el proyecto "Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas" bajo la dirección de la Dra. Ianina Tuñón, PISAC-COVID-19, 0009.

social. Asimismo, la consolidación de una red de comedores y merenderos comunitarios habría sido clave para atenuar dicha problemática en un contexto crítico, tanto en relación a aspectos epidemiológicos como socioeconómicos.

La aparición y desarrollo de la pandemia por COVID-19, junto a las medidas políticas implementadas para su tratamiento, habrían incidido sobre las características de estas instituciones, generando rupturas y continuidades. Esta ponencia pretende aportar conocimiento al respecto, indagando sobre hábitos alimenticios y comensalidad en estos espacios de alimentación infantil, relacionándolo con los niveles territoriales de inseguridad alimentaria.

Palabras claves: hábitos alimenticios, comensalidad, inseguridad alimentaria, COVID-19

Abstract

In the framework of a PISAC-COVID research project, the characteristics of the extra-family food supply during the pandemic were investigated, identifying eating habits and characteristics of commensality according to levels of food insecurity in children's kitchens in two of the poorest provinces of Argentina: Tucumán and Santiago del Estero.

We consider that the current situation in our country regarding its food security is controversial, as it is recognized as a food supplier (formerly known as the "granary of the world") but simultaneously presents high levels of poverty and indigence that would condition the food security of its population. This situation occurs because, although production is sufficient, equity is not guaranteed. The conditioning factors would be defined in a macro-social order, related to global economic behavior and monetary policies; as well as in the micro social order. Likewise, the consolidation of a network of community canteens and picnic areas would have been key to mitigating this problem in a critical context, both epidemiological and socioeconomic aspects.

The appearance and development of the COVID-19 pandemic, together with the political measures implemented for its treatment, would have affected the characteristics of dining rooms and social picnic areas, generating ruptures and continuities. This presentation aims to provide knowledge in this regard, inquiring about eating habits and commensality in these infant feeding spaces, relating it to the territorial levels of food insecurity.

Keywords: eating habits, commensality, food insecurity, COVID-19

Introducción

Es ampliamente conocida la situación de Argentina respecto a su seguridad alimentaria y sus problemáticas nutricionales, principalmente durante la niñez (Ministerio de Salud, 2007; Tuñón et al., 2012, Longhi et al., 2018; Ortale y Santos, 2020a). Las investigaciones realizadas han brindado sólidas evidencias respecto al carácter controversial entre población y recursos, en tanto el país es reconocido como proveedor de alimentos (otrora

denominado “granero del mundo”) pero simultáneamente presenta niveles elevados de pobreza e indigencia que condicionan la seguridad alimentaria de su población, lo que se expresa en las elevadas prevalencias que alcanza la malnutrición infantil. Los factores condicionantes se definirían tanto en un orden macro social, relacionado con el comportamiento económico global y las políticas monetarias; como también en el orden micro social.

En este contexto estructural, la pandemia por COVID-19 ha profundizado los niveles de pobreza y las desigualdades existentes, componentes que a su vez habrían incidido en el acceso a los alimentos comprometiendo así la seguridad alimentaria, principalmente en la infancia. Es frente a las crisis prolongadas, producidas, entre otras cosas, por la destrucción sostenida de los puestos de trabajo y la informalidad del empleo como única opción histórica para un importante sector de la población, que se vuelve indispensable la presencia de las redes de ayuda mutua. Estas son el resultado del afianzamiento de los lazos comunitarios y su basamento lo constituyen las relaciones de amor y confianza (Aguirre, 2004). Son espacios en los que confluyen los recursos materiales y la acción protectora de los lazos afectivos que se desarrollan entre parientes, amigos y vecinos. Sin embargo, poco se conoce sobre el protagonismo que habrían tenido instituciones extra-familiares –como comedores y merenderos sociales-, o si estos integran redes para el afrontamiento de dichas problemáticas.

Las provincias del norte argentino, particularmente, se insertan en un territorio donde distintas evidencias han demostrado la persistencia de la pobreza y de los problemas nutricionales, entre los que se incluye la inseguridad alimentaria. Tucumán, particularmente, adquirió el calificativo de “Cuna de la desnutrición infantil” en los medios periodísticos luego de la crisis acaecida en 2002/03 (Demonte, 2011; Longhi et al., 2018, Tuñón y Salvia, 2013; Ortale y Santos, 2020a). Asimismo, el panorama nutricional en Santiago del Estero no es lejano a la condición definida en Tucumán (Longhi et al., 2020). Constituyen, por tanto, adecuados casos para analizar la problemática considerando cambios y continuidades ante la irrupción de la pandemia.

A partir de un enfoque cuantitativo y cualitativo, en este trabajo se puso la mirada sobre una selección de comedores comunitarios escogidos por su ubicación en contextos de inseguridad alimentaria y pobreza, y se pretendió arribar a las principales características de dichas instituciones. Se indagaron principalmente atributos como hábitos alimentarios y comensalidad, así como problemáticas emergentes, continuidades y rupturas en el contexto de la pandemia actual. Con este abordaje se buscó aportar conocimiento al respecto, indagando sobre el papel que desempeñan (y desempeñaron) estas instituciones como atenuadoras de la inseguridad alimentaria familiar y procurando caracterizar su perfil, su función y su dinámica en el contexto de la crisis actual.

A continuación se presenta una discusión sobre las relaciones entre los conceptos de seguridad alimentaria y pobreza, indagando sobre el surgimiento y consolidación de comedores sociales/comunitarios como instituciones atenuadoras de la inseguridad alimentaria vivida en contextos de pobreza. Seguidamente se desarrollan los principales métodos –y sus fuentes asociadas- que permiten indagar sobre la inseguridad alimentaria en el contexto nacional y regional. Luego se discuten los resultados obtenidos, tanto desde un enfoque cuantitativo como cualitativo, para terminar con las conclusiones donde se reflexiona sobre el aporte que este trabajo realiza y su posible contribución para el desarrollo de políticas públicas.

La seguridad alimentaria y sus vínculos con la pobreza

La seguridad alimentaria ha sido incluida como objetivo en la Agenda 2030 de la ONU para el Desarrollo Sostenible y constituye una condición para el logro del derecho a la alimentación. En tal sentido, es ampliamente reconocido que el acceso a la alimentación suficiente en cantidad y calidad –y de manera socialmente aceptable- constituye un derecho básico para garantizar no solo el sostenimiento de la vida, sino una vida saludable. Sin embargo, la disponibilidad y el acceso a los alimentos no serían condiciones suficientes para garantizar la seguridad alimentaria, sino también su utilización efectiva, entendida como la eficiencia del proceso nutricional en términos del estado nutricional (FAO, 2000; Aguirre, 2004). Esta condición afecta de manera especial a la niñez, ya que el niño que no logra satisfacer sus necesidades nutricionales en los primeros años de vida, a menudo, ve afectado su crecimiento, su desarrollo madurativo y cognitivo, el rendimiento escolar y los procesos de integración social. En este contexto, la inseguridad alimentaria, que en sí misma representa una necesidad no satisfecha, vulnera a la vez el ejercicio de otros derechos, como educarse, jugar y participar de la vida cultural, entre otros (Tuñón et al., 2012).

Asimismo, es reconocida la relación existente entre inseguridad alimentaria y malnutrición infantil (Bergel et al., 2017; Van Gameren y Urbina Hinojosa, 2018; Luna Montaña, 2020). Existe claramente una relación directa entre ambos procesos: donde la inseguridad alimentaria es mayor, los problemas nutricionales infantiles –expresados como desnutrición, sobrepeso u obesidad- aumentan. Los determinantes de esta problemática se hallan tanto a nivel individual (características de consumo y hábitos saludables), a nivel del hogar (nivel de ingresos, hacinamiento, deposición de excretas, clima educativo), como a nivel macro relacionados con los niveles de desigualdad y las políticas socio-sanitarias (Álvarez, 2012; Barrera-Dussan et al., 2018; Longhi et al., 2018).

Esta relación discurre de modo más profundo, acuciado y problemático en contextos de pobreza con acceso limitado a los sistemas de salud y saneamiento. Así, la pobreza,

entendida como una medida multidimensional de carencia que compromete la seguridad alimentaria, resulta un importante condicionante del estado nutricional infantil (León et al., 2004; Bolzán y Mercer, 2009). Al respecto, cabe destacar también la estrecha relación que existe entre pobreza extrema por ingresos e inseguridad alimentaria (Salvia, 2010; Tuñón, 2011; Fisbein y Giovagnoli, 2004).

Para identificar la pobreza los estudios fijan habitualmente la atención en las privaciones severas de bienes y servicios que una parte variable de la población sufre debido a sus magros ingresos (Ferullo, 2009). No obstante, plantea Sen (1997) que confiar exclusivamente en la pobreza en términos de ingreso puede esconder aspectos cruciales de la privación económica. De este modo, el concepto de pobreza se encuentra atravesado por tres matices diferentes que exponen las múltiples dimensiones mencionadas: la idea de carencia de recursos, bienes y servicios; la idea de insatisfacción de aquellas necesidades que una sociedad o grupo social satisfacen en su globalidad; y la idea de marginalidad o exclusión de aquellos recursos, bienes y servicios que puedan ser compartidos en una sociedad. En estos contextos de privaciones, la inseguridad alimentaria crece, se desarrolla y, en muchos casos, se consolida.

Investigaciones recientes han identificado que los factores asociados a la presencia de inseguridad alimentaria en los hogares pueden ser exógenos y/o endógenos. Entre los factores considerados exógenos, es decir, aquellos que el hogar no puede controlar o influenciar directamente, se consideran los sistemas y estructuras ecológicas, económicas y socioculturales del país, región o comunidad, que forman la base contextual. Allí los factores sociales y de comportamiento se interrelacionan para determinar los patrones de consumo de alimentos y el nivel de seguridad alimentaria del hogar (Dehollain, 1995). Este complejo marco opera como condicionante de las características específicas del hogar y sus integrantes (variables endógenas) y determinará decisiones y comportamientos relacionados con la alimentación. Aspectos tales como el nivel socioeconómico, la composición y tipo de hogar, la presencia y cantidad de menores de edad, así como también aspectos relacionados con la educación materna y ocupación de la persona de referencia del hogar, son algunos de los condicionantes más ampliamente reseñados (Fiszbein y Giovagnoli, 2004; Bolzán y Mercer, 2009; Tuñón et al., 2012; Couceiro et al., 2015; Rosso et al., 2015; Bonfiglio et al., 2020; Cordero y Cesani, 2021).

En contextos territoriales de pobreza e inseguridad alimentaria, la contribución que comedores y merenderos sociales y comunitarios han realizado como variables a considerar en la seguridad alimentaria del hogar podrían ser importantes. Se desarrolla a continuación un breve apartado sobre estas instituciones de oferta alimentaria extra-familiar para luego desarrollar sus características en el contexto territorial de referencia.

Comedores infantiles en Argentina y comensalidad

Diversas experiencias internacionales han sostenido como políticas alimentarias la presencia y conservación de comedores sociales y/o comunitarios. Si bien se proponían combatir el hambre y la inseguridad alimentaria, algunos resultados evidenciarían –como en el caso mexicano- estar supeditados a la conformación de estructuras de poder, en muchos casos bajo un sistema de clientelismo político (Casas Patiño, et al., 2021).

Si bien los comedores fueron concebidos en sus inicios como acciones transitorias, los mismos lograron consolidarse territorialmente a partir de los apoyos recibidos del Estado (Ierullo, 2013). En el caso particular argentino, el surgimiento de comedores comunitarios en barrios pobres forma parte de un conjunto de acciones de asistencia alimentaria junto con la incorporación, de manera heterogénea y fluctuante, de las organizaciones de la sociedad civil en la implementación y ejecución de programas y políticas sociales (Santarsiero, 2013). Estas iniciativas se han ido configurando como una respuesta orientada a la satisfacción de necesidades alimentarias en el contexto de la asistencia social estatal. De esta manera, este autor identifica en los comedores aspectos de una triple dimensión. Por un lado, destaca aspectos políticos (dado que evidencia un espacio para la politicidad barrial vinculado con la política social territorializada); sociales (porque refiere a lazos de solidaridad y de interacción cotidiana en el espacio comunitario surgidos en las prestaciones y acciones de los comedores) y alimentaria (porque procuran brindar alimentos y recursos en la cotidianeidad del espacio barrial).

Un punto de anclaje para definir la presencia de comedores comunitarios en Argentina refiere a la crisis hiperinflacionaria de 1989. Ante el deterioro de los ingresos de importantes segmentos de la sociedad, surgieron –en algunas áreas geográficas con alta presencia de sectores pobres- acciones precarias y espontáneas, autogeneradas por los vecinos y, en algunos casos, con la participación de ONGs. Tomaron el nombre de “ollas populares” o “comedores comunitarios”, con el objeto de contener los apremios alimentarios más urgentes, aunque con una cobertura y una capacidad de ofrecer alimentos muy limitada (Sordini, 2014). Estas tendencias se habrían consolidado durante los años noventa como consecuencia de los procesos de pauperización, incrementándose la presencia estatal y articulación con organizaciones sociales luego de la crisis de los años 2001/02. La pandemia por COVID-19 –con sus conocidos impactos en términos de empobrecimiento precarización y debilitamiento de las economías-, habría incrementado la demanda alimentaria sobre estas instituciones, además de modificar la dinámica y forma de la respuesta a esa demanda, y de sumar a otros sujetos en dicha demanda.

En este contexto, la comensalidad, entendida no solo por la cantidad y calidad de los alimentos, sino como la forma específica que adopta el comer (Aguirre, 2010), se habría transformado también. Menciona la autora que los niños que asisten a comedores sociales

desconocerían la comensalidad familiar. Es decir, entiende a tal asunto como un proceso que supera la mera distribución de alimentos, incorporando también dimensiones relacionadas con la enseñanza de valores, la transmisión de vínculos, la socialización, entre otros. En la proliferación de la asistencia alimentaria extrafamiliar se perderían todas estas posibilidades. Asimismo, Aguirre sostiene que en los comedores sociales se intensifica la noción de una alimentación orientada a mantener un cuerpo fuerte para lo cual se eligen aquellos alimentos que reflejan esta fortaleza. En Argentina se denominan alimentos rendidores: para cumplir esta condición deben ser al mismo tiempo gustosos –tales como los azúcares-, baratos –como los hidratos de carbono- y dar sensación de saciedad –como las grasas-; y su comensalidad es colectiva, es decir, se cocina y consume en grupo (guisos y sopas) todo lo que se pueda, porque –según la autora- “hay que disfrutar de la comida cuando hay, ya que no se sabe que penas traerá el mañana” (Aguirre, 2016, p. 120). Este proceso se articula sustancialmente con el marcado crecimiento de la obesidad, principalmente infantil, y de su mayor incremento en sectores pobres de la población.

Los conceptos aquí abordados pretenden ser profundizados mediante entrevistas indagando sobre distintas estrategias, tendencias y particularidades que adquirirían en territorios de inseguridad alimentaria en el contexto pandémico actual.

Métodos y fuentes en la medición de la inseguridad alimentaria

Nuestra propuesta abarca dos instancias: la primera, con un enfoque cuantitativo, analiza la inseguridad alimentaria en el Noroeste Argentino considerando las dos únicas fuentes disponibles para tal análisis: las bases de la Encuesta de la Deuda Social Argentina (EDSA) serie bicentenario (2010-2016), y las bases del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) realizada entre 2014 y 2015. Con ambas se obtuvo una mirada sobre la inseguridad alimentaria en la región en el momento previo a la irrupción de la pandemia.

- A) La EDSA, dependiente del Observatorio de la Deuda Social Argentina, ha elaborado indicadores de inseguridad alimentaria desde el año 2010. Estos permiten una aproximación al fenómeno de la inseguridad alimentaria en la infancia que, en su expresión más severa, considera la percepción de “hambre” entre los niños/as entre 0 y 17 años². Desde el 2010, la EDSA mide la inseguridad alimentaria

² Distintas aproximaciones previas han servido de antecedentes para la definición de esta escala de medición, entre ellos se destaca el aporte del gobierno de los Estados Unidos, a través del Departamento de Agricultura, que desarrolló la escala HFSSM (The Household Food Security Survey Module). Tras esta escala se desarrollaron otras como la Caribeña de Seguridad Alimentaria (ELCSA) y la más reciente Escala de Experiencias de Inseguridad Alimentaria (FIES, Food Insecurity Experience Scale) que fue traducida a casi

a través de un índice que computa la cantidad de respuestas afirmativas de una escala de seis preguntas que refieren a aspectos subjetivos y objetivos de los “últimos 12 meses” (tal como se recomienda en la literatura a fin de evitar la influencia de los efectos estacionales). Luego, precisa la seguridad alimentaria del hogar en un rango que va desde una situación de seguridad alimentaria grave o severa a la seguridad alimentaria (Tuñón et al., 2012; Tuñón y Poy, 2018). Asimismo, utilizando esta base de datos y las bases del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010 fue posible establecer el indicador de “riesgo de inseguridad alimentaria” que, operando sobre un análisis factorial, pudo clasificar en diferentes categorías cada radio censal del país (Márquez y Salvia, 2019). La obtención de los coeficientes que mejor predicen la inseguridad alimentaria fue realizada a partir de la estimación de diversos modelos de regresión. Dado que la variable dependiente a explicar es la existencia de inseguridad alimentaria severa, y la misma tiene un carácter dicotómico, se utilizaron modelos de regresión logística binaria (Márquez, 2017).

- B) La Encuesta Nacional sobre Estructura Social (ENES) llevada adelante por el programa PISAC, tuvo alcance urbano nacional y sus dominios de estimación fueron ocho regiones. Se realizó entre 2014 y 2015 y estuvo centrada en las dimensiones estructurales de la heterogeneidad social. Sus ejes de indagación fueron, por un lado, la estructura de clases, estratificación y movilidad social y, por otro, las condiciones de vida de los hogares (Maceira, 2015). Este relevamiento incorporó una aproximación a la inseguridad alimentaria, que siguió sugerencias conceptuales y metodológicas realizadas por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). La unidad de análisis de esta subdimensión es el hogar (posibilitando un análisis discriminado para los menores presentes en el hogar, a partir de distintas unidades de observación). El cuestionario incluye preguntas que refieren a situaciones de insuficiencia alimentaria por causas económicas percibidas por los hogares durante los tres meses previos al relevamiento. Con ello, se orientan a medir la reducción involuntaria de la porción de comida o la supresión de alguna comida durante el período de referencia y la percepción de experiencias de hambre (Ortale y Santos, 2020b)³.

200 idiomas y se ha incluido en la Encuesta Mundial de Gallup, a través de una escala de ocho ítems (Tuñón y Lamármora, 2019).

³ Las preguntas incluidas en el relevamiento para percibir inseguridad alimentaria fueron: a) Durante los últimos tres meses, ¿usted u otros adultos en su casa comieron menos o dejaron de comer en el desayuno, en el almuerzo o en la cena porque no tuvieron recursos para obtener más?; b) Durante los últimos tres meses, ¿tuvo usted hambre pero no comió porque no tuvieron recursos para obtener la comida necesaria?; c) Durante los últimos tres meses, ¿dejó usted u otros adultos en su casa de comer por todo un día porque no tuvieron recursos para obtener comida?; y en el caso de hogares con menores de 14 años se indagó también d) Durante los últimos tres meses, ¿le sirvió menos comida a los niños/as en el desayuno, almuerzo o cena porque

A partir de estas preguntas, se elaboraron tres indicadores sintéticos que dan cuenta de la intensidad con que se presenta la inseguridad alimentaria, destacando el caso de los hogares de adultos de aquellos que incluyen población infantil: a) Inseguridad Alimentaria leve: presencia de alguno de los tres indicadores, b) Inseguridad Alimentaria moderada: presencia de dos de los tres indicadores y c) Inseguridad Alimentaria grave: presencia de los tres indicadores.

La segunda instancia incluye la aplicación de métodos cualitativos, en particular, se usa la entrevista en profundidad a referentes comunitarios encargados de la gestión de comedores y/o merenderos sociales en contextos de pobreza. Busca así analizar las dimensiones extra-familiares de la inseguridad alimentaria. El contacto con estos referentes se inició a principios de 2020 en el marco de la identificación y geolocalización de estas instituciones facilitando la posibilidad de realización de entrevistas en profundidad en un contexto virtual.

De esta manera, la propuesta se halla enmarcada dentro de una aproximación multi-método (cuantitativa y cualitativa), buscando una complementación de estrategias y técnicas que nos permitan arribar a un mejor entendimiento del problema. Se espera que la multiplicidad de dimensiones consideradas y la triangulación de técnicas metodológicas permitan arribar a una explicación de las manifestaciones de la inseguridad alimentaria y la presencia de comedores infantiles en territorios de pobreza como atenuadores de dicha condición en dos provincias definidas a su vez por la pobreza. Si bien la atención en este trabajo está centrada en la niñez, es reconocido que muchos comedores –otrora infantiles– ampliaron la asistencia a los adultos mayores incluyendo en muchos casos a la familia completa.

Cabe destacar que se utilizó como estrategia de recolección de datos la entrevista semiestructurada. Para la aplicación del instrumento se seleccionaron doce casos de referentes sociales a cargo de comedores o merenderos en territorios de alta inseguridad alimentaria en Tucumán y nueve casos en Santiago del Estero. Los mismos abarcaron distintos tipos de gestión y distintos ámbitos territoriales de la provincia. Las entrevistas se realizaron de forma telefónica y virtual durante el período marzo-junio de 2021 a partir de dos criterios de inclusión: la ubicación territorial en radios de riesgo crítico y alto de inseguridad alimentaria y la firma de un consentimiento informado, donde se garantizaba el uso anónimo de la información suministrada. La técnica de *snowball* fue escogida para la selección de los informantes.

no tuvieron recursos para obtener alimentos?; e) Durante los últimos tres meses, ¿dejó/dejaron de comer los niños/as el desayuno, el almuerzo o la cena porque no tuvieron recursos para obtener más alimentos? y f) Durante los últimos tres meses, ¿ocurrió alguna vez que los niños/as tuvieran hambre pero no les pudo dar comida?

Se indagaron las siguientes dimensiones:

a. Condiciones sociolaborales y ambientales del barrio o localidad

Características ocupacionales de los jefes de hogar de las familias asistidas por el comedor. Dinámica y adaptaciones con la pandemia. Estados anímicos y transformaciones. Emergencias suscitadas con la pandemia

b. Dinámica del comedor

Fuentes de los recursos, estado y financiamiento. Asistencia. Servicios brindados. Problemáticas detectadas en la niñez con la pandemia. Preparación de alimentos. Distribución y frecuencia. Insumos. Rupturas y continuidades.

c. Características de la asistencia alimentaria

Funcionamiento del comedor: cantidad de personas a las que asiste, periodicidad, comidas, gastos, infraestructura y herramientas para desarrollar la tarea, personal que realiza las tareas. Articulación con el Estado y otros organismos de la sociedad civil. Criterios de selección y listas de espera. Gusto y palatabilidad (alimentos de preferencia y de rechazo). Cambios a raíz de los confinamientos por la pandemia por COVID-19. Programas alimentarios.

La inseguridad alimentaria en Tucumán y Santiago del Estero: una aproximación cuantitativa

La inseguridad alimentaria en Tucumán adquiere valores preocupantes según distintas fuentes de información. Esto no constituye un hecho novedoso, Bolzán y Mercer (2009) han informado la alarmante cifra que alcanzaba este problema en la provincia en 2003, abarcando al 54.5% de la muestra (considerando el indicador “percepción de hambre grave”), y evidenciando además su relación con condiciones estructurales de pobreza y su expresión en mayores prevalencias de niños con baja talla. En efecto, la prevalencia de baja talla hallada en Tucumán era del 35.1%, constituyendo el registro más elevado entre las provincias del norte del país. En Santiago del Estero, en tanto, esta proporción ascendía al 30.6%.

Esta condición, propia de las consecuencias de la crisis socioeconómica argentina de 2001/02, habría sido atenuada con distintos programas. Longhi y del Castillo (2017) han estudiado la morbimortalidad por desnutrición en la infancia tucumana y han generado evidencias sobre estas mejoras mencionadas. No obstante, la llegada de la pandemia y las políticas de aislamiento social implementadas para su tratamiento habrían agravado nuevamente este problema. Cordero y Cesani (2021), en un relevamiento del principal aglomerado urbano de la provincia de Tucumán, detectaron que la inseguridad alimentaria

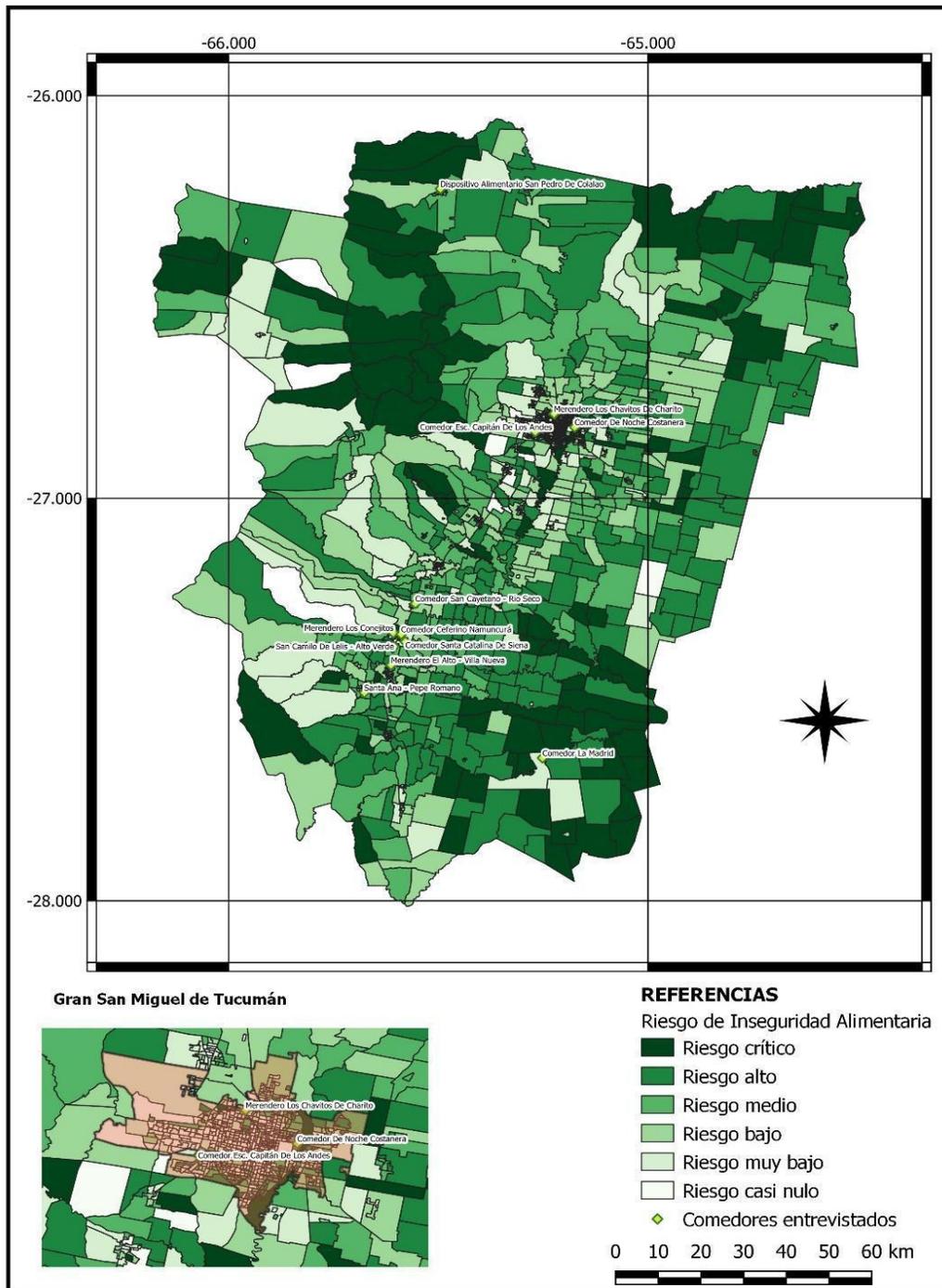
severa alcanzaba al 3.7% de los hogares, mientras otras manifestaciones menos extremas como la inseguridad alimentaria leve y moderada incluían al 46.8% de los hogares. De acuerdo a este relevamiento, un poco más de la mitad de los hogares tucumanos sufría algún grado de inseguridad alimentaria.

Según los datos relevados por la ODSA a nivel nacional, la inseguridad alimentaria severa se habría reducido entre 2010 y 2015, pasando de afectar a un 11.2% de los hogares en 2010 al 8.9% en 2015. A partir de entonces habría comenzado un proceso de crecimiento, alcanzando su pico en 2019 con el 14% de los hogares involucrados en esta situación (Tuñón y Poy, 2020). Considerando la categoría “resto urbano del interior” donde se encuentran los aglomerados Gran San Miguel de Tucumán y Santiago del Estero-La Banda, los datos muestran un proceso similar pero con magnitudes mayores, alcanzado el pico en 2019 con una proporción del orden del 27.5%, registro que duplica el valor nacional mencionado con anterioridad. Si bien la desagregación de la información no alcanza a ser representativa de las provincias, sí brinda indicios para suponer un proceso similar o más agudo incluso por las características de pobreza en ambas provincias.

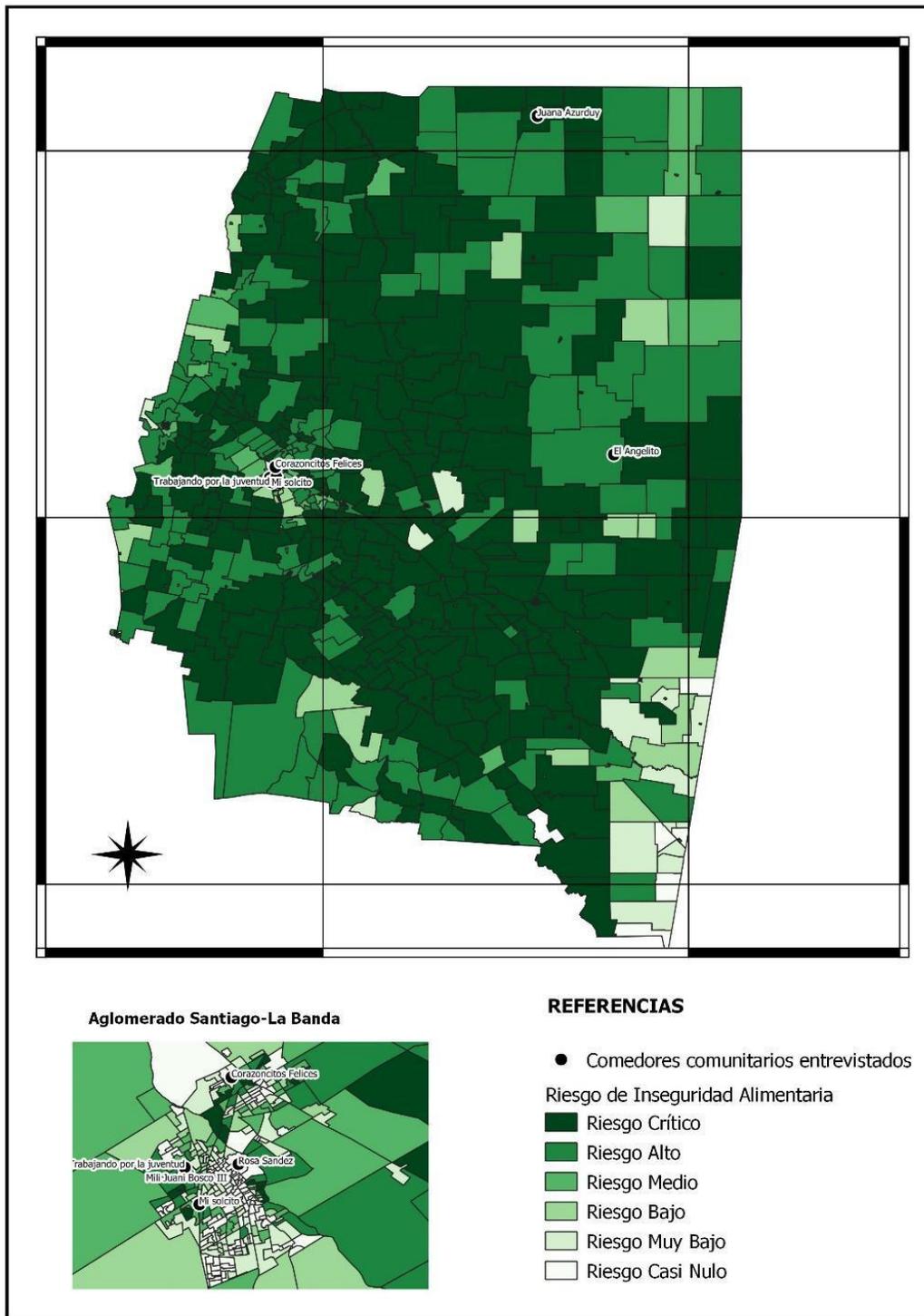
Los datos del programa PISAC no se alejan de estos procesos y magnitudes. En los adultos, la inseguridad alimentaria en los hogares del Noroeste Argentino alcanzaba al 16.1% de su población, considerando tanto manifestaciones leves, moderadas o graves. Esta evidencia, ubicaba al NOA y al NEA como las regiones con mayores problemas. Sin embargo, si el análisis se centraba en la población infantil las magnitudes reseñadas se sostenían, alcanzando en el NOA la proporción del 14.6%.

Un estudio reciente de Márquez y Salvia (2019) permitió estimar el riesgo de inseguridad alimentaria a nivel de radios censales. Los mapas 1 y 2 exhiben dicha distribución. En el caso de Tucumán se observa la concentración de los núcleos de mayor criticidad en el área montañosa de la provincia (todo el sector occidental), destacándose también el sudeste y el nordeste provincial. En el caso de Santiago del Estero se percibe una extensión territorial importante de inseguridad alimentaria crítica en un extenso corredor central de la provincia. El panorama no es alentador en el resto provincial, destacando importantes sectores con riesgo alto y medio en la casi totalidad del territorio.

Sobre estas áreas de criticidad se seleccionaron los comedores en los que se aplicó el instrumento de la entrevista, aspecto que profundizamos en el siguiente apartado.



Mapa 1. Provincia de Tucumán. Riesgo de Inseguridad Alimentaria y comedores infantiles seleccionados. Fuente: Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Encuesta de la Deuda Social Argentina. Trabajo de campo de los autores. Elaborado por el Instituto Superior de Estudios Sociales CONICET – UNT.



Mapa 2. Santiago del Estero. Riesgo de Inseguridad Alimentaria y comedores infantiles seleccionados
Fuente: Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Encuesta de la Deuda Social Argentina.
Trabajo de campo de los autores. Elaborado por el Instituto Superior de Estudios Sociales, CONICET – UNT.

Pobreza e inseguridad alimentaria en el contexto del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio

Previamente, observamos la aplicación de una medida de riesgo de padecer inseguridad alimentaria construida sobre un modelo factorial y usando como fuente de información el Censo Nacional de Población y Viviendas de 2010. Ahora bien, nos preguntamos ¿cómo se vive la inseguridad alimentaria en estos ámbitos?, ¿qué condicionantes afectan la vida familiar e impiden el acceso a una alimentación variada y suficiente?, y desde sus espacios ¿qué estrategias pusieron en práctica para responder a la demanda creciente de alimentos?

Si bien nuestros entrevistados están vinculados a espacios de alimentación de gestión diversa, y con diferente presencia y alcance territorial, fue posible establecer algunos tópicos comunes y realizar las primeras reflexiones sobre los interrogantes planteados. De tal manera, se observó la sostenida articulación entre patrones de pobreza, precariedad laboral e inseguridad alimentaria. En efecto, las familias asistentes a estos espacios de alimentación pertenecen a grupos de pobreza crónica, entendida como la insatisfacción de necesidades materiales mínimas para la subsistencia y persistentes en el tiempo. Para la mayoría de las familias es poco factible resolver las necesidades cotidianas a partir de ingresos obtenidos de empleos como: el servicio doméstico, la venta ambulante, peones, albañilería, la producción o servicios de baja calificación y corta duración como las changas.

Por otra parte, desde el inicio de la pandemia esas formas de empleabilidad se redujeron y este sector pauperizado sufrió las consecuencias. La pérdida del empleo y la imposibilidad para realizar trabajos *“a domicilio”*, *“en las cosechas estacionales”* o *“por pedidos de”* disminuyeron el contexto del Distanciamiento Preventivo y Obligatorio (DISPO). Como corolario operó un incremento de otras actividades como el cirujeo y hasta el robo en los mismos barrios en los que se ubican los espacios de alimentación. Así, familias enteras debieron acudir a los espacios de alimentación para asegurarse al menos una ingesta de alimentos diaria.

Sobre las características laborales de las familias asistentes a los comedores y merenderos resultan significativos los siguientes fragmentos:

“[...] la mayoría de la gente trabaja en la parte de construcción, también en el comercio, mucha gente tiene su propio kiosquito, su verdulería, algunos empleados públicos, también muchos pensionados y jubilados, ahora el caso es un poco distinto en los barrios con los que trabajamos, porque hay muchos que son cartoneros o changarines [...]” (Entrevistada Y, 55 años, presidenta de ONG, Barrio Juan Felipe Ibarra, Santiago del Estero).

“[...] te puedo decir que algunos son: albañiles, cartoneros, y otros venden cositas dulces o saladas en la calle, también vendedores esos que andan en el colectivo (ambulantes) [...]” (Entrevistada S, 41 años, responsable de Comedor, Barrio Industria, Santiago del Estero).

“muchacha gente pobre [...] porque vienen caminando las personas a buscar [...] hay mucha necesidad, la gente camina 4 a 5 kilómetros para venir [...] muchos quedaron sin trabajo, son trabajadores golondrinas, porque aquí se trabaja en construcción, y todo eso en esta cuarentena se ha parado. Y muchos no quieren trabajar porque ganamos poquito y a veces llegamos uñando al mes. Aquí se ha parado el laburo, los que siguen trabajando son contaditos” (Entrevista MOCASE Quimilí, Merendero, Ruta 116 Weisburd, Santiago del Estero).

En tal contexto de precariedad, la manifestación de dichas carencias en la infancia, es más nociva. En efecto, el proceso general de infantilización de la pobreza con el crecimiento asociado de los índices de pobreza infantil evidencia dicha condición (Tuñón et al., 2017). Todo proceso de empobrecimiento genera restricciones en la calidad de vida e impacta en la alimentación de las familias. Como resultado, se producen cambios dolorosos, restrictivos y obligados en la manera de comer y de vivir, y son los más vulnerables, los niños, adultos mayores, embarazadas, enfermos, quienes necesitan de mayor cuidado (Aguirre, 2010).

Otro aspecto central al momento de pensar el alcance e impacto que tiene la pobreza en términos de ingreso, nos lleva a considerar lo señalado por Sen (1997), quien se refiere a la restricción de las libertades y los límites a lo que la gente puede ser y desea tener. Esto es clave para comprender cómo en ausencia de políticas integrales, una infancia atravesada por restricciones en las condiciones materiales de vida, en el proceso de crianza y socialización y en el proceso de formación, tendrá serias dificultades para alcanzar un desarrollo pleno de sus capacidades tanto en la niñez como en la adolescencia (Tuñón y Salvia, 2013). Como lo visibilizan los entrevistados en sus relatos, la infancia pobre que asiste a comedores comunitarios ha crecido y demanda alimentos, así como otro tipo de asistencia que sus familias están imposibilitadas de cubrir.

“Hemos notados muchísimas carencias que afectan a los niños sobre todo y que pertenecen a estos sectores de escasos recursos a los que se ha tenido que asistir con alimentos, ropa, calzados. Y no solo a ellos, no, porque hemos visto también un estado de abandono en sus padres, a los que también tuvimos que asistir, buscándole colchones, camas, y hasta hacerle algún tipo de trámite porque ellos no podían salir” (Entrevistada Y, 55 años, presidenta de ONG, Barrio Juan Felipe Ibarra, Santiago del Estero).

“[...] son casas como hornos de barro, como tabiques, así tienen las casas de ellos. La mayoría tienen todo de nailon [...] los papás no trabajan mucho, no tienen trabajo, hacen changuitas, está todo muy caro, y yo sé que aquí no cobran un buen sueldo y no alcanza. Antes, cuando se podía, buscaban trabajo y traían un plato de comida a la casa. Ahora no hay, entonces yo busco que haiga para la familia” (Entrevistada R, Agrupación Martín Fierro, Referente Merendero, Barrio Paraíso, La Banda, Santiago del Estero).

Queda claro hasta aquí que el incremento de la precariedad y pobreza, con el consabido impacto en la inseguridad alimentaria familiar, se intensificó en el contexto de la pandemia. Como resultado, la demanda de alimentos se habría manifestado de modo creciente y expandido en los espacios de alimentación. Así, los comedores y merenderos vieron afectada su capacidad de respuesta y, en algunos casos, atravesaron situaciones que tensaron los lazos sociales. Algunos vecinos llegaron a percibir, incluso, que la asistencia no era igual para todos.

Como señalamos, los espacios con los que tomamos contacto están a cargo de personas que, en su mayoría, son parte de la comunidad a la que asisten y para las que esta no es su primera experiencia de emergencia alimentaria. En numerosas oportunidades señalaron que las dificultades derivadas de la situación de pandemia, así como de las medidas impuestas por las autoridades a nivel local y provincial, contribuyeron a profundizar los problemas que atravesaban a un sector importante de los vecinos. Muchos, incluso, experimentaron angustia e incertidumbre por no contar con la estructura y los recursos para brindar una asistencia más integral. Mientras que, en otros casos, el contexto de mayor incertidumbre obligó a implementar nuevas estrategias.

“[...] aquí en nuestro barrio, siempre hubo gente que necesitó una mano, pero ahora con esto de la pandemia si se complicó en serio, en las épocas de que no se podía salir, a nosotros se nos hacía casi imposible conseguir lo alimentos [...] en este último tiempo vino gente que yo no los tengo anotados, porque nosotros tenemos como una lista de las familias y madres que más necesitan, pero ahora vino mucha gente, hasta los padres de los chicos vienen a retirar, no te piden solo para los niños, sino que para todos los que viven en la casa [...] se notó mucho más necesidad, antes los adolescentes no venían al comedor, ahora las madres los mandan a ellos a retirar, y los que no vienen, sabemos que las madres piden para ellos también, aparte de los niños” (Entrevistada M, 26 años, Responsable Comedor, Barrio Bosco III, Santiago del Estero).

Como mencionábamos anteriormente, en contextos de precariedad creciente e incertidumbre la inseguridad alimentaria se profundiza por su estrecha vinculación con una diversidad de problemas que afectan el desarrollo de la vida familiar y comunitaria. Asimismo, durante el proceso de indagación recuperamos relatos que señalaban un aumento de la violencia intrafamiliar y de género, así como del consumo de alcohol y drogas, principalmente entre los más jóvenes. Por otra parte, el excesivo tiempo libre ante la falta de empleo, la imposibilidad de terminar los estudios o de acceder a una formación profesional y de oficio, dio paso a numerosas situaciones de conflictividad barrial.

“[...] aumentaron mucho los robos, hurto, el consumo y la violencia intrafamiliar, se ha profundizado sobre todo en la cuarentena. Se comparte tanto tiempo y la gente no estaba muy acostumbrada, y la verdad es que, si había alguna cuestión, se la manejaba, porque uno andaba todo el día en la calle, va y viene. Y aquí es como que ha habido mucho tiempo de darle lugar al estrés emocional y eso muchas veces termina en enojo [...]” (Entrevista CARITAS, Merendero, Barrio Villa Rojas 2 La Banda, Santiago del Estero).

“[...] nos llaman por cuestiones de violencia de género, te llaman por abuso sexual infantil. El otro día conocimos a una señora que empezó a ir al merendero porque el marido cayó en depresión, porque se enteraron en la Pascua que un pariente había abusado de sus cuatro hijos” (Entrevista MOCASE Quimilí, Merendero, Ruta 116 Weisburd, Santiago del Estero).

La crisis atravesada por las familias se expresó en las dificultades que enfrentaron muchos jefes de hogar para continuar con actividades que les aseguraban un ingreso de subsistencia, así también como en la insuficiencia de los recursos para continuar con la escolaridad de los hijos y acompañar en las tareas escolares que debían resolverse en el hogar. Como observa Cardinaux (2020), si bien el sistema educativo se reacomodó rápidamente para dar continuidad a la educación, esto no debe hacernos perder de vista que también se profundizaron las desigualdades preexistentes y surgieron nuevas. La educación remota requiere conectividad, que siempre es más cara para los sectores pobres, muchos docentes y alumnos comparten un único dispositivo y viven en hogares que no disponen de un espacio adecuado para las clases sincrónicas. Hay zonas del país y algunos barrios en los centros urbanos que o no tienen conexión, o la que se dispone es escasa. Muchos hogares no cuentan con banda ancha de internet, situación que dejó dos alternativas: o se contrataba un servicio o se conectaban por datos móviles. Y es sabido que en los hogares pobres inclinarse por cualquiera de las dos puede condicionar el patrón alimentario.

“[...] una me decía que ni siquiera tiene la posibilidad de que el papá o la mamá la ayude porque no tienen dispositivo o porque a veces no se entiende la tarea [...] los chicos andan peleando para acceder a la clase virtual [...]” (Entrevista MOCASE Quimilí, Merendero, Ruta 116 Weisburd, Santiago del Estero).

Como se viene observando, con el establecimiento de la *nueva normalidad* y una situación económica que acentuó el impacto de las desigualdades en un importante sector de la población y el territorio, el Estado recuperó experiencias previas de asistencia local y regional con el objetivo de atenuar las formas extremas de exclusión social. Entre las acciones se destaca la implementación de dispositivos de transferencia de ingresos, el refuerzo de los fondos y montos de programas existentes, como en los casos de la Asignación Universal por Hijo (AUH) y las partidas especiales para las jubilaciones mínimas⁴. También se crearon nuevos y amplios programas como la Tarjeta Alimentar (TA), política que ante el impacto de la pandemia fue ampliada para alcanzar a niños y niñas de 14 años⁵. Otras acciones, como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE), inyectaron una importante cantidad de dinero en la población sin ingresos formales (Assusa y Kessler, 2020); y, finalmente, se destinó asistencia específica a comedores escolares⁶.

La intervención estatal tuvo por objetivo reforzar el ingreso de las familias, reduciendo la pérdida de la capacidad de compra y las dificultades para resolver las necesidades indispensables para la vida. Sin embargo, las restricciones impuestas en los primeros meses de la pandemia condicionaron las actividades de los trabajadores de la economía popular, los cuentapropistas y los trabajadores informales, de modo que gran parte de este sector no encontró en el IFE (ingreso familiar de emergencia), la TA (tarjeta alimentar) y la AUH (asignación universal por hijo) un refuerzo a sus deteriorados ingresos. Por el contrario, para muchos de ellos se convirtió en el único ingreso.

“Bueno la gente son changarines más que nada, hacen changuitas, porque vivimos en un barrio marginal más que nada, calles de tierra. Y se manejan más con la Asignación y después los papás hacen changuitas. [...] son cargadores,

⁴ La asignación universal por hijo (AUH) constituye un seguro social que se otorga a personas desocupadas que trabajan empleadas en negro o que ganan menos del salario mínimo, vital y móvil y que radica en un beneficio monetario por cada hijo menor de 18 años e hijo con discapacidad. Entró en vigor el 29 de octubre de 2009 por el decreto 1602/09 del Poder Ejecutivo de la Nación. A partir de mayo de 2011, las prestaciones se complementaron con el lanzamiento de la “asignación universal por embarazo (AUE) para protección social”, que se otorga a las futuras madres que se encuentren en las doce o más semanas de gestación.

⁵ La Tarjeta Alimentar es un instrumento destinado a madres o padres con hijos/as de hasta 6 años que reciben la Asignación Universal por Hijo y a embarazadas a partir de los tres meses. Consiste en la entrega de una tarjeta que acredita mensualmente dinero para la compra de todo tipo de alimentos, con excepción de bebidas alcohólicas. No permite extraer dinero en efectivo.

⁶ El IFE fue un seguro social de Argentina que se entregó a trabajadores informales y monotributistas de las primeras categorías durante la emergencia debido a la pandemia de enfermedad por coronavirus. Consistió en un bono de 10 mil pesos argentinos. Se realizaron durante 2020 tres pagos de esta transferencia.

trabajo de aserradero, ladrillería, carbón [...] acá se maneja mucho con la forestal [...] la Tarjeta Alimentar cuando son siete ya se ve que no alcanza, porque hay mamás que van a buscar comida, que no dejan de ir. Y por ahí cuando la mamá tiene un nene o dos se ve que con la ayuda ya dejan de ir [...]” (Entrevista MOCASE Monte Quemado, Merendero, Santiago del Estero).

Otros obstáculos se relacionaron con la resistencia de algunos negocios para aceptar como medio de pago la TA, la remarcación de precios en la semana previa en que se acreditaba el dinero a los beneficiarios de la tarjeta, el cobro de un plus sobre el costo de los bienes adquiridos y la ausencia de tecnología que permitiera a numerosos negocios de barrio trabajar con ese medio de pago, entre otros. El registro de numerosas prácticas fraudulentas, así como de actitudes de resistencia ante la nueva forma de consumir, fue presentado como parte de los resultados de los monitoreos realizados por organismos como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (Assusa y Kessler, 2020). En nuestro caso, formó parte de las experiencias compartidas por los entrevistados, que referenciaron prácticas como: la retención de las tarjetas una vez agotada la disponibilidad de dinero, o la autorización para retirar *mercadería a cuenta*, la que al mes siguiente se cobraría con un recargo en concepto de mora de pago.

“[...] los maridos de las chicas cobran el IFE y también algunas tienen la asignación. La Tarjeta Alimentar está muy buena, pero la alimentar sola no alcanza [...]” (Entrevistada R, Agrupación Martín Fierro, Referente Comedor, Barrio Los Vega, Tucumán).

“[...] la necesidad del barrio pasa por lo económico y lo laboral. Tuvimos que gestionar la TA, el IFE y la AUH en muchos casos [...]” (Entrevista CARITAS, Merendero, Barrio Villa Rojas 2 La Banda, Santiago del Estero).

Frente a las dificultades que trastocan el presente y futuro de mujeres, niños y adultos mayores, la reducción de los ingresos, el manejo discrecional de la asistencia y la percepción de que la ayuda estatal no es adecuada ni suficiente, se fortalecen las relaciones de amistad, vecindad y parentesco. La confianza entre amigos, vecinos y pares propician la emergencia y reactivación de “redes de ayuda mutua” (Aguirre, 2004). Se trata de redes que, surgidas en contextos de crisis o vulnerabilidad, brindan seguridad social y buscan sostener una sinergia entre los hogares que están en mejores condiciones y aquellos que menos tienen, propiciando la circulación de ciertos bienes. Algunos de nuestros entrevistados referenciaron el trabajo realizado con las familias y otros grupos para la resolución de problemas. Casos como los de violencia familiar o abandono de

niños y ancianos, la violencia de género o el consumo problemático de sustancias, demandaron de la organización y reactivación de redes comunitarias.

“[...] los que no tienen trabajo, ellos vienen a ganarse, así a ayudarme a hacer las cosas y llevan sus viandas y llevan su mercadería [...] otra colaboración es para la comida, los menudos nos dan en las parrilladas, que nos donan. Pero no siempre. Hay días en que lo compramos [...] ha habido veces que no sabía qué hacer, y es feo porque no tenía nada, y no tenía ni yo plata para poner y comprar. A veces tengo que sacar con la tarjeta para poder hacerles, por ejemplo: la harina, levadura, grasa, azúcar. Para que yo tenga para hacerles, aunque sea una taza de mate cocido con pan.” (Entrevistada MS, 46 años, Referente Comedor, Barrio Municipal, Concepción, Tucumán).

Comensalidad y hábitos alimentarios en comedores comunitarios

Las prácticas de comensalidad que caracterizan los sectores de pobreza, ámbitos donde se insertan los comedores relevados, habrían sufrido también algunas transformaciones. Aguirre (2004) sostenía la existencia de ideales de un cuerpo fuerte en estos contextos, articulados a su vez con alimentos rendidores (que al mismo tiempo sean baratos, den sensación de saciedad y gusten) y con prácticas de comensalidad extendida desde el hogar al grupo de pares (colectiva). Esto, según la autora, condiciona el consumo a un tipo determinado tipo de alimentos (pan, papas, fideos, carnes grasas, azúcar, mate, limitadas frutas y verduras e inexistentes carnes blancas) organizados en “comida de olla” (guisos y sopas) sobre las que se construye un gusto de lo necesario para evitar siquiera desear lo que se considera imposible de obtener (Aguirre, 2004). Los primeros datos respecto al estado nutricional infantil en comedores comunitarios de Argentina durante la pandemia darían cuenta de esta condición que impulsaría la ya diagnosticada pandemia de obesidad infantil. En efecto, el relevamiento realizado por el Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana (ISEPCI) en niños y niñas asistentes a comedores evidencia un crecimiento de la malnutrición, expresado fundamentalmente en términos de sobrepeso y obesidad. Así, el mayor grado de malnutrición, se evidenció en el grupo etario de 6 a 10 años, ya que de acuerdo al Índice de masa corporal para la edad el 49,1% de esos niños y niñas presenta malnutrición (Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana, 2021).

Los fragmentos que compartimos ilustran esta situación que busca en la comensalidad colectiva el objetivo de “llenar la panza”. También relatan sobre las dificultades emergentes durante el tiempo en el que la circulación estuvo restringida. Los desafíos para reorganizar la planificación de los platos semanales y el encarecimiento de los alimentos en un contexto de permanente crecimiento inflacionario.

“[...] Lo que no puede faltarnos es la leche, es como lo fundamental. También las verduras y frutas, pero que lamentablemente desde el año pasado dejamos de recibir o no llega casi nada. Antes de la pandemia teníamos un esquema alimentario pero a partir de que se dio todo esto, dejamos de lado y nos pusimos a cocinar de acuerdo a la disponibilidad de alimentos. También porque antes teníamos una población para cubrir baja, y eso nos facilitaba llevar un esquema alimentario y hacerlo con todos los nutrientes para que el niño tenga su aporte diario de calcio, vitamina y todo lo que nos exigían para los niños de primera infancia, pero ahora por cómo estamos, la carne casi no nos está llegando, poca verdura y fruta, pero sí estamos entregando una polenta con salsa, un guiso de arroz con legumbres, y la leche que no faltó por suerte” (Entrevistada Y, 55 años, presidenta de ONG, Barrio Juan Felipe Ibarra, Santiago del Estero).

“[...] cuando tenemos, hacemos algún guiso, polenta con salsa y a la tarde algún arroz con leche, mate cocido con pan, polenta con leche, depende de lo que haya para cocinar [...]” (Entrevistada M, 36 años, Responsable Comedor, Barrio Costanera, San Miguel de Tucumán).

Señalamos que, cuando el desarrollo de la vida es atravesado por constantes restricciones y carencias, lo que se desea, así como lo que se proyecta para el futuro es el resultado de un proceso de *readecuación* a las condiciones materiales disponibles. No consideramos que se trate de una actitud fatalista o de resignación, es más bien un recurso que busca evitar la frustración y disminuir la tensión en contextos de profunda desigualdad social. A medida que desciende el ingreso, la canasta de consumo se concentra en los alimentos más baratos (pan, papas, harinas, grasas) que a la vez son más rendidores (brindan mayor saciedad a menor precio), pero también los de menor densidad nutricional (Aguirre, 2010). En este contexto, las estrategias llevadas adelante por los referentes de comedores para satisfacer una demanda creciente, operan bajo el aporte de alimentos “llenadores” y de gran aceptación por los comensales. Paralelamente, el Estado, a través de los programas alimentarios, magnifica la tendencia, entregando alimentos pobres en micronutrientes (Aguirre, 2010). En algunos casos las estrategias buscaron diversificar las fuentes de abastecimiento, muchas veces renunciando a la variedad y calidad para acceder a la cantidad. Cuando la necesidad es algo permanente, el volumen de la comida es fundamental, los platos deben estar llenos y el hábito de limpiar el plato es un indicador de la aceptación para la cocinera, para la comida que se recibe y la situación vivenciada.

En los espacios de alimentación que lograron sostener la ingesta de algún tipo de carne, se incorporaron otros cortes a las preparaciones, como el pollo –en especial las alitas y menudos–, las salchichas y en raras oportunidades, la carne picada.

“[...] antes había variedad de comidas, había para el yogurt con cereales, un flan, una gelatina con fruta, que era lo que a ellos más les gustaba. Pero eso no se puede dar, por las limitaciones que tenemos. Y por supuesto una milanesa con puré, pero ahora nada de eso se está pudiendo. Más que un guiso o polenta con salsa. A nosotros nos duele no poder entregarles lo que estábamos acostumbrados a darles. No poder incluir la fruta y la verdura, la carne. Y te puedo decir que ni siquiera en sus casas pueden acceder a estos alimentos que son totalmente necesarios. Yo te digo porque conozco el barrio y veo las dificultades” (Entrevistada Y, 55 años, presidenta de ONG, Barrio Juan Felipe Ibarra, Santiago del Estero).

“[...] a nosotros se nos complica bastante la carne, la salchicha, verduras, esas cosas se complican. Al inicio de la pandemia casi nadie nos quería dar una mano, porque nosotros dependíamos de muchos kiosquitos y ellos al no vender no podían mandar casi nada [...] si vos les presentás un milanesa, imagínate, de aquí en más me encantaría poder brindarles una milanesa con queso, pizza unos sanguchitos de milanesa, aunque sea con carne picada, algo que sea diferente, porque siempre comen lo mismo, polenta, guiso, no todos comemos una milanesa hoy en día” (Entrevistada S, 41 años, responsable de Comedor, Barrio Juan XXIII, San Miguel de Tucumán).

“[...] Compramos casi siempre alitas de pollo o lo más barato. Para hacer una olla o dos ollas que son grandes. Tienen que ponerle bastante como para que tenga gusto la salsa” (Entrevistada MS, 46 años, Referente Comedor, Barrio Municipal, Concepción, Tucumán).

Las transformaciones derivadas de la pandemia, como pudo observarse, son muchas y diversas. Los efectos del aislamiento social, con el cierre de escuelas y de los espacios para la primera infancia, la desvinculación de los entornos de sociabilidad sobre todo para los adolescentes y jóvenes, retrajeron el proceso de socialización a espacios que no siempre son seguros y donde muchos han sido víctimas de diversas formas de violencia. Así el confinamiento trajo incertidumbre y angustia por la pérdida de lazos sociales que eran esenciales para el desarrollo individual y social. No es difícil dimensionar el impacto en los sectores más vulnerables si consideramos que a inicios del 2020 el 53 % de las niñas, los niños y adolescentes se encontraba en situación de pobreza por ingresos y el 50% en situación de pobreza media asociada a derechos (Waisgrais, 2020).

En el plano de los *hábitos alimentarios* ha sido notoria la modificación. Antes de la pandemia los comedores funcionaban como ámbitos de comensalidad pero también de socialización. Se brindaban talleres, apoyo escolar, se promovían juegos, deportes, buscando mejorar la interacción entre los niños y los padres. Como resultado del trabajo de entrevistas se identificaron algunos cambios en el tipo y frecuencia de los platos ofrecidos, en la percepción respecto de la posibilidad de comer todos los días y en torno a la posibilidad de dar continuidad a las actividades y rutinas, más allá de la asistencia de alimentos.

Conclusiones

La aparición y desarrollo de la pandemia por COVID-19 trajo aparejadas diferentes consecuencias para la población. En tal sentido, su irrupción implicó consecuencias negativas, tanto desde el plano económico como social, pero también en relación a los niveles de pobreza con los que la pandemia sorprendió a las provincias de Tucumán y Santiago del Estero. Estos eran en extremo elevados, con una importante concentración en el tramo infantil. En este contexto de vulnerabilidad, la pandemia de COVID-19, junto a las medidas implementadas para su tratamiento, impusieron un nuevo ritmo a las instituciones y espacios encargados de la asistencia alimentaria extra-familiar.

En este trabajo tratamos de indagar sobre las características que asumía la inseguridad alimentaria, la comensalidad y los hábitos alimentarios en este tipo de instituciones en las provincias reseñadas. Procuramos un abordaje cuantitativo y cartográfico, primeramente, que permitió identificar las magnitudes del problema y su distribución espacial. Seguidamente, mediante un ejercicio cualitativo, nos propusimos conocer qué características definen la inseguridad alimentaria en los espacios de alimentación extra-familiares y en contextos de pandemia. Tomamos como dimensiones de análisis la inseguridad alimentaria –que se complejiza, en cierta manera, respecto a los abordajes tradicionales que los métodos cuantitativos han procurado-, la comensalidad y los hábitos, buscando –sobre todo con estas últimas- profundizar nuestra comprensión acerca de las valoraciones y vivencias que caracterizan a quienes perdieron o nunca tuvieron la posibilidad de asegurarse la alimentación diaria.

El trabajo con los referentes de diversos espacios mostró cómo desde ante la crisis, profundizada por la pandemia de COVID-19 en el año 2020, las posibilidades de un importante sector de la población para resolver la emergencia alimentaria, dependían de las políticas estatales y fundamentalmente de la presencia de los espacios de alimentación con vinculación territorial. Previo a la irrupción de la pandemia, estos espacios convergían hacia una atención integral de la niñez que demandaba alimentos. Entre esas tareas, la oferta alimentaria constituía la más importante, pero se articulaba también con espacios

de formación en talleres institucionales, huertas comunitarias, espacios de salud, prevención y asistencia de diferentes tipos de violencias y adicciones o áreas de ayuda para las tareas escolares. En esa línea, la presencia y versatilidad de estos espacios e instituciones exhiben de manera flagrante las desigualdades existentes y las limitaciones de una buena parte de los hogares argentinos para proveer los requerimientos mínimos para garantizar la vida.

Con la pandemia esto desapareció, dejando al comedor expuesto sólo en su rol de dador de comidas en pequeñas viandas, destinadas a paliar el hambre no sólo de la población infantil sino el de toda la familia. En este contexto, la demanda alimentaria fue más creciente con el correr de la pandemia, que implicó también el uso cada vez más frecuentes de alimentos baratos y rendidores, contribuyendo al desarrollo de la otra gran pandemia: la obesidad infantil.

Hemos abordado de qué manera la capacidad de respuesta que tuvieron las organizaciones barriales, sociales y comunitarias fue el resultado de su pertenencia a una densa trama territorial, preexistente al contexto de pandemia. Esta condición desde hace algunos años permite a numerosas familias y personas, en condiciones de vulnerabilidad social, satisfacer las necesidades básicas. Fue entonces la experiencia de gestión y logística, junto a un conocimiento de las características sociosanitarias, económicas y sociales de la población, lo que posibilitó una rápida respuesta ante el agravamiento de la crisis social. Esto implicó una mejor distribución de la ayuda del Estado Nacional y provincial, así como una coordinación con merenderos, ollas populares y comedores barriales que surgieron durante la pandemia.

Con este trabajo buscamos aportar a la caracterización de espacios que se desempeñan como mallas de contención para un importante sector de la población, atravesado por una sostenida vulneración de sus derechos. Fue a partir del relato de nuestros entrevistados que nos aproximamos a la cotidianidad de los barrios, donde la pauperización laboral, la escasez de recursos para resolver las necesidades de la vida individual y social, las manifestaciones de diversas formas de violencia y el consumo problemático de sustancias a temprana edad, entre otros flagelos, son problemáticas que profundizan la inseguridad alimentaria. Encontramos que los referentes, responsables y voluntarios no solo están interpelados por la capacidad de responder a una creciente demanda de alimentos, sino que además reconocen los límites que deben superar para afrontar el exponencial aumento de necesidades, aún con los programas de asistencia nacional que se crearon o fueron reforzados desde el inicio de la pandemia.

Finalmente, el trabajo territorial no estuvo y no está libre de tensiones, dado que confluyen intereses diversos, pero constituye un capital importante al que las organizaciones y sujetos recurren cuando se trata de paliar las consecuencias de la

COVID-19. Con este aporte buscamos caracterizar estos escenarios escasamente abordamos en la bibliografía, sobre todo en un contexto particular como el de la pandemia.

Referencias bibliográficas

Aguirre, P. (2004). Seguridad alimentaria. Una visión desde la antropología. En Jacobo Sabulsky, María Ezpeleta y Mónica Chesta (Comps.). *Desarrollo Integral en la Infancia: El Futuro Comprometido*. (pp. 95-103). Córdoba: Fundación CLACYD.

_____ (2010). An Anthropological View of the Impact of Poverty and Globalization on the Emerging Epidemic of Obesity. En Agathocles Tsatsoulis, Jennifer Wyckoff y Florence Brown (Comps.) *Diabetes in Women. Pathophysiology and Therapy*. (pp. 105-125). Boston: Humana Press.

_____ (2016). Precio de los alimentos y políticas alimentarias para un futuro posible. En Ianina Tuñón (Ed.) *Situación de la Infancia a inicios del Bicentenario. Un enfoque multidimensional y de derechos*. Buenos Aires: Ediciones Barómetro de la Deuda Social de la Infancia. Serie del Bicentenario.

Álvarez, J. (2012). "Salud y nutrición infantil: equidad y determinantes sociales". Nota investigativa N°5, *Boletín Observatorio de Salud*, Facultad de Farmacia y Bioquímica. Área de Ciencia y Técnica. Universidad Maza, Mendoza.

Assusa, G. y Kessler, G. (2020). Reactivación de desigualdades y vulneración de derechos en tiempos de pandemia. En Juan Bohoslavsky (Ed.) *Covid -19 y derechos humanos: la pandemia de la desigualdad*. (Pp. 93-107). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.

Barrera-Dussán, N., Fierro-Parra, E. P., Puentes-Fierro, L. Y., y Ramos-Castañeda, J. A. (2018). "Prevalencia y determinantes sociales de malnutrición en menores de 5 años afiliados al Sistema de Selección de Beneficiarios para Programas Sociales (SISBEN) del área urbana del municipio de Palermo en Colombia". *Universidad y Salud*, 20(3), 236-246.

Bergel Sanchís, M. L., Cesani, M. F., & Oyhenart, E. E. (2017). "Malnutrición infantil e inseguridad alimentaria como expresión de las condiciones socio-económicas familiares en Villaguay, Argentina (2010-2012). Un enfoque biocultural". *Población y Salud en Mesoamérica*, 14(2), 60-85.

Bolzán, A., & Mercer, R. (2009). "Seguridad alimentaria y retardo crónico del crecimiento en niños pobres del norte argentino". *Archivos Argentinos de Pediatría*, 107(3), 221-228.

Bonfiglio, J. I., Salvia, A., y Vera, J. (2020). *Deterioro de las condiciones económicas de los hogares y desigualdades sociales en tiempos de pandemia*. Buenos Aires: Observatorio de la Deuda Social Argentina.

Cardinaux, N. (2020). El derecho a la educación atravesado por Covid-19. En Juan Bohoslavsky (Ed.). *Covid-19 y derechos humanos: la pandemia de la desigualdad*. (pp. 301-316). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.

Casas Patiño, D., Grifaldo, F. C., Torres, A. R., y Langrave, G. C. (2021). "Análisis socio crítico de los comedores comunitarios en el estado de México". *Interfaces Científicas-Saúde e Ambiente*, 8(3), 87-108.

Cordero, M. L., y Cesani, M. F. (2021). "Magnitude and spatial distribution of food and nutrition security during the COVID-19 pandemic in Tucumán (Argentina)". *American Journal of Human Biology*, e23632. Doi: 10.1002/ajhb.23632

Couceiro, M., Singh, V., Valdiviezo, M., Tejerina, M., y Zimmer, M. (2015). "Inseguridad alimentaria familiar percibida por mujeres embarazadas, atendidas en el primer nivel de atención de la ciudad de Salta, Argentina". *Antropo*, 34, 13-22.

Demonte, F. (2011). "La construcción de la malnutrición infantil en la prensa escrita argentina durante la crisis de 2001". *Salud Colectiva*, 7, 53-71.

Dehollain, P. L. (1995). "Concepto y condicionantes de la seguridad alimentaria en hogares". *Revista agroalimentaria*, 1(1), 4. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3234351.pdf>

FAO (Food and Agriculture Organization of United Nations) (2000). *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo*. Roma: FAO. Recuperado de: <http://www.fao.org/DOCREP/X8S/X8200SX2S00.htm>

Ferullo, H. (2009). Sobre los conceptos de pobreza y subdesarrollo en el pensamiento económico moderno. La pobreza en la teoría económica tradicional. En Alfredo Bolsi y Pablo Paolasso (Ed.) *Geografía de la pobreza en el Norte Grande Argentino*. (pp. 41-52). San Miguel de Tucumán: PNUD.

Fiszbein, A., y Giovagnoli, P. (2004). "Hambre en la Argentina". *Desarrollo Económico*, 43 (172) 637-656. Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/3456021>

Ierullo, M. (2013). "Prácticas de cuidado infantil en organizaciones comunitarias: los comedores comunitarios en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Argentina" *Portularia* Vol. XIII, Nº 1, (59-65). Recuperado de: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/27332/CONICET_Digital_Nro.d33a4f63-7c01-461a-973f-641eb963c337_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana (2021). "Informe de resultados del indicador barrial de situación nutricional". Buenos Aires. Recuperado de: <https://isepci.org.ar/wp-content/uploads/2021/04/PRESENTACION-RESULTADOS-IBSN-1ER-SEMESTRE-2021-2.pdf>

León, A., Martínez, R., Espíndola, E., & Schejtman, A. (2004). *Pobreza, hambre y seguridad alimentaria en Centroamérica y Panamá*. CEPAL. Recuperado de <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/6077>

Longhi, F.; Cordero, L. y Paolasso, P. (2020). Pobreza y desnutrición infantil en la ruralia del noroeste argentino. Una mirada integradora. En: Alejandra Salomón y Alejandra de Arce (Comp.) *Una mirada histórica al bienestar rural argentino*. (pp. 253-284) Teseo: Buenos Aires.

Longhi, F., y del Castillo, A. (2017). "Mortalidad infantil por desnutrición y condiciones de pobreza en Tucumán (Argentina): Magnitudes, manifestaciones espaciales y acciones familiares en los primeros años del siglo XXI". *Papeles de Geografía*, (63), 91-112.

Longhi, F., Gómez, A., Zapata, M. E., Paolasso, P., Olmos, F., y Ramos Margarido, S. (2018). "La desnutrición en la niñez argentina en los primeros años del siglo XXI: un abordaje cuantitativo". *Salud colectiva*, 14, 33-50.

Luna Montaña, R. (2020). *Asociación entre la inseguridad alimentaria y la doble carga de malnutrición: revisión sistemática*. Master's thesis, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

Maceira, V. (2015) "Un abordaje teórico-metodológico para la investigación de la estructura, la movilidad social y las condiciones de vida: la propuesta ENES-PISAC". *RELMECS*, vol. 5 nº 2.

Márquez, A. (2017). *Estimación y georreferenciación de la probabilidad de padecer inseguridad alimentaria: metodología y resultados para el total país*. Buenos Aires. Recuperado de <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/9077/1/estimacion-georreferenciacion-inseguridad.pdf>

Márquez, A., y Salvia, A. (2019). *Riesgo de inseguridad alimentaria*, 2010. Poblaciones.

Ortale, M. S., y Santos, J. A. (2020a). "Pobreza, seguridad alimentaria y políticas sociales en Argentina (2014-2018)". En *V Seminario Internacional Desigualdad y Movilidad Social en América Latina* (Santiago de Chile, 6 a 8 de mayo de 2019).

_____ (2020b). *Inseguridad alimentaria y desigualdades en Argentina (2014-2018)*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).

Rosso, M. A., Wicky, M. I., Nessier, M. C., y Meyer, R. (2015). "Inseguridad alimentaria en la ciudad de Santa Fe: percepción de los ciudadanos". *Salud colectiva*, 11, 235-245.

Salvia, A. (2010). "La (in) equidad en los procesos de crianza y socialización". *Boletín Nº 3 del Observatorio de la Deuda Social de la Infancia*. Recuperado de

<https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/8163/1/in-equidad-procesos-crianza-socializacion.pdf>

Santarsiero, L. H. (2013). "Los comedores comunitarios como fenómeno social, político y alimentario en la Argentina de los últimos treinta años: una guía práctica para su comprensión". *Cuestiones de sociología* (9), 319-323. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5898/pr.5898.pdf

Sen, A. K. (1997). "From income inequality to economic inequality". *Southern Economic Journal*, 64(2), 384-401.

Sordini, M. V. (2014). "Los comedores comunitarios y la emergencia contra el hambre". En: *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*. 3 al 5 de diciembre de 2014 Ensenada, Argentina. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología.

Tuñón, I. (2011). *Situación de la infancia a inicios del Bicentenario: un enfoque multidimensional y de derechos*. Buenos Aires: ODSA.

Tuñón, I., y Lamarmora, G. (2019). *Infancias e inseguridad alimentaria: un fenómeno que se exacerba en el contexto de la crisis y pese a una mayor protección social*. Buenos Aires: ODSA. Recuperado de <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/9522/1/infancias-inseguridad-contexto-crisis.pdf>

Tuñón, I., Piñeiro, S. P., y Coll, A. (2017). "La pobreza infantil en clave de derechos humanos y sociales. Definiciones, estimaciones y principales determinantes (2010-2014)". *Población & Sociedad*, 24(1), 101-133.

Tuñón, I., y Poy, S. (2020). Indicadores de pobreza y riesgos alimentarios antes de la pandemia. En: Agustín Salvia, Sergio Britos y Eugenio Díaz-Bonilla (Eds.). *Reflexiones sobre las políticas alimentario-nutricionales de la argentina, antes y durante la pandemia del COVID-19*. Buenos Aires: International Food Policy Research Institute. Disponible en <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/10954/1/reflexiones-durante-pandemia-covid-19.pdf>

Tuñón, I. y Salvia, A. (2013). Apuntes sobre la construcción de indicadores de desarrollo humano de la infancia. En A. Canetti; L. Schwartzmann; M. De Martino; M. J. Bagnato; O. Roba; A. Girona; A. Cerutti; C. Espasandin; M. Álvarez (Eds.) *Modelos e indicadores de desarrollo y bienestar infantil*. Montevideo: Universidad de la República.

Tuñón, I., Salvia, A., y Musante, B. (2012). "Principales factores asociados a la inseguridad alimentaria de los hogares con niños, niñas y adolescentes". En Libro de Ponencias del V

Congreso Mundial de la Infancia y la Adolescencia.(Argentina). Recuperado de <https://www.aacademica.org/ianina.tunon/54>

Van Gameren, E., y Urbina Hinojosa, S. (2018). La doble carga de la malnutrición: La inseguridad alimentaria y el sobrepeso en México. En: Ernesto Aguayo Téllez y Martha Claudia Rodríguez Villalobos (Eds.). *Economía de la salud en México*. (pp. 1-32). Ciudad de México: Pearson Educación de México.

Waisgrais, S. (2020). Impacto de la Covid-19 en el bienestar de niñas, niños y adolescentes: una mirada desde la protección social. En: Juan Bohoslavsky (ed.) *Covid-19 y derechos humanos: la pandemia de la desigualdad*. (pp. 273-285). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.



La alimentación de infancias vulnerables de Mendoza en tiempo de pandemia

Cecilia Molina
UNCuyo

Eliana Lazzaro
UNCuyo

Javier Ontivero
UNCuyo

Gabriela Escudero
UNCuyo

Gerardo Weisstaub
INTA, Universidad de Chile

Claudia García
UNCuyo

Laura de Rosas
UNCuyo

Resumen

Las restricciones producto de la pandemia de coronavirus y del aislamiento impuesto para prevenirla afectaron la distribución, el acceso y el intercambio de comidas. En ese contexto, la asistencia alimentaria se modificó y las familias ligadas a la economía informal adoptaron nuevas estrategias para procurar su sustento. Este escrito procura identificar continuidades y cambios en los consumos alimentarios y en la comensalidad familiar y no familiar en la que participan infancias que habitan barrios vulnerables de Mendoza y comprender de qué manera las nuevas comensalidades son vivenciadas por ellas, sus familias y por referentes sociales. El trabajo recupera aspectos del proyecto PISAC-COVID-19: "Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas" (en curso), en el que la Universidad Nacional de Cuyo participa como nodo.

A partir de un diseño cualitativo se analizan segmentos de entrevistas a 28 madres y abuelas, a 16 referentes territoriales y testimonios de 49 niños y niñas de una muestra intencional de barrios del Gran Mendoza y del Gran San Rafael en los que la Encuesta de la Deuda Social Argentina mide inseguridad alimentaria. Los resultados sugieren que la interrupción de ingresos diarios en familias cuyo principal sostén son los trabajos informales resintió el acceso a alimentos en calidad y cantidad. Se priorizó a los niños y a las niñas a costa de la privación de las personas adultas, en especial en la cena. La asistencia estatal –Tarjeta Alimentar y bolsones escolares– se identifica como paliativa. La calidad nutricional de los consumos de niños y niñas que resolvieron parte de sus necesidades de alimentación a

través de comederos y merenderos sociales no presenta diferencias relevantes atribuibles al perfil de las organizaciones que los gestionan. Las reconstrucciones infantiles de la comensalidad que inauguró el confinamiento se asocian con emociones de tristeza y de preocupación, por los cambios en las cotidianidades.

Palabras clave: alimentación infantil, pandemia de COVID-19, familias vulnerables, seguridad alimentaria.

Abstract

The distribution, access, and food exchange were affected by the restrictions caused by the coronavirus pandemic and the lockdown imposed to prevent it. In that context, food assistance was modified and families linked to the informal economy adopted new strategies to ensure their sustenance. This research seeks to identify continuities and changes in food consumption and the family and non-family feeding of children from vulnerable neighborhoods of Mendoza and to understand in which way do children, their families, and social referents experience these new commensalities. The work uses aspects of the ongoing project PISAC-COVID-19: The effects of preventive social isolation in the health of Argentinian children, in which the UNCuyo participates as a node.

Using a qualitative design, segments of the interviews to 28 mothers and grandmothers, 16 regional referents, and 49 testimonies of children from a purposive sample made in neighborhoods of Gran Mendoza and Gran San Rafael in which the Argentinian Survey of Social Debt measures food insecurity are analyzed. Results suggest that the interruption of daily income in families whose main support is informal jobs were negatively impacted in terms of access to food quantity and quality. Feeding children was prioritized at the expense of adults' deprivation, especially during dinner. The state's assistance –food cards and schools' food bags– is identified as palliative. The nutritional quality of children's consumption that solved their food needs through social dining centers does not present relevant differences attributable to the profile of those organizations that manage them. Commensality-related reconstructions that started with the lockdown for children are associated with emotions of sadness and worry caused by changes in daily life.

Keywords: children feeding, COVID-19 pandemic, vulnerable families, food security.

Introducción

Este escrito intenta responder a la pregunta ¿de qué manera el confinamiento dispuesto para limitar la propagación del COVID-19 ha afectado los consumos y las comidas compartidas por niños y niñas que crecen en entornos vulnerables en Mendoza? Recupera aspectos del proyecto "Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del

derecho a la salud en las infancias argentinas”¹, que contempla entre sus propósitos identificar aspectos de la inseguridad alimentaria de infancias vulnerables y dar cuenta de los diversos modos en que las medidas de aislamiento relacionadas con la pandemia han afectado su salud de manera negativa.

Los problemas de malnutrición preceden a la epidemia global de coronavirus. Desde hace al menos tres décadas y en simultáneo con la apertura económica de la región, las dinámicas internas de producción y de consumo de los países latinoamericanos atraviesan cambios profundos. La masificación del consumo de productos procesados y ultraprocesados por efecto de la globalización, impacta desfavorablemente en la salud de las poblaciones (Pohl Valero y Vargas Domínguez, 2021). Específicamente, en las infancias la malnutrición se expresa en indicadores como “baja talla (desnutrición crónica), prevalencia de anemia y déficit de nutrientes críticos, escasa ingesta de frutas, verduras, granos integrales, legumbres y lácteos y en consumo elevado de alimentos ricos en energía, grasas saturadas, azúcares simples y sodio” (Moyano y Perovic, 2018, p. 200).

Para las ciencias sociales, la cuestión alimentaria no se restringe a un cálculo de nutrientes. Está condicionada por modelos político-económicos y tiene implicancias sociales y culturales. “En el acto de comer, el sujeto participa y se apropia de un sistema culinario particular del grupo social, que implica una visión del mundo, una trama de sentidos” (Fernández, 2021, p. 7). En Argentina, y más concretamente en la provincia de Mendoza, la desnutrición, la obesidad y el sobrepeso infantil –entre otras expresiones de malnutrición-, no son consecuencia del actual escenario epidemiológico. Sin embargo, ya hay claros indicios de que las restricciones económicas y sanitarias producto de la pandemia incrementaron la inseguridad alimentaria de niños y niñas de sectores vulnerables (Salvia, Poy y Tuñón, 2021) e impactaron en la comensalidad. También es esperable que los cambios en las políticas alimentarias gubernamentales y el cierre de los comedores escolares hayan modificado rutinas alimentarias en la población. A ello hay que agregar, como sugieren Jönsson, Michaud y Neuman (2021), que la prohibición de compartir las comidas con otros fuera de la familia impuesta por el confinamiento y, al mismo tiempo, la exigencia de comer en familia –que no necesariamente es positiva-, afectaron la comensalidad.

Los citados autores, en sintonía con Scander, Yngve y Wiklund (2021), discuten ciertas idealizaciones sobre las comidas compartidas y sus efectos tangibles para la salud pública, así como las lentes que dan por descontado que la comensalidad

¹ Proyecto Nº 0009 (en curso) en el marco de la Convocatoria PISAC-COVID-19: “La sociedad argentina en la pospandemia”, financiado por la Agencia nacional de promoción de la investigación, el desarrollo tecnológico y la innovación.

indefectiblemente “crea y fortalece lazos sociales” (Luca, Smith Hibbert, 2021). De allí que sugieren poner atención en los efectos diferenciales de la comensalidad elegida y coercitiva, recuperando para estudiarlas las dimensiones propuestas por el sociólogo francés Claude Grignon (2001, en Jönsson, Michaud y Neuman, 2021). En tal sentido, discriminan como dimensiones los aspectos materiales de la comensalidad –las diferentes formas de organizar la comida comunitaria que dependen en cierta medida de la infraestructura involucrada–; los aspectos inmateriales vinculados a los participantes – como el respeto a reglas explícitas o implícitas en torno a las comidas comunes–, y los papeles de quienes orquestan la comensalidad en diferentes contextos. Estas tres dimensiones de la comensalidad resultan de particular relevancia para aproximarse a cómo se alimentaron las infancias en el escenario de pandemia y para identificar si se vulneraron o no sus derechos. Infancias que, como plantean Alfageme, Cantos y Martínez (2003), no son un fenómeno natural, de edad o de desarrollo, sino más bien una construcción sociohistórica, parte de la estructura social.

Desde esta perspectiva contextualizada, situada, las sociedades hilan nociones sobre los diversos modos de *ser infancia* o de habitarla. Por eso, se opta por hablar de *las* infancias, expresión que alude a tránsitos múltiples y diferenciados, producto de desigualdades sociales, atravesados por procesos locales y globales (Carli, 1999). En este caso, el contexto de pandemia. Asimismo, pensar la inseguridad alimentaria en las infancias con los niños y las niñas supone reconocerlos como sujetos de derecho y como actores sociales (Cussiánovich, 2003). Demanda correr las miradas y posiciones adultocéntricas para ir al encuentro de sus mundos, de sus narraciones, ahí donde sus expresiones y visiones de la pandemia y las medidas adoptadas para prevenirla se hacen letra.

Atendiendo a lo planteado, los objetivos que orientan este escrito son identificar continuidades y cambios en los consumos alimentarios y en la comensalidad familiar y no familiar en la que participan niños y niñas de barrios vulnerables de Gran San Rafael y Gran Mendoza, en la provincia de Mendoza, y comprender de qué manera vivencian las nuevas comensalidades. De manera secundaria, se busca caracterizar fortalezas y limitaciones de comederos y merenderos vinculados a movimientos sociales, que intermedian la asistencia alimentaria estatal y tienen parte de su personal rentado a través del salario social complementario, y los que son gestionados por agrupaciones religiosas y/o barriales, de tipo autogestivo, que se sostienen con personas voluntarias y donantes privados.

El escrito se organiza en tres apartados. En primer lugar, se detalla la metodología seguida y se reflexiona sobre los ajustes y aprendizajes que supuso desplegar el trabajo de campo en el escenario del aislamiento y con sectores de población con serias limitaciones de acceso a la conectividad. Luego se exponen resultados atendiendo a las

perspectivas de las familias, las y los referentes sociales y los niños y las niñas. Los resultados se discuten a la luz de nociones conceptuales y se cierra con conclusiones provisorias.

Metodología

El diseño del estudio en el que se basa este escrito es cualitativo. Para caracterizar los consumos y la comensalidad familiar se analizaron fragmentos de entrevistas a 28 madres y abuelas, a 16 referentes territoriales –responsables de comedores y merenderos, docentes y personal de salud- y se recuperaron, a través de diarios, los testimonios de 49 niños y niñas de una muestra intencional de barrios y distritos de Gran Mendoza y de Gran San Rafael en los que la Encuesta de la Deuda Social Argentina (EDSA) ha medido inseguridad alimentaria. Además, el guión de las entrevistas fue compartido por los equipos (nodos) que integran el estudio PISAC, quienes lo aplicaron –con adaptaciones-, en sus respectivos ámbitos de estudio². El instrumento abarcó preguntas relacionadas con la caracterización de los contextos barriales, la obtención de los recursos para preparar, almacenar, refrigerar y distribuir alimentos antes y durante el aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) y el distanciamiento social preventivo y obligatorio (DISPO), el tipo y la frecuencia de alimentos ofrecidos y la valoración de las ayudas estatales relacionadas con la alimentación, en tiempos de pandemia, entre otras.

En el Gran San Rafael, el trabajo de campo se realizó entre abril y mayo de 2021 en los barrios El Molino e Isla del Río Diamante, de Ciudad, y en el distrito de Goudge, rural, ubicado a 25 kilómetros de la cabecera departamental. Los contactos y las entrevistas fueron realizados por mujeres, referentes barriales y por profesionales de la salud que viven y trabajan en la zona y son parte de la Fundación Salud Inclusiva³, quienes fueron capacitados por el equipo de investigación de la UNCuyo. Esta situación ayudó a sortear una dificultad en el trabajo de campo desplegado en el contexto del aislamiento, como es encontrar familias con niños y niñas dentro de los grupos etarios de interés y entrevistar a quienes residen en territorios con severos problemas de conectividad. Esas limitaciones hacen que se requieran diversos contactos hasta lograr completar la muestra

² Participan del PISAC 0009 equipos de investigación de universidades y organizaciones de diferentes regiones de Argentina: UN de La Plata, UN Córdoba, UN de Santiago del Estero, UN de Entre Ríos, U. Flores (sede Patagonia), Solidagro, Universidad Católica Argentina y UNCuyo, coordinados por UN de La Matanza.

³ Una fundación inspirada en el enfoque de la salud colectiva latinoamericana que desarrolla acciones de extensión territoriales, formación, investigación y promoción del pensamiento crítico en pos de la defensa del derecho a la salud. Tiene vinculaciones a nivel nacional con la Fundación Soberanía Sanitaria. Ver: <https://www.fundacionsaludinclusiva.org/>

deseada, complejizan el proceso de recolección de información y reclaman nuevas estrategias para no dejar afuera a sectores que, por su situación socioeconómica, carecen de los dispositivos que posibilitan los contactos virtuales (Guerrero, 2021).



Imagen Nº 1. Organizando el relevamiento en la Isla, San Rafael
Fuente: fotografía tomada y cedida por la Fundación Salud Inclusiva

En los puntos muestrales comprendidos en los departamentos de Ciudad, Guaymallén, Las Heras, Lavalle, Maipú, Godoy Cruz y Luján de Cuyo (Gran Mendoza), también se apeló a un movimiento social para identificar y acceder de manera ágil a posibles referentes a entrevistar. La mayor extensión y complejidad de los contextos y situaciones de enfermedad y aislamiento por COVID de integrantes del equipo y en los barrios extendió los tiempos programados hasta julio de 2021 y obligó que un alto porcentaje del trabajo de campo mutara a la modalidad virtual. Las entrevistas fueron realizadas por estudiantes avanzados de sociología supervisados por el equipo.

Además, las entrevistas a madres y a abuelas (28) se realizaron de manera presencial (11) y a través de videollamadas (17). En el transcurso de las mismas se indagaron tópicos sobre la experiencia familiar de la cuarentena en relación con la salud y alimentación de niños/as y adolescentes de 0 a 17 años en el hogar. La duración promedio de entrevistas a referentes alimentarios de las familias fue de 60 minutos. Los y las referentes sociales (16) fueron entrevistados/as de manera presencial (7) y a través de

videollamadas o por teléfono (8), de acuerdo con sus posibilidades de conectividad y con las restricciones vigentes por el aislamiento en el momento de los contactos. La duración promedio de estas entrevistas fue de 50 minutos.

Es preciso destacar que indagar entre niños y niñas presentó un desafío metodológico, ya que las entrevistas y talleres diseñados inicialmente por integrantes del equipo para ir a su encuentro no pudieron concretarse a causa del contexto pandémico. Para sortear este escenario, se elaboró un instrumento de recolección de datos que denominamos *Diario Andarín*. Se trata de un cuadernillo con una guía de preguntas que procuró recuperar aspectos relacionados con la alimentación y la actividad física vividos por niños y niñas en la cuarentena. Este tipo de “metodología expresivo-creativa” según Huergo e Ibáñez (2012), posibilita el acercamiento a las experiencias a partir de las propias narrativas de niños y niñas. El diario se organizó en dos temáticas bien diferenciadas –comensalidad y actividad física– y en cada eje se incorporaron hojas que contenían disparadores, agregando además espacios para la libre expresión, donde se les sugirió dibujar, pegar imágenes o bien lo que quisieran formular más allá de lo pautado. Este instrumento fue distribuido a través de facilitadores de las organizaciones barriales contactados por el equipo de investigación. Para transmitir la intención de los diarios a sus protagonistas, se confeccionó un instructivo y se mantuvieron encuentros orientadores con quienes los mediaron, previos y concomitantes a su aplicación, de manera virtual.

Las edades de los niños y niñas cuyos testimonios se recobran oscilan entre los 7 y 13 años y predominan quienes tienen 10 y 11 años. Se recopilaron entre mayo y junio de 2021, 18 diarios en San Rafael, y en julio de ese año, 31 en Gran Mendoza. Asimismo, el análisis de la información obtenida a través de las entrevistas y los diarios se orientó por el método de comparación constante de Glaser y Strauss (en Vivar, Arantzamendi, López Dicastillo y Gordo Luis, 2010).

Resultados

1. La perspectiva de las familias

Las entrevistas a familias estaban inicialmente destinadas a las personas que cumplen el rol específico de crianza y de gestión alimenticia de los y las niñas del hogar. En el caso de Mendoza –y de manera excluyente-, son mujeres, madres y/o abuelas las referentes alimentarias; figuras que, en la caracterización de Garrote (1997), concentran la elección de los patrones de alimentación del grupo, centralizan la decisión de los alimentos a comer, los horarios y las cantidades.

1.A. Consecuencias de la pandemia en las economías de las familias vulnerables

El ASPO afectó directamente los ingresos de los hogares con condiciones laborales informales. En el caso de las familias que residen en barrios urbanos, donde los principales ingresos resultan de changas, trabajos de albañilería en obras o tareas no registradas, el sustento económico se vio reducido por las medidas que acompañaron la cuarentena. La prohibición de circular, la suspensión de trabajos en la construcción de obras y los despidos sin aviso ni indemnizaciones repercutieron en la reducción o pérdida de trabajo de los sostenes del hogar.

“Él estaba en blanco, pero cuando empezó la pandemia lo despidieron, se quedó sin trabajo. Estuvo el año sin trabajar y recién ahora, este año, está trabajando, pero trabaja por su cuenta ahora, hace changas” (Entrevista a mujer de 39 años, madre de dos hijos, Las Heras).

“-E: ¿No trabajaron por las restricciones o porque no había trabajo?

-Por las restricciones, porque los chicos habían conseguido trabajo y cuando empezó la cuarentena y ellos iban a trabajar, se los llevaban detenidos, la policía les ponía multa porque estaban en la vereda. Fue muy difícil en ese sentido” (Entrevista a mujer de 45 años, madre de dos hijos, Luján de Cuyo).

En zonas rurales, la situación económica también se vio afectada por las condiciones de trabajo por temporada de las y los jornaleros de las cosechas. En estos hogares, donde el mayor ingreso anual proviene del trabajo por temporada, el empleo se redujo. Además, no se podía acceder a trabajos alternativos para compensar.

“-E: ¿Cómo ha sido ahora en la pandemia para tu marido?

-Feo, porque a veces tiene trabajo y a veces no, ¿me entendés? Y nos las tenemos que rebuscar. En el invierno acá en el campo se pone muy fea la cosa, por eso cuando están las cosechas, mi marido siempre tuvo la costumbre de decir: ‘flaca, tratemos de comprar lo más que podamos’, en el sentido de harina, aceite, azúcar, que es lo que más se utiliza para darles de comer a los chicos porque en invierno no vamos a tener trabajo. Todo el invierno pasado fue feo” (Entrevista a mujer de 34 años, madre de cuatro hijos/as, Lavalle).

1. B. Nuevas estrategias para procurar la comida diaria

Ante la reducción de ingresos en los hogares durante el ASPO, surgieron diversas estrategias económicas por parte de las familias para garantizar el acceso a alimentos

para los/as niños/as y adolescentes. En primer lugar, se redujeron los gastos y se comenzó a priorizar la compra de alimentos básicos en desmedro de los materiales escolares, la vestimenta o el pago de servicios.

“Hemos tenido que restringirnos a muchas cosas, principalmente para los niños y los adolescentes, para priorizar el alimento... No comprar tanto calzado, mochilas o comprar lo justo y necesario” (Entrevista a mujer de 57 años, abuela de seis nietos/as, Maipú).

Otra estrategia de las familias consistió en reducir las comidas de las personas adultas para garantizar la de niños, niñas y adolescentes, o inclusive la de reducir una comida de todo el hogar, principalmente la cena.

-E: ¿Y a la noche cenan?

-A veces sí y a veces no.

-E: ¿De qué depende?

-Que por ahí no tenemos y por ahí sí. Y es preferible que coman ellos [los niños] y no nosotros.

-E: En ese caso, ¿usted y su marido toman algo caliente o se toman un mate o no comen nada?

-C: Mate tomo yo (Entrevista a mujer de 38 años, madre de 2 hijos/as, Godoy Cruz).

Una tercera estrategia de las familias entrevistadas consistió en tramitar ayudas externas y asistencia alimentaria. Ante la crisis sanitaria y económica, fue recurrente que se entablaran redes de ayuda entre vecinas y vecinos, familias y organizaciones comunitarias que sostienen comedores/merenderos en los barrios. Los bolsones de alimentos entregados en las escuelas y municipios complementaron los apoyos.

“-Nos daban desde el comedor y mi mamá, que es jubilada, siempre nos ayudó. Íbamos a una iglesia evangélica y ellos por WhatsApp nos hablaban y a veces nos traían mercadería. Con el tema de alimentación nos ayudó el comedor, la iglesia y mi mamá nos ayudó bastante.

-E: ¿En la escuela les daban el bolsón?

-También, sí, de la escuela hasta ahora nos están dando la bolsita de mercadería (...) No manejábamos plata, no teníamos plata, nos habíamos quedado sin

trabajo. Nos manejamos con las donaciones” (Entrevista a mujer de 39 años, madre de dos hijos/as, Las Heras).

1.C. Contribuciones de las transferencias de ingreso en ASPO y DISPO

Los planes y programas sociales fueron fundamentales para atravesar la cuarentena. En diversas entrevistas, los informantes consideran que transferencias monetarias como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE), la Asignación Universal por Hijo (AUH)⁴ y el Potenciar Trabajo⁵, supusieron el único ingreso mensual estable que percibieron durante el ASPO.

“Si no hubiese sido por los planes sociales que teníamos, te juro que hubiese sido muy difícil salir adelante” (Entrevista a mujer de 45 años, madre de dos hijos, Luján de Cuyo).

En el caso de la Tarjeta Alimentar (TA)⁶, los destinatarios fueron específicos, tanto por criterios de edad como de situación ocupacional de padres y madres. Fue recurrente que muchas madres recibieran la TA hasta que sus hijos e hijas cumplieran siete años de edad. Por otro lado, la extensión del plástico de la TA en Mendoza se interrumpió por la pandemia, por lo que se recibía junto con la AUH, lo que en ocasiones dificultó poder identificar a la compra de qué productos se destinaba cada transferencia monetaria. Las madres que recibieron la TA explican que les permitió acceder a alimentos que no eran parte de su dieta cotidiana.

⁴ Un informe de la CEPAL (2020) que compara las respuestas de los estados latinoamericanos a los problemas socioeconómicos que se profundizaron en la región por efecto de la pandemia, detalla que en Argentina se implementaron nuevas transferencias monetarias, aumentó el monto de transferencias monetarias preexistentes y también se incrementó la cobertura de población con transferencias preexistentes. Entre las primeras, la CEPAL destaca el Ingreso Familiar de Emergencia, una transferencia de 10.000 pesos argentinos (154 dólares) por mes y el aumento de los montos a todos los receptores de programas como la Asignación Universal por Hijo y la Asignación por Embarazo para Protección Social, así como de las pensiones no contributivas. Las prestaciones adicionales van desde los 44 a los 150 dólares, y el monto más alto corresponde a las pensiones por discapacidad. La mayor cobertura poblacional de transferencias existentes se concretó a través de la entrega de más de 1,5 millones de tarjetas adicionales para las transferencias del programa Tarjeta Alimentaria, destinado a la adquisición de los bienes de la canasta básica alimentaria.

⁵ El Potenciar Trabajo es un programa nacional, previo a la pandemia, cuyo objetivo es contribuir a mejorar el empleo mediante proyectos socio-productivos, socio-comunitarios y socio-laborales locales y el apoyo a la terminalidad educativa. Está destinado a personas en situación de vulnerabilidad social y económica quienes, a modo de contraprestación, participan en tareas comunitarias como el apoyo a comedores y merenderos barriales. Ministerio de Desarrollo Social, Presidencia de la Nación. Ver: <https://www.argentina.gob.ar/desarrollosocial/potenciartrabajo>

⁶ La Tarjeta Alimentar (TA) fue una transferencia monetaria dirigida a los destinatarios de la AUH y las embarazadas a partir de tres meses que cobraban la Asignación Universal por Embarazo (AUE) y se orientó a la compra de alimentos y bebidas no alcohólicas (Tuñón, Poy y Salvia, 2021).

“Si me piden yogures, yo ahora les puedo comprar, antes no se podía. Ahora les puedo comprar las frutas que ellas quieren, y también puedo comprar carne” (Entrevista a mujer de 33 años, madre de tres hijas, Las Heras).

“-Nosotros justo tuvimos el IFE que nos ayudó mucho y después empecé a cobrar la tarjeta, no en marzo.

-E: ¿Cómo es tu experiencia con ese programa?

-A mí me ayudó muchísimo, porque es una plata que, por lo menos en mi caso, todos los meses cuando la cobramos vamos y hacemos un pedido. Compró carne, compro de todo un poco, aceite y lo esencial. Entonces la verdad es que es una ayuda grandísima” (Entrevista a mujer de 27 años, con una hija de cinco, San Rafael).

1.D. Consumos alimentarios y comidas compartidas

La pandemia y las medidas de restricción en las distintas etapas de ASPO y DISPO modificaron algunos consumos alimentarios y la comensalidad familiar. No se mencionan cambios significativos en los menús, pero sí desaparecieron de la rutina alimenticia de las familias las carnes, los lácteos y los fritos. Las comidas más repetidas fueron los guisos de fideos y de arroz, los panificados y las sopas. Y en general, comían juntos padres e hijos.

“-Era todo harina, eran fideos, arroz y lo que podías cocinar con harina.

-E: ¿Cómo hacías para hacer rendir las donaciones o los bolsones que recibías?

-Mi marido cocinaba un día, por ejemplo, guiso, que comíamos un montón, y hasta que no se acababa el guiso, no comíamos otra cosa. Lo calentábamos y lo comíamos, lo calentábamos y lo comíamos. Ahora ya, cuando se acababa, ahí sí ya hacíamos otra cosa. Así nos manejábamos” (Entrevista a mujer de 34 años, madre de cuatro hijos/as, Lavalle).

Gran parte de las personas entrevistadas remarcan como un aspecto positivo de la cuarentena la posibilidad de compartir juntos las comidas en familia por efecto de las restricciones para circular.

“La pandemia también nos enseñó que podíamos compartir tiempo, más que nada con los niños... Nos enseñó la unión, porque yo trabajo y mi esposo igual y antes no nos sentábamos a comer todos juntos. Y nos enseñó a volver a esa

familia, que no estábamos acostumbrados (...) lo lindo fue que nos dimos cuenta que había una familia, que mis hijas tenían un padre y compartimos y vimos más cosas de ellas” [sus hijas] (Entrevista a mujer de 38 años, madre de dos hijos/as, Godoy Cruz).

1.E. Percepciones sobre la salud de niños/as y adolescentes

El ASPO y DISPO impactaron en el ánimo de niños, niñas y adolescentes y en sus estados de salud. Se advierte que las restricciones para circular, tener que convivir en espacios reducidos, la disminución de actividades físicas y lúdicas, la falta de contacto social y el miedo e incertidumbre por la pandemia repercutieron en cambios de humor y en las prácticas alimenticias de las infancias.

“-E: ¿Usted identificó algún cambio físico en sus hijas el año pasado?

-La más grande se me adelgazó... ¿Viste que el noticiero te asustaba? No me quería comer mucho porque decía que había que guardar la comida porque no podíamos salir. Eso me empezó a preocupar, entonces decidimos no ver más noticieros, poníamos el DVD para que se distrajeran con dibujos y la llevamos a la sala porque había bajado mucho de peso, y me decían que eso era por estrés, por un nervio” (Entrevista a mujer de 38 años, madre de dos hijos/as, Godoy Cruz).

“Lo bueno, ponele, era que antes mis hijos salían mucho y es como que tomaron conciencia. Cuando empezó esto no salían. Ahora sí pero a las 9 ya están de vuelta” (Entrevista a mujer de 46 años, madre de adolescentes que además convive con nuera adolescente y nieto de 5 años, San Rafael).

2. La perspectiva de referentes sociales

A excepción de un varón, dirigente de un movimiento social que trabaja con cerca de 70 comedores en barrios populares de Mendoza, todas las referentes sociales entrevistadas son mujeres: nueve están a cargo de comedores y/o merenderos infantiles, dos son trabajadoras de la salud, dos de educación y una trabaja en una delegación municipal en la que funciona un merendero. Estas últimas intervinieron en actividades relacionadas con la alimentación de niños y niñas y de familias en situación de vulnerabilidad durante ASPO y DISPO.

En cuanto a la distribución territorial, nueve de las personas entrevistadas residen en barrios populares urbanos y cinco en distritos rurales. La muestra de referentes informa

sobre comedores y merenderos de muy diferentes escalas. Mientras sobre algunos recae la tarea de procurar el almuerzo a entre 700 y 1.000 personas por día, otros gestionan la merienda de 40 u 80 niños/as algunos días de la semana. La procedencia de los recursos que gestionan merenderos y comedores y sus formas organizativas son también diversas: una parte están ligados a movimientos sociales y son financiados con fondos de Nación y de Desarrollo Social de la Provincia; y otros son autogestivos y se sostienen con donaciones de privados, de referentes políticos y eventualmente de los municipios.

Más allá de las escalas y las diferencias en sus modalidades de gestión, prácticamente ningún espacio barrial que provee almuerzos o meriendas suspendió sus actividades en la pandemia. Casi todos estuvieron cerrados los primeros 15 días de la fase 1 “por miedo” o por “no saber” si podían estar activos, pero desde entonces desplegaron un rol clave para afrontar la crisis alimentaria. Espacios que antes de la pandemia estaban destinados únicamente a niños/as pasaron a ser comedores para las familias. Sin embargo, lo que se modificó fue la modalidad de provisión: en vez de almorzar o merendar en el espacio colectivo, familias, niñas y niños se llevaban a su casa las viandas o estas eran repartidas a domicilio. Otro cambio respecto de los tiempos prepandémicos fue la suspensión de actividades de apoyo escolar, recreación infantil o educación de personas adultas que muchos/as sostenían antes de la pandemia.

2.A. Aspectos materiales de la comensalidad en los barrios

Los comedores que mantienen fuertes nexos con movimientos sociales reciben mercadería a través de Desarrollo Social de la Provincia y de la Nación. Complementariamente, para *comprar extras* –como frutas y verduras que no están presentes en los bolsones que aporta el Estado-, realizan rifas y/o gestionan donaciones.

“Del gobierno de la Provincia antes nos llegaban 100 módulos y ahora nos llegan 200; traen cuatro variedades de fideos, harina, yerbita, té y creo que nada más. Con suerte, por ahí llega aceite y yerba por el Frente de Lucha⁷. Después nos manejamos con donaciones. Una de los compas puso su cuenta, su CBU, hicimos un *flyer* y dependiendo de la plata que tuviésemos era lo que se iba comprando durante la semana” (Entrevista a referente de espacio ligado a un bachillerato de mujeres, Ciudad de Mendoza).

⁷ El Frente de Organizaciones en Lucha congrega a trabajadores precarizados del conurbano bonaerense, de la Ciudad de Buenos Aires y de provincias como Jujuy, Córdoba, Mendoza, Chaco y Salta.

“La gente que trabaja acá cobra un plan que es de Nuestra América⁸. Empezamos hace unos diez años atrás con merendero y festejos del Día del Niño y esas cosas. Después, con la comida, también con donaciones, y si no venían donaciones, sacábamos de nuestros bolsillos para comprar papa, cebolla. Lo que es fideos, arroz, sémola, leche, me ayudan desde Nuestra América y la carne, cuando hay. Este mes no me tocó carne” (Entrevista a referente de comedor y merendero con nexos con movimiento social, Ciudad de Mendoza).

Comedores ligados a iglesias o impulsados por grupos solidarios de mujeres se sostienen con contribuciones de los feligreses, gestionan subsidios y/o ayudas puntuales de movimientos sociales, de partidos políticos, de legisladores o concejales o bien recurren a negocios de proximidad u actores privados que les puedan hacer aportes en mercadería. Esta es una realidad más compleja, ya que no tienen la seguridad de que todas las semanas vayan a disponer de recursos para garantizar la comida.

“Los negocios de por acá cerca siempre nos han donado. Al municipio fui una sola vez, llevamos una nota y un mes nos ayudaron con harina, con zucoa y dulce y después al mes siguiente nos dijeron que no porque el tema de los merenderos se maneja con las organizaciones. Me traté de contactar con algunas de las organizaciones que trabajan en el departamento y me ayudó la UST⁹ con el tema de las verduras y esas cosas” (Entrevista a mujer referente de merendero autogestivo, Lavalle).

“A los de Barrios de Pie¹⁰ les pedí que me hagan una nota, porque no es lo mismo salir a pedir uno como persona normal –por más que yo diga ‘soy la referente del barrio’, me van a decir ‘¿quién te conoce?’– a que tengas un papel de una organización que esté firmado, sellado, pidiendo una donación... y sí, por ahí, en una carnicería nos donaban la carne molida viernes por medio, nos donaba 2 o 3 kilos de carne molida” (entrevista a mujer referente de merendero barrial en Pedriel, Lujan de Cuyo).

⁸ Nuestra América es un movimiento popular desprendido del espacio político La Dignidad que integra el Frente de Todos. A través de ese espacio, el gobierno nacional implementa el programa Potenciar Trabajo.

⁹ Se refiere a la Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra, que es una organización de trabajadores rurales organizados en grupos de base de distintas comunidades rurales de Mendoza y tiene como ejes de lucha la soberanía alimentaria, la reforma agraria integral y la organización popular.

¹⁰ Barrios de Pie es un movimiento social que integra el partido político Libres del Sur. Este partido en la provincia de Mendoza es parte de la alianza gobernante, junto con la UCR y el PRO.

Por su parte, los comedores gestionados desde organismos públicos comparten con los que gestionan organizaciones sociales la implementación de la política nacional de asistencia alimentaria directa desde antes de la pandemia. Como ellos, en tiempos de ASPO y DISPO también apelaron a otras estrategias para incrementar la disponibilidad de insumos, para preparar y distribuir raciones y bolsones, en sintonía con el incremento de la demanda que tuvieron que afrontar.

“Para el comedor comunitario tenemos un programa nacional, el PNUD¹¹ y otro de la provincia que le llaman Raciones Alimentarias¹². Nos mandan para quinientas personas y nosotros tenemos ochocientos. Entonces lo que falta se complementa con lo que nos donan. Un trabajo fundamental y permanente que se hace desde la institución es visibilizar la tarea... Y vos me decís ‘¿qué tiene que ver?’ Tiene mucho que ver, porque visibilizando lo que hacés y cómo lo hacés, explicando por qué y para qué, es que la gente se suma a este tren que no termina nunca. Tenemos gente de diferentes lugares que nos acompaña y que nos ayuda a mantenernos. Por lo general te preguntan qué necesitás y nos compran lo que necesitamos en ese momento” (Entrevista a directora de escuela primaria con jardín maternal, Las Heras).

Como se desprende de los relatos, todos los espacios sociales que proveen almuerzos y/o meriendas desplegaron antes de la pandemia estrategias mixtas para obtener víveres, generalmente por fuera de los barrios. En 2020 expandieron la búsqueda de recursos, desarrollaron nuevas formas de combinar los alimentos e incorporaron nuevos criterios de priorización de las entregas (en algunos casos, disminuyeron la frecuencia) para responder a la mayor demanda de vecinos/as de diferentes edades que se acercaron a los comedores.

“Yo hablo, converso, trato de conocer gente y esa misma vez a la gente la comprometo a que me conozcan más gente, que vayan conociendo para ayudarme y así voy consiguiendo cosas para la comida, para mantener a los

¹¹ Se refiere a una de las líneas del Plan Nacional Argentina contra el hambre que, a través del componente Abordaje Comunitario – Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), financia comedores comunitarios gestionados por organizaciones sociales que prestan servicios alimentarios regulares gratuitos a población en situación de pobreza y vulnerabilidad social. De acuerdo a información difundida por el SIEMPRO (2020) el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación se apoya en el PNUD para brindar asistencia técnica y financiera y asegurar que comedores y merenderos brinden adecuada nutrición y alimentos de calidad a la población en situación de pobreza y/o indigencia.

¹² Hace alusión a los bolsones con que la Dirección General de Escuelas de Mendoza brindó a los estudiantes una vez que cerraron los comedores y merenderos escolares debido a la emergencia sanitaria (DGE, 18-03-2020).

niños” (Entrevista a mujer referente de un merendero y comedor autogestivo, Guaymallén).

Algunas estrategias prepandemia se vieron restringidas por la imposibilidad de circular:

“Compraba cajas de leche, poníamos un poquito cada una o salíamos y pedíamos en el barrio. Una vuelta casi nos llevan presas [risas], es que, claro, estábamos todo el día con los chicos nuestros por el tema de las tareas y a las ocho de la noche recién nos podíamos juntar para hacer el otro día algo... Y entonces el policía del barrio nos veía y nos decía ‘ya me tienen cansado’” (Entrevista a mujer, referente comedor autogestivo, Luján de Cuyo).

2.B. Cocinar para muchos... y en condiciones de precariedad

En general, los comedores sociales disponen de escasos elementos para almacenar y refrigerar los productos y para preparar y distribuir las comidas. Esta precariedad de recursos para procurar la comensalidad social era previa a la pandemia, aunque se agravó en las nuevas condiciones a causa del incremento de la demanda de asistencia, en especial en barrios con problemas de acceso al agua y al gas en red. Muchas referentes ponen las cocinas, los utensilios y las heladeras de sus casas y es frecuente la cocción con gas de garrafa o con leña. Ambos combustibles se encarecieron en tiempo de aislamiento, lo que hizo más pesada y expuesta a imprevistos la tarea de cocinar para muchos.

“Entonces juntamos agua un día antes, en bidones que tenemos para el comedor, o en un tacho, y con eso seguimos hasta que llegue el agua. Para cocinar usamos garrafa, tenemos una cocina, que es la de mi casa y en un momento de la pandemia tuvimos que hacernos de un mechero” (Entrevista a mujer, referente comedor del Oeste de la Ciudad ligado a un movimiento social).

“Tengo el horno pizzeria y lo uso con la garrafa. Y una garrafa sale 600, 700 pesos... Y nosotras usamos dos garrafas cada 15 días. Se me terminó esta, o sea que yo para el sábado no tengo para hacer pan, ¿entendés?” (Entrevista a mujer, referente de merendero de Godoy Cruz ligado a un movimiento social).



Imagen Nº 2. Mujeres de comedor social preparando almuerzos
Fuente: fotografía tomada y cedida por el movimiento social Nuestra América.

2.C. Forma y frecuencia de entrega de los alimentos durante ASPO y DISPO

En general, la modalidad de entrega de los alimentos que se reciben del Estado y de donaciones y las frecuencias y preparaciones las deciden quienes coordinan el comedor. Excepcionalmente, la decisión de lo que se compra y se entrega tiene características participativas.

“Las entregas son los viernes y en el bolsón de la mercadería tenés carne molida o blanda o pollo, según las semanas. Después, queso, huevo, fideos guiseros, fideos tallarines, arroz, harina común y leudante –usan mucha harina las mujeres–, sémola o trigo –según la época–, lentejas –también según la época–, aceite, puré de tomate, leche en polvo, azúcar, cacao, mermeladas, té, dulce de membrillo y galletas de agua. ¿Y quién decidió esto?... No fue que nosotras dijimos ‘Bueno, demos esto que más o menos se la arreglen’. No. Le pedimos que PNUD nos permitiera elegir con las familias y con las mujeres. Esto no fue tan sencillo, hubo que hacer la propuesta. No servía que nosotras dijéramos: ‘se come esto’. Igual que el menú con presencialidad. Ese menú lo hacen las mujeres”

(Entrevista a docente, integrante de coordinadora de organizaciones barriales, Godoy Cruz).

En la mayor parte de los casos, qué cocinar y cómo dispensar los alimentos se expresa como prolongación de las decisiones que quienes gestionan los comedores toman como jefas de hogar.

“Con el tema del COVID hay familias que me dicen ‘doña, no vamos a poder ir hoy porque nos han aislado’. Les digo: ‘no importa, le vamos a dejar en la puerta la merienda y ustedes la salen a buscar’. Y tenemos un grupo de WhatsApp de acá del barrio de las mamás, que las unimos a todas y ahí les avisamos. ‘Doña, ¿nos podemos incluir en el merendero?’. ‘Sí’ –les digo–, vengan” (Entrevista a mujer, referente comedor autogestivo, Lavalle).

2.D. Cambios en la organización de la provisión de alimentos en la emergencia

Los relatos de las entrevistadas dan cuenta de los esfuerzos que supuso brindar asistencia alimentaria en los barrios, en un contexto de restricciones para trabajar y para circular y de mayor demanda de familias, no sólo de niños y niñas, a merenderos y comedores.

“La gente pudo salir menos a trabajar y necesitó más recursos, más ayuda del centro de salud y de la delegación municipal. Dirección de Escuelas empezó a mandar el bolsón porque en las escuelas no había comedor. Al no haber clases, los mandó a la delegación y la delegada se encargó de ir repartiendo. Se agravó mucho la situación por no haber trabajo” (Entrevista a enfermera de centro de salud, Ciudad de San Rafael).

“Los vecinos están más ahora en los comedores y en los merenderos... Vienen por la necesidad de la comida y de la merienda porque es lo único que está sosteniendo a las mamás para no gastar ese poquito de comida para los días que los centros comunitarios no están. Hay muchísimos abuelos que vienen las hijas a buscar las viandas para los mismos padres. Y por ahí necesitan más el plato, más raciones” (Entrevista a mujer referente de comedor/merendero ligado a un movimiento social, Ciudad de Mendoza).

2.E. La división del trabajo en comedores y merenderos

La organización de la búsqueda de alimentos, acopio, preparación y entrega de comidas antes y a partir de la pandemia está a cargo de mujeres. Los varones, cuando intervienen, lo hacen de manera puntual. No obstante, fueron frecuentes los testimonios en los que emerge una mayor intervención de estos últimos en DISPO y ASPO cuando se incrementó la demanda de asistencia alimentaria.

“El viernes nos toca comedor y merendero juntos. Entonces llegan todas las mujeres en la mañana, somos catorce, y la mitad arma la comida y otro grupo arma el pan o tortitas, para la merienda para la tarde. Cuando eso termina, vamos casa por casa a buscar los *tapers* y después a entregar el almuerzo. Dejamos todo hecho para que los muchachos entreguen la merienda casa por casa en las tardes. Tengo un grupo de doce muchachos que son de la construcción, que ayudan a los vecinos si se les cae una pared o un techo, son los colaboradores” (Entrevista a mujer, referente comedor y merendero vinculado a un movimiento social, Ciudad de Mendoza).

“Llegamos y lo primero que hacemos es limpiar los pisos, las ollas, limpiar todo, nos vamos organizando, y después de ahí, bueno, unas cocinan y las que no participan en la cocina se encargan de llevar las meriendas. Somos 18 chicas pero nos dividimos. La que trabajó en esta semana, la otra semana no trabaja, así no se cansa. Tenemos un diagrama y lo vamos cumpliendo. La mayoría somos mujeres y chicas jóvenes, después tenemos los hombres, ellos nos han hecho el tablero, uno nos hizo una estantería, varias cositas nos han hecho los chicos” (Entrevista a mujer, referente comedor autogestivo, Lavalle).

2.F. Preparaciones ofrecidas en comedores y merenderos barriales

Las comidas que más se repiten en los comedores son los guisos con base de fideos, de arroz y carbonadas. Cuando se dispone de carne molida, hacen pastel de papas o albóndigas. La carne de calidad de vaca, de pollo, de pescado, prácticamente no está presente, y las verduras frescas y las frutas no son consumidas a diario. Estas últimas “porque son caras”. Muchas veces su disponibilidad está sujeta a donaciones. Sí se usa la cebolla, la papa y el zapallo acompañando los guisos. Si bien se modificaron de manera significativa las comidas preparadas en pandemia, se agudizó la creatividad para hacerlas más rindidoras y al mismo tiempo atractivas: se incorporaron milanesas de berenjenas y pastel de zapallo con molida de pollo, por ejemplo.

“Un vecino nos regala siempre cajones de hueso y tienen apenas un poquito de carne, pero a mí me sirve porque yo los hiervo. Y ese caldo, que es tan potente, se lo echo a la sopa.... El sabor que tiene ese caldo no lo tiene otra cosa. A veces vienen huesitos chiquitos, bueno, en cada plato o en cada tapercito le voy echando uno o dos huesitos y así.... Antes, a veces me traía molida y les hacía milanesas. Ahora no les puedo hacer más. Les hago lo esencial” (Entrevista a referente comedor autogestivo, Guaymallén).

En los merenderos se ofrecen de manera casi excluyente infusiones de té, mate cocido y/o jugos y eventualmente leche chocolatada y pan casero con mermelada o tortas fritas. La preparación de ensalada de frutas es excepcional. Alternativas como el arroz con leche son rechazadas por los/as niños/as y por eso las mujeres desisten de prepararlas.

“Los chicos no toman leche casi... Hay que metérselas en los postres porque si no, no la aceptan, no la toman” (Entrevista a directora de escuela, Las Heras).

“Les gusta el té, la leche chocolatada, las tortas fritas y el pan con picadillo de carne. No el pan con dulce ni las facturas” (Entrevista a referente merendero autogestivo, San Rafael).

2.G. Cambios en el estado nutricional de niños y niñas

Las referentes entrevistadas dan cuenta de modificaciones en las rutinas alimentarias de los niños y las niñas que expresan formas de malnutrición.

“La cantidad y la frecuencia de las comidas aumentó por una cuestión de resolver la ansiedad, ¿no? Es decir, la ansiedad se canalizó muchas veces a través del aumento en la ingesta. Todas las obesidades aumentaron más que el dólar te diría [risas]. Una cosa terrible, sí, preocupante. Y yo creo que ahí van a jugar dos cosas. Por un lado, la ansiedad que llevaba a comer y, por el otro lado, la inactividad, que no permitía gastar lo ingerido. Lo otro, bueno, el abuso de pantallas, que se nos está yendo de las manos... Y en esto el Estado está ausente” (Entrevista a médica pediatra de centro de salud, Guaymallén).

“Estaban flacos los niños, habían adelgazado un montón. Quince días estuve sin comedor, nada más, y fueron fatales. Todos los días venían a golpearme la puerta que cuándo hacía el comedor. Y ahí vos notabas la necesidad, y no de un niño,

de todos los niños” (Entrevista a mujer referente comedor autogestivo, Guaymallén).

2.H. Valoración de las respuestas estatales

En sintonía con los relatos de las madres y abuelas, las referentes sociales consultadas comparten que las transferencias monetarias y la asistencia alimentaria directa fueron muy significativas en el contexto de la pandemia para las familias con las que ellas se relacionan, pero también manifiestan algunos reparos. En general, no se sienten acompañadas por los municipios y objetan los alimentos provistos por el Estado nacional y provincial por la falta de variedad; en algunos casos por su baja calidad y, en ciertas situaciones, plantean que resultan insuficientes.

“Nuestro espacio no ha tenido acceso ni al agua. Y los municipales no han venido ni a preguntar si nos hace falta agua para el comedor ni nada. Han estado dando la bolsita de mercadería de la escuela, que venía una vez por mes nada más que con once productos. No venía aceite, no venía sal, las cosas esenciales. Venía como para armar la olla en el momento, un paquete de fideos, una salsa, una arveja, la leche, un chocolate, la azúcar... Era una bolsita para el día. No era para el mes” (Entrevista a mujer referente comedor con nexo con movimiento social, Ciudad).

“Es todo fideos, fideos, fideos, son todos paquetones de fideos. Y siempre del mismo tipo de fideos, coditos, coditos. Del municipio no recibimos nada” (Entrevista a mujer referente comedor con nexo con movimiento social, Godoy Cruz).

La asistencia alimentaria directa que brindan los comedores se percibe como complementaria de otras ayudas estatales como la Tarjeta Alimentar, el IFE y la AUH. Estas son importantes, pero también se evalúa que presentan algunas complicaciones en su implementación.

“Estas ayudas han sido importantes en la pandemia para las familias, porque para nosotros hubiera sido imposible asistir a toda la gente” (Entrevista a delegada municipal, San Rafael).

“La Tarjeta Alimentar te ayuda un montón, más para comprar las cosas lácteas de los chicos, que también se han ido a las nubes... La leche, el yogur, los cereales, las salchichas o cosas así” (Entrevista a referente comedor, Ciudad).

“Por ejemplo, si el hombre ha estado trabajando en blanco, cobra salario familiar, se le corta la Tarjeta Alimentaria, termina lo que es la temporada y lo pasan a Asignación Universal pero no le pagan la alimentaria hasta que no se vuelva a ¿cómo se llama?... A actualizar el padrón de la Tarjeta Alimentar. Entonces esperan dos, tres meses. Hay una mamá que me decía ‘mi marido dejó de trabajar en el mes ocho, yo vine a cobrar en diciembre recién el salario universal y no me pagaron la Alimentar’. O sea que estuvieron dos meses, casi tres meses sin cobrar salario de ninguna clase, ¿y cómo hacés? Entonces yo con lo que tengo le preparo una bolsita y les llevo yerba, si tengo aceite le pongo aceite, las cosas más esenciales que una como mamá usa. Si el papá no tiene trabajo, está viviendo de changas y tenés cinco, seis, siete niños que alimentar y que te piden, es muy difícil. El niño no sabe de burocracias” (Entrevista a mujer referente merendero autogestivo, Perdriel, Luján de Cuyo).

3. Voces y sentires de niños y niñas en pandemia

Prevalen entre el análisis del material producido por niños y niñas contactadas sentimientos de tristeza, miedo y preocupación ante el aislamiento. Estos surgen por el impacto subjetivo y familiar de lo acontecido y el evidente agravamiento de las condiciones económicas de adultos a su cargo. Estas condiciones se alojan en sus cuerpos y asumen la palabra cuando la experiencia narrada sale a nuestro encuentro.

“Triste, porque mi papá no tenía trabajo, porque la gente no quería arriesgarse a darle trabajo por la policía” (Diario Andarín, niño de 10 años, San Rafael).

“Comemos hasta donde nos alcanza porque con esta pandemia no se puede trabajar” (Diario Andarían, niño de 9 años, San Rafael).

Los sentimientos de felicidad que traen son menores y se asocian a que tenían para comer y a que el confinamiento posibilitó más tiempo para estar en familia.

“Lo lindo es que a la noche comemos todos juntos” (Diario Andarían, niña de 9 años, Las Heras).

A través de dibujos y de imágenes que pegaron en los diarios, se expresa el deseo de la mayoría de que termine la pandemia. Sin embargo, para quienes habitan en zonas rurales o en las grandes barriadas del piedemonte de la Ciudad y de Godoy Cruz, el uso de los espacios públicos parece no haber estado tan restringido.

“No cambió nada, porque lo mismo se sale. Solamente a la escuela no podemos ir, pero acá en el barrio todos salen a la calle y a los niños no nos pueden prohibir jugar. Nos volveríamos locos tanto estar encerrados (Diario Andarían, niño de 12 años, de Guaymallén).

En relación con los consumos y la comensalidad, la mayor parte menciona que realizaron cuatro comidas diarias y, en menor medida, tres. En este último grupo el desayuno es el que no aparece. Las comidas que identifican como más frecuentes son los guisos y las pastas y, en menor medida, carnes.

“Mamá nos hace guiso y estofados, es lo que se puede comer cuando la plata no alcanza. Ella trata de hacer la comida que nos alimente y nos llene” (Diario Andarín, niña de 10 años, San Rafael).

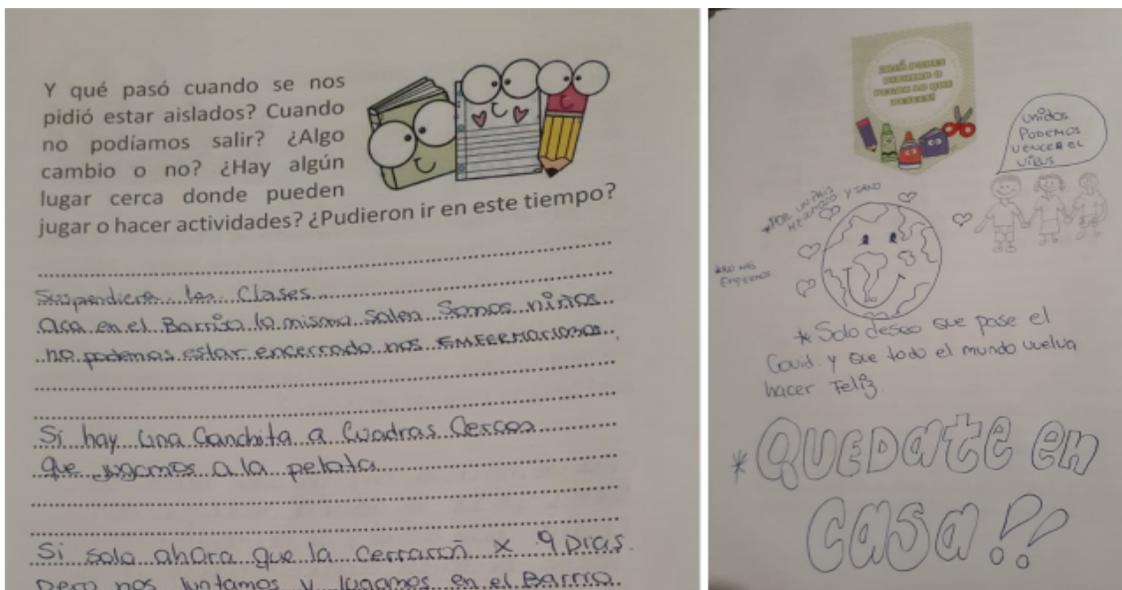


Imagen Nº 3. Expresiones gráficas volcadas en el *Diario Andarín*.
Fuente: material de campo trabajado por el nodo 7 del PISAC con niñas y niños.

Los niños y las niñas comen en sus casas, algunos ocasionalmente en casa de su abuela y, en gran medida, lo hacen en familia mientras charlan y/o ven televisión. Su mirada refuerza que la organización familiar del cuidado en relación con la comensalidad recaerá mayoritariamente en madres y abuelas, ya sea por la organización familiar en cuanto a la división del trabajo doméstico o porque son grupos familiares monoparentales a cargo de mujeres. Además, en algunos relatos aparece una distribución de tareas con mayor equidad y comentarios que dan cuenta de algunos movimientos al respecto, pero en otros se sostiene una concentración de las tareas en las mujeres y, cuando hay delegación, es en otras mujeres.

“Las tareas del hogar las hace mamá, pero mi hermanita y yo que somos las mujeres, ayudamos a limpiar, ordenar las camas, poner la mesa” (Diario Andarín, niña de 11 años, San Rafael).

Cuando se expresan sobre la compra y/o la búsqueda de los alimentos, por ejemplo, las viandas que proveen los comedores sociales o los bolsones escolares, se identifica una mayor participación de los varones.

“Una parte de las comidas la preparamos en casa y otra la traíamos con mi papá del merendero. No había mucha mercadería para comer y tampoco trabajo” (Diario Andarín, niño de 10 años, Ciudad de Mendoza).

El relato de niños y niñas acerca de las comidas habituales no difiere del de los adultos entrevistados. Son frecuentes en el análisis de lo volcado en los diarios respuestas que señalan que lo que más consumen son guisos y pastas y, en menor medida, platos en base a carnes. Sus comidas favoritas hablan no sólo de sus gustos sino también de lo posible de tales gustos. Prefieren milanesas, pastas, pizza, pastel de papas, asado y a veces sopas. Comer lo que más les gusta lo viven como excepción, como lujo: “cuando hay plata”, “cuando cobra mi mamá”, “cuando mi papá tiene para comprar”.

Discusión y conclusiones preliminares

Los resultados de las entrevistas a mujeres madres y abuelas, referentes de la alimentación en las familias, a mujeres referentes de espacios de alimentación en los barrios y a niños y niñas, dan cuenta de patrones comunes. El establecimiento del ASPO interrumpió abruptamente el acceso al trabajo informal y los ingresos diarios destinados a la comida. En simultáneo, en los primeros días se cerraron espacios de comensalidad

barrial no familiar que funcionaban desde antes de la irrupción del COVID-19, “espacios barriales relevantes en la implementación de las políticas alimentarias en la Argentina en los últimos 40 años” (Santarsiero, 2021, p. 36).

Los comedores sociales, a partir de abril de 2020, se concentraron en la preparación y entrega de raciones y suspendieron sus papeles de articuladores de problemáticas comunitarias más allá de la alimentación (Luca, Smith y Hibbert, 2021; Santarsiero, 2021), como el apoyo escolar a las infancias y/o la gestión de turnos en el Registro Civil o en centros de salud. Al mismo tiempo, se vieron empujados a ampliar sus respuestas a segmentos de población que recurría a ellos por primera vez, que no se vinculaba con la organización barrial, en una situación que se podría asimilar a la comensalidad coercitiva, no elegida (Jönsson, Michaud y Neuman, 2021).

Asimismo, en las entrevistas a madres y abuelas se relatan situaciones de restricciones alimentarias dentro de los hogares y se comparte que la prioridad fueron las infancias, a costa de la privación de las personas adultas, en especial en la cena. La recepción –minoritaria en la provincia hasta junio de 2021-, de la Tarjeta Alimentar y de los bolsones escolares, que son componentes históricos de las políticas de apoyo a familias vulnerables con niños (Fazzio et al., 2021), se identifica como paliativa, claramente insuficiente. Las familias vieron afectados sus consumos en calidad y cantidad aun contando con apoyos de asistencia alimentaria directa por parte de instituciones públicas, privadas y/o comunitarias (Tuñón, Poy y Salvia, 2021). No obstante y a semejanza de otras situaciones de crisis que afectan especialmente a quienes están fuera del mercado de trabajo formal, frente a situaciones compartidas de precariedad en los ingresos y de insuficiencia de las respuestas estatales, las redes de apoyo conformadas por familias extensas, vecinos y comedores sociales que ayudan al abastecimiento alimentario (Restrepo y Maya Gallego, 2005), colaboraron con la nutrición de los más chicos. Esas redes también contribuyeron a tramitar de manera colectiva la angustia, la incertidumbre y los sentimientos de indefensión que desencadenó el confinamiento.

Aun con severas limitaciones para disponer de insumos para almacenar, preparar y distribuir alimentos, el papel de los comedores y merenderos sociales aparece como relevante. A semejanza de lo advertido en un estudio sobre la contribución de las organizaciones sociales a la alimentación de la población chilena en tiempos de pandemia de COVID-19, esos espacios constituyeron una “alternativa válida y necesaria para garantizar la alimentación, contribuyendo al mismo tiempo a la nutrición y salud de sus comensales” (Daniels et al., 2021, p. 708). Como en ese trabajo, que caracteriza y analiza la oferta alimentaria de las *ollas comunes* en diferentes regiones de Chile, en los comedores de los barrios mendocinos, “los elementos de limpieza y desinfección para protección contra COVID-19 y para servir las raciones dependieron de donaciones y compras directas” (Daniels et al., 2021, p. 712).

Además, emerge de los relatos de las personas adultas contactadas que prevalecieron los consumos de alimentos ricos en carbohidratos y pobres en fibras y proteínas. Es decir, “alimentos de baja calidad nutricional” (Brito, 2020, p. 3), situación advertida antes de la pandemia, entre escolares de distintos puntos del país (Molina, Bustos, Illobre, 2019; Moyano y Perovic, 2018). Resultados de estudios de nuestro equipo de investigación previos a la pandemia en los que comparábamos a escolares de sectores medios y de alta vulnerabilidad socioeconómica, también arrojaban que la frecuencia de consumo de frutas y verduras era baja en ambos grupos (Molina et al., 2019; Vilapriño et al., 2016). En tal sentido, si bien hay evidencia de que este tipo de carencias se revierte cuando se incluyen criterios de sostenibilidad en la oferta de alimentos saludables en las instituciones públicas (Programa Mundial de Alimentos, 2020; Soares y Davó Blanes, 2019), esos criterios no están presentes en las políticas locales antes ni a partir de la pandemia.

La asistencia alimentaria directa del Estado y sus énfasis en harinas y aceites, sumada a las precarias condiciones para cocinar tanto de las familias como de los comedores (con leña, con garrafa, con déficits de acceso al agua segura) reforzaron “condiciones de monotonía alimentaria” (Piaggio et al., 2011). Esta situación deviene en mayor sobrepeso y en desnutrición oculta, que son las formas que adquiere la malnutrición, más allá de la desnutrición aguda (Scribano, Eynard y Huergo, 2010, en Sordini, 2014).

Los resultados de las reconstrucciones infantiles de la nueva comensalidad confirman el potencial de indagarlos sin la mediación del mundo adulto, como sugiere Fernández (2021) en una etnografía sobre la perspectiva de los niños sobre la comida y las prácticas de comensalidad en torno a un comedor escolar en la provincia de Buenos Aires. Los niños y las niñas asocian las comidas compartidas en pandemia con emociones de tristeza y de preocupación, por los cambios que se produjeron en sus cotidianidades. Los impactos del encierro dan cuenta de desigualdades preexistentes y de que, en el contexto de las crisis por el COVID 19 en sus cuerpos y sentires, grabaron las marcas de la inequidad.

Tanto el análisis de los resultados del estudio en Gran Mendoza y en Gran San Rafael como su discusión, es aún provisional. Sin embargo, podemos afirmar que las familias en situaciones de vulnerabilidad enfrentaron restricciones para acceder a nutrientes de calidad en el contexto del aislamiento. Esas restricciones fueron producto de la disminución de los ingresos familiares y en parte se suplieron mediante la asistencia alimentaria directa provista por el Estado nacional –a través de los movimientos sociales que mediaron en la entrega de mercadería en los barrios-, y del Estado provincial –que suministró bolsones con víveres secos a las familias con estudiantes cuando se suspendieron las clases presenciales y cerraron los comedores escolares. Sí fueron

significativas para una parte de las familias entrevistadas transferencias monetarias como el IFE, la AUH y, en menor medida, la Tarjeta Alimentar. La ausencia de ingresos por falta de acceso al trabajo y el despliegue de estrategias para asegurar la reproducción cotidiana en un escenario de altísima incertidumbre dejaron más expuestas las desigualdades estructurales. Aquí, los sectores más vulnerables y, dentro de ellos, las infancias, vieron amenazadas sus seguridades, entre ellas la alimentaria.

La calidad nutricional de las comidas que recibieron los niños y las niñas que resolvieron parte de sus necesidades de alimentación a través de comederos y merenderos sociales no presenta diferencias relevantes relacionadas con el perfil de las organizaciones que los gestionan. Tanto los comederos ligados a movimientos sociales como los que sostienen agrupaciones religiosas y/o barriales autogestivas proveyeron de manera rutinaria raciones en base a harinas. Para distribuir frutas, verduras o carnes de calidad, quedaron a expensas de donaciones y/o negociaciones con proveedores privados. No obstante, unos y otros desplegaron papeles clave en el afrontamiento de la crisis alimentaria y de otras estrategias de apoyo social, como la comunicación directa para acercar viandas a hogares con niños y niñas, personas mayores y a familias enteras aisladas por COVID de una manera que no garantizó directamente el Estado.

Por otro lado, niños y niñas modificaron sus rutinas, sus formas de comer con otros, sus espacios de pertenencia y sus modos de encuentro en instituciones socializadoras como la escuela, como parte de un proceso con –como ya se ha señalado– más patentes desigualdades preexistentes. En este contexto, los cuidados siguieron determinados por el género. Fueron las mujeres quienes de forma prioritaria en los hogares y en los comederos sociales ejercieron la función de referentes de la alimentación de las familias, lo que supone una feminización del cuidado y una reproducción de la división del trabajo por género también en la órbita barrial.

La situación de pandemia y las medidas de prevención adoptadas modificaron espacios, tiempos, relaciones y estrategias familiares y sociales en un contexto de incertidumbre, sin referencia a experiencias previas, dentro de las organizaciones familiares y barriales. El corte, la irrupción, la obligatoriedad –no del todo adoptada–, de circunscribirse a la interioridad familiar y habitacional, dieron pie a experiencias diversas, aunque en un contexto de desigualdad estructural, dramatizaron distintas problemáticas sociales.

Referencias bibliográficas

Alfageme, E.; Cantos, R. y Martínez, M. (2003). *De la participación al protagonismo infantil. Propuestas para la acción*. Madrid: Edición Plataforma de Organizaciones de Infancia.

Britos, S. (2020). *Estudio exploratorio sobre hábitos alimentarios durante el ASPO*. Buenos Aires: Centro de estudios sobre políticas y economía de la alimentación CEPEA. Recuperado de: <http://cepea.com.ar/cepea/wp-content/uploads/2020/05/reporte-habitos-en-aspo.pdf>

Carli, S. (1999). *De la familia a la escuela: infancia, socialización y subjetividad. Saberes clave para educadores*. Buenos Aires: Santillana.

CEPAL (2020). *El desafío social en tiempos del COVID-19*. Informe especial COVID 19 N° 3. Recuperado de: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45527/5/S2000325_es.pdf

Cussiánovich, A. (2003). *Historia del pensamiento social sobre la infancia*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Daniels, B.; Lataste, C.; Bustamante, E.; Sandoval, S.; Basfifer, K. y Cáceres, P. (2021). "Contribución de las organizaciones sociales 'ollas comunes' a la alimentación de la población chilena en tiempos de pandemia por COVID-19". *Revista Chilena de Nutrición*, 48 (5), 707-716. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-75182021000500707>

Fazzio, A.; Facciuto, A.; Koolen, M. y Madeira, S. (2021). Atención prioritaria a la Primera Infancia. Políticas públicas, organizaciones sociales y universidades En W. Uranga y otros (Coord.), *Políticas Sociales: estrategias para construir un nuevo horizonte de futuro*. (pp. 29-35). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Desarrollo Social de la Nación; CEIL-CONICET; RIPPSO; Paraná: FAUATS.

Fernández, S. (2021). "¡Es porque no le ponen onda!": prácticas de comensalidad en la escuela". *Magis, Revista Internacional de Investigación en Educación* 14, 1-25. Recuperado de: doi: 10.11144/Javeriana.m14.epnp

Garrote, N. (1997). Una propuesta para el estudio de la alimentación. Las estrategias alimentarias. En M. Álvarez (Comp.), *Antropología y práctica médica. La dimensión sociocultural de la salud enfermedad*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

Guerrero, G. (2021). *Midiendo el impacto de la Covid-19 en los niños y niñas menores de seis años en América Latina. Mapeo de encuestas en curso y sistematización de lecciones aprendidas*. Panamá: UNICEF. Diálogo interamericano. Recuperado de: <https://www.thedialogue.org/wp-content/uploads/2021/01/Midiendo-el-impacto-de-la-Covid-19-en-los-ninos-y-ninas-menores-de-seis-anos-en-America-Latina-2.pdf>

Huergo, J. e Ibáñez I. (2012). "Contribuciones para tramar una metodología expresivo-creativa. Ejercicio de lectura de dibujos de mujeres de Villa La Tela, Córdoba". *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social ReLMIS*, 3 (2), 66-82.

Jönsson, H., Michaud, M., Neuman, N. (2021). "What Is Commensality? A Critical Discussion of an Expanding Research Field". *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18 (12): 6235. Recuperado de: <https://doi.org/10.3390/ijerph18126235>

Luca, N., Smith, M., y Hibbert, S. (2021). "A community-based participatory research approach to understanding social eating for food well-being". *Emerald Open Res.*3:11 Recuperado de: <https://emeraldopenresearch.com/articles/3-11>

Molina, C.; Bustos, R. e Illobre, G. (2019). El papel de la familia y la escuela en la alimentación de los niños de sectores populares En: A. Torres (Comp.), *Investigar para educar en una coyuntura de crisis*. (pp. 31-43). Mendoza: Ed. de la Facultad de Educación de la Universidad Nacional de Cuyo. Recuperado de: https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/12079/investigar-para-educar.pdf

Moyano, D. y Perovic, N. (2018). "Contribución nutricional del programa comedores escolares a la población infantil de diez escuelas municipales de la ciudad de Córdoba, Argentina". *Revista de la Facultad de Ciencias Médicas*, 75(3), 194-202.

Piaggio, L.; Concilio, C.; Rolón, M.; Macedra, G. y Dupraz, S. (2011) "Alimentación infantil en el ámbito escolar: entre patios, aulas y comedores". *Salud Colectiva*, 7(2) ,199-213.

Pohl Valero, S. y Vargas Domínguez, J. (2021). El hambre de los otros: reflexiones sobre los ensamblajes del gobierno alimentario en América Latina. En S. Pohl Valero y J. Vargas Domínguez (Comp.). *El hambre de los otros. Ciencia y políticas alimenticias en Latinoamérica, siglos XX y XXI* (pp. 1-34). Bogotá: Universidad de Rosario.

Programa Mundial de Alimentos (2020). *El Estado de la Alimentación Escolar a Nivel Mundial 2020*. Roma: Autor Recuperado de: <https://docs.wfp.org/api/documents/WFP-0000124411/download/>

Restrepo Mesa S. y Maya Gallego M. (2005). La familia y su papel en la formación de los hábitos alimentarios en el escolar. Un acercamiento a la cotidianidad. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia* 19(36):127-148. Recuperado de: <https://bit.ly/3qL88bN>

Salvia, A.; Poy, S. y Tuñón, I. (2021). *Dinámica de la inseguridad alimentaria en los/as destinatarios/as de la Tarjeta ALIMENTAR*. Documento de investigación. Barómetro de la Deuda Social Argentina. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Educa.

Santarsiero, L. (2021). Los comedores comunitarios son una política social. Incorporación de los comedores a la intervención alimentaria estatal en la Argentina En W. Uranga y otros (Coord.), *Políticas Sociales: estrategias para construir un nuevo horizonte de futuro*. (pp.

36-42). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Desarrollo Social de la Nación; CEIL-CONICET; RIPPSON; Paraná: FAUATS.

Scander, H., Yngve, A. & Wiklund, M. (2021). "Assessing Commensality in Research" *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18 (5), 2632. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/349857830_Assessing_Commensality_in_Research

SIEMPRO (2020). Argentina contra el hambre: Seguridad alimentaria. Reporte de monitoreo. Consejo Nacional de coordinación de Políticas Sociales. Presidencia de la Nación. Recuperado de: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/informe_seguridad_alimentaria_1er_trim_2020.pdf

Soares, P. y Davó Blanes, M. (2019). "Comedores escolares en España: una oportunidad para fomentar sistemas alimentarios más sostenibles y saludables". *Gaceta Sanitaria*, 33 (3), 213–215 Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6898782>

Sordini, M.V. (2014). *Una revisión sobre los programas alimentarios nacionales aplicados a comedores escolares y comunitarios desde los años ochenta en Argentina*. Resistencia: Centro de Estudios Sociales. Universidad Nacional del Nordeste Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/ces-unne/20150302020340/Sordini.pdf>

Tuñón I.; Poy S. y Salvia A. (2021). La tarjeta ALIMENTAR a un año de su implementación. Una caracterización sociodemográfica, socioalimentaria y socioeconómica de los hogares destinatarios Documento de investigación– Barómetro de la Deuda Social Argentina - 1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Educa.

Vilapriñó, A.; Molina, C.; Bustos, R.; García, C. e Illobre, G. (2016). Educación y salud. Obesidad y sobrepeso en niños escolarizados de Gran Mendoza: desafíos para la Promoción de la Salud. En: D. Israel (Comp.), *La investigación universitaria sobre educación: dilemas y prácticas* (pp. 81-97). Mendoza: Editorial de la Facultad de Educación Elemental y Especial de la UNCuyo. Recuperado de: https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/8401/investigacin-corregido.pdf

Vivar, C.; Arantzamendi, M.; López Dicastillo, O. y Gordo Luis, C. (2010). "La Teoría Fundamentada como Metodología de Investigación Cualitativa en Enfermería". *Index de Enfermería*, 19(4), 283-288.

Otras fuentes consultadas

Dirección General de Escuelas, Mendoza (18-03-2020) “Continúa la entrega raciones alimentarias y material pedagógico en las escuelas”, disponible en: <https://www.mendoza.edu.ar/continua-la-entrega-raciones-alimentarias-y-material-pedagogico-en-las-escuelas/>



Llenar el plato en tiempos de COVID (Patagonia Argentina, 2021)

Delia Ana Nin
UNCo y UFLO

Anabella Salomone
UNCo y UFLO

Ana Soledad Inestal
UNCo y UFLO

María Luz Franco
UNCo y UFLO

Yesica Arzamendia
UNCo

Aylén Giraudó
UNL

Resumen

El presente artículo se enmarca en el trabajo de investigación "Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas", proyecto aprobado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT), año 2020. El grupo de investigación "Comida y Saberes", junto a profesionales vinculados a la alimentación y la nutrición, trabajó en la Región Patagónica indagando sobre las estrategias de alimentación que las poblaciones con vulnerabilidad alimentaria utilizaron para transitar la pandemia de COVID 19. Los resultados de la presente investigación cualitativa muestran que familias de sectores vulnerables que residen en zonas de la Patagonia argentina reproducen estrategias históricamente utilizadas para llenar el plato. Madres actuales, hijas y nietas de mujeres que atravesaron diferentes crisis alimentarias, que vivieron en pobreza e indigencia, hablan sobre sus comidas desde dos grandes categorías: el relato y el discurso.

Palabras claves: COVID, pobreza, alimentos, conducta alimentaria, asistencia alimentaria

Abstract

This article is part of the research work "Effects of Preventive Social Isolation in the Exercise of the Right to Health in Argentine Childhoods", a project approved by the National Agency for Scientific and Technological Promotion (ANPCyT), year 2020. The research group "Comida y Saberes", together with professionals related to food and nutrition, worked in the

Patagonian region investigating the feeding strategies that families in situations of food vulnerability used to get through the Covid-19 pandemic. The results of qualitative research on the feeding in the vulnerable populations of the Argentine Patagonia show a population that reproduces strategies that have been historically used to fill their plates. Current mothers, daughters and granddaughters of women who went through different food crises, who lived in poverty and destitution, talk about their meals from two key perspectives: the story and the discourse.

Keywords: coronavirus infections, poverty, food, feeding behavior, food assistance

Introducción

La intencionalidad del presente artículo gira en torno a analizar e interpretar cómo determinadas familias lograron (o no) llenar el plato de comida en tiempos de COVID, concibiendo a la alimentación humana como un proceso bio-cultural e histórico. No se busca analizar cualquier plato, sino aquellos platos de comida que se llenan en familias en situación de vulnerabilidad alimentaria residentes en la Patagonia argentina. A través de esta publicación, se presentan resultados cualitativos obtenidos en la investigación realizada por el equipo de alimentación “Comida y Saberes”, en el marco del proyecto PISAC - COVID 19: “Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas”. Este último representa un trabajo de investigación nacional financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología de la Nación, Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica, en el que un equipo de investigadoras de la Universidad de Flores, sede Comahue, representaron al nodo patagónico. La investigación se realizó en poblaciones con vulnerabilidad alimentaria de las ciudades de Fernández Oro y Cipolletti, ambas localidades de la provincia de Río Negro.

Antes de presentar los resultados obtenidos de la investigación, es necesario describir el estado del arte con el que se trabajó. Así, el término “vulnerabilidad alimentaria” resulta clave para este marco referencial. Tal como remite la definición propuesta por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), la vulnerabilidad alimentaria refleja “la probabilidad de que se produzca una disminución aguda del acceso a alimentos, o a su consumo, en relación a un valor crítico que define niveles mínimos de bienestar humano” (Martínez y Fernández, 2006, p. 18). Esta definición contempla, entonces, a aquella población con pérdida de la seguridad alimentaria, sumando aquellos potenciales de padecer inseguridad alimentaria.

El concepto de vulnerabilidad alimentaria remite, en un primer acercamiento, a la necesidad de definir y cuantificar la inseguridad alimentaria y, por ende, saber qué se

entiende por Seguridad Alimentaria (SA). Tanto gobiernos nacionales como las principales organizaciones internacionales e instituciones científicas que gestionan la alimentación de las personas adoptan, como definición oficial, la propuesta por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y Agricultura (FAO), agencia de las Naciones Unidas que desde la mitad del siglo pasado lidera los esfuerzos internacionales para reducir el hambre. Según FAO, la SA existe cuando todas las personas, en todo momento, tienen acceso físico, social y económico a alimentos en cantidad suficiente y que sean seguros cumpliendo las necesidades nutricionales y preferencias alimentarias para una vida activa y saludable (Arnaiz, 2021). Un aspecto importante a considerar de este concepto es que es absoluto, es decir, teniendo en cuenta su alcance es imposible considerarlo en todo momento y para todos. No obstante, la seguridad alimentaria es uno de los grandes objetivos a nivel mundial que es reconocido y trabajado en el marco de los Objetivos de Desarrollo Sostenibles (ODS), propuesta estratégica de lineamientos de las Naciones Unidas para trabajar las problemáticas que atraviesa la humanidad. En consonancia con la definición de SA, una de los objetivos de los ODS establece poner fin al hambre y asegurar el acceso de todas las personas a una alimentación sana, nutritiva y suficiente durante todo el año (FAO, 2021). Los datos que se estudian para observar el cumplimiento de esta meta hablan de un panorama donde los problemas de inseguridad alimentaria crecen exponencialmente. Según el último informe sobre el Panorama Regional de la Seguridad Alimentaria y Nutricional para América Latina y el Caribe publicado por FAO en el 2021, la inseguridad alimentaria aumentó en la región de las Américas. Si bien es evidente que la malnutrición (ya sea por déficit o exceso) es un problema previo a la pandemia de COVID 19, a partir del 2019 los informes e investigaciones actuales señalan que se incrementó significativamente durante la pandemia (FAO, FIDA, OPS, WFP y UNICEF, 2021).

En el mencionado informe, se presentan los datos obtenidos a partir de la utilización de la Escala de Experiencia de Inseguridad Alimentaria (FIES), basada en la prevalencia de inseguridad alimentaria moderada o grave, estimando la proporción de la población que enfrenta obstáculos moderados o graves para obtener la comida a lo largo de un año. La inseguridad alimentaria moderada describe una situación en la que la capacidad de una persona para obtener alimentos está sometida a ciertas incertidumbres, y se ha visto obligada a reducir –a veces a lo largo de un año- la calidad y/o cantidad de la comida que consume, debido a la falta de dinero y/o de otros recursos. Por otra parte, la inseguridad alimentaria grave refiere a un escenario en que a una persona probablemente se le acabó la comida, padece hambre y, en su versión más extrema, lleva días sin alimentarse, poniendo en riesgo su salud y bienestar. Según la escala FIES, la prevalencia de inseguridad alimentaria grave en América Latina y el Caribe durante 2020 fue igual al 14,2%; casi el doble que, en el 2014, cuando el 7,7% de la población la padecía. El mayor

incremento (4,1 puntos porcentuales) se registró entre 2019 y 2020, en el contexto de la pandemia de COVID-19 (FAO, FIDA, OPS, WFP y UNICEF, 2021).

Recortando la mirada a datos nacionales, la Encuesta de la Deuda Social en Argentina (EDSA) midió, en el mismo año, la inseguridad alimentaria sobre una muestra probabilística de hogares particulares del área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). La investigación se realizó utilizando una encuesta validada y adaptada de FIES, propuesta por FAO. Los datos indican que, en Argentina, la inseguridad alimentaria severa aumentó de un 6,8% en el año 2019 a un 16% en el año 2020 (Tuñón, 2021). El panorama de los datos a nivel de poblaciones muestra una realidad poco alentadora con el agravante que, finalizando el año 2019, la humanidad comenzó a transitar la pandemia por COVID 19, una enfermedad infecciosa provocada por el virus SARS-CoV-2 que afectó y la afecta actualmente. La compleja situación sanitaria que generó esta pandemia obligó a los países afectados a dar diferentes respuestas socio sanitarias. A causa de ello, el gobierno argentino implementó, a través de las autoridades sanitarias nacionales y provinciales, una serie de medidas de control epidemiológico tendientes a disminuir el impacto de la infección en la población. Por consiguiente, se aplicaron dos grandes medidas epidemiológicas durante el año 2020: el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) y el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO). En líneas generales, ambas afectaron la movilidad, circulación y trabajo de las personas, e impactaron directamente en el desarrollo de las actividades cotidianas de la sociedad, entre las que se encuentra la alimentación.

En el mismo sentido, en el territorio de Río Negro y durante los primeros meses del año 2020, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) realizó un estudio cualitativo denominado “Relevamiento del impacto social de las medidas de aislamiento dispuestas por el Poder Ejecutivo Nacional”, en el que analizó la alimentación durante la pandemia. Dentro de los resultados pudieron observarse dimensiones vinculadas a la inseguridad alimentaria como: la falta de alimentos por falta de ingresos, la falta de documentación en regla para recibir prestaciones alimentarias, sobreprecios en el agua (barrio Nuevo, General Roca), espacios de asistencia alimentaria (merenderos) que dejaron de funcionar y muchas familias que no pudieron acceder a los alimentos. Además, la falta de empleo formal afectó la adquisición de alimentos para realizar la comida sumado al desabastecimiento de alimentos, agua, gas envasado y medicamentos (CONICET, 2020).

Retomando el concepto de vulnerabilidad alimentaria, un modo de acercarse a la observación e interpretación de la misma es a partir del análisis de las Estrategias Familiares de Vida (EFV). En otras palabras, refiere a aquellos comportamientos de los agentes sociales que –estando determinados por su posición social- se relacionan con la constitución y mantenimiento de unidades familiares en el seno de las que pueden

asegurar su reproducción biológica, preservar la vida y desarrollar todas aquellas prácticas indispensables para la optimización de las condiciones materiales y no materiales de existencia de la unidad y de cada uno de sus miembros (Torrado, 1981). En concreto, parte importante de estas estrategias familiares de vida son las alimentarias, de lo que se desprende la pregunta problema de la presente investigación: ¿cómo llenan el plato de comida aquellas familias entre las que existe vulnerabilidad alimentaria?

Con objeto de buscar (o dar) respuesta a esta problematización, proponemos un análisis de la alimentación como proceso bio-cultural histórico. Desde este punto de vista, analizar e interpretar la alimentación pone en tensión la mirada biologicista. Esta considera al comer como un balance meramente energético y nutricional; en cambio, la noción de proceso multidimensional permite entender y proponer algo más que la disponibilidad y accesibilidad de alimentos. Es por ello que, la mirada centrada en la dimensión puramente nutricional es cuestionada por la ciencia antropológica que presenta a la alimentación humana no como un acto mecánico de ingresos de alimentos al cuerpo humano, sino como uno que encierra múltiples variables que la vuelven compleja, dinámica y poco evidente. Lo que comemos, lo posible de comer, lo que seleccionamos para armar nuestros platos de comida es el resultado de nuestra historia, de nuestro pasado, de decisiones políticas y económicas, de nuestra cultura y también de nuestros gustos (Aguirre, 2017).

En forma metafórica, podríamos decir que el plato se llena con alimentos, recursos socioeconómicos y cultura. En este sentido, se pueden observar las posibilidades socioeconómicas en Argentina a lo largo de varias décadas y cómo las diferentes crisis económicas afectaron la comida de los argentinos. En efecto, los datos presentados como parte de la realidad nacional sobre inseguridad alimentaria lo muestran claramente. De igual modo, estos condicionantes económicos, transitados a lo largo de generaciones, se manifiestan en lo individual/familiar con la comida diaria y real. En resumidas cuentas, hablar de comida resignifica la manera de abordar el complejo proceso de estudio y entendimiento de la alimentación. En sintonía con esta mirada, el análisis e interpretación de esta investigación no procura como meta la mera identificación de nutrientes o alimentos consumidos entre la población estudiada, sino conocer la complejidad de las relaciones que ocurren al producirse las mezclas, las motivaciones que guían la selección de ingredientes para elaborar una receta, los aromas y sabores que rememoran emociones y convierten a una comida en la comida preferida (Piaggio y Solans, 2014).

En esa línea, en el año 2013, dos investigadores de las ciencias naturales definieron a la comida como “una mezcla no aleatoria de alimentos desarrollada por sociedades humanas bajo un control biocultural evolutivo” (Jacobs y Tapsell, 2013, p. 201). Sin embargo, no todas las comidas representan lo mismo: hay comidas habituales y comidas preferidas. Para profundizar en dicha afirmación, se describe lo que postula Paul Rozin al

analizar el uso y la preferencia de las personas por los alimentos. Por un lado, el uso –lo habitual-, hace referencia a si una persona o grupo de personas consume un alimento en particular y en qué cantidad. Por otro lado, la preferencia alimentaria –lo preferido-, implica una situación de elección que muchas veces está condicionada por lo económico (Contreras, 2005). Una vez consideradas estas dos definiciones, uso y preferencia de alimentos, es posible construir las categorías de comidas habituales y preferidas. En tal sentido, se considera, por un lado, que las comidas habituales son aquellas en las que los ingredientes/alimentos son de uso frecuente y accesibles fundamentalmente desde la perspectiva económica. Por el otro, se entiende como comida preferida a aquella que “gusta”, pero cuya composición implica alimentos con una accesibilidad económica que no permite su utilización cotidiana. Igualmente, a esta categorización pueden sumarse, además de los condicionantes económicos, otros como el tiempo de elaboración, los comensales con los que se comparte y el momento que se come. Rozin afirma que mientras disponibilidad, accesibilidad y conveniencia aparecen como determinantes críticos del uso de los alimentos, no lo son para la preferencia o el gusto (Contreras, 2005). En definitiva, trabajar considerando las categorías comidas habituales y preferidas permite conocer tanto las comidas posibles, reales, frecuentes, como aquellas deseables, pero no cotidianas que referencian a momentos festivos, historias familiares, recuerdos que van más allá de los alimentos que componen una comida.

Ahora bien, independientemente de quedar definida como habitual o preferida, cuando se habla de comida se piensa en quienes la comen: los comensales. Estos son actores que intervienen en el acto de comer y que, como tales, caracterizan el momento a partir de sus particularidades, sus trayectorias y también desde sus conocimientos. Es decir, son aquellos que en el ámbito familiar también seleccionan los alimentos y los cocinan (Grignon, 2012). Asimismo, si se trabaja la noción de comensal y comida, no podemos dejar de definir el acto de comer con el fin de comprender los recorridos transitados para llegar al o los comensales sentados frente a un plato de comida (¿lleno?). Y entonces, también se debe acercarse al análisis e interpretación de los modos de acceder, almacenar y preparar los ingredientes hasta transformarlos en comida. Es así que resulta necesario identificar las cocinas, los modos de cocinar (o no) y lo que representan en cada acto de comer (Contreras Hernández y Gracia Arnáiz, 2005). Qué es lo que se come, por qué se realiza de esa manera y no de otras, son parte de los saberes sociales de la alimentación. La ciencia antropológica los describe como aquellas reglas transmitidas por las familias que caracterizan fundamentalmente a los comensales, el acto de comer y los modos de transmitirse (Aguirre, 2017). De hecho, estos saberes sociales de la alimentación permiten desanudar el entramado que implican las gastronomías y las formas de comer. En resumen, todos ellos se suman a la hora de interpretar la alimentación de una sociedad bajo la mirada bio-cultural e histórica.

El equipo de investigación “Comida y Saberes”, responsable del presente artículo, estudia desde el año 2014 la alimentación de la población patagónica como un proceso bio-cultural e histórico. A través de este recorrido y como deconstrucción de lo conversado con comensales adultos, con edades, géneros, situación socioeconómica y laboral diferentes, pudieron construirse dos categorías de análisis que permiten entender los saberes sociales de la alimentación: el relato y el discurso. En relación a esto, Esther Díaz en su libro “Metodología de las ciencias sociales” (2010), habla del conocimiento como una manera de relacionarse con la realidad, de interpretarla de dar cuenta de ella, y afirma que la adquisición de conocimientos acerca de aspectos de la realidad, comenzó con la especie humana y, en cierto modo, recomienza con cada vida humana. Por ende, en cada generación se va repitiendo esta historia. De esta manera, queda comprendido en esta clasificación el conocimiento social de la comida y que, para los fines prácticos del trabajo, se define como relato. Este último comprende la gramática gastronómica, que la ciencia antropológica estudia como las normas básicas relativas a lo culinario (Contreras, 2005). A diferencia de esta manera de conocer la realidad y siguiendo la línea de Esther Díaz, el conocimiento científico deduce sus explicaciones a través de un sistema de leyes, siguiendo un método científico que da como resultado un conocimiento erudito, entre otras particularidades. Para el caso del conocimiento científico de la comida (¿saludable?), la transmisión a la sociedad se produce fundamentalmente a través de la divulgación de agentes de salud, de la industria alimentaria y de los medios de comunicación que toman dicho conocimiento científico. Luego, la sociedad incorpora ese mensaje, lo entreteje con sus saberes sociales de la alimentación. Es esto lo que, para esta investigación, se categoriza como discurso. En resumidas cuentas, puede afirmarse que tanto relato – entendido como los saberes sociales de la alimentación-, como discurso –interpretado como un saber que es tomado del conocimiento científico-, se entreteje en el acto de dialogar sobre cómo llenar el plato.

Habiendo referido al estado del arte, los objetivos establecidos para este trabajo son:

1. Describir los saberes de familias con vulnerabilidad alimentaria de las ciudades de Fernández Oro y Cipolletti durante ASPO y DISPO.
2. Interpretar estrategias de alimentación de familias con vulnerabilidad alimentaria de las ciudades de Fernández Oro y Cipolletti durante ASPO y DISPO.

Metodología

Como nodo patagónico, realizamos una investigación cualitativa basada en el proceso dialógico y la recuperación de saberes, relatos y discursos, sobre la comida y el comer en tiempos de ASPO y DISPO. Las preguntas claves para llegar a este conocimiento giraron en torno a las comidas habituales y las comidas preferidas.



- *Conocimiento de la población y el contexto:* a partir de referentes y agentes llave de los barrios de Cipolletti y Fernández Oro, se logró conocer espacios posibles en los que reunirse y acercarse a los actores a quienes finalmente entrevistamos.
- *Recopilación de información:* se realizaron entrevistas en profundidad a 12 familias, con una duración aproximada de 60 minutos por encuentro. Se utilizaron consentimientos informados en cada entrevista y se grabaron las conversaciones para luego ser desgrabadas para su análisis e interpretación¹.
- *Población objetivo:* familias patagónicas (de las localidades de Fernández Oro y Cipolletti), que contaban en su conformación con niños/as y/o adolescentes, beneficiarias de la Tarjeta Alimentar (TA)² y/o de otras transferencias alimentarias.
- *Criterios de inclusión:* familias con niños y niñas menores de 7 años que reciben la TA y familias con niños y niñas menores de 7 años que no reciben TA, pero sí alguna prestación alimentaria local, provincial o de otro origen.
- *Criterios de exclusión:* familias con niños y niñas menores de 7 años que no reciben ninguna prestación alimentaria.
- *Personas entrevistadas:* mujeres adultas responsables de familias comprendidas en los criterios de inclusión y que adhieran voluntariamente a la propuesta PISAC COVID 19 00009, luego de ser convocadas, informadas sobre el proyecto y que aceptaron participar. Cada persona entrevistada firmó un consentimiento informado propuesto por el equipo de investigación.
- *Familias que componen los resultados del presente artículo:* 12 familias vulnerables que viven en las localidades de Fernández Oro y Cipolletti. La convocatoria se realizó a través de organizaciones de la sociedad civil, profesionales de la salud y gobiernos locales involucrados en el territorio donde se desarrolló la investigación. Las familias participantes fueron aquellas invitadas que aceptaron participar de la investigación.
- *Modalidad de entrevista:* las entrevistas fueron realizadas en forma presencial en espacios habilitados, respetando las normas sanitarias vigentes. Se utilizaron espacios físicos del sistema de salud y del área de acción social que se encuentran

¹ Guiones compartidos en el marco del Proyecto COVID-19 inicialmente señalado.

² La Tarjeta Alimentar (TA) es una prestación alimentaria del Estado Nacional destinada a promover el acceso a la canasta básica alimentaria, aumentando los ingresos de las familias. Su implementación consiste en la entrega de una tarjeta de débito que permite comprar todo tipo de alimentos, excepto las bebidas alcohólicas. Está dirigido a madres/padres con hijos/as de hasta 14 años de edad que reciben la Asignación Universal por Hijo (AUH), también a embarazadas a partir del tercer mes de gestación que reciban Asignación Universal por Embarazo (AUE), a personas con discapacidad que reciban AUH y a madres con siete hijos o más que no reciban pensiones contributivas.

en los barrios de la población estudiada. Cada entrevista tuvo aproximadamente 60 minutos de duración.

- *Análisis de datos:* las entrevistas fueron desgrabadas y sistematizadas en papel. Se trabajó sobre las entrevistas escritas, marcando con diferentes colores las grandes dimensiones que aparecían para luego volcar parte de estos relatos en un cuadro de dimensiones construido con anterioridad. De esta manera, los relatos quedaron organizados según las dimensiones requeridas durante la entrevista, lo que permitió el análisis en función de los temas consultados. La lectura y relectura de las entrevistas, desde los actores y desde las dimensiones, permitió un análisis espiralado del contenido, profundizando el conocimiento, esbozando articulaciones y generando vinculaciones entre los relatos. Las dimensiones originales de análisis fueron transformándose hasta adquirir nuevos sentidos, lo que se fue constituyendo en nuevo conocimiento (Argueta Villamar, 2011).
- *Categorías analizadas:* con referencia a lo expresado en el marco teórico sobre vulnerabilidad alimentaria, se analizaron las siguientes categorías:
 - El contexto en el que se come y se cocina.
 - Enumeración, composición y estrategias para llenar el plato de comidas habituales.
 - Enumeración, composición y estrategias para llenar el plato de comidas favoritas.

A continuación, presentamos una reseña de los principales resultados obtenidos de la interpretación de las entrevistas realizadas a mujeres madres de las localidades de Cipolletti y Fernández Oro de la provincia de Río Negro, con quienes pudimos construir conocimientos entrelazando saberes sociales y científicos. En tal sentido, las reflexiones aquí presentadas surgen de respuestas obtenidas de veinte mujeres entrevistadas en los diferentes territorios donde se desarrolló la investigación. Con la intención de resguardar sus identidades, y sosteniendo que no obstaculiza el análisis y la interpretación de lo que planteamos, no se aclaran nombres ni iniciales.

El contexto en el que se cocina y se come

Las entrevistas fueron realizadas en General Fernández Oro y Cipolletti, localidades que se encuentran emplazadas dentro del Alto Valle de Río Negro, sobre la margen izquierda del río del mismo nombre. En relación a General Fernández Oro, de 8629 habitantes (según censo de 2010), un 78,5% corresponde a población urbana y un 21,5% a población rural. Datos de proyección estadística calculan que, en la actualidad, cuenta con un total

aproximado de 18000 habitantes, información estimada por la Municipalidad debido a las nuevas construcciones, altas de servicios que se registran y al dato del crecimiento inter censal, aportado por el último censo. La zona urbana está conformada por un radio céntrico y áreas circundantes aún no diagramadas definitivamente. Como consecuencia del crecimiento de la población sin posibilidades de acceso a planes de viviendas en la zona urbana, las familias fueron asentándose en los terrenos fiscales. Con respecto a esta situación, y como parte de los barrios conformados de esta manera, se encuentra Costa Linda, un barrio de entorno geográfico poco favorable, debido a su accesibilidad (no cuentan con servicio de transporte público) y a sus condiciones de vulnerabilidad social, características sociodemográficas de marginalidad y la segregación espacial de su ubicación. Se registran un total de 400 habitantes en el barrio, que conforman aproximadamente unas 80 familias, en su mayoría extensas (conviven varios núcleos familiares de distintas generaciones). El 46% de la población son niños y niñas menores de 15 años.

En general, las viviendas del barrio presentan serias deficiencias, siendo característica la precariedad de los materiales con lo que se encuentran construidas (cantoneras y chapas), el piso de tierra y los baños externos con letrina sin descarga. La recolección de residuos se realiza dos veces a la semana y el agua es de red potable a través de caño fuera de la propiedad. Siguiendo con la descripción sobre la disponibilidad de servicios, la comunidad solo cuenta con gas envasado, al que no todos tienen acceso (por su costo), utilizándolo como medio para la cocción de alimentos y calefacción a leña, carbón o medios eléctricos (calentadores).

Como espacios de uso común, el barrio cuenta con un Centro Comunitario - Vecinal en el que se desarrollan diferentes actividades culturales y talleres. Dentro del mismo funciona el Centro de Salud periférico dependiente del Hospital de Fernández Oro. En relación a educación, el barrio no cuenta con escuelas primarias, secundarias ni jardines de infantes. Como consecuencia, la comunidad debe trasladarse a la zona céntrica de la ciudad para acceder a este servicio. Además, las instituciones productivas establecidas incluyen una fábrica yesera, un aserradero y un criadero de pollos.

Las familias que residen en Costa Linda con una situación socioeconómica precaria, sostienen su alimentación con apoyo de asistencias alimentarias de gobiernos local, provincial y nacional, además de diferentes grupos religiosos y organizaciones de la sociedad civil. Lo adquirido, alimentos y artículos de limpieza e higiene, se obtiene principalmente en los mercados y ferias de la zona céntrica de General Fernández Oro. Las pequeñas compras, aquellas que son diarias, se realizan en los comercios chicos y despensas del barrio que cuentan con menor disponibilidad de alimentos.

Otro de los lugares en donde que se realizaron entrevistas es el barrio Anai Mapu, ubicado geográficamente al noroeste de la ciudad de Cipolletti, en la provincia de Río Negro, a una distancia aproximada de 4 kilómetros del centro de la ciudad. Cabe destacar que Anai Mapu nace luego de una de las grandes inundaciones que acontecieron en la zona de la costa del Río Neuquén, área que hoy se conoce como barrio La Costa, ubicada por debajo del puente interprovincial Río Negro - Neuquén. Como consecuencia de esta crecida, ocurrida en la década de los 80, diversas familias se vieron afectadas y esto obligó al gobierno municipal a reubicarlas sobre el margen noreste de la localidad. A partir de tal suceso, el barrio comenzó a crecer de una manera exponencial; a la fecha, y según datos obtenidos del relevamiento del centro de salud local y centro de promoción comunitaria durante el año 2020, se sabe que Anai Mapu cuenta con 130 viviendas en las que viven alrededor de 4100 familias, estimando unos 17 mil habitantes en total.

Es importante mencionar que una de las características relacionadas a la organización barrial es que dentro de los límites geográficos que la zona presenta, se puede diferenciar un casco central y más tradicional; y, hacia sus alrededores, asentamientos cuyo crecimiento fue más espontáneo y desorganizado. Dentro de las características habitacionales, se observan diferencias muy marcadas entre estas dos áreas. Para empezar, la disponibilidad de servicios básicos como red cloacal, red de luz, gas natural, agua y recolección de residuos es una gran diferencia. Mientras que el casco central sí cuenta con estos servicios, los asentamientos no presentan las mismas prestaciones. En relación al acceso a luz y agua potable, pueden ser habituales las instalaciones clandestinas de gran precariedad. Esta imposibilidad de los hogares de contar con los servicios es consecuencia de no tener la titularidad de los terrenos, ya que no cumplen con los requisitos que las empresas prestadoras de servicios solicitan para su instalación como, por ejemplo, escritura o mensurado con planos.

En cuanto a las características edilicias, en la zona central se pueden ver casas de material, con cocina organizada, comedor, baño y más de una habitación. Por el contrario, los hogares de los asentamientos informales son construcciones precarias en las que generalmente se utilizan diferentes recursos materiales para su confección: ladrillos y chapas (cartón/zinc), que se combinan con madera, cartón prensado y, en ocasiones, *durlock*, entre otros. Asimismo, en esta zona las viviendas de materiales son escasas; predominan las construcciones de casillas de maderas, algunas de las que han sido construidas en forma conjunta con la Organización de la Sociedad Civil “Un Techo”, como monoambientes sin baño. Por tal razón, las familias construyen baños externos con características precarias, utilizando cartones, techos de nylon y pozo (letrina), sin contar con instalación de inodoro, lavamanos, ni ducha. Además, y a partir de la observación, puede mencionarse que otra de las estrategias utilizada para solucionar esta carencia es la construcción y el uso del baño compartido con algún vecino.

Entre las instituciones que brindan servicios a la comunidad, encontramos un centro de atención primaria de salud y un destacamento policial. En relación a la educación, y como establecimientos referentes, se encuentran: el centro de infantil de primera infancia Nº 2, los jardines de infantes Nº 118 y Nº 49, las escuelas primarias Nº 294 y Nº 366, el colegio secundario Nº 152 y el colegio nocturno Nº 147. Entre los espacios de servicios comunitarios, se resalta la presencia de un centro de promoción comunitaria municipal y un centro de jubilados. Asimismo, se identifican establecimientos relacionados a la religión: una iglesia católica y nueve templos evangélicos. Por último, y como un aspecto clave para esta investigación, este barrio cuenta con un comedor municipal y cinco merenderos informales a cargo de agrupaciones sociales. Anai Mapu dispone de transporte público que solo llega y circula por las pocas calles asfaltadas que el barrio tiene. Hacia el interior del barrio y los asentamientos, dado que las calles se encuentran en mal estado, se dificulta el ingreso de transporte público, la asistencia a salud, la defensa civil y la policía.

En base al nivel socioeconómico de sus habitantes, existe un alto porcentaje de jefes de familia que carecen de empleo formal (no existen datos oficiales), por lo que se desempeñan en diferentes tareas de carácter informal, característica que provoca fluctuaciones constantes en la economía familiar. Esta inestabilidad laboral conlleva a que los ingresos económicos sean mínimos y las familias vivan en vulnerabilidad alimentaria. Como consecuencia de la falta de trabajo estable, en un gran porcentaje de hogares el único ingreso fijo se ve representado por el cobro de la Asignación Universal por Hijo. Además, y como asistencias ofrecidas por parte del municipio local y/o planes sociales provinciales, se encuentran: Módulos Alimentarios Mensuales y de Emergencia, Subsidios, bono de gas, leña, útiles escolares y medicamentos, entre otros.

En relación a los lugares donde acceden las familias a la compra de artículos del hogar, higiene y de alimentos, el barrio cuenta con tres despensas polirrubro y alrededor de unos quince mercados familiares informales. Una de las principales diferencias entre estos tipos de comercios es que las despensas sí cuentan con las correspondientes habilitaciones municipales y trabajan con medios de pago electrónicos, como tarjetas de débito y medios de pago digitales. En estos locales comerciales, los habitantes solo realizan las compras de alimentos o productos de mayor necesidad diaria, mientras que eligen buscar precios en los mayoristas, distribuidoras o supermercados en el centro de la ciudad.

Enumeración, composición y estrategias para llenar el plato

1. Se destacan marcadas diferencias en los modos de transitar ASPO y DISPO, entre géneros y grupos etarios. En determinadas circunstancias (de parejas separadas),

algunos niños y niñas quedaron aislados en la casa de alguno de sus progenitores y no pudieron verse con el/la otro/otra. En su mayoría, los varones no cumplieron el aislamiento de la misma manera. En este sentido, se expresó en las entrevistas que los varones fueron quienes primero regresaron a sus jornadas laborales, sobre todo en el caso de cuentapropistas y changarines. Por otra parte, diversas actividades consideradas como *hobbies* y realizadas por mujeres adoptaron la forma de emprendimientos, consolidándose como fuente de ingresos secundaria en los hogares entrevistados.

2. Más allá de los ingresos generados a partir de changas y trabajos de carácter formal, las fuentes de obtención de alimentos para hacer posibles las comidas fueron múltiples: programas estatales (nacionales, provinciales y/o locales), ayudas de personas conocidas que no llegan a conformarse como redes, comedores escolares y/o comunitarios. Es necesario aclarar que no es posible diferenciar claramente el impacto de cada prestación alimentaria: se combinan y se aprovechan como es conocido y reproducido desde hace mucho tiempo.
3. Los montos recibidos por las familias a partir de prestaciones alimentarias del estado nacional, provincial y/o local, no alcanzan a cubrir la totalidad de los alimentos y comidas que las familias refieren consumir. Por tanto, y como una posible solución, se ponen en juego articulaciones de estrategias que se complementan y enriquecen. Como dato a destacar, las prestaciones que se brindan desde espacios locales son más reconocidas por las entrevistadas (se identifican como pilares en la alimentación diaria de sus familias): “traigo el almuerzo de lo que se cocina en el comedor, todos los almuerzos y muchas veces la merienda, eso es una gran ayuda, más el sueldito que saco de ahí”.
4. En relación a los espacios asociados al comer, la multiplicidad y la complementación entre distintas fuentes de obtención de alimentos y comidas, generó que aquellos espacios en donde se materializó la comensalidad fueran diversos. Así, los escenarios donde se come se alternan entre el comedor, la escuela y la casa propia.
5. Lamentablemente, y como es sabido, la virtualidad escolar fue muy compleja y poco entendible. Durante los primeros meses de ASPO, el aislamiento (sobre todo de las madres entrevistadas y los niños y niñas más pequeños) fue muy marcado. El sistema educativo (presupuesto provincial), que previo al ASPO brindaba prestaciones alimentarias durante la jornada escolar, se tradujo en una transferencia de dinero a cada familia con la que se podían adquirir alimentos durante la primera quincena de cada mes.

6. La tarjeta Alimentar agregó disponibilidad monetaria para acceder a los alimentos y, si bien irrumpió en estas familias en un momento de mucha necesidad y poca información (ya que esta prestación se presentó en forma casi simultánea con la ASPO y su distribución fue compleja), también generó desconcierto y dificultades en algunos casos: “no usé todo el dinero y al mes siguiente no lo tenía”, “no entendía al principio cómo era”. De igual modo, y habiendo transcurrido algunos meses, todas las mujeres entrevistadas expresaron que era muy simple su uso y que no le cambiarían nada a la prestación.
7. Durante el ASPO, algunas familias comenzaron a recibir módulos alimentarios entregados por los comedores barriales, ya que los mismos permanecían cerrados. La composición, periodicidad y número de beneficiarios fue adaptándose a las necesidades crecientes de las familias con vulnerabilidad alimentaria y a la capacidad del presupuesto del gobierno provincial y local.
8. No aparece la autoproducción como estrategia para la obtención de alimentos (cría de gallinas, huevos, huerta) por, posiblemente, no formar parte de la cultura de las familias entrevistadas.
9. Indudablemente, para llenar el plato no sólo es necesario contar con alimentos, el medio para cocinarlos también es un recurso al que debe accederse. El gas (envasado en garrafa) es lo que predomina como elemento utilizado en la cocción y se combinan estrategias (compra, entregas desde gobiernos locales) para obtener la leña que se utiliza para la calefacción.

Enumeración, composición y estrategias para llenar el plato de comidas habituales

1. La irrupción brusca del ASPO se tradujo en una compra “de todo lo necesario” para comer. Así, el almacenamiento de lo posible (por espacio y/o accesibilidad) y de víveres secos, como las bolsas de papas y cebollas, fue una de las estrategias más nombradas. En algunos casos, estos víveres también eran comercializados por las familias en el barrio como fuente de ingreso.
2. El temor al desabastecimiento, representado por frases como “no se sabía que iba a pasar” - “compramos para comer”; generó la estrategia de almacenamiento de una serie de alimentos que resultaban necesarios para reproducir la comida habitual y posible que mantenía el hogar. En este contexto, se prioriza la elaboración de comidas cuando hay hijos presentes; sin embargo, cuando asisten a la escuela o al comedor, los adultos “se arreglan”.
3. Si bien durante el ASPO los alimentos adquiridos no sufrieron grandes cambios, los lugares de compra se modificaron porque cambió el responsable de realizarlas.

Las mujeres delegaron esta responsabilidad (de manera temporal) en los varones, quienes optaron o bien por hipermercados (que aceptaban la Tarjeta Alimentar y proponen ofertas), o bien por comercios barriales, para evitar la aglomeración de gente y el traslado a otros barrios.

4. Los tiempos de comida se desorganizaron. Los cambios de hábitos de vida que produjo el ASPO (caracterizado por el encierro, la ausencia de presencialidad escolar y la suspensión de jornada laboral), provocó que los integrantes de las familias se vieran obligados a compartir espacios y tiempos diferentes a los desarrollados en la habitualidad, poniendo en tensión los vínculos familiares. Tal fue el caso de gran parte de las mujeres entrevistadas quienes, habiendo comenzado a convivir con sus parejas unos meses antes del inicio de la pandemia, asociaron esta situación a modificaciones en las comidas, los comensales y aquellos lugares donde se realizaban las mismas. El trabajo, la escuela y la apertura de los comedores como ordenadores de tiempos de comida y sueño se perdieron en ASPO y se recuperaron en DISPO.
5. Tanto en ASPO como DISPO la estrategia de sustitución de comidas por el consumo de pan y/o tortas fritas con mate aparece como modo de compartir y de resolver comidas principales, llenando el plato de alimentos económicos y aceptados pero que, habitualmente, se elegían para desayunos o meriendas. Se sostuvo la comensalidad, a veces sin alimentos, pero compartiendo al menos una bebida: el mate.
6. La elaboración de comidas de olla basadas en cereales (fundamentalmente arroz, fideos y polenta) y que pudieran “estirarse” con el agregado de diferentes alimentos, fueron los platos más consumidos. Los alimentos de origen animal se presentaron fundamentalmente en las versiones de carne picada o pollo. Al continuar indagando, se observa la asociación del concepto pollo como “rancho de pollo” o “alitas”. El primero es un ingrediente que se repite en los guisos de estas familias. Este término de la gramática culinaria local corresponde a una parte de la estructura del ave que se obtiene una vez realizado el despiece, al trozar el pollo en partes. Se realizó la observación de los lugares donde se vende carne y que no corresponden a las estructuras de supermercado, ni hipermercado. En estos espacios, carnicería y pollerías situadas en los barrios de la ciudad, se ofrecen los “ranchos” a un precio más bajo que los otros cortes de pollo (incluso alitas). El rancho algunas veces se oferta solo y otras veces con los menudos (panza, cuello y corazón). Una primera aproximación a su definición podría ser: la carcasa, esqueleto, costillas y columna del ave que quedan con resto de piel y de masa muscular que no pudo extraerse para los otros cortes. Este corte, tal como lo ofrece el mercado local, aún no tiene definida su composición nutricional en las

tablas de composición química de alimentos *Argenfoods*. La composición más aproximada podría obtenerse en la categoría carne pellejos, menudos frescos y crudos, cuya composición química en nutrientes indica un menor valor de aporte de proteínas que el resto de los cortes de carne de ave. Al continuar con la indagación de los platos con rancho, vuelve a mencionarse la presencia de pollo como determinante del sabor de las comidas.

7. Hay otras carnes que no se adquieren en comercios, pero que atraviesan los platos: la carne de caballo y la carpa, pez que es plaga en el río Neuquén y Limay y que comienza a consumirse “a la parrilla y con limón” o como milanesa.
8. Los alimentos recibidos a partir de las prestaciones alimentarias fueron utilizados para elaborar parte de las comidas habituales, reproduciendo las preparaciones de lo posible sin incorporar cambios en su repertorio gastronómico.
9. Las redes sociales se volvieron escasas y débiles, con mínima participación barrial. Se evidencia un aislamiento y soledad, más marcado durante y luego del ASPO. No se referenciaron comidas colectivas por fuera del grupo familiar nuclear y la comensalidad se limitó al grupo conviviente.

Enumeración, composición y estrategias para llenar el plato de comidas preferidas

1. Durante ASPO, varios vecinos de los barrios con los que se trabajó, comenzaron a elaborar pan casero y “cosas dulces” (tortas, postres). Estas preparaciones aparecen como comidas preferidas, “gustos” que pueden darse en algunas ocasiones como modo de contrarrestar el encierro.
2. En el marco del aislamiento, las entrevistadas referenciaron que se incrementó el consumo de productos caseros de panadería, como así también de bebidas gaseosas. Se alude que se hizo un corte o disminución en la ingestión de las mismas, al identificar la cantidad de botellas que se iban almacenando. Lo preferido, en el caso de las bebidas gaseosas, migró hacia los jugos comerciales, considerándolos opciones más saludables y económicas.
3. Durante DISPO se retomaron comensalidades festivas, sentidas y añoradas en cada grupo familiar y, en este marco, aparecieron las parrilladas, simbolizadas como platos excepcionales, costosos y preferidos. Surge la elaboración y el compartir estas preparaciones: “cuando nos podemos juntar nuevamente”, “además de asado, no falta el chorizo, ni el pollo”.
4. La pesca apareció como elemento repetitivo y la carpa como un alimento que se comenzó a incorporar en las comidas. Este alimento (que “tiene un fuerte olor y

sabor a barro” se acompaña de condimentos y modos de elaboración conocidos y aceptados, que forman parte de comidas habituales, para comenzar a vislumbrarse como una de las preparaciones preferidas (y también posible) en el núcleo familiar.

5. Entre los platos preferidos siguieron prevaleciendo aquellos con carne entera, se enuncian como excepciones como “gustos” y “premios”.
6. En diversos casos, las comidas habituales (posibles) y las comidas preferidas se superpusieron o, en algunas oportunidades, las comidas posibles más la suma de algún ingrediente al que no se accedía con facilidad (carne, pollo), se transformaron en las comidas preferidas: fideos con patas de pollo y guiso de fideos con carne.

Conclusión: la información cualitativa como aporte para hacer frente a la inseguridad alimentaria

Las mujeres entrevistadas reproducen, en tiempos de COVID, estrategias históricamente utilizadas para llenar el plato. Madres actuales, hijas y nietas de mujeres que atravesaron diferentes crisis alimentarias, que vivieron en pobreza e indigencia, hablaron sobre sus comidas, sobre cómo llenar el plato, desde el relato y el discurso. Tal como ya definimos en la introducción, estas dos categorías permiten la interpretación y análisis de lo dialogado con las entrevistadas. El relato nos acercó a lo posible, a lo real, a lo marcado por sus economías y sus gustos. El discurso, en cambio, reconoce aquello que divulga “otro” que marca un “deber” comer.

En tal sentido, los relatos se componen de información sobre lo posible para llenar la olla en tiempos de COVID, arrastrando las estrategias de una vulnerabilidad ya vivida. No sólo se enumeraron alimentos y sus posibles combinaciones, sino también preferencias, condicionantes sociales y económicos que acompañaron las preparaciones y que explicaron el porqué de las comidas habituales en tiempos de COVID, siguiendo un hilo histórico de carencias. Si bien el Estado nacional, provincial y local se hace presentes con transferencias monetarias y/o de alimentos y/o insumos que no son suficientes, sí logra colaborar en la reproducción de estrategias que permiten replicar un modelo de comida reconocido y, así, alcanzar a llenar algunos platos de comida.

Por otro lado, los discursos sostienen lo bueno para comer (¿vender?), aquellos mensajes reproducidos por los agentes de los sistemas de salud, la industria y los medios de comunicación, entre los actores más relevantes. En el discurso siempre se repite la imposibilidad del acceso y el reemplazo con lo frecuente. Se percibe constantemente la sensación de “inalcanzable” para algunos de ellos, por ejemplo, el yogur, los “copitos de

cereales”, las galletitas (...no llego a comprarles el yogur... y ellos me lo piden...). Asimismo, otros dos grupos de alimentos muy presentes en los discursos e identificados como “saludables, pero no los comemos”, son las verduras y las frutas. Esta situación representa un punto muy importante de analizar porque, en la práctica, en los relatos algunas verduras están presentes siendo en ciertos casos parte del plato como ingredientes de uso frecuente: cebolla, ají, zapallo, tomate y papa u, otros, acompañando las comidas preferidas: tomate, lechuga y cebolla. En el caso de las frutas, son alimentos cuya presencia se desdibuja en los relatos. Sin embargo, sí se mencionan en los discursos pero no se comen; lo que entendemos como la paradoja de vivir en un valle de producción frutícola. En este sentido, esta situación detectada en la población vulnerable estudiada refleja datos poblacionales argentinos. Según la Encuesta Nacional de Factores de Riesgo (ENFR) 2018, solo el 6% de la población adulta cumple con la recomendación de consumo de cinco porciones de frutas y verduras (INDEC, 2019).

Por consiguiente, surge el apremio por intentar deconstruir este discurso, para encontrar cómo sumar la propuesta de la ciencia de la salud al plato y despejar lo bueno para vender. Se abre el debate, nuevamente, con respecto a pensar si deberíamos educar a estas familias sobre cómo cocinar sabrosos y saludables guisos de pollo o, en cambio y a modo de ejemplo, desde la ciencia y el Estado deberíamos pensar cómo estas familias pueden mejorar sus comidas habituales y volver a acceder al pollo en lugar de al rancho.

En esa línea, la pandemia de COVID 19 que venimos transitando desde el 2019, agravó una situación de vulnerabilidad alimentaria de familias estudiadas donde llenar el plato ya resultaba complejo. Un primer punto es plantear que esta pandemia se suma a la que venimos transitando desde hace varias décadas: lo que cimienta una creciente inseguridad alimentaria. Asimismo, teniendo en cuenta la síntesis de los resultados de esta investigación y sin dejar de lado aquellos obtenidos en investigaciones que ya realizamos en la misma población con vulnerabilidad alimentaria, podemos decir que para llenar un plato de comida que revierta la inseguridad alimentaria y que nos acerque a las metas de los ODS, se deben poner en juego políticas alimentarias que identifiquen, respeten y prioricen la multidimensionalidad del acto alimentario. Será, por tanto, necesario que el Estado, organizaciones nacionales, internacionales, de la sociedad civil, las ciencias y la sociedad misma, actuemos para que el plato de comida pueda llenarse de cultura, de historia, de conocimiento científico y de saberes sociales.

Referencias bibliográficas

Aguirre, P. (2017). *Una historia social de la comida*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Lugar, Edunla Cooperativa.

Argueta Villamar, A. (2011). *Saberes colectivos y diálogo de saberes en México*. Cuernavaca, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Comisión de Ciencias Sociales de la Unidad Coronavirus COVID-19 (Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Argentina, CONICET y AGENCIA). (2020). *Relevamiento del impacto social de las medidas del aislamiento dispuestas por el PEN*. Recuperado de https://www.conicet.gov.ar/wp-content/uploads/Informe_Final_Covid-Cs.Sociales-1.pdf

Contreras Hernández, J. (2019). "La alimentación contemporánea entre la globalización y la patrimonialización". *Boletín de Antropología*, 34 (58), 30 - 55.

Contreras Hernández, J y Gracia Arnáiz, M. (2005). *Alimentación y Cultura. Perspectivas antropológicas*. Barcelona, España: Ariel.

FAO, FIDA, OPS, WFP y UNICEF (2021). América Latina y el Caribe - Panorama regional de la seguridad alimentaria y nutricional 2021: estadísticas y tendencias. Santiago de Chile, FAO. Recuperado de <https://doi.org/10.4060/cb7497es>

Grignon, C. (2012). "Comensalidad y morfología social: un ensayo de tipologías". *Apuntes de investigación*, XVI(22), 10 - 18.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). (2019). *4º Encuesta Nacional de Factores de Riesgo. Resultados definitivos*. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos - INDEC. Secretaría de Gobierno de Salud de la Nación.

Jacobs, D. R. y Tapsell, L.C. (2013). "Conference on 'Translating nutrition: integrating research, practice and policy'. Plenary Lecture II. Food synergy: the key to a healthy diet". *Proceedings of the Nutrition Society*, 72, 200 – 206. Recuperado de doi: 10.1017/S0029665112003011

Martínez, R y Fernández, A. (2006). "Modelo de análisis del impacto social y económico de la desnutrición infantil en América Latina". Serie Nº 52. *Manuales*. CEPAL. Chile.

Piaggio, L., y Solans, A. (2014). *Comida, lenguaje e identidad, enfoques socioculturales de la alimentación. Lecturas para el equipo de salud*. Buenos Aires: Ed Akadia.

Tablas Argenfoods: Composición Química de los Alimentos. Universidad Nacional de Luján. Buenos Aires, Argentina. Disponible en: <http://www.argenfoods.unlu.edu.ar>

Torrado, S. (1981). "Sobre los conceptos de Estrategias Familiares de Vida y Proceso de reproducción de la Fuerza de Trabajo: notas teórico- metodológicas", CEUR, Buenos Aires, Argentina.

Tuñón, I. (2021). "Efectos del aislamiento social preventivo y obligatorio por COVID-19 en la seguridad alimentaria de las infancias argentinas". *Revista de Salud Pública*, xxv(1), 97 - 108. Recuperado de: <https://doi.org/10.31052/1853.1180.v25.n1.31134>



Coreografías del cuidado en barrios socio-segregados de la ciudad de Córdoba: familias y organizaciones comunitarias

Florencia Bainotti

IECET (CONICET-UNC), Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC-UNC)

María Valeria Busleimán

IECET (CONICET-UNC), Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC-UNC)

Resumen

En este trabajo nos proponemos tematizar acerca de los cuidados en tiempos de pandemia por COVID-19. Particularmente, aquellos que se pusieron en marcha en barrios socio-segregados de la capital cordobesa, Argentina. Tanto las familias como las organizaciones sociales han sido y son el centro de los cuidados en este tiempo. La contracara solidaria ha sido una recarga de tareas en ambos espacios, sobre todo para las mujeres. De modo que, nuestro objetivo responde a comprender la trama y las dinámicas del "diamante de cuidado" que mayor frondosidad ganaron durante la pandemia y las "marcas" que dejaron dichas tareas en el cuerpo de quienes cuidan. Una primera aproximación al territorio da cuenta de que la organización social y política de las responsabilidades del cuidado es reproductora de desigualdades. Para ello, llevamos adelante una perspectiva metodológica cualitativa en el marco del Proyecto PISAC COVID-19 009: "Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas". Para el análisis nos basamos en el método de comparación constante. En cuanto a las consideraciones éticas, garantizamos la Protección de Datos Personales de acuerdo con la Ley 25.326.

Palabras claves: prácticas de cuidado, hambre, barrios socio-segregados, organizaciones comunitarias, familias

Abstract

In this paper, we propose to thematize about care in times of COVID-19 pandemic. Particularly those that were launched in socio-segregated neighborhoods of the city of Cordoba, Argentina.

Families and social organizations have been and are the center of care at this time. However, this solidarity has given rise to a reload of tasks in both spaces, especially for women. Thus, our objective responds to understanding the plot and dynamics of the “care diamond” that gained the most luxuriance during the pandemic and the “marks” that these tasks left on the body of those who care. A first approach to the territory shows that the social and political organization of care responsibilities reproduces inequalities. To do this, we carry out a qualitative methodological perspective within the framework of the PISAC COVID-19 009 Project: “Effects of preventive social isolation in the exercise of the right to health in Argentine childhoods”. For the analysis we relied on the constant comparison method. Regarding ethical considerations, we guarantee the Protection of Personal Data in accordance with Law 25.326.

Key Words: care practice, hungry, socio-segregated neighborhoods, community organizations, families.

Introducción¹

El presente trabajo gira en torno a las preguntas acerca de quién cuida, cómo se cuida y a quiénes se cuida en el contexto de pandemia por COVID-19 en los barrios socio-segregados de la ciudad cordobesa. Entendiendo que la alimentación constituye una dimensión esencial en las prácticas de cuidado, dichos interrogantes buscan indagar sobre los procesos de reproducción y sostenibilidad de la vida en los que participan las/os sujetas/os encargadas/os de crear, gestionar y sostener espacios comunitarios vinculados a la asistencia alimentaria. Estas/os sujetas/os en su mayoría son mujeres: abuelas, madres, hermanas, tías, primas, sobrinas, amigas y compañeras. Además, se propone reflexionar sobre las “marcas” que dichas actividades dejan en el cuerpo y en las energías de las trabajadoras comunitarias en este contexto de excepcionalidad.

Las narraciones objeto de análisis son producto del Proyecto PISAC COVID-19 009: “Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas”². Nos centramos en un abordaje cualitativo, con una muestra intencional conformada por 29 mujeres y 1 varón referentes de organizaciones de base, comedores, centros comunitarios pertenecientes a barrios socio-segregados de la ciudad de Córdoba vinculadas a la asistencia alimentaria. Las técnicas de recolección de la información que llevamos adelante fueron treinta entrevistas etnográficas³ realizadas en

¹ Una versión preliminar de este trabajo se titula: “Prácticas de cuidado alimentario en tiempos de COVID-19. Estado, mercado, familias y organizaciones sociales en los barrios cordobeses”, presentado por las autoras Juliana Huergo y Florencia Bainotti en las Jornadas Argentinas de Estudios de Población. III Congreso Internacional de Población del Cono Sur, 13-15 de octubre de 2021.

² Financiado por la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación dependiente del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de Argentina. Dirigido por la Dra. Ianina Tuñón. Quienes escribimos somos integrantes de la región centro, Nodo 5.

³ Guión compartido por todos los nodos que conforman el PISAC COVID-19 009.

diferentes puntos de la ciudad⁴, durante el período marzo-junio 2021. En todo momento respetamos la Protección de Datos Personales de acuerdo a la Ley 25.326. Para el análisis de la información nos basamos en una lectura comprensiva de las entrevistas realizadas y en el método de comparación constante.

La estrategia expositiva que guía este trabajo es la siguiente: en un primer momento, realizamos una aproximación sobre algunas consideraciones acerca de la irrupción de la pandemia en la vida cotidiana, poniendo el foco en la alimentación, el cuidado y la salud. En tal sentido, la crisis sanitaria desencadenada en 2020 profundizó las desigualdades preexistentes y, sobre todo, lo que ya era parte del paisaje natural en estos espacios urbanos, es decir, el hambre.

En un segundo momento, nos detenemos en comprender las tramas y dinámicas de los/as agentes del “diamante de cuidado” (Faur, 2017) que mayor frondosidad ganaron durante la pandemia: familias y organizaciones sociales. Para ello, proponemos la metáfora de *coreografías del cuidado*, teniendo en cuenta que el cuidar involucra a todo el cuerpo, a sus movimientos, subjetividades y emociones: amores, aventuras, sensaciones, tristezas y alegrías. La danza es parte de las relaciones que hacen a la vida cotidiana, con diferentes tiempos y ritmos, localizadas en espacios materiales y espacios simbólicos. Algunos tramos de la composición coreográfica en pandemia se dieron entre las familias y las organizaciones comunitarias, con el objetivo de hacerle frente a la profundización del hambre. Para ello, necesitaron realizar una serie de movimientos organizados y cooperativos para auto-gestionar recursos alimentarios (estatales, de vecinas/os, del mercado).

Por último, realizamos una captura del plano final de este montaje coreográfico, en el que nos detenemos en las sensaciones y emociones en relación al cuidado comunitario, que cobra fuerza en el momento de aislamiento social, preventivo y obligatorio (en adelante ASPO).

Retomando el punto anterior, los trayectos de toda la puesta en escena de las coreografías del cuidado implicaron movimientos organizados y, otras veces, improvisados pero nunca tuvieron una pausa. Por el contrario, los ritmos fueron veloces. En este sentido, las *bailarinas* –mujeres cuidadoras– habitaron el espacio –sus barrios– y los problemas sociales en sus cuerpos en tanto soporte material de la existencia que se pusieron a disposición (se desplegaron, replegaron, extendieron, desenrollaron) del “nosotros/as” comunitario. Las mujeres cuidadoras, protagonistas principales de esta representación, nos

⁴ Zona sur, sudeste, sudoeste, este, norte, noreste y noroeste de Córdoba Capital.

muestran las consecuencias que dejó el final de esta danza en sus cuerpos: agotamiento, desgaste, cansancio y enfermedad.

La irrupción de la pandemia en la vida cotidiana: ¿qué sucedió en materia de cuidados alimentarios?

El 11 de marzo de 2020, la Organización Mundial de la Salud (OMS), declaró al brote del nuevo coronavirus (SARS-CoV-2) como una pandemia, lo que se instaló como una crisis a nivel global. En base a la curva epidemiológica de transmisión del virus, a través del Decreto Nacional 297/2020 se dispuso el ASPO para mitigar el impacto sanitario del COVID-19. Dicha normativa, tuvo la premisa fundamental de evitar los contactos sociales a los fines de minimizar las posibilidades de contagio y fortalecer la capacidad de respuesta del sistema sanitario evitando su colapso. Posteriormente, teniendo en cuenta la diversidad geográfica, socioeconómica y demográfica de cada jurisdicción, el 9 de noviembre del mismo año, a través del Decreto Nacional 875/2020, el gobierno estableció el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (en adelante DISPO) con el objetivo de recuperar el mayor grado de “normalidad” posible a nivel económico y social, incluyendo la continuidad de los protocolos y sosteniendo el monitoreo de la evolución epidemiológica para garantizar un control de la situación.

Existen suficientes antecedentes para advertir que la pandemia profundizó la crisis social y económica preexistente en el país y que, el ASPO se constituyó en un tiempo de mucha adversidad para los sectores populares. A nivel nacional, el Documento Estadístico del Observatorio de la Deuda Social “La pobreza como privación más allá de los ingresos (2010-2019). Introducción de datos fundados en un enfoque de derechos” (Salvia, 2020) refiere que en 2019 la pobreza alcanzó el máximo nivel de la última década, afectando al 32% de los hogares y a poco más del 40% de la población urbana del país. Además, el Documento Estadístico presentado por el Observatorio de la Deuda Social “Nuevos retrocesos en las oportunidades de desarrollo de la infancia y adolescencia. Tendencias antes y durante la pandemia de COVID-19” (Tuñón, 2021) da cuenta que la pobreza monetaria afectó en el contexto del ASPO - COVID-19 especialmente a las infancias, llegando al 64,6% entre los 0 y 17 años. La indigencia se mantuvo más estable, pero alcanzó el 15,7%.

Asimismo, la “Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el gobierno sobre la vida cotidiana”⁵,

⁵ Entre el 14 y 26 de julio de 2020, se realizó la 2º Encuesta Rápida a través de un cuestionario con preguntas aplicadas vía telefónica a una muestra de 2.525 hogares con niñas, niños y adolescentes de Argentina, con representación nacional y regional. La Encuesta Rápida fue realizada en el marco del Acuerdo de Cooperación para la implementación de la Encuesta Indicadores Múltiples por Conglomerados (MICS 2019/2020) en Argentina con el Ministerio de Desarrollo Social y el Consejo de Coordinación de Políticas Sociales.

llevada a cabo por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), estimó que, a mediados del 2020, el 28,3% de los hogares había dejado de consumir algún alimento por limitaciones en sus ingresos, y que en el contexto de villas y asentamientos, el 45,3% de los hogares había experimentado privaciones en sus consumos alimentarios habituales (UNICEF, 2020).

Con relación a datos de la provincia de Córdoba, tomando como referencia el Indicador Familiar de Acceso a la Alimentación (IFAL)⁶ del Instituto de Investigación Social, Economía y Política Ciudadana (ISEPCi) para el mes de abril 2021: un 56% de los hogares encuestados reciben asistencia alimentaria en comedores comunitarios desde hace más de 1 o 2 años. Un 44% de los hogares necesita del comedor desde hace un año y, dentro de estos hogares, una parte importante desde los primeros meses de este año. En el 66% de los casos, la asistencia obtenida se comparte entre todas/os las/os integrantes del hogar. En este marco, en 8 de cada 10 hogares (con Tarjeta Alimentaria)⁷ y (sin Tarjeta Alimentaria) no cumplen con la ingesta de lácteos recomendada para una alimentación saludable (3 porciones al día) (ISEPCi, 2021).

Estos datos muestran que un amplio sector de la población presenta dificultades para el acceso a los alimentos que necesita. En este sentido, el hambre viene siendo una cruda problemática para el país. Tal es así que, la Ley 27.519 de Emergencia Alimentaria Nacional, sancionada durante el 2019, reconoce la crisis alimentaria existente y prorroga la Emergencia Alimentaria declarada por el Decreto 108 de 2002, hasta el 31 de diciembre de 2022⁸.

En este contexto de premura en materia alimentaria, agravado por la dificultad de obtener ingresos en el mercado de trabajo en el contexto del ASPO - COVID-19, se refleja la vinculación entre la economía, la desigualdad y el hambre. Esta última, en palabras de Josué de Castro: “es el problema número uno para la mayor parte de la humanidad que continúa luchando duramente por su subsistencia” (1983, p. 7). Para el autor el hambre es el más grande y trágico descubrimiento del siglo XX. Al mismo tiempo sostiene que:

Ningún factor exterior hiere tanto al hombre como el alimentario. El hambre, en efecto, no lo marca solamente en su cuerpo, sino en su alma lo “deshumaniza”. Un

⁶ Resultado de un relevamiento a partir de 20.260 entrevistas presenciales a adultos/as responsables de la alimentación de familias que concurren a comedores comunitarios en 22 provincias del territorio nacional. El total de niñas y niños que integran estos hogares es 38.302 de 0 a 18 años. Se seleccionaron un 50% de las familias que perciben Tarjeta Alimentar y un 50% que no la reciben (ISEPCi, 2021).

⁷ La Tarjeta Alimentar es una estrategia complementaria que garantiza el acceso a la canasta básica alimentaria. Depende del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y forma parte del Plan Argentina contra el Hambre. Está destinada a madres o padres con hijas/os de hasta catorce años que reciben la Asignación Universal por Hijo (AUH), embarazadas a partir de los tres meses de gestación que cobran la Asignación por Embarazo para Protección Social y personas con discapacidad que reciben la AUH. Para favorecer la disponibilidad de fondos de las familias, a partir de noviembre de 2021, la TA se unificó con la AUH.

⁸ La Ley 27.519 estipula una actualización del presupuesto con un aumento como mínimo de un cincuenta por ciento (50%) de las partidas presupuestarias para políticas alimentarias. A su vez, establece, a partir de 2020, la actualización de los montos de forma trimestral para asegurar que no pierdan su valor frente a la inflación.

hombre que tiene hambre, no es, no puede ser, un hombre libre; es el prisionero de su hambre, no tiene sino un deseo, un pensamiento, un fin: comer. Después, si el hambre se prolonga, cae en una profunda apatía y pierde, poco a poco, todo deseo, aún el de alimentarse (de Castro, 1983, p. 22).

La alimentación constituye una dimensión esencial en las prácticas de cuidado. En el escenario descrito, por un lado, la pandemia hizo visible la esencialidad de los trabajos de cuidado y reafirmó su centralidad para la sostenibilidad y reproducción de la vida. Además, especialmente, corrió el velo acerca de la histórica naturalización del trabajo reproductivo y de cuidado a cargo de las mujeres. Pero, por el otro, no ha impedido la brutal sobrecarga de actividades en el cuerpo y energía de las mujeres ante el cierre de otros espacios de cuidado como escuelas, centros de desarrollo infantil, clubes, centros culturales, etc.

En consonancia, en América Latina prácticamente el 80% de los cuidados no remunerados son realizados por mujeres (Batthyány, 2020). Según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC, 2013) extraídos del documento “Encuesta sobre el trabajo no remunerado y uso del tiempo”⁹, en Argentina la brecha de género en tareas de cuidado es amplia: los varones tienen una tasa del 58%, mientras que la de las mujeres llega al 89%. Además, adolescentes y jóvenes también realizan cuidados: el 33,7% del total de jóvenes de 15 a 29 años cuida a niñas/os (hermanas/os, primas/os, sobrinas/os). En tal sentido, la brecha por sexo también es significativa: el 21,3% de los varones y el 46,6% de las mujeres.

Para Valeria Esquivel, Eleonor Faur y Elizabeth Jelin (2012), hablar de cuidado implica preguntarnos cómo nos producimos como seres humanos. Las prácticas de cuidar incluyen a todas las actividades que regeneran diaria y generacionalmente el bienestar físico, social, psicológico y emocional de las personas. Ninguna persona es del todo autónoma porque nadie sobrevive sin cuidados, por tanto, es un trabajo esencial para el sostenimiento y la reproducción de la vida. Si bien las infancias y las vejez necesitan mayor dedicación, todas/os hemos requerido y requerimos cuidados de otras/os, integrarnos a redes sociales que nos contengan y en las que gestamos tramas afectivas. Es por eso que podemos decir que las prácticas de cuidar involucran al cuerpo, las subjetividades, los entornos y los sujetos. Todos ellos conforman una red de cuidados. En consecuencia, la organización social del cuidado, responde a acciones que involucran a diversos sujetos y estructuras.

Para avanzar en el conocimiento de la distribución social de las responsabilidades de cuidado, Eleonor Faur (2017) propone el concepto de “diamante de cuidado” de Shahra

⁹ La encuesta fue implementada como módulo de la Encuesta Anual de Hogares Urbanos (EAHU) durante el tercer trimestre de 2013, con el objetivo de captar información respecto de la participación y el tiempo destinado por las personas de 18 años y más a las tareas domésticas, al cuidado de miembros del hogar y al trabajo voluntario.

Razavi. Esta noción simboliza la cromaticidad de interacciones (complementaciones o ensamblajes, distinciones, competencias) del Estado, mercado, familias y organizaciones comunitarias como productoras y distribuidoras de cuidados.

Para muchas familias resolver la alimentación no implica necesariamente ponerse a cocinar, pero sí ponerse a gestionar. Particularmente, la mujer organiza el “comer familiar” gestionando en materia alimentaria, constituyéndose esta actividad en el nodo central de sus habituales tácticas de reproducción alimentaria-nutricional. En Córdoba, desde hace más de tres décadas que los comedores comunitarios y escolares son parte “natural” del paisaje “social” de los barrios socio-segregados. De modo que, aparece con fuerza la tarea que llevan adelante vecinas-encargadas de estos espacios como agentes claves que materializan la totalidad del proceso alimentario de las familias locales durante algunos días de la semana: planificación, obtención, preparación, distribución para el consumo y limpieza (Hurgo, 2016). Complementariamente, también cobran protagonismo las empresas gastronómicas entre las que se terceriza el programa de asistencia alimentaria de mayor envergadura a nivel provincial, el Programa Asistencia Integral Córdoba (PAICor)¹⁰ (Ibáñez y Hurgo, 2016).

Coreografías del cuidado en las familias

Si hoy no salimos a hacer esa changuita no tenemos para esta semana. Chocarnos con esa realidad fue durísimo (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona noreste, junio 2021).

El ASPO incluyó medidas que prohibían la circulación e impedían realizar las actividades consideradas “no esenciales”¹¹, lo que implicó que las familias de los barrios quedaran aisladas sin poder realizar sus quehaceres laborales y, por ende, sin percibir sus

¹⁰ Este Programa Social, que inició su implementación en enero de 1984, cuenta con 37 años de servicio y asistencia a la comunidad. Se encuentra destinado a niñas/os y jóvenes “carenciados” que asisten a establecimientos educativos públicos. Su objetivo primordial es contribuir a la inclusión y permanencia en el sistema educativo formal y al adecuado crecimiento y desarrollo de la población en edad escolar en situación de vulnerabilidad, brindando asistencia alimentaria y propendiendo a mejorar hábitos vinculados a una alimentación saludable [Ver: <https://paicorvirtual.cba.gov.ar/Home/institucional>]. En sus comienzos respondía a un modelo de política integral y universal. No obstante, con la profundización del sistema capitalista neoliberal, la sucesión de diferentes gobiernos, ha experimentado diversas modificaciones: tercerización (empresas privadas de servicio de alimentos) y focalización (condición de pobreza por ingresos). Como consecuencia de la pandemia por COVID-19, los comedores escolares cerraron y la prestación cambió de modalidad: de platos de comida servidos en la escuela durante la semana, se pasó a la entrega de módulos alimentarios con una frecuencia mensual.

¹¹ Según el Decreto Nacional 297/2020 las actividades consideradas “no esenciales” son todas aquellas excluidas del artículo N°6 que establece que quedan exceptuadas del cumplimiento del “aislamiento social, preventivo y obligatorio” y de la prohibición de circular, las personas afectadas a los servicios declarados esenciales en la emergencia: personal de salud; fuerzas de seguridad; fuerzas armadas; autoridades superiores de los gobiernos; personal de justicia; personal diplomático; personas que deban atender una situación de fuerza mayor; supermercados mayoristas y minoristas y comercios minoristas de proximidad; farmacias; ferreterías; veterinarias, entre otras.

ingresos monetarios. Esta situación repercutió negativamente en la economía de los hogares. La mayor parte de las familias de los sectores entrevistados pertenecen al sector informal del trabajo y realizan actividades tales como venta ambulante, son trabajadores de la construcción, trabajadoras de casas particulares, carreras/os, changarines, etc. Por consiguiente, carecen de seguridad social:

La gente de acá no tiene un ahorro, no tiene guardado una plata, no tiene un negocio, no teníamos nada. Nosotros vivimos el día a día. O sea, el día a día. *Si hoy no salimos a hacer esa changuita no tenemos para esta semana* (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona noreste, junio 2021).

Por otro lado, para quienes tenían un trabajo formal –como servicio de autos de alquiler con chofer (remis, taxi), empleadas/os de fábricas o comercios-, sus actividades también se vieron suspendidas y/o les redujeron el salario:

Nos ha tocado que mucha gente se quedó sin trabajo, *las fábricas cerraron*, hicieron menos jornal, al hacer menos jornal tampoco hay, o sea, no hay plata. No hay nada. Después nos ha tocado tener gente en situación de aislamiento, en la cual gente que se aisló 15 días al principio, después 10 días y son gente que a veces son changarines, limpia vidrios, los que venden en la calle, el que vende huevos. Es la realidad que nosotros tenemos en el barrio. Nuestro barrio es de ese perfil, digamos. Acá hay muchas fábricas. Igualmente, muchas cerraron (Entrevista a S, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021).

Estas circunstancias trajeron aparejados sentimientos de “miedo”, “angustia”, “desesperación” y “preocupación”, sobre todo “porque no podían traer el pan a la casa”. Una de las mujeres entrevistadas utilizó el símbolo del “entierro” para significar la “muerte” en vida de quedarse sin trabajo o de no poder salir a realizarlo “de un día para el otro”.

La pandemia nos agarró y nos avasalló a todos. Hizo como un *entierro* a mucha gente, a mucha gente que es autónoma. A nosotros nos tocó. A mí en lo personal me tocó ver a mi hijo, a mi pareja, a mis hermanos, a todos ellos sin trabajo de un día para el otro (Entrevista a S, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021).

Frente a este escenario, el Estado argentino implementó un conjunto de medidas de transferencias monetarias compensatorias dirigidas a los sectores sociales más perjudicados y, en particular, hacia niñas/os y adolescentes, como el Ingreso Familiar de

Emergencia (IFE)¹², y la Tarjeta Alimentar (TA), más los refuerzos a la Asignación Universal por Hijo (AUH), que tuvieron como efecto moderar las tasas de pobreza e indigencia. Con respecto a este conjunto de acciones paliativas, las entrevistadas mencionaron que fueron de “gran ayuda” y un “alivio para las familias” en el marco de tanta incertidumbre. Más específicamente, en cuanto a la recepción del IFE todas manifestaron que esta política “ayudó muchísimo” a las familias, fue interpretada como un beneficio que les “trajo tranquilidad” y certeza al saber que iban a “contar con unos pesitos” porque con “esa platita podían estirla”.

En el mismo sentido, con relación a la recepción de la TA expresaron que constituía una ayuda importante para su economía, pero con la salvedad de que no alcanzaba: “las necesidades son muy grandes”. En relación con las compras que realizaban con la tarjeta en el barrio, las referentes exteriorizaron su disconformidad porque las/os comerciantes aplicaban recargos, cuestión que iba en contra de la normativa del programa. Sin embargo, también manifestaron que para llegar a los supermercados y volver con mercadería tenían que pagar un servicio público de autos de alquiler con chófer (taxi, remis), y eso constituía el mismo costo que comprar con ese plus impuesto por los comercios de la zona. Otra disyuntiva relacionada a la TA se relacionaba con el hecho del requisito de la franja etaria para su recepción: “es como que cumplen siete años y ya está, ya tuvieron los nutrientes necesarios y le cortan” (Entrevista a X, referente de comedor comunitario de la zona sur, mayo 2021). Este programa social con componente alimentario extendió su cobertura de edad en mayo del 2021 incluyendo a niñas/os de hasta catorce años.

Otras intervenciones estatales frecuentemente enunciadas fueron las recepciones de módulos alimentarios provenientes de los programas provinciales Programa Asistencia Integral Córdoba (PAICor) y Plan Salas Cuna¹³. Sobre estos programas también las personas entrevistadas nos relataron su disconformidad en varias orientaciones: por su tipología; por la cantidad de los alimentos incluidos; por la homogeneidad de su contenido. De acuerdo a los diálogos, había un distanciamiento con la realidad de los hogares: “estos módulos se piensan sin conocer la realidad de la gente, creen que resuelven con la entrega de comida, pero no en todas las casas del barrio se puede cocinar (...) tiene solo un calentador eléctrico” (Entrevista a M, referente de comedor comunitario de la zona sudeste,

¹² Medida excepcional implementada por el Gobierno Nacional, que buscó proteger a las familias argentinas ante la pérdida o disminución de sus ingresos por la situación de emergencia sanitaria generada por el COVID-19. A esta prestación monetaria no contributiva podían acceder: personas desocupadas; personas que trabajaban en la economía informal; personas inscriptas en las categorías A o B del monotributo; monotributistas sociales; trabajadores de casas particulares; personas destinatarias de AUH o asignación por embarazo para protección social.

¹³ El Plan Salas Cuna es una política pública del gobierno de la provincia de Córdoba mediante la articulación con organizaciones de la sociedad civil y municipios. Estos establecimientos se presentan como espacios de contención y cuidado de niños y niñas de 45 días a 3 años. Posee un doble objetivo: por un lado, contribuir al desarrollo psico-social de niños/as y, por otro, permitir a las mujeres su inserción social y laboral, mientras trabajan o asisten a la escuela. Asimismo, incluye la capacitación a recursos humanos, la entrega de leche fortificada y complemento nutricional, elementos de higiene y equipamiento para el cuidado y la recreación.

mayo 2021). En relación con la cantidad de alimentos incluidos, manifestaban su incapacidad de contener a toda la familia: “con una caja de mercadería no es que van a comer todo un mes, si tienen una familia numerosa, eso les dura dos o tres días” (Entrevista a M, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021). Por otro lado, hacían referencia a la escasa variedad de alimentos y la saturación gustativa que ello provocaba: “los niños me dicen: estoy cansado, no queremos más fideos ¿qué viene en la caja? Fideos, en su casa eran: guisos, guisos, guisos” (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona noreste, junio 2021).

La *danza de alimentar* moviliza la fuerza de las familias, principalmente de las mujeres. Sus coreografías se construyen en el campo de la cotidianeidad y son el resultado de una enorme cantidad de comportamientos elaborados y recreados/aprendidos a lo largo de la historia familiar. En este cuadro, danzan con las organizaciones sociales y con el Estado para su reproducción alimentaria, las que no pudieron cumplirse plenamente vía ingreso monetario.

Coreografías del cuidado en los comedores comunitarios

Cuesta un montón quedarte en tu casa y cuidarte, porque también tenés que cuidar a los demás (Entrevista a J, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021).

Poniendo el foco especialmente en el escenario de la pandemia, para la totalidad de los comedores comunitarios, las tareas se vieron significativamente incrementadas. Las mujeres encargadas de administrar y sostener estos espacios, ejecutaron una serie de movimientos corporales sucesivos y organizaron la materialidad del espacio y sus tiempos para componer diversas *piezas dancísticas*: alimentar, gestionar, limpiar, supervisar, ayudar y sostener.

Son mujeres las que cuidan a las personas de todo el barrio, cuando vos vas son quienes te cruzás en las calles del barrio haciendo las compras. Después están cocinando, están cuidando a sus propias familias y también a las del resto. Se acercan todo el tiempo a preguntar cómo están las familias, o sea, *son ellas las que todo el tiempo están cuidando al resto* (Entrevista a A, referente de merendero de la zona sudeste, mayo 2021).

Durante gran parte del 2020, el uso del tiempo en gestionar y ejecutar la asistencia alimentaria comunitaria se puso por delante de la realización de otras actividades socio-culturales que venían desarrollando tales como: apoyo escolar, actividad física y talleres culturales; actividades que manifiestan como “centrales” para la contención social de niñas,

niños y adolescentes porque, además de “sacarlos de la calle”, “son un espacio educativo donde aprenden a tolerar las diferencias, a lavarse las manos, a cepillarse los dientes” (Entrevista a M, referente de comedores comunitarios de la zona noroeste, abril 2021). A los quehaceres diarios de las trabajadoras comunitarias se suma el de llevar adelante los protocolos preventivos socio-sanitarios inherentes al COVID-19: ingresar entre una/media hora antes de lo ordinario para la higienización de los espacios; sanitización de la mercadería recibida y de los *tuppers* de las viandas; retirarse entre una hora/media hora después para la limpieza y desinfección posterior del espacio. Además, hubo un incremento en el tiempo para la gestión, compra y/o elaboración de insumos de higiene y de seguridad frente al COVID-19, para cuidar a sus vecinas/os y para “auto-cuidarse”: barbijos, máscaras, alcohol en gel y elementos de limpieza, entre otros

Previo a esta emergencia socio-sanitaria, según las condiciones materiales y organizativas de cada espacio comunitario, se brindaba el desayuno y/o almuerzo, la merienda y/o cena en sus distintas modalidades, ya sea presencial o a través de viandas. Complementariamente, las/os niñas/os y adolescentes comían en los comedores escolares a través del PAICor o en las Salas Cuna, configurando una rutina en la que, al final del día, muchos de los escenarios de comensalidad eran extra-domésticos y colectivos compartidos con sus pares e intergeneracionales (cocineras, camareras, docentes, talleristas, etc.). Por ejemplo: se desayunaba y almorzaba en los comedores escolares, mientras que se merendaba y cenaba en el comedor comunitario. Con el devenir de la pandemia, la dinámica descrita se vio modificada obligatoriamente. Por ejemplo, se realizaron cambios en los horarios y en la modalidad de asistencia alimentaria: de presencial a entrega de viandas o módulos alimentarios.

Asimismo, ante la pérdida y/o reducción del trabajo y el aislamiento de los barrios, se triplicaron las raciones alimentarias, se confeccionaron listas de espera y, por otro lado, se modificó el perfil etario y socioeconómico de la población cubierta. Ya no se asistía exclusivamente a niñas/os, sino a toda la familia: madres, padres, abuelas/os, hermanas/os adolescentes, como también a familias que previamente no lo necesitaban. Este panorama cambió el paisaje de los comedores: a las/os “comensales naturales” de estos espacios – las/os niñas/os- se sumaron otras/os a la asistencia alimentaria y, por ende, las mujeres tuvieron que “hacer malabares” porque los recursos no alcanzaban para contener el hambre de todo el barrio. Malabares que refuerzan la asimétrica distribución de las tareas de cuidados no remunerados que enfrentan las mujeres. Esta desigual distribución, a partir de la que las responsabilidades del cuidado recaen en ellas, es producto de la división sexual del trabajo y su naturalización como cuidadoras. Esto responde a la construcción de una idea social de que las mujeres tienen mayor capacidad para cuidar que los hombres a partir de una diferencia biológica (por la posibilidad de gestar, parir y amamantar) (Batthyány, 2020).

La agudización del hambre en los territorios despertó sensaciones afectivas de “angustia”, “tristeza” y “dolor” que emergieron como formas de sufrimiento subjetivo para las mujeres encargadas de los espacios comunitarios.

Ya no era que venían los niños solos al comedor, era toda la familia. Entonces era un *dolor* muy grande, porque no son solo los niños, viene la mamá, el papá, la tía, ponele y los adultos mayores que se les lleva la comida a la casa para que no salgan por este tema de la pandemia. (Entrevista a E, referente de comedor comunitario de la zona centro, mayo 2021).

Los múltiples malabares llevados a cabo por las mujeres para entregar el plato/vianda de comida a sus vecinas/os y familiares están indisolublemente ligados con los objetos materiales en/con los que se desarrolla la práctica de cocinar (insumos, equipamiento, estructura edilicia), de manera que estos condicionan los márgenes de posibilidad para la elaboración de las comidas (Moreyra, 2017). En relación con los espacios para cocinar, las condiciones edilicias de los comedores son precarias y pequeñas para responder al aumento en la cantidad de raciones de comida. Los barrios donde se localizan carecen de red de gas natural y, en consecuencia, utilizan la leña como combustible o gas de garrafa. En función de las preparaciones y de las condiciones climáticas, cocinan a la intemperie en hornos de barro panes, tortillas, pizzas y empanadas o sobre el suelo de las calles o veredas de los comedores. Además, muchos de ellos poseen tomas de agua por fuera de la estructura edilicia. Esto hace que las mujeres tengan que acarrear con sus cuerpos baldes y ollas industriales llenas de agua para la limpieza y/o desinfección de los espacios y para la cocción de los alimentos. Esta situación implica calcular de forma certera el agua para cocinar arroz o fideos para que “se haga con el agua justa” y no tener que colar, porque con tantas porciones es muy difícil manipular las ollas. Las mujeres mayores manifiestan que ya no tienen “fuerzas”. El sacrificio de poner el cuerpo por “estar metidas en el baile” se torna desmedido.

Por otro lado, el equipamiento de utensilios y mobiliario, teniendo en cuenta la gran escala de producción alimentaria (en algunos casos, más de 300 raciones diarias), no resulta suficiente. Lo que más destacan las mujeres es la limitación que tienen con la cantidad y tamaño de las ollas.

No solamente en el comedor donde yo trabajo, sino como que en la mayoría de los comedores *las ollas nos hacen mucha falta*, el equipamiento de utensilios, digamos de materiales de trabajo, tenemos muy poco. *Hacemos lo que podemos con lo que tenemos*, sino cocinamos y vamos vaciando en baldes... Porque esto, nunca el gobierno de la nación dice: existe un comedor en el barrio tal, le damos ollas, utensilios. Si lo que tenemos, lo tenemos que comprar, ya sea trabajando en forma colectiva para poder obtener y adquirir estos utensilios, ¿no? Y bueno de esa forma

tenemos y vamos comprando las cosas. Falta mucha, mucha respuesta... (Entrevista a L, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, junio 2021).

A esto se suma el no contar con heladeras para refrigerar los alimentos, por consiguiente, las mujeres se ven obligadas a trasladar los alimentos frescos a sus casas y, luego, volverlos al comedor para elaborar los menús.

Nosotros *no tenemos heladera* pero la dueña de la casa nos ha prestado, ella tenía un *freezer*, bueno ella nos lo prestó porque bueno hasta que ella lo use, cuando ella lo use nos tiene que avisar y lo retira (Entrevista a E, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, junio 2021).

De modo que, el mencionado aumento de raciones trajo aparejado el poner en marcha tácticas no solo direccionadas a garantizar un acceso a mayor cantidad de alimentos, sino también adquirir mobiliario, equipamiento y sumar más personas a la tarea de comprar, cocinar, servir y limpiar. En algunos casos, las mujeres traen de sus casas los faltantes y suelen romperse sus elementos, dada la producción a granel, por ejemplo, las licuadoras. Una frase que se repite en los relatos es: "todo tenemos que hacerlo nosotras mismas".

Sííí, pero si nos faltan muchas cosas todavía de eso de electrodomésticos. Porque esta copa empezó desde abajo, pero bueno poco a poco... *Todo tenemos que hacerlo nosotras mismas*, nosotras que somos de la copa traemos de nuestra casa hasta que no estábamos acá todo usábamos de mi casa, se me rompía la licuadora, también trajo para acá la Carmen se rompió, un desastre, pero bueno... (Entrevista a J, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021).

Aquí optamos por la noción de "táctica" por sobre la noción de estrategia. En esa línea, adherimos con los postulados de Michel De Certeau (1996) quien sostiene que la primera presenta mayor pertinencia para describir la creatividad de determinados sectores sociales en situación de desventaja socioeconómica estructural en garantizar la alimentación cotidiana. Por tanto, coloca su mirada analítica en fenómenos fugaces, caligrafías corporales que no siempre se repiten: "artes de hacer" cultura o "poiesis" que, a su vez, posibilitan la resistencia en contextos de constricción y disciplinamiento social.

Desde esa perspectiva, entre las tácticas de gestión de alimentos las referentes mencionan como novedad el "darse a conocer vía *Facebook*". Desde esta plataforma comparten su historia, sus necesidades, sus proyectos, hacen vivos de sus elaboraciones culinarias y el servido de las viandas-platos. Sostienen que "da visibilidad" a sus demandas y "da credibilidad" para seguir recibiendo ayuda: "ahí mostramos que lo que recibimos lo entregamos, lo usamos para lo que estaba acordado" (Entrevista a Y, referente de comedor

comunitario de la zona noroeste, mayo 2021). Por otro lado, también organizan por *Instagram* y *Facebook* “campañas específicas de donación de leche, donación de alimentos” y, dado que la pandemia no permitía la circulación, para que la gente les alcanzara las donaciones al barrio, lanzaron un “link de mercado pago y un CBU de un banco para que la gente pueda colaborar ahí y nosotros poder hacer las compras” (Entrevista a D, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021).

Asimismo, realizaron articulaciones con el mercado, que se conocen a partir del boca en boca entre organizaciones que están trabajando de manera conjunta bajo el paraguas de una organización más grande como Encuentro de Organizaciones, Barrios de Pie, Patria Grande y Movimiento Evita. Entre ellas Banco de Alimentos Córdoba¹⁴ y un Techo para mi País¹⁵. Complementariamente, a partir de esta última generaron contacto con la Fundación Shell. Vía responsabilidad social empresarial, el mercado llega a los barrios a cubrir los vacíos que deja el Estado. Así, va introduciendo su asistencia desde lugares lúdicos y recreativos, que además de llegar en el momento “oportuno”, tienen amplia “visibilidad”. En este punto encontramos, por ejemplo, a algunas empresas líderes como *Shell*, que han creado –estratégicamente- marcas solidarias como *Nilus*¹⁶. Esta última recibe el apoyo económico de empresas nacionales e internacionales líderes como Mercado Libre, *Google*, *Walmart*, *Glovo*, *World Center Kitchen* y *Clifton Foundation*, entre otras. Si bien la empresa aportó con cajas de alimentos secos –legumbres- que fueron centrales para cubrir la amplia demanda alimentaria, la contrapropuesta “exigida” fue la difusión vía redes sociales de su marca y acción social. Paradójicamente, el cocinar lentejas de mil formas toda la semana las “agotó”, pero la experiencia se significó como “divertida”.

Otro aporte visibilizado por las entrevistadoras fue el del Banco de Alimentos Córdoba. Este modelo de organización se sostiene mediante el aporte de empresas productoras o comercializadoras de alimentos que donan productos que han salido del circuito comercial pero que son aptos para el consumo, y a través de colectas donde personas individuales colaboran con alimentos no perecederos. Las organizaciones y comedores se inscriben en el Banco de Alimentos y mensualmente les ofrecen los alimentos disponibles. Para acceder a ellos, se les solicita una “contribución simbólica” que representa un pequeño porcentaje del valor de mercado.

¹⁴ La describimos más adelante.

¹⁵ Se presentan como una “organización conformada por jóvenes voluntarios y voluntarias junto con habitantes de asentamientos populares de América Latina. Mediante nuestra acción conjunta, trabajamos en superar la situación de pobreza en la que viven millones de personas”. El principal proyecto de esta organización es acercar a las familias una vivienda de “emergencia” (prefabricadas en madera) para dar respuestas al “déficit habitacional originado por la situación de pobreza o por causa de desastres naturales que afectan a miles de personas”.

¹⁶ En su página web se presenta como “una empresa de triple impacto que desarrolla tecnología para combatir la inseguridad alimentaria”.

Con esa platita que recibimos del MDS –Ministerio de Desarrollo Social- podemos comprar 600 yogures por ejemplo y otras mercaderías más, con poco dinero. Es una *simbólica ayuda* que se le da al Banco de Alimentos, pero a nosotros nos ayuda (Entrevista a S, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021).

Por otra parte, comenzaron a ser parte de organizaciones más grandes que son apoyadas por el Estado nacional y/o provincial, para gestionar alimentos estatales. No obstante, la presencia de la asistencia de este último actor no es percibida como tal por la mayoría de las referentes. Desde los relatos, ellas son asistidas material, técnica y organizativamente por Barrios de Pie, Movimiento Evita, Encuentro de Organizaciones, etc.

Nosotros gracias a Dios tenemos la garrafa e hicimos una actividad y compramos lo que es nuestra cocina con rifas y logramos comprar la cocina de dos hornallas y quien nos solventa las garrafas es la organización y es una ayuda muy, mucho, mucho... Por eso te digo que *las organizaciones están muy bien organizadas y ayudan mucho a los barrios*. Son ellos quienes conocen todas las problemáticas de los barrios. (Entrevista a L, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, junio 2021).

Por otro lado, reciben alimentos a través de la solidaridad de las/os vecinas/os del barrio: recepción de módulos alimentarios del PAICor por parte de familias que no los utilizan al tener varios hijos/as en edad escolar. Estas, al recibirlos mensualmente, no llegan a consumirlos y, por ende, los donan al comedor. También las donaciones de alimentos provienen de las Tarjeta Alimentar: “a veces las mamás nos dicen ‘che voy a cobrar, ya tengo depositada la Alimentar. ¿Qué es lo que les hace falta? Les puedo comprar dos paquetes de azúcar” (Entrevista a D, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021). Como los recursos “no alcanzan”, también realizan rifas, sorteos y venta de comidas y con lo recaudado compran alimentos, garrafas y utensilios que necesitan para hacer de comer en el comedor.

A estas coreografías de cuidado alimentario, también se suman otras como el acompañamiento a las familias aisladas tras contraer el coronavirus y a las/os adultas/os mayores. Estas/os últimas/os, si bien no estaban aisladas/os por contagio o contacto estrecho, al considerarlas/os dentro del grupo “población de riesgo”, provocó que también “se aislen” por miedo al contagio, ya que el riesgo de presentar síntomas graves aumenta con la edad. Al respecto, llevaron viandas o módulos alimentarios a sus domicilios. También, hicieron seguimiento de casos a personas/familias contagiadas, trabajaron articuladamente con el centro de salud local o con el Centro de Operaciones de Emergencias (C.O.E.), ayudaron a gestionar programas sociales como el IFE, realizaron campañas informativas sobre la vacunación COVID-19 e inscribieron a las/os vecinas/os. Todas las referentes

manifiestan que “la pandemia activó el trabajo territorial”, estamos “abrazando a nuestra comunidad”, “el COVID-19 nos unió”, “hizo que nos conociéramos”. Volvieron las visitas casa por casa y la pregunta por el “cómo estás”.

Otra práctica que realizaron durante la pandemia fue la creación o reactivación del ropero comunitario, debido a que veían a las/os niñas/os muy “desabrigados”, en “cuero” o “con la ropa rota” cuando se acercaban al comedor a buscar la vianda. De esta forma, gestionaron donaciones de ropa a través de redes sociales. Una vez que les llegaban las donaciones, controlaban el estado de las mismas, les realizaban restauración a aquellas que lo necesitaban y se las repartían a las familias o las colocaban en una mesita afuera del comedor para que pudieran elegir cuáles llevar cuando fueran a buscar la vianda.

Algunos días hacía frío y venían desabrigados y venían con los mocos por el suelo, enfermos. No te digo gripe pero sí andaban todo el tiempo, como con resfrío, ¿viste? Y era porque *estaban muy desabrigados*. Entonces, bueno ahí empezamos abrir esto que fue el ropero comunitario (Entrevista a D, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021).

Siguiendo con la metáfora de las coreografías, observamos en diferentes planos cómo estas mujeres danzan con el mercado, con el Estado, con sus propias familias por “estar metidas en un baile”: el de la asistencia alimentaria. El sentido que no las deja quedarse quietas, que las impulsa, que las encarna para “salir a escena” es el hambre de su comunidad: de sus vecinas/os, de sus hijas/os, de sus esposos, hermanas/os, de ellas mismas.

“Siga el baile, siga el baile”: cuerpos, emociones y sensaciones frente al hambre colectiva

No cerramos en ningún momento, solamente el 2 de noviembre que a mí me dio positivo. Lo cerré por 15 días pero después lo volví a abrir. Estuve internada, me agarró fuertísimo, en terapia. Es más, estuve un día porque me entubaron. Y bueno, al otro día me lo saqué yo sola y creo que me dieron el alta al cuarto día y me vine a trabajar (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona sudoeste, mayo 2021).

Uno de los tramos finales de esta coreografía del cuidado, tiene que ver con el cuerpo de quienes cuidan. En este trabajo comprendemos al cuerpo como soporte material de la existencia y como teoría viva que se construye y reconstruye en el marco de una temporalidad tensiva entre pasado y presente. Nuestra corporalidad va más allá de la mera

biología para constituirse como un fenómeno social y cultural, materia simbólica, objeto de representaciones y de imaginarios (Le Breton, 2002). De acuerdo con Cristina Asa Laurell (1982), los cuerpos manifiestan determinados procesos biológicos en articulación con condicionamientos materiales y con procesos sociales más generales¹⁷, es decir, con su determinación social o historicidad.

La experiencia de cuidar involucra al cuerpo en acción en la vida cotidiana, expresa que somos seres ligados a otras/os en términos corporales, afectivos, materiales y sociales (Anzorena, et al., 2021). La insensatez productivista-capitalista de nuestras sociedades, continúa oprimiendo y explotando los cuerpos como si fueran máquinas, escindiendo espacios, sujetos, emociones, prácticas; despojando de sentido al cuidado y degradando a quienes cuidan. Por ende, peligrosamente, se gesta la ilusión de que, si el cuerpo es una mera abstracción, nadie necesita cuidar ni ser cuidado. Por el contrario, sin trabajos corporales como el gestar, parir, amamantar, cuidar, cocinar, limpiar, enterrar a nuestras/os muertas/os, es imposible la reproducción y el sostenimiento de la vida (Ciriza, 2021). La presencialidad del cuerpo de las trabajadoras entrevistadas es un hecho concreto, pero el tema complejo de la *coreografía del cuidado* es que no hay espacios ni tiempos de detenimiento para la percepción del propio cuerpo de quienes cuidan y sus necesidades: “no se puede parar”, “estamos a pulmón”.

En este tiempo de excepcionalidad, por el contrario, el cuidado permitió detenerse y hemos observado cómo las mujeres entrevistadas se vieron exprimidas para realizar este trabajo a nivel barrial, porque “el hambre no te dice pará, ¿no es cierto?”. Empero manifiestan que esto no hubiese sido posible sin la generación y reactivación del tejido conectivo (redes sociales) en los propios territorios. Estas cooperaciones espontáneas – aunque no siempre sistemáticas- les dio cierto “respiro” a las mujeres bailarinas del cuidado. Y siempre ante la crisis, la solidaridad comunitaria es algo que siempre nace en medio de tanto caos y son estas ollas populares que, de alguna manera, estaban *sosteniéndose a pulmón* en los barrios (Entrevista a L, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, abril 2021).

Armamos un grupo que es la red de la zona sur. Entonces empezamos a decir: “¿en qué lugares hay comedores?” Bueno, en mi casa por ejemplo, que es tal dirección, tal día, tal día y tal día. Centro cultural, tal día. Centro vecinal, tal día. ¿Y para qué nos bajamos esa información? Para que sepan los lugares y podamos informarle “en este lugar se hace de noche, en este lugar se hace de día”. (...) En eso, un acto muy grande de los compañeros de otras organizaciones, centro vecinal, centro cultural, en esto de afianzarnos y decir: “bueno, hoy no soy de

¹⁷ Estructura y relaciones productivas, patrones culturales y de consumo, ambiente, trama socio-histórica.

Barrios de Pie, no soy de Centro Cultural, no soy del Centro vecinal”. Hoy estamos porque tenemos que parar el barrio. Eso me encantó el año pasado, si bien hubo conflictos también se pudo solucionar (Entrevista a L, referente de comedor comunitario de la zona sureste, junio 2021).

Pasado el ASPO, cuando el afuera comenzó a “relajarse” respecto a los contagios, notamos que sus cuerpos comenzaron a hablar con manifestaciones biológicas: hipertensión arterial, tumor cerebral, apendicitis, trastorno de ansiedad, ataques de pánico. Todas ellas están correlacionadas con la sobrecarga física y emocional que trajo consigo el hambre de sus vecinas/os y familiares, pero también de ellas mismas por estar en iguales condiciones de vida. Una de las referentes entrevistadas nos relata que “en un momento fue como tan estresante toda la situación de la pandemia y todo lo que estaba pasando, que me agarró como una *alergia en el cuerpo y me tiró en la cama*” (Entrevista a D, referente de comedor comunitario de la zona noroeste, mayo 2021). Estas “marcas físicas” subrepticamente portan emocionalidades vinculadas al miedo y a la incertidumbre que generó la pandemia, que les exigió *más y más en materia cuidados*. El contexto social no les permitió parar, pero sus biología las obligaron a detenerse. Aunque, rápidamente deban volver a la tarea: “es más, estuve un día porque me entubaron. Y bueno, al otro día me lo saqué yo sola y creo que me dieron el alta al cuarto día y me vine a trabajar” (Entrevista a R, referente de comedor comunitario de la zona sudoeste, mayo 2021).

Al conversar sobre su papel en los espacios comunitarios, surgen preguntas irónicas acerca del propio cuidado (“¿en qué tiempo?”) y la problematización de ser “invisibles” ante un Estado que no las reconoce como trabajadoras esenciales en las responsabilidades del cuidado (“si vamos a una manifestación para que nos pongan la vacuna porque tenemos miedo de contagiarnos al estar trabajando de sol a sol, la sociedad no nos va a apoyar: ‘ehhhh dejen de cortar las calles’”). Al respecto, una referente nos narra con voz quebrada, lágrimas y agotamiento físico:

¿Cuándo llegaron a asistirnos a nosotros que estábamos poniendo el cuerpo?
¿Quién vino a preguntar si estábamos bien emocionalmente? Tuve que cubrir una vez para que le puedan hacer el velatorio a una persona y ¿quién preguntó si nosotros estábamos bien después de eso? Nosotros sentíamos que queríamos colaborar a un Estado y acompañar al Estado, pero *¿el Estado en qué momento se acordó de nosotros?* Ni siquiera llegaron (Entrevista a S, referente de comedor comunitario de la zona sudeste, mayo 2021).

De acuerdo con lo expresado anteriormente, los aportes de la economía feminista¹⁸ y de la economía del cuidado dan cuenta de la contribución de las mujeres a una economía alternativa que no solo mide el trabajo remunerado, sino también el trabajo no remunerado. Desde esta perspectiva, se argumenta la necesidad de visibilizar el rol del trabajo doméstico y comunitario no remunerado en el proceso de acumulación capitalista, y las implicancias en términos de explotación de las mujeres, tanto por parte de los capitalistas como de “los maridos” (Rodríguez-Enríquez, 2015). En este sentido, dotar de reconocimiento a las actividades de cuidado que realizan las mujeres es primordial para entender que sin estos trabajos es imposible la supervivencia cotidiana de las personas. Por tanto, debe ser reconocido y valorado desde todo punto de vista: económico, pero por sobre todo ético y político.

Volviendo al concepto del “diamante de cuidado” y la distribución social y política de las responsabilidades del cuidado vemos que, si la danza cooperativa entre los diversos actores y estructuras que lo conforman no acontece, sucede el agotamiento de algunas de las partes: organizaciones sociales y familias. Estas últimas, desde hace mucho tiempo, vienen apoyándose por estricta necesidad en las primeras. Esto implicó que las mujeres tengan que recrear y aguantar diversos movimientos corporales para gestionar el cuidado no solo al interior de sus hogares sino también de los espacios comunitarios.

Consideraciones finales

Yo creo en mi vecina porque tiene
un germen
un cielo y mil estrellas
un algo. Y sé que esa es la espada
que a todos va a salvarnos de la ausencia.
Un gesto de amor ojos adentro
(me lo enseñó labrándolo en la huerta
entre leguminosas y consejos
y brotes de maíz en tierra fresca).
‘Podemos mejorar nuestro jardín’ – me dice
brindándome un puñado de semillas.
Proclama el anuncio de su ángel
la noble sentencia como guía:
no hay cambio si no empieza por casa
y al lado
donde está la vecina.

Maxi Ibáñez (Hacer las cosas simples, 2013)

¹⁸ Para un recorrido de la producción en este campo desde América Latina, ver: Valeria Esquivel (coord.): “La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región”, gem-lac / ONU Mujeres, Santo Domingo, 2012. Sitios www.iaffe.org y www.gemlac.org

La crisis epidemiológica puso en jaque a la población en general y, en los enclaves socio-segregados en particular, agudizó un *impasse* más con el que batallar: el hambre. *Abrir el telón* es una oportunidad para dar visibilidad a las coreografías del cuidado alimentario que las mujeres llevan a cabo en sus propios barrios, de manera silenciosa y oculta, pero indispensables para la reproducción y sostenibilidad de la vida.

A medida que ellas comparten con nosotras sus rutinas, su cotidianidad y día a día, reflexionan sobre el cuidado que brindan a otras/os (vecinas/os y familiares) y sobre las condiciones materiales en las que transcurre la ardua tarea de cuidar (“no nos alcanza la comida”, “hacemos lo que podemos con lo que tenemos”). Ponen en valor el hecho de que, durante la pandemia, la generación y reactivación del trabajo colectivo con sus vecinas/os y otras organizaciones sociales fue imprescindible para la contención emocional y material del barrio y de ellas mismas. Sin embargo, ello no ocurre sin los efectos tangibles de la sobrecarga de trabajo en sus cuerpos: “estamos cansadas”, “no damos abasto”, “lo hacemos todo a pulmón”. Esto último suele quedar invisibilizado en términos de una mera cuestión individual de salud (“le agarró un ataque de pánico”, “tiene hipertensión porque no se cuida”), sin percibir su determinación social.

Es por eso que la pregunta que aún nos ronda en este baile es ¿quién cuida a quiénes cuidan? Des-romantizar y poner en agenda la discusión sobre políticas públicas direccionadas al trabajo de cuidados que las mujeres realizan en los territorios es necesario para garantizar sociedades más igualitarias y equidad en la distribución de derechos. Para eso, claro está, primero hay que verlas como colectivo –o como partes de redes de cuidado– más que como individualidades aisladas.

Referencias bibliográficas

Anzorena, C. C.; Schwarz, P. K. N. y Yáñez, S. S. (2021). *Reproducir y sostener la vida. Abordajes feministas y de género del trabajo de cuidados*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Teseo.

Batthyány, K. (Coord.). (2020). *Miradas latinoamericanas a los cuidados*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.

Ciriza, A. (2021). Cuerpo y experiencias. Sobre los dilemas y desafíos del cuidado. En Anzorena, C. C.; Schwarz, P. K. N. y Yáñez, S. S. (Comps.), *Reproducir y sostener la vida. Abordajes feministas y de género del trabajo de cuidados* (pp. 15-35). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Teseo.

De Castro, J. (1983). *El hambre, problema universal*. Buenos Aires: Editorial Leviatán.

De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

Esquivel, V.; Faur, E. y Jelin, E. (Eds.). (2012). *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado*. Buenos Aires: IDES.

Faur, E. (2017). ¿Cuidar o educar? Hacia una pedagogía del cuidado. En Redondo Patricia y Antelo Estanislao (Comps.), *Encrucijadas entre cuidar y educar. Debates y experiencias* (pp. 87-114). Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones.

Huergo, J. (2016). "Reproducción alimentaria-nutricional de las familias de Villa La Tela, Córdoba" [Tesis de doctorado]. Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Ibáñez, I. y Huergo, J. (2016). "Discursos mediáticos acerca de la política alimentaria para los niños y niñas de sectores subalternos cordobeses". *Question*, Vol. 1, Nº49, 271-286.

ISEPCi (2021). Informe de Indicador Familiar de Acceso a la Alimentación. Córdoba: Autor. Recuperado de:

<https://isepci.org.ar/wp-content/uploads/2021/03/INFORME-IFAL-FINAL.pdf>

INDEC (2013). *Encuesta sobre el trabajo no remunerado y uso del tiempo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Autor. Recuperado de: https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/tnr_07_14.pdf

Laurell, A. C. (1982). "La Salud-Enfermedad como proceso social". *Cuadernos Médico Sociales*, 19, 1-11.

Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Moreyra, C. E. (2017). "Cocinar y comer en la Córdoba (Argentina) del siglo XIX. Una lectura de la cultura material doméstica". *Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos*. Nueva Época (Sevilla), Nº 6, 262-294.

Rodríguez-Enríquez, C. (2015). "Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad". *Nueva Sociedad*, 256, 30-44.

Salvia, A. (Dir.). (2020). Documento Estadístico: La pobreza como privación más allá de los ingresos (2010-2019). Introducción de datos fundados en un enfoque de derechos. Ciudad de Buenos Aires: Fundación Universidad Católica Argentina. Recuperado de:

<http://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/Observatorio%20Deuda%20Social/Documentos/2020/2020-OBSERVATORIO-DOC-EST-POBREZA-PRIVACIONES-INGRESOS.pdf>

Tuñón, I. (Dir.). (2020). Documento Estadístico: Nuevos retrocesos en las oportunidades de desarrollo de la infancia y adolescencia. Tendencias antes y durante la pandemia de COVID-19. Ciudad de Buenos Aires: Fundación Universidad Católica Argentina. Recuperado de

http://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/Observatorio%20Deuda%20Social/Documentos/2021/2021-Documento_%20Estad%3ADstico_Infancia_NuevosRetrocesosCOVID-19.pdf

UNICEF (2020). Documento Estadístico: Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el gobierno sobre la vida cotidiana. Buenos Aires: Autor. Recuperado de https://www.unicef.org/argentina/sites/unicef.org.argentina/files/2020-08/EncuestaCOVID_segunda%20ola_vf_esp.pdf

Otras fuentes consultadas

Decreto DNU 297/2020. Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-297-2020-335741/texto>

Decreto DNU 875/2020. Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio. Disponible en: https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decisi%C3%B3n_administrativa-2028-2020-344079/texto

Página Web de la Organización TECHO. Disponible en: <https://argentina.techo.org/>

Página Web de Nilus. Disponible en: <https://www.nilus.online>



“Ahora viene toda la familia al comedor”. Espacios de comensalidad infantil antes y durante la pandemia

María Julia Angeli

IECET (CONICET-UNC), Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC-UNC)

Juliana Huergo

IECET (CONICET-UNC), Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC-UNC)

Resumen

Las medidas socio-sanitarias adoptadas en el marco de la pandemia por COVID-19 generaron una re-configuración de las prácticas de comensalidad de niños y niñas. Esto principalmente producto del cierre de las instituciones educativas y de cuidado (escuelas, salas cunas, comedores, merenderos, entre otras) donde recibían parte de su alimentación diaria, como también por la pérdida de empleos, suspensiones e imposibilidad de salir a trabajar de los y las referentes adultos y la consecuente reducción de los ingresos familiares. La pandemia vino a sacudir los elementos cotidianos concretos, los espacios y los tiempos del comer, al profundizarse los procesos de hambre colectiva.

Si bien la práctica familiar de gestión de alimentos siguió su condición itinerante (retiro de viandas y módulos/bolsones en diferentes espacios institucionales y comunitarios, redes de solidaridad barriales), se produjo un movimiento hacia adentro: la vuelta obligada a la mesa del espacio doméstico. Sin embargo, luego de varias décadas de ejecución de programas y políticas que resolvieron la alimentación por fuera de los hogares, posicionándolos bajo la lógica de espectadores y operando con criterios de acceso diferenciales para cada uno de sus miembros, se conjetura que gran parte de las familias de los sectores socio-segregados se encuentra desposeída material y simbólicamente para hacer frente a esta tarea. Esto debido a, entre otros factores, la ausencia de espacios para comer, la crítica disponibilidad de equipamiento y conectividad a servicios, la discontinuidad en la transmisión intergeneracional de saberes y tradiciones culinarias. La metodología utilizada en el siguiente texto tiene un carácter cualitativo, que parte de la realización de treinta entrevistas a referentes comunitarias encargadas de comedores y merenderos de diferentes puntos de la

ciudad de Córdoba, Argentina. El análisis se realizó a partir del método de comparación constante. Se garantizó la Protección de Datos Personales de acuerdo con la Ley 25.326.

Palabras clave: niños y niñas, comensalidad, familias, sectores socio-segregados, COVID-19

Abstract

The socio-sanitary measures adopted in the framework of the COVID-19 pandemic generated a reconfiguration of the practices of commensality of boys and girls. Mainly as a result of the closure of care and educational institutions (schools, nurseries, dining rooms, picnic areas, among others) where they received part of their daily food, as well as for the job losses, suspensions and impossibility of going out to work for the adult references with the consequent reduction in family income. The pandemic came to shake the concrete daily elements, the spaces and times of eating, by deepening the processes of collective hunger. Although the family practice of food management continued its itinerant condition (removal of food and modules/bags in different institutional and community spaces, neighborhood solidarity networks) there was an inward movement: the forced return to the table of the domestic space. However, after several decades of executing programs and policies that resolved feeding outside the home, positioning them under the logic of viewers and operating with differential access criteria for each of its members, it is conjectured that a large part of the Families from socio-segregated sectors find themselves materially and symbolically dispossessed to face this task. Among them: absence of spaces to eat, critical availability of equipment and connectivity to services, discontinuity in the inter-generational transmission of knowledge and culinary traditions. The methodology used responds to a qualitative nature, 30 interviews were conducted with community leaders in charge of dining rooms and picnic areas from different points of the city of Córdoba, Argentina. The analysis was performed using the constant comparison method. The protection of personal data was guaranteed in accordance with law 25,326.

Keywords: boys and girls, commensality, families, socio-segregated sectors, COVID-19

Introducción

Durante los años 2020-2021, como consecuencia de la pandemia por COVID-19, en Argentina se produjo una re-configuración de los espacios de socialización, educación y comensalidad de niños y niñas. Cerraron las instituciones educativas y de cuidado (escuelas, salas cunas, comedores, merenderos, copas de leche, entre otras), se modificaron las actividades y rutinas familiares. Si bien las infancias no han sido ni son el grupo de población más afectado en términos de morbi-mortalidad, según el Fondo de las

Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF, 2020a): “las niñas y niños son las víctimas ocultas del coronavirus” (p. 2). Esta afirmación responde a que existe un conjunto de efectos colaterales de la pandemia que impacta especialmente en su educación, nutrición, salud física, emocional y mental, ocio, recreación y protección, entre otras. Este grupo social se encuentra emocionalmente interpelado por los efectos indirectos que atravesó el mundo adulto: crisis socio-económica, situación emocional, estrés e incertidumbre.

Por consiguiente, a pesar de reconocer que los impactos sociales fueron transversales a todos los niveles de la estructura social, se expusieron y profundizaron las desigualdades materiales y simbólicas en los sectores socio-segregados, en especial entre niños y niñas (UNICEF, 2020a y 2020b; Tuñón 2020). Entre ellas, el hambre como problema social y político¹. En este sentido, el Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina (UCA) señaló que la inseguridad alimentaria², que afecta desde hace más de una década al país, alcanzó al 34,3% de los niños, niñas y adolescentes durante el 2020, registrando una suba de 4 puntos respecto del año anterior (OSDA Y Caritas, 2021).

La alimentación es una práctica de cuidado esencial para el bienestar físico, psicológico, emocional y social de niños y niñas. Las infancias necesitan mayor dedicación por parte del mundo adulto, al igual que las vejees. Sin embargo, durante la pandemia las familias han tenido mayores dificultades para organizar y efectivizar su alimentación cotidiana. Los medios de vida se pusieron en jaque, viéndose afectando el consumo de alimentos en cantidad y en calidad.

En base a lo anteriormente descripto, en este trabajo nos propusimos como objetivo indagar acerca de la trama conflictual que se inscribe en las prácticas de comensalidad de las infancias cordobesas urbanas que habitan en contextos socio-segregados, especialmente durante el tiempo de pandemia: continuidades, profundizaciones, quiebres y emergentes. Las preguntas que guiaron nuestro análisis fueron: ¿qué elementos concretos cotidianos, comportamentales e ideológicos conforman la comensalidad de niños y niñas?, ¿cómo se articulan tiempos, espacios, actores, estructuras macro y microsociales en esta práctica tan cotidiana?, ¿qué transformaciones trajo consigo la pandemia?, ¿cuáles conflictos se profundizaron?, ¿cuáles conflictos aparecen como

¹ Este problema no sólo afecta a la Argentina, de acuerdo al Informe de UNICEF titulado: “Evitemos una década perdida: Hay que actuar ya para revertir los efectos de la COVID-19 sobre la infancia y la juventud”, con fecha 9 de diciembre de 2021, a nivel mundial 50 millones de niños sufren emaciación (desnutrición aguda), la forma más grave de la malnutrición. Esta cifra podría aumentar en 9 millones antes del final de 2022 como consecuencia de los efectos de la pandemia sobre la alimentación, los servicios de nutrición y las prácticas de alimentación de los niños (UNICEF, 2021).

² De acuerdo con Ianina Tuñón (2016), responde a “... un proceso en el que hay una disponibilidad limitada e incierta en cantidad y calidad de los alimentos que permiten cubrir los requerimientos nutricionales de los individuos, así como de la habilidad para adquirirlos de un modo aceptable desde una perspectiva social y cultural” (s.n.).

emergentes? Para aproximarnos a su respuesta, nos basamos en relatos de referentes comunitarias, quienes están a cargo de espacios de asistencia alimentaria dentro de la ciudad de Córdoba.

A tales fines, la estructura expositiva de este trabajo es la siguiente: en primer lugar, comentamos brevemente las decisiones metodológicas y los resguardos éticos de la investigación que llevamos adelante. Luego, nos detenemos en el posicionamiento epistemológico de la noción de comensalidad y la caracterización del escenario macro y micro-social en el que se configura. Finalmente, realizamos una interpretación de las tensiones y conflictos –cambios, continuidades, profundizaciones- que vivencian las familias de niños y niñas de sectores socio-segregados cordobeses para poder cocinar y comer, y las referentes de espacios de asistencia alimentaria para sostener los cuidados colectivos barriales, antes y durante la pandemia.

Abordaje metodológico

La metodología que utilizamos responde a un carácter cualitativo. El Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) producto del COVID-19 provocó la transformación de nuestras rutinas de producción científica e impactó en las relaciones establecidas en los territorios. De modo que, ante la imposibilidad de realizar un trabajo de campo de manera presencial a tiempo completo, durante los meses de abril y mayo llevamos adelante 29 entrevistas virtuales y 1 entrevista presencial a referentes comunitarias encargadas de comedores y merenderos de diferentes puntos de la ciudad (29 mujeres y 1 varón). Para las primeras utilizamos la plataforma *Google Meet*, en el caso de la segunda respetamos los protocolos sanitarios correspondientes. La duración estimada fue de una hora para cada una de las entrevistas.

Previamente, construimos una base de datos en función de contactos que, como equipo de investigación, veníamos sosteniendo en Villa La Tela (desde el año 2008), Barrio Cooperativa Familias Unidas (desde el año 2017) y Barrio 2 de septiembre (desde el año 2019). No obstante, con la intencionalidad de abarcar otros puntos geo-referenciales de la ciudad, a partir de vinculaciones particulares de algunas integrantes del Nodo 5³, incorporamos referentes de: zona sur (Cooperativa Reno y Barrio S.E.P), zona sudeste (23 de Abril, José Ignacio Díaz Tercera Sección, Cooperativa Familias Unidas, Almirante Brown, Villa Los Artesanos), zona sudoeste (San Roque, Villa Libertador), zona este (Yapeyú, Villa El Tinglado), zona norte (Parque Liceo Segunda Sección, Guiñazú, Ciudad Barrio El Chingolo, Remedios de Escalada), zona noreste (Marqués de Sobremonte y

³ Por sus trayectorias laborales y/o de militancia.

Patricios), y zona noroeste (Villa Cornú, Cerro Norte, IPV Argüello, La Soñada, 2 de Septiembre, Cooperativa Nueva Esperanza, 12 de Julio, Nuevo Progreso).

Para el análisis e interpretación de las entrevistas nos basamos en el método de comparación constante (Glaser y Strauss, 1967)⁴. El proceso de construcción de categorías fue apoyado con el uso del *Software ATLAS.ti*. Este programa facilita y agiliza la codificación de registros, permite marcar, ordenar, clasificar y vincular textos y establecer redes con las categorías construidas. En cuanto a las consideraciones éticas, garantizamos la protección de datos personales de acuerdo con la Ley 25.326. La información de las participantes y del participante se almacenó con la letra inicial de su nombre, edad y barrio de pertenencia.

La comensalidad como espacio social

La comensalidad es una práctica que produce “espacios sociales” al recortar, otorgar funciones y significados al espacio físico que se habita de manera cotidiana: la casa, el barrio⁵, la ciudad. Es decir, al comer se re-escibe sobre la caligrafía del espacio físico, configurando un “espacio social reificado” (*sensu* Bourdieu, 1999) en un tiempo presente continuo; se crea y re-crea una división del espacio social que expresa jerarquías, distancias y diferencias en relación a otros/as (Bourdieu, 1999)⁶. En cada circuito o recorrido que involucra a los alimentos y a las comidas se delimitan porciones del espacio físico barrial para construir espacios sociales dentro de la vida cotidiana. Y, junto a ello, determinados “sabores del mundo” (*sensu* David Le Breton, 2007), horizontes de posibilidad/deseo en términos alimentarios y perfiles de salud-enfermedad (Ibáñez y Huergo, 2017).

Es por eso que la comensalidad estructura tiempos, espacios y cuerpos. Es una de las primeras formas de socialización humana, instancia en la que se aprenden normas, valores, formas de ser y estar en compañía. Las incorporaciones de comestibles se organizan mediante comidas o acontecimientos alimentarios más o menos socializados y estructurados bajo la forma de comida principal o colaciones. La mesa constituye el

⁴ Este procedimiento implica una serie de etapas para construcción de categorías analíticas, que podrían sintetizarse de la siguiente manera: 1) Categorización abierta: como parte de esta etapa exploratoria se identifica información de interés (para el método incidentes), se compara y se procede a una primera asignación de categorías; 2) Categorización axial: a partir de un proceso de comparación se definen ciertas categorías y se identifican sus propiedades. Posteriormente, se integran para formar un núcleo de teoría emergente, 3) Codificación selectiva: en esta etapa se elige una categoría para ser el núcleo del análisis con la que se relacionan todas las demás. Esta selección permite integrar el análisis en una lectura con una línea de continuidad.

⁵ El barrio como una frontera “entre” la casa y la ciudad. Según Pierre Mayol (1999) constituye una porción de la ciudad que tiene un “vínculo orgánico” con la casa, y además expresa una apropiación progresiva del espacio público dado que responde al espacio practicado en la vida cotidiana.

⁶ En relación a las jerarquías, distancias y diferencias poblacionales, en el siguiente apartado damos cuenta de la desigualdad estructural en materia alimentaria y salud a nivel país, con énfasis en Córdoba.

símbolo de la comensalidad (*co*-compartir, *mensalidad*-mesa), es su espacio interaccional por excelencia. Participar de una mesa en común es el primer indicio de pertenencia y de aceptación por parte de un grupo, sea cual fuere el nivel social. Entonces, reparar en las mesas que componen las diferentes y desiguales prácticas de comensalidad familiares de un territorio, permite observar relaciones jerarquizadas entre clases sociales y también al interior de una misma familia. Los saberes, los sabores, los perfiles de salud-enfermedad, los horizontes de deseo/posibilidad y los lugares en la mesa no se asignan al azar; el comer juntos/as tampoco implica estar libres de conflictos (Montanari, 2006).

A diferencia de otras especies, según Claude Fischer (1995), los seres humanos comemos nutrientes más sentidos. Por ello, hablar de alimentación humana involucra reconocer la doble cualidad de los alimentos y las comidas: sustancia y función o circunstancia (Contreras Hernández, 1992). De esta manera, los repertorios alimentarios de niños y niñas se gestan al interior de una cultura, estableciendo contacto con los sabores, texturas, temperaturas, sonidos y aromas que caracterizan los procesos alimentarios de su grupo de pertenencia. En este marco, los alimentos adquieren un valor singular enlazado al afecto y a los cuidados –o a su ausencia (Sedó Masis y de Mezervilles, 2004). Por consiguiente, tal como señala Michel de Certeau (1996) detenernos reflexivamente en las prácticas de comensalidad, implica observar los elementos cotidianos concretos (qué, quién, cómo, cuánto, dónde, cuándo, con quién se come), pero también los ideológicos (de pertenencia a un grupo social) que le imprimen sentido. Estos, a su vez, son producidos y (re) producidos mediante comportamientos que dotan a la comensalidad de relieve o visibilidad. Esta, asimismo, constituye una instancia donde el cuerpo de quienes participan se presenta como un palimpsesto de vivencias acontecidas en las trayectorias personales y colectivas. Es decir, no sólo involucra la comida (producida, comprada, cocinada, ingerida, compartida) y los cuerpos de quienes comen, sino que, además, hace referencia a planos históricos, materiales, afectivos y simbólicos que se solapan de manera indisoluble a través del tiempo y del espacio (Moreyra, 2017). De modo que generar instancias para su observabilidad involucra contemplar procesos relacionales entre: tiempos/espacios/actores y las estructuras macro y microsociales.

A continuación, avanzaremos en tal sentido en relación a las infancias que habitan en contextos socio-segregados para aproximarnos a la trama conflictual de la comensalidad antes y durante la pandemia.

Estructuras macro-sociales de la comensalidad infantil: *“entre” el hambre colectiva y la especulación alimentaria*

Desde hace seis siglos el mercado mundial de la alimentación es el lugar cotidiano de todos y cada uno/a de nosotros/as en tanto comensales, circunstancia que ha conllevado

a una “crisis de civilización” en términos de Fischler (1995). Esto involucra no solo la materialidad de los alimentos (energía y nutrientes)⁷ y la configuración de perfiles de salud-enfermedad⁸, sino también su valor simbólico y capacidad para tramar relaciones sociales⁹. El sistema económico capitalista ha configurado a los alimentos como mercancías, condicionando una apropiación diferencial y desigual de acuerdo a la capacidad de pago. Que estos salgan de su condición ecológica, sensorial, socio-cultural para volverse objetos de especulación es una receta infalible para el hambre colectiva (Shiva, 2003).

Por su parte, Friedman (1987), quien historiza las diversas modalidades de organización del sistema agroalimentario global, destaca que la colonización no es una novedad de la modernidad, como sí lo son las multi y transnacionales que controlan todo “desde la semilla al supermercado” (Schlosser, 2002). *Es bien sabido que quién domina los alimentos, domina los cuerpos porque domina la energía que mueve al mundo*. Durante la mayor parte de los meses de la pandemia, el rubro alimentos y bebidas del Índice de Precios al Consumidor estuvo por encima de la tasa de inflación general. En medio de la crisis por COVID-19, el aumento de la canasta básica elevó aún más las tasas de pobreza¹⁰.

-R: “(...) a la mañana van a la escuela ahí toman la leche, al mediodía comen en el PAICor y los chicos que van a la tarde meriendan. Y ya, a la noche hay familias que tienen para cenar y hay familias que no tienen para cenar, ya directamente se toman unos mates cebados. Total, el niño que ya tomó leche en el comedor y se van a la cama (...) había familias que venía acá al comedor (...) y se iban a la olla popular que había a 3 cuadras. Y les digo yo (...) Y no nos podemos enojar

⁷ Los alimentos ultraprocesados tienen mayor protagonismo en los sectores de más bajos ingresos. Esta situación ya se venía observando en el informe del Centro de Estudios Sobre Nutrición Infantil: bajo consumo de nutrientes esenciales (vitaminas y minerales) y alto ingreso calórico (azúcares simples y grasas). Menos de diez alimentos aportan la mitad de las calorías diarias: panes, aceite de girasol, carne vacuna, azúcar, fideos, arroz, harina de trigo, galletas dulces y gaseosas (Zapata, 2016).

⁸ De acuerdo con Susana Hintze (1997), el estado nutricional constituye un reflejo objetivo de la distribución social de los bienes necesarios para la existencia humana, y en qué condiciones históricas y materiales se da ese proceso. La Segunda Encuesta Nacional sobre Nutrición y Salud (2019) para la población entre 0 y 17 años da cuenta que la prevalencia de emaciación, bajo peso y delgadez es baja. La baja talla y el bajo peso se han mantenido estables desde la Primera Encuesta (2015) y se relacionan de manera inversa al nivel socioeconómico. Sin embargo, el sobrepeso (20,7%) y la obesidad (20,4%) fueron similares para todos los sectores sociales, lo que cambia es el tipo de alimento consumido.

⁹ El cuerpo humano es energía social disponible, energía necesaria para producir y reproducir la vida cotidiana y todas las interacciones que esta conlleva. La energía social está en estrecha relación con las energías corporales que se obtienen a partir de los alimentos (Huergo, 2016a).

¹⁰ En relación a datos de la provincia de Córdoba, de acuerdo al relevamiento de precios barriales realizado por el Instituto de Investigación Social, Economía y Política Ciudadana (ISEPCi) para el mes de septiembre 2021, la Canasta Básica Alimentaria tuvo un valor de \$29.107,15 y la Canasta Básica total tuvo un valor de \$68.692,87. El rubro que más aumentó es el de verdulería (3,97% mensual). En relación a las carnes, al regularse su exportación, tuvo un incremento menor al esperado aunque resulta difícil establecer un precio promedio por los diferentes cortes y precios establecidos en los comercios. Con respecto al componente almacén, se registró un leve aumento del 10% en galletas saladas, vino, cerveza y soda y un precio más bajo en lentejas, manteca, pan y queso cuartirolo (ISEPCi, 2021).

que venga acá ahora y más tarde se vaya allá o que mañana vaya allá, es que *es una situación real* ¿no? (Entrevista R, 47 años, San Roque).

Lo que se come/lo que no se come y cómo se come son “hechos sociales totales” (*sensu* Marcel Mauss, 1971) que presentan su contraparte biológica (Huerdo, 2019). Siguiendo a Josué de Castro (1969), entendemos al hambre colectiva como una relación social de dominación que expresa qué de lo socialmente producido va a parar a cada quien. Paradójicamente, durante la pandemia, el hambre colectiva se agudizó mientras la industria alimentaria no paró y algunos monopolios empresarios obtuvieron importantes ganancias¹¹. El hambre consiste en una esclavitud biológica de fabricación humana (de Castro, 1969)¹². La presencia de personas con hambre expresa la injusticia y la ineficacia de un sistema social y económico (Moore Lappé y Collins, 1982). Esta postal viene siendo estructural en nuestro país, en palabras de R: “es una situación real”.

De este modo, el problema del hambre nos trae la pregunta acerca de la organización social y política de los cuidados: articulaciones entre Estado, mercado, organizaciones y familias. Las tasas de pobreza infantil nacionales suponen un diagnóstico de cómo estamos (Faur y Jelin, 2013). A nivel país, este grupo etario es el principal testigo del deterioro de las condiciones de vida aunque las desigualdades socioeconómicas y de salud al interior de la población argentina tienen larga data. De acuerdo al Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), si comparamos los primeros semestres de los años 2019, 2020 y 2021, podemos observar que el porcentaje de niños/as entre 0 y 14 años que residía en hogares pobres en términos de ingresos superó el 50% [52,6%, 56,3% y 54,3 % respectivamente]. Dentro de esta cifra, la proporción de indigencia ha aumentado con el devenir de los últimos años pasando de 13,1% en 2019 a 15,6% en 2020, y finalmente a 16,6% en 2021 (INDEC, 2019, 2020, 2021). Lo descrito parece indicar que una porción significativa de niños, niñas y sus familias debe resolver su alimentación a través de la asistencia alimentaria estatal o autogestiva barrial: comedores, merenderos escolares y/o comunitarios (Huerdo, 2016a).

En lo que respecta a la historia en materia de asistencia alimentaria en Córdoba, en 1984 durante el gobierno de Eduardo Angeloz (Unión Cívica Radical), se implementaron

¹¹ Entre ellas, Molinos (Pérez Companc), Ledesma (Blaquier) y Arcor (Pagani).

¹² De Castro refiere a la fuerza corrosiva del hambre, tanto en sus caracteres antropológicos (detención del crecimiento, disminución del gasto metabólico basal, debilidad del organismo, falta de resistencia a infecciones y enfermedades), como sociales (disminución de acciones e inter-acciones). Este proceso de auto-fagocitación de nuestras propias reservas corporales aprisiona en una cárcel biológica hasta dejar a los cuerpos con sólo un deseo: comer. Si esta situación se extiende en el tiempo, comenzamos a vivir de manera apática, con cansancio, sueño, hasta dejarse morir lentamente. Por ende, el autor lo concibe como un “arma mortal” o de “destrucción masiva”, cuyas consecuencias biológicas y sociales son más severas que las que produce una peste o una guerra. Mientras estas requieren un plazo medio de diez años para repararse, el hambre en aquellos que sobreviven a sus efectos deja secuelas por el resto de sus vidas.

dos programas sociales en el marco del Ministerio de Desarrollo Social: el Programa Asistencia Integral Córdoba (PAICor)¹³ y el Programa de Centros de Cuidados Infantiles y Promoción de la Familia¹⁴. El primero es el principal programa social de la provincia. Ambos presentan una permanencia en su ejecución de más de tres décadas y media y están destinados a niños y niñas desde su nacimiento hasta la mayoría de edad (Ibáñez y Huergo, 2017). A tales prestaciones alimentarias estatales, se suman los comedores y merenderos comunitarios. De acuerdo a las entrevistas realizadas con las referentes comunitarias, podemos afirmar que más allá de las diferentes nominaciones que se les adjudican –“comedor comunitario”, “saloncito”, “merendero”, “copa de leche”, “copa”, “copita” o “centro comunitario”-, se trata de espacios barriales a cargo de vecinas, en su mayoría mujeres, organizados bajo asociaciones civiles que responden a partidos políticos y/o movimientos sociales de mayor envergadura y reciben subsidios/recursos materiales del Estado.

R: “Nosotros estábamos tres horas en el espacio [antes de la pandemia], (...) vos podés estar dando la merienda en menos de una hora y el niño entra, toma la leche y se va. En el espacio nuestro no era así (...). En el espacio nuestro, era sacar a los niños de la calle y tenerlos en el espacio. En el espacio nuestro se hacía dibujo, pintura, se jugaba al vóley o al básquet, se jugaba a la... Bueno a la pelota no, porque es chico el espacio. Baile, cantaban, bueno todo eso hacíamos en el espacio, todas esas actividades hasta que estaba la merienda (...). En el momento en que estaba la merienda ellos hacían una cola laaarga, teníamos, tenemos en el patio una piletta que tiene cuatro picos más o menos en donde ellos hacían la cola y se lavaban... Porque también implementábamos eso, el cepillado de dientes, el lavado de manos y de ahí iban, se sentaban a la mesa y esperaban la merienda. O sea, hay niños que no venían por la leche, hay niños que no tenían la necesidad del vaso de leche, ellos venían por las actividades nuestras, o sea, por lo que hacíamos ahí. Entonces *esa contención* le da... Porque no era

¹³ El PAICor ha tenido un impacto significativo en la historia alimentaria de las familias cordobesas pertenecientes a los sectores subalternos de manera intergeneracional. Se ha constituido en el plato de comida más fuerte de niños y niñas que asisten a las escuelas públicas (Angeli, 2019). Si bien comenzó como un programa de carácter integral y universal que proponía cocinar y comer en las escuelas, desde mediados de la década del '90 junto a la implementación del sistema “racionamiento cocido a la boca” sufrió transformaciones en tres sentidos: focalizó en niños/as que acrediten condición de pobreza por ingresos, redujo la integralidad a una atomización en la asistencia alimentaria y materiales educativos, delegó en empresas de catering la selección, elaboración y distribución de raciones alimentarias. De acuerdo al Informe de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos - Córdoba, en 2020 representó el 40% del gasto en Promoción y Asistencia Social. Su presupuesto equivale al 86% del gasto total del Ministerio de Desarrollo Social. De modo que, recortar el PAICor es recortar el gasto social provincial. Durante la pandemia se realizó un ajuste del 10% de lo gastado por niño/a (APDH, Córdoba, 2021).

¹⁴ El Programa de Centros de Cuidados Infantiles y Promoción de la Familia en 2016 se convirtió en el actual Plan Salas Cunas destinado a niños/as menores de 4 años. Este último además de ofrecer comidas en sala por medio de cocineras que elaboran de manera presencial los alimentos, presenta un componente de estimulación y recreativo.

solamente la leche o el mate cocido, era toda esa contención de varias horas, de estar en el espacio...” (Entrevista a R, 55 años, Patricios).

La gran mayoría de estos espacios se centra en el trabajo con niños/as, y desarrolla funciones de “contención” en contextos sociales de hambre colectiva:

- *Contención alimentaria*, puesto que realizan de manera diaria o semanal la preparación de meriendas (leche, mate cocido o té con pan, tortilla o alguna torta) y/o cenas (las preparaciones más comunes son guisos, estofados o comidas a la olla);
- *Contención afectiva y de socialización*, que acompaña las prestaciones alimentarias mediante actividades educativas, recreativas y deportivas. Entre ellas: apoyo escolar, talleres de murga, fútbol, pintura, baile y vóley. Por lo general, se llevan adelante mediante la coordinación de agentes externos al barrio: jóvenes voluntarios/as, estudiantes universitarios/as y/o profesores de algún programa de gobierno.

La gama de funciones descripta permite postular a estas organizaciones como lugares “donde el barrio habla”, al decir de Pierre Mayol (1999), a lo que también agregamos: lugares “donde el barrio escucha”. En estas interacciones se traman relaciones intra e intergeneracionales en pos del cuidado, se establecen acuerdos, reglas de convivencia en el espacio, relaciones de afectividad y reciprocidad. No obstante, impera una fuerte impronta externa de técnicos/as y encargados/as de comedores en la selección de alimentos, la modulación de los tiempos, espacios y formas de sociabilidad que hacen a las prácticas de comensalidad de niños/as de los sectores socio-segregados y de sus familias.

Estructuras micro-sociales de la comensalidad infantil: “entre” el adentro y el afuera familiar, ¿qué hay de nuevo con la pandemia?

En el escenario macro-social de “acumulación por desposesión” (sensu, Harvey, 2004) que hemos caracterizado, se desenlazan las prácticas de comensalidad de los niños y las niñas que habitan en los barrios donde llevamos adelante nuestro trabajo de campo. Desde hace más de tres décadas venimos observando una práctica de comer itinerante que se sucede “entre” el adentro y el afuera de la casa. Esto último acontece siguiendo los criterios de focalización de diversas instituciones: Sala Cuna, comedor barrial, comedor escolar; todas ellas direccionadas principalmente a las infancias, excepto los comedores barriales que abren el espectro a destinatarios/as adultos/as en condiciones de vida

particulares (mujeres embarazadas, lactantes, discapacitados, ancianos/as, etc.). De modo que, al transitar por las mesas de diversos espacios físicos y al entrar en contacto con otros agentes (vecinos/as, amigos/as, maestros/as, su familia, un otro/a de clase) se va tramando y significando la comensalidad dentro de ciertos márgenes de constricción y libertad (Huergo, 2016a).

La pandemia por COVID-19 vino a sacudir los elementos cotidianos concretos, los espacios y los tiempos de comensalidad porque profundizó el hambre colectiva al reconfigurar este espacio social de manera obligada. Si bien la práctica de gestión de alimentos siguió su condición itinerante, se produjo un movimiento hacia adentro: se volvió a comer en las casas familiares. Frente al cierre de las instituciones, las familias y las organizaciones sociales se volvieron el centro nodal de las prácticas de cuidado.

La experiencia de cuidar involucra al cuerpo en acción en la vida cotidiana, expresando que somos seres ligados a otros/as en términos corporales, afectivos y sociales. Pero, también, que estamos condicionados por determinaciones temporales (restricciones para circular), materiales (los recursos no alcanzan frente al incremento de la demanda, la pérdida de empleos, el cese de las prestaciones alimentarias en algunos espacios) y espaciales (infraestructura sin servicios y escaso equipamiento). Asimismo, la pandemia corrió el velo del histórico papel femenino en la reproducción y sostenibilidad de la vida; y, en el caso de nuestras entrevistadas, implicó poner más energía, creatividad y tenacidad en los cuidados colectivos.

R: “Porque dije: no me puedo quedar acá adentro. Aparte, mi trabajo tampoco es ese, quedarme acá adentro... Pero estaba el miedo, el miedo que salías afuera y ¿qué pasaba? O sea, a mí la primera semana me pasó que lloraba y lloraba. Pero después de eso dije: ‘no, si yo tengo que hacer algo... No me puedo quedar acá’. Ahí es donde empezamos a trabajar nosotros en el barrio y ahí es donde empezamos a visibilizar cómo estaban las cosas ¿no es cierto?” (Entrevista R, 55 años, Patricios).

En el relato anterior aparecen las tensiones que se generan al contraponerse: sus propios temores, el compromiso asumido con el barrio, el cansancio físico, las limitaciones materiales y una premisa que se repite al infinito: “nosotras no podemos parar”. Todas las familias adentro de las casas, pero ellas “no se pueden quedar allí adentro”, el barrio las necesita.

V: “El año pasado, cuando cerramos esos 15 días, que pasó un nenito, lo vio a mi marido y le dijo que no lo quería más. Le preguntó mi marido: ‘¿por qué?’ y dice: ‘no, porque vos cerraste el merendero y no tenemos qué comer’” (Entrevista V, 40 años, Guiñazú).

Tal como pudimos observar hasta aquí, la práctica de comer –o no poder hacerlo– condensa en simultáneo conflictos y poder. Por consiguiente, en este punto, queremos detenernos reflexivamente en dos cuestiones en este tiempo de excepcionalidad: 1) los entretelones y la puesta en escena de la comensalidad infantil: elementos cotidianos concretos e ideológicos que la re-significaron; y 2) los guiones de las acciones estatales frente al hambre colectiva: discusiones que a nuestro entender toman relieve en el marco de esta crisis socio-sanitaria, las necesidades humanas fundamentales, lo artesanal versus lo industrial y la gestión.

1) Los entretelones y la puesta en escena de la comensalidad infantil

Durante la comensalidad, los niños y las niñas no solo incorporan nutrientes, sino todas las percepciones y sentimientos que su grupo social tiene sobre los alimentos (sustancias y circunstancias). Es decir que a través de la comida fundan su identidad. Los alimentos, como constelaciones sensoriales, interpelan al unísono a todos los sentidos orgánicos para ser significados junto a quiénes se los comparte (Le Breton, 2007).

Así, la comensalidad itinerante (escuela, comedor y casa) que caracteriza la alimentación de las infancias pertenecientes a sectores sociales socio-segregados en Córdoba, junto con toda la trama socio-afectiva que se gesta en estos espacios, se vio atravesada por los protocolos socio-preventivos sanitarios de la pandemia. Las organizaciones sociales, debieron priorizar la función alimentaria y de contención por sobre las actividades socioculturales. En consecuencia, se produjo una reconfiguración de las modalidades de funcionamiento, generando importantes transformaciones en las prácticas de comensalidad tanto en relación a los elementos cotidianos concretos (quién, cómo, qué, dónde, con quién se come), como los ideológicos. En las siguientes líneas avanzaremos en cada uno de ellos:

- Quién come

En el caso de las organizaciones sociales, los recursos alimentarios que antes del COVID-19 estaban destinados a niños y niñas, tuvieron que abrirse a la totalidad familiar. La pérdida de empleo, las suspensiones y la imposibilidad de salir a trabajar de las personas adultas, redujeron los ingresos de las familias afectando de manera directa la alimentación del hogar.

E: “Lo que yo vi acá, fue muy fuerte, muy fuerte porque muchos se quedaron sin trabajo, ya no era que venían los niños solos al comedor sino ya era toda la familia,

entonces era un dolor muy grande, porque no solo los niños vienen, la mamá, el papá, la tía ponele y los adultos mayores...” (Entrevista a E, 38 años, El Tinglado).

Estas circunstancias resultan coincidentes para todas las referentes comunitarias entrevistadas, evidenciando que se duplicó y triplicó la demanda de asistencia alimentaria. A la par, resultó imperante activar la gestión de mayor cantidad de equipamiento, utensilios, alimentos y personas que se sumen a la tarea, junto al ingenio para sortear las limitaciones edilicias y de servicios. Tal como nos expresa una de las encargadas: “Todo para por el COVID, pero el hambre no te dice: ‘pará’, ¿no es cierto?” (Entrevista J, 43 años, Nueva Esperanza).

– *Cómo se come*

Las referentes comunitarias tuvieron que modificar la modalidad de servido para cumplir con el distanciamiento social. Para ello, se pasó de la presencialidad a un sistema de viandas. A su vez, para poder abarcar a mayor cantidad de familias, se optó por reducir la frecuencia de entrega: dos o tres veces por semana, articulando en algunos casos con ollas populares barriales y así poder garantizar durante toda la semana el acceso a un plato de comida. Vía WhatsApp se sostuvo una comunicación diaria con las familias, además del encuentro presencial para el retiro de la vianda. Allí se reforzaban medidas de higiene y sanitización de los recipientes, el uso de barbijo y el distanciamiento social. En algunos comedores se solicitaba que se deje el taper unas horas antes para su desinfección.

R: “La gente viene a las cuatro de la tarde, bueno acá vienen desde las diez de la mañana a traer los tapers, ponemos una mesa y cada uno va a dejando los tapers, seis, seis y media empezamos a repartir y cada uno come en su casa con la familia. Le damos para la mamá, el papá, los hijos, para todos, los viejitos, todo el mundo viene a buscar la comida” (Entrevista, R, 47 años, Marqués Anexo).

Además, las prestaciones alimentarias que se brindaban en los comedores del PAICor y de las Salas Cunas, fueron reemplazadas por la entrega de bolsones/módulos mensuales de alimentos no perecederos (polenta, fideos, arroz, leche en polvo, lentejas, cacao en polvo, salsa de tomate, caja de flan, yerba y azúcar, entre otras cosas). En algunas circunstancias, las familias que tenían varios integrantes inscriptos en estos espacios y no llegaban a utilizarlos, los donaban al comedor comunitario.

– *Dónde y con quiénes se come*

E: “Entonces, nosotros vimos también que ya no venía el niño solo, que venía toda la familia y se llevaba el taper o la olla y comía en sus casas... Se sientan en su mesa” (Entrevista, E, 38 años, El Tinglado).

“Se sientan en su mesa”. Como se puede observar en el relato, aparece la casa como espacio y la mesa como objeto que cobra una relevancia simbólica y material particular. Al decir de Moreyra (2012), las cosas aparentemente inanimadas actúan y, a su vez, son utilizadas, con el propósito de llevar a cabo funciones sociales, regular relaciones, dar significado y sentido a la actividad humana. En esta situación, compartir la mesa de la casa se presenta como símbolo de “vuelta” a la comensalidad familiar.

Cabe destacar que la estricta necesidad de tener que comer “afuera”, no implica que en las casas no exista un tiempo/espacio destinado al encuentro alimentario: la mateada de la tarde, los fines de semana, las juntadas familiares. Sin embargo, luego de varias décadas de ejecución de programas y políticas que resolvieron por fuera de los hogares la alimentación, bajo la lógica de espectadores y operando de manera diferencial para cada uno sus miembros, a partir de las voces de nuestras entrevistadas, se puede conjeturar que diversas familias de los sectores socio-segregados se encuentran desposeídas material y simbólicamente para hacer frente a esta tarea:

- a) por un lado, ausencia de espacios para comer, equipamiento, utensilios, servicios y recursos¹⁵:

N: “son casas precarias, en lugares precarios” (Entrevista a N, 56 años, Barrio José Ignacio Díaz 3era Sección).

E: “es un barrio muy carenciado, hay muchas necesidades, se está pasando por una situación muy difícil” (Entrevista a E, 36 años, Barrio 23 de Abril).

V: “La gente del barrio hace changas más que nada y son gente de muchos hijos. Acá tengo una vecina que tiene 14 hijos. Y hay una que tiene 5, otra que tiene 6.

¹⁵ El Informe del Observatorio Deuda Social de la UCA (Tunón, Poy y Salvia, 2021) señala que la casi totalidad de los hogares argentinos que reciben tarjeta alimentar, si bien tiene mayor vulneración en lo que respecta a posesión de cocina con horno o heladera con freezer, no así en cuanto a disponibilidad de sillas, mesas, cubiertos y platos.

Yo tengo 10 nomás. Hay gente con discapacidad también” (Entrevista a V, 42 años, Barrio Guiñazú).

Y: “nosotras vivimos en un barrio privado”.

J: “¿cómo es eso?”

Y: privado de agua, privado de luz, privado de gas, privado de espacios recreativos para los chicos, privado de trabajo, privado de alimentos (...) queremos otra forma de vida para nuestros niños, por eso estamos acá.

(Entrevista a Y, 43 años. Nueva Esperanza).

M: “estos módulos se piensan sin conocer la realidad de la gente, creen que resuelven con la entrega de comida, pero no en todas las casas del barrio se puede cocinar... Si las madres no lo saben preparar (legumbres)... O tiene sólo un calentador eléctrico” (Entrevista a M, 50 años, IPV Arguello).

b) Por el otro, discontinuidad en la transmisión intergeneracional de saberes y tradiciones culinarias:

A: “Yo tengo que hacer de comer, porque ninguna sabe cocinar. No, no te cocinan. Tienen que ir a trabajar y me están esperando, mami van a ser las 2, dale!! Ponete una ollita con agua, un poquito de fideos, un poquito de arroz, chicas. Si yo no llego, no se come nada” (Entrevista a A, 54 años Cooperativa Familias Unidas).

R: “Entonces dijimos nosotros estamos haciendo mal, que venga la mamá que se tome su tiempito de llevar la vianda (...) nosotros cambiamos un año antes de la pandemia (...) es tan importante que se tome ese tiempito, 15-20 minutos para tomar la leche... Sentarse a tomar la leche con su hijo porque le va a preocupar que su hijo no tome la leche. Porque el niño venía solo a esa edad, él venía tomaba su leche. Él venía, se sentaba como en un bar, se tomaba su leche y se iba. Entonces viendo eso, nosotros le planteamos al Ministerio que queríamos darles la vianda, para dar esta contención, para ver que la mamá tenga ese lacito de contención familiar con sus niños” (Entrevista a R, 47 años, Barrio San Roque).

M: “Porque a estos espacios los manejamos nosotros, yo vivo en este barrio y conozco mi gente, sé cómo se manejan las mamás para las comidas, que las adolescentes y las mamás más chicas creen que están alimentando bien a su hijo porque les compraron salchichas y le dieron puré... Y explicarle a la mamá que eso no es alimentar a su bebé, lo que le puede causar a su bebé con el tiempo esa mala alimentación porque capaz que la mamá no tuvo tiempo de venir a preparar un guiso de lentejas o a cocinar el garbanzo que te dan en la caja de la escuela o no saben cómo preparar el trigo que viene dentro de la bolsa también o piensan que la polenta se puede hacer de una sola forma. Entonces si vos a las mamás no les das esa otra parte y les decís que pueden hacer esto, yo les he enseñado a las mamás que pongan el garbanzo en remojo por la noche. Vienen esas cosas que no saben cómo cocinarlas, las mamás no cocinaban por una cuestión de tiempo, pero ellos que piensan que la mamá no quiere cocinar porque es vaga, porque es más cómodo comprar una milanesa hecha que hacer de comer, pero no todas las mamás, habrá mamás que sí, yo no voy a decir que no, no voy a discutir, pero hay muchas otras que no, es porque son mamás jovencitas que están estudiando y trabajando y no saben cómo hacer [de comer] y la mamá tiene un calentador eléctrico para hacer de comer, uno tiene que ponerse en las cuestiones reales de la vida de la gente que tiene acá. Los espacios no son lo mismo. Gracias a Dios yo tengo mi casa bien puesta, tengo mi cocina, tengo gas, tengo luz, tengo mis comodidades pero no todas las familias tienen esta comodidad, entonces yo pienso en estas cosas... Pero bueno hay que acompañar a la mamá en vez de hacer una papita sola agregale un rodaja de calabacín un rodaja de zanahoria, un pedazo de zapallito y le hacés un puré mixto que tiene más nutrientes que coma una papita sola” (Entrevista a M, 50 años, IPV Arguello).

En ese sentido, para las referentes comunitarias es una preocupación compartida que la comida sea “nutritiva”, “saludable”, “que alimente”. En esa construcción de sentido están presentes los alimentos frescos: las verduras, la carne, las frutas y los lácteos, alimentos que, justamente, son los que escasean frente a la fuerte impronta de los alimentos secos e industrializados (harinas, fideos, arroz). Por ello, en algunas organizaciones como así también dentro de algunas familias, son bienvenidos los intercambios de información sobre nuevas incorporaciones de alimentos y formas de prepararlos.

A: “hubo también unas chicas que eran de la facu de nutrición que también estuvieron haciendo ahí un, un no sé si era su tesina, entonces también las ayudaron a las mujeres que forman parte de la copa y del merendero a pensar en otras recetas un poco más saludables quizás porque la alimentación a veces es

en base de harinas... Eemm entonces por ahí con otras recetas pensaron en una alimentación un poco más saludable. Las chicas llevaban todo para preparar, les pasaron todas las recetas, armaron como un recetario re lindo” (Entrevista a A, 35 años, Villa Libertador).

M: En nuestra organización, antes de la pandemia, había un comedor en el cual había todo un proceso en el cual las mujeres [inscriptas en los diferentes programas de la organización] se organizaban y venían, cocinaban previamente a los talleres o a las actividades [en los que estaban anotadas], después se organizaban para limpiar (...). Entonces en eso también se generaban transferencias de conocimientos para recetas [entre las participantes], se utilizaban recetas que ellas sabían hacer [y las compartían a sus compañeras], se disponía también de los elementos que había y de lo que se podía cocinar (Entrevista a M, 36 años, Ciudad Barrio El Chingolo).

– *Qué se come*

Siguiendo a Le Breton (1999), se podría decir que la pandemia ha conjugado “lo peor” de la mundialización de la alimentación, que involucra una reducción a mínimos sabores y consistencias quedando excluida la posibilidad de sorpresa en términos sensoriales. El saboreo del mundo sabe siempre igual, “cansa”: “los guisos, los guisos, los guisos, los guisos”.

R: “nosotros notamos que los niños, dentro de todo, estaban contenidos porque tenían esa caja de mercadería. pero después... ¿qué notamos en los niños, cuando nosotros empezamos a hacer la comida este año? Ellos como que te dicen 'estoy cansado no quiero comer fideos, R. Estoy cansado' (...) y después empezamos a hablar con las madres, a preguntar: ¿qué viene en la caja? Me decían que vienen como diez paquetes de fideos. Viene el fideo, viene el puré, viene el azúcar, viene la leche... pero claro, al estar ellos con la necesidad en sus casas, o sea, eran los guisos, los guisos, los guisos, los guisos... entonces es como que el niño ya no quiere eso, no quiere el guiso y te transmiten que es eso lo que están comiendo en su casa y que no quieren eso” (Entrevista R, 55 años, Patricios).

Las comidas más frecuentes son las de olla, es decir, preparaciones hervidas consideradas “rendidoras” al menor costo posible dado que permiten “mezclar” muchos

alimentos evitando desperdicios: fideos y polenta con salsa, guisos, estofados, con el agregado de carne molida, menudos y alitas de pollo como formas accesibles de carne, sopas y picado de vegetales, particularmente: cebolla, calabacín, papa, zanahoria y el tomate; este último bajo la forma de puré/salsa. Damián Herkovits (2008) sostiene que la repetición de las mismas comidas en todos los ámbitos (casa, comedor escolar, comedor comunitario, módulos alimentarios) y bajo similares formas de cocción –en especial preparaciones hervidas– saturan el gusto. Esto último, según plantea el autor, conduce a la reducción de la ingesta (inapetencia y selectividad), con lo que aumentan las probabilidades de que “sobre” comida, y se siga viendo en otras preparaciones (reciclado), generando aún más inapetencia. Frente a esto, y apelando a la “creatividad”, muchas de las referentes comunitarias remarcan el rol de los condimentos en un intento por hacer sabrosa la comida y generar diversificación: pimentón, orégano, condimento de arroz, sal, pimienta, ají molido, perejil¹⁶.

– *Lo ideológico*

Todas las modificaciones referidas en los elementos concretos cotidianos operan en las determinaciones ideológicas, del solipsismo alimentario –que produce la focalización- al “estar juntos” para comer en casa –que propone la pandemia. Empero, al estar desprovistos de objetos materiales y saberes culinarios para dar forma y contenido a la práctica de comensalidad, algunas entrevistadas hipotetizan que se vivencia un gran extrañamiento respecto a lo que venía siendo. En muchos casos, anteriormente, cada miembro de la familia tenía su horario para alimentarse, cada uno comía una comida diferente y, además, por lo general de manera apresurada (Huergo, 2016a; Ibáñez y Huergo, 2017). El acento estaba puesto en la acción de llenarse más que en la acción de comer (Le Breton, 2007). De modo que, además de las tipologías de comidas que caracterizan la asistencia estatal, los programas alimentarios proponen relaciones sociales que parten del aislamiento desde antes de la pandemia.

La asistencia a comedores se ha vuelto una costumbre que se instala desde los primeros años. Es muy frecuente escuchar: “desde siempre estas familias van a comedores”. La costumbre a modo de hábito se va configurando a partir de una usual forma de proceder que, producto de la repetición continua de las mismas acciones, adquiere fuerza de precepto o ley. En otras palabras, la costumbre contiene desapercibidamente un “siempre-así” que performa sensibilidades que naturalizan como

¹⁶ Entre las referentes peruanas, la infaltable presencia del ajo.

ley los múltiples recorridos alimentarios diarios que hay que hacer para comer (Huergo, 2016a).

Asimismo, otra de las cuestiones que observamos previamente es que, al no comer en la casa o hacerlo de manera infrecuente, para muchas mujeres la “práctica de cocinar” se vio reemplazada por la “práctica de gestionar” (Huergo, 2016a). Los mecanismos expropiatorios productos de la pobreza se apoderan de las energías socialmente disponibles. Resolver lo urgente –tener para comer- coagula el conflicto del hambre como parte natural del paisaje social. La necesidad de construirse como “destinatario/a” de programas alimentarios implica inversión de tiempo para saber qué se necesita presentar, dónde, cómo hacerlo, con quién hablar para ello (Herkovits, 2008). El capital simbólico que implican los saberes y sabores de las gastronomías familiares se fue debilitando en pos de una alimentación pensada y elaborada desde el afuera (técnicos estatales, vecinas), y con ello la adquisición de capacidad de agencia para la gestión de la propia comensalidad. Por consiguiente, se corre el riesgo de que, progresivamente, se vaya perdiendo el gusto, olvidando el olor, la textura, el afecto de lo que culturalmente hace bien. En otras palabras, se está perdiendo el saber sobre el sabor. Y esto no es casual, etimológicamente saber deriva de sabor (Huergo, 2016b).

La comensalidad implica detenerse a saborear de manera conjunta comida y compañía. En base a los relatos de las entrevistas, se conjetura que la pandemia empujó a las familias a nuclearse alrededor de la propia mesa de manera violenta en relación a lo que eran sus costumbres en común. La fantasía social transclasista del “comer en familia” tuvo aquí el “vicio de la crueldad” (Boito, 2012a). Este escenario de despojo da cuenta del retiro del Estado, desde tiempo atrás, de la protección y promoción de la soberanía alimentaria desde las bases (autonomía para decidir qué, cómo, dónde, con quiénes comer), de la oclusión de derechos sociales (depender del afuera para comer), de la naturalización de la estructuración de clases y la pobreza como paisaje (“desde que nacimos vamos a un comedor”). El haber sido despojados de la potencia de la acción para cocinar/comer genera sensación de im-potencia: “¿qué vamos a hacer ahora?” es una pregunta que resonó en las puertas los comedores, merenderos y copas de leche durante la pandemia por parte de mujeres madres.

El sentirse extrañado de comer en casa y en familia, el no saber qué hacer para dar contenido a esa mesa, siguiendo los aportes de María Eugenia Boito (2012b) señala que la ideología no opera desde afuera, sino desde la profundidad de nuestra piel, cuya condición de porosidad habilita, a modo de bisagra, lindes entre el adentro y el afuera. Este órgano nos habla del lugar central del cuerpo en el proceso de construcción de lo ideológico o, en otras palabras, en la operatoria conflictual que organiza la soportabilidad/deseabilidad social que regula la experiencia viviente; los horizontes de posibilidad, deseo, disfrute. La autora toma a Slavoj Žižek (1999), para mencionar que lo

ideológico indica el ejercicio efectivo de regulación sobre la sensibilidad, organizando una matriz estético-cognitiva que incide en lo que vemos y lo que no vemos, lo que imaginamos y lo inimaginable (y los cambios producidos en esa relación).

2) Los guiones de las acciones frente al hambre colectiva

La pandemia no trajo nuevos problemas sociales vinculados a la comensalidad, sino que los puso en relieve con crudeza: gestionar recursos de manera incesante para poder comer, casas desprovistas de espacios para cocinar y comer, saberes y sabores ajenos a la familia que definen los platos cotidianos de niños y niñas. Esto permite visibilizar la relación existente entre alimentos-cuerpos-sensibilidades-dominación, nodo primordial en la configuración de la experiencia de comer, por ende, de la inscripción estructural del hambre en la experiencia social de estas familias.

En base a los decires de las referentes comunitarias, el hambre colectiva sigue sin respuestas acertadas. Esta afirmación no resulta azarosa porque "... no es un problema científico ni técnico, sino un problema político y humano" (De Castro, 1969, p. 61). Al analizar las prácticas de comensalidad de niños/as y familias que dependen de la asistencia externa para comer, nos quedamos con tres premisas que aportaron las mujeres entrevistadas para discutir las: "Para todos no alcanza ¿a quién elegimos? Todos tienen necesidades"; "hacemos las comidas que nos gustan, las que haríamos en nuestras casas a nuestras familias"; y "las familias tienen que rebuscárselas mucho más que antes. Nosotras también". Cada una de ellas opera como un nodo estético-cognitivo que conforma la política del hambre que acecha de manera estructural a las familias de sectores socio-segregados, pero con mayor fuerza en tiempos de pandemia. En las líneas que siguen, daremos cuenta de cada una.

- "Para todos no alcanza ¿a quién elegimos? Todos tienen necesidades"

La noción de necesidad oculta sus raíces epistemológicas. Siguiendo esta perspectiva, su interpretación plantea tres interrogantes: "... ¿qué es un ser humano?, ¿es posible concebir la existencia de un ser humano aislado?, ¿es posible concebir un objeto cualquiera bajo la forma de un simple «satisfactor»? (Rist, 1980, p. 160). El impulsor del enfoque de la satisfacción de las necesidades fundamentales dirigido a países "subdesarrollados" como "estrategia de desarrollo" fue Robert S. McNamara, presidente del Banco Mundial, en el año 1972 (Allain, 1980, p. 184). Básicamente, este enfoque constituyó un "nuevo" intento de resolver los problemas del subdesarrollo. El discurso de las necesidades básicas y la definición de quiénes eran los pobres no resultó ser una novedad, tuvo sus comienzos en la Europa del siglo XIX, solo que McNamara recicló la

noción de necesidad adjetivándola como “fundamental o esencial”. De este modo, las necesidades esenciales se transformaron en el sostén de la seguridad pública (control social) para el Banco Mundial.

No obstante, si a nivel mundial hay más alimentos que personas para alimentar, ¿por qué no se pone en tela de juicio la validez de un enfoque arraigado en la idea de necesidad? Siguiendo a G. Berthoud (1980), adscribir al pensamiento de que “hay que comer para vivir” como metonimia del enfoque de las “necesidades”, evita la posibilidad de toda crítica a este tipo de perspectiva dado que nos aparta de la comprensión acerca de qué tipo de relaciones sociales configuran tales situaciones de “acumulación por desposesión” en materia alimentaria-nutricional. Si la miseria resulta explicada a través de una descripción basada en la racionalidad económica (línea de la pobreza/indigencia), la estrategia de las necesidades fundamentales da perpetuidad al modelo occidental expansionista a través de cuerpos agotados que solo se ocupan individualmente de buscar comida porque “hay que comer para vivir”. M. Guillaume (1980) se pregunta cómo pudo reducirse el hombre deseante a un simple “sujeto de necesidades”.

El tener que elegir quién come sucede en el comedor, pero también en la casa. La política del hambre presenta la perspectiva de las necesidades fundamentales como eje rector. El hambre es el territorio permanente de cuerpos colonizados. Un cuerpo hambriento, como bien lo saben los administradores, es un cuerpo peligroso. Entonces, el garantizar sus necesidades fundamentales, estrictamente supeditadas al nivel de supervivencia (comida alta en calorías y baja en nutrientes esenciales) es la clave para mantener la seguridad pública. En este marco, este tipo de política –del hambre- performa el tiempo-espacio, conteniendo a los cuerpos fijados a la costumbre de gestionar asistencia alimentaria como único horizonte de posibilidad (Huergo, 2016a). En este caso, la costumbre de comer en el afuera de la casa de manera intempestiva y obligada se instala en el adentro del espacio doméstico. Empero, la matriz que da sentido a la comensalidad sigue siendo la misma: la falta estructural de alimentos, utensilios, servicios, infraestructura, mobiliario, saberes culinarios, tener que elegir quién come, cuerpos agotados de gestionar.

– *“Hacemos las comidas que nos gustan, las que haríamos en nuestras casas a nuestras familias”*

El comedor como taller culinario tiene por delante la tarea afectiva de hacer de comer a niños y niñas, de crear comidas que “gusten”. El trabajo de cuidar involucra relaciones interpersonales basadas en vínculos con otros/as que se sostienen en un proceso de trabajo artesanal. Resulta transversal para las entrevistadas el hacernos saber sobre la

receptividad diferencial de las comidas: las preparadas en el comedor (referentes del barrio) versus las preparadas en el PAICor (empresas de catering)¹⁷.

La cocina del comedor tiene personas que trabajan juntas, pero no son iguales. La cocinera representa la autoridad porque tiene las habilidades y los secretos de la maestra, que va enseñando a sus aprendices (Spinelli, 2018). Las “artes de hacer” de esta persona, en este caso llevar adelante el proceso de producción culinaria, engloban movimientos del cuerpo tanto mentales, como manuales y anímicos (Giard, 1999). Más allá de las adversidades materiales y edilicias, la motivación se coloca en la calidad nutricional y organoléptica de las preparaciones culinarias. Por el contrario, la empresa de catering como fábrica simboliza la mecanización de la tarea afectiva de hacer de comer a niños/as. La máquina, la repetición, seguir comandas estandarizadas de menús, el no ser parte de la totalidad del proceso de elaboración de las comidas, el no conocer a quienes se alimenta. La separación del pensar y del hacer, o de la mente y el cuerpo (Spinelli, 2018).

En tal sentido, Hugo Spinelli (2018) cita a Richard Sennet quien define al trabajo artesanal como “un impulso humano duradero y básico, que consiste en el deseo de realizar bien una tarea, sin más” (p. 502). Lo vincula con la creatividad, el investigar y el aprender. Tener la autoría de lo que se sirve en el plato, pero sobre todo la “escucha” de lo que se necesita en el barrio. Las referentes de los comedores son trabajadoras artesanales que tienen la receptividad social para incorporar lo lúdico como táctica de acción cotidiana. Los problemas sociales como el hambre responden a tiempos diacrónicos, elípticos, lúdicos, a un presente continuo. Por ende, no se solucionan desde las lógicas de la planificación industrial (Spinelli, 2019) y, por sobre todo, su labor así lo expresa.

La complejidad que condensan los problemas sociales nos obliga a mirar procesos, organización, construcción de equipos “...donde pueden intervenir la razón, el deseo, la experiencia, el azar, el juego y lo lúdico, todos ellos, o algunos de ellos, sin poder precisar a priori cuál, cuándo y con qué intensidad” (Spinelli, 2019, p. 7). Por eso, Spinelli apela a que reconozcamos al Homo ludens (sensu Huizinga) que silenciosamente opera en la cotidianeidad de los espacios, que está pero no se lo piensa; el trabajo social está impregnado de lo lúdico. El juego como carácter cultural de la vida, de las instituciones (Spinelli, 2019). En nuestra infancia, está integrado a nuestro ser como la forma más natural de conocer e intervenir el mundo, el juego es nuestro primer lenguaje. La musa que inspira el juego divino es nuestro/a niño/a interior, por eso la necesidad de ridiculizarlo al compás de la seriedad de la vida adulta; debemos adaptarnos a la cultura normativa que nos vuelve “predecibles” o “autómatas”. Paradojalmente, uno de los matices que caracterizó

¹⁷ A partir del 9 de agosto de 2021, el PAICor retomó su modalidad presencial.

las visitas a los comedores fue el sentido del humor y del juego imperante en el grupo de mujeres en medio de un contexto crítico. En palabras de una de ellas:

M: “venir a este espacio tres veces a la semana para mí es terapéutico, además de necesitarlo para alimentar a mi familia, ayudar a otros, también hablo de lo que me pasa, me siento escuchada, doy consejos a mis compañeras. Me río, me olvido de mis problemas. Me hace bien” (Entrevista a M, 31 años, Cooperativa Familias Unidas).

Mientras todos estos procesos artesanales se andan y desandan en los barrios, la alimentación de todos los días está manejada mundialmente por 250 empresas transnacionales. Sin embargo, estos grandes administradores de las políticas del hambre no se han detenido en reparar en aquellas prácticas fugaces que cotidianamente burlan por un instante la relación alimentos-cuerpos-sensibilidades-dominación. Prácticas socio-culturales que sellan de manera cómplice ayudas entre vecinos/as y de forma repentina y oscilante traen a escena al cuerpo colectivo en los barrios a partir de lo artesanal.

– *“Las familias tienen que rebuscárselas mucho más que antes. Nosotras también”*

Se puso en evidencia la incesante tarea de gestión de las familias y de las organizaciones en pandemia. Etimológicamente, gestión proviene del latín gestus, que significa “actitud”, “movimiento del cuerpo”. Los problemas son el insumo que pone el cuerpo en movimiento para la acción. Por ende, un elemento clave para gestionar es tener bien detectado el problema que moviliza la gestión: el hambre aguda encarna en el cuerpo, es imposible no detectarla. El gestionar se aprende, eso nos muestran las referentes comunitarias y familiares. El saber de gestión está vinculado fundamentalmente al saber-hacer producto de la experiencia (componentes racionales, relacionales, emocionales, intuitivos, espontáneos) (Spinelli, 2017).

De esta manera, el trabajo auto-gestivo que rodea al hambre estructural preparó las capacidades de agencia de mujeres para hacer frente a la pandemia, junto a sentires encontrados por sentirse sobrepasadas: desesperación, dolor y alegría cuando se logran resultados satisfactorios. La condición colectiva caracteriza estas acciones; a diferencia del clásico terreno de la administración, gerencia y gestión (Spinelli, 2017). Si bien para muchas referentes familiares es una tarea individual, encuentran cooperación de otras mujeres para dar respuesta a la comensalidad de los/as suyos/as. Así, la gestión va tramando el espacio social de la comensalidad.

Para finalizar: la vuelta obligada a la mesa familiar

En contextos de pobreza, diariamente se ponen en marcha circuitos que cortan porciones del barrio –y sus alrededores- para configurar espacios sociales de comensalidad infantil: mujeres y niños/as los transitan de manera permanente, van y vienen siguiendo horarios, criterios de focalización, a merced de sus posibilidades de desplazamiento. De modo que, son muchas las mesas que conforman la práctica de comensalidad infantil –familiar, comunitaria, escolar- producto de una compleja trama de gestión femenina. Junto a ello, una fuerte intervención externa (técnicos estatales, vecinas) decide acerca de la selección de alimentos, disciplina tiempos, espacios y formas vinculares. En estas interacciones también se intercambian consejos sobre cocina: incorporar alimentos no habituales y enriquecer nutricionalmente las preparaciones de todos los días (en especial, haciendo referencia a legumbres y verduras).

En este trabajo, basándonos en los relatos de las referentes comunitarias entrevistadas, podemos conjeturar que producto de la cronicidad de la asistencia estatal cordobesa sin estrategias superadoras, se ha despojado a las familias de la potencia de la acción para alimentarse autónomamente: decidir el qué, el cuándo, el dónde, el cómo y con quiénes de su práctica de comensalidad. A merced de estos cruces se configuran sabores y saberes alimentarios que se graban a fuego en la infancia como matriz significativa de las relaciones con el mundo inmediato.

A ese escenario crítico debemos añadir la pandemia. Esta vino a sacudir los elementos cotidianos concretos, los espacios y los tiempos de la comensalidad porque profundizó el hambre colectiva. Se corrió el velo acerca de la necesidad de comer de toda la familia, no sólo de los/as niños/as. Si bien la práctica de gestión de alimentos siguió su condición itinerante (para el acceso a viandas y módulos/bolsones), se produjo un movimiento hacia adentro: volver a comer a las casas familiares. El extrañamiento invadió el adentro de la mesa familiar. La costumbre o el paisaje alimentario cotidiano desde larga data venía respondiendo a una polifonía de mesas, donde la mesa familiar era la excepción no la regla. Si la mesa es “metáfora de la vida” según Montanari (2006), luego de tres generaciones de asistencia alimentaria y de ser espectadores en la construcción de la práctica de comensalidad, en pandemia la mesa para muchas familias se vistió de impotencia al hacerse presente la ausencia de espacios para comer, equipamiento, utensilios y servicios, así como la discontinuidad en la transmisión intergeneracional de saberes y tradiciones culinarias.

Sin la tarea artesanal y auto-gestiva de las mujeres referentes comunitarias, la postal social del hambre sería mucho más alarmante. Toda la energía femenina puesta en estos haceres se contrapone al enfoque de las necesidades esenciales, la individuación, la industrialización y la focalización como matriz ideológica imperante para diseñar políticas

públicas. La información que nos aporta la reconstrucción de las mesas que erigen la comensalidad infantil en contextos socio-segregados nos deja un pendiente ético y político inmediato: la forma del mundo alimentario para niños y niñas debe ir más allá de las buenas voluntades y afectuosidades de vecinas para volverse un tema urgente de agenda social. De una vez por todas tenemos que salir de los eternos horizontes de posibilidad para conquistar horizontes de deseo, la reproducción social está en juego.

Referencias bibliográficas

Allain, A. (1980). A propósito del discurso de McNamara. En Spitz, Galtung, Preiswerk, Berthoud, et al., *Comer para vivir* (traducc. Eva Grosser) (pp. 184-206). México: Folios Ediciones.

Angeli, M. J. (2019). "Políticas públicas, Energías y Cuerpos: el caso PAICOR". Simposio llevado a cabo en el 1º Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Villa María. Instituto, Argentina.

Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) (2021). *Ajuste en el PAICOR*. Córdoba.

Boito, M. E. (2012a). *Solidaridad/es/ y Crueldad/es/ de Clase. El "Orden Solidario" como mandato transclasista y la emergencia de figuras de la crueldad*, Buenos Aires: ESE Editora Sociológica CIES.

_____ (2012b). *Ideología y prácticas sociales en conflicto. Una introducción*. Córdoba: Dirección de Publicaciones UNC. CIECS-CONICET/UNC.

Bourdieu, P. (1999). *La miseria del Mundo*. España: Akal.

Contreras Hernández, J. (1992). "Alimentación y cultura: reflexiones desde la antropología". *Revista chilena de antropología*, Nº 11, 95-111.

De Castro, J. (1969). *El Hambre - Problema Universal*. Buenos Aires: Leviatán.

De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

Faur, E. y Jelin, E. (2013). "Cuidado, género y bienestar: una perspectiva de la desigualdad social". *Revista Voces en el Fénix*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas, Plan Fénix; 110-116.

Fischler, C. (1995). *El (h) omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Barcelona: Anagrama.

Giard, L. (1999). Hacer de comer. En De Certeau, M. *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.

Glaser, B. G. y Strauss, A. L. (1967). *The discovery of grounded theory*. Chicago: Aldine Publishing Company.

Guillaume, M. (1980). El voto de ignorancia, condición del saber económico. En Spitz, Galtung, Preiswerk, Berthoud, et al., *Comer para vivir* (trad. Eva Grosser) (pp. 143-157). México: Folios Ediciones.

Harvey, D. (2004). El 'nuevo' imperialismo: acumulación por desposesión. En Panitch, L. y Leys, C. (Ed). *El nuevo desafío imperial Socialist Register*, editado por, 99-119. Argentina: Merlín Press, CLACSO.

Herkovits, D. (2008). *La construcción de la malnutrición infantil: Una etnografía sobre las condiciones y posibilidades que contribuyen a su producción y reproducción en hogares pobres de la Ciudad de Buenos Aires*. Argentina: CEDES, FLACSO.

Hintze S. (1997). "Apuntes para un abordaje multidisciplinario del problema alimentario". En Álvarez, M. y Pinotti, L.V. *Procesos socioculturales y Alimentación*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

Huergo, J. (2016a). "Reproducción alimentaria-nutricional de las familias de Villa La Tela" (Tesis de Doctorado de Estudios Sociales en América Latina). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

_____ (2016b). "¿Me encanta? Crítica ideológica al sistema alimentario McDonald's". *Fundamentos en Humanidades*. San Luis.

_____ (2019). "¿Qué hay detrás de un indicador nutricional? Una particular relación entre un cuerpo y los alimentos". *Boletín de vigilancia de ECNT y factores de riesgo en la provincia de Córdoba*.

Ibáñez, I. y Huergo, J. (2017). "Transformaciones en las experiencias de comensalidad de los sectores subalternos: Análisis de narrativas y discursos mediáticos en Córdoba-Argentina". *Razón y Palabra*, vol. 20 p. 312 - 321.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). (2019). Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. Primer semestre 2019. Condiciones de vida N°3 Vol. 13. Buenos Aires: INDEC.

_____ (2020). Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. Primer semestre 2020. Condiciones de vida N°4 Vol. 13. Buenos Aires: INDEC.

_____ (2021). Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. Primer semestre 2021. Condiciones de vida N°5 Vol. 13. Buenos Aires: INDEC.

ISEPCI (2021). Índice de Precios Barriales, septiembre 2021. Córdoba.

Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.

_____ (2007). *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Mauss, M. (1971). *Ensayo sobre el Don. Forma y razón del intercambio en las sociedades arcaicas*. Sociología y Antropología. Madrid: Ed. Tecnos.

Mayol, P. (1999). Habitar. En: De Certeau, M. *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.

Ministerio de Salud, Argentina (2019). *2º Encuesta Nacional de Nutrición y Salud*. Recuperado de: https://bancos.salud.gob.ar/sites/default/files/2020-01/encuesta-nac-nutricion-salud_resumen-ejecutivo.pdf

Montanari, M. (2006). *La comida como cultura*. Asturias: Ediciones Trea.

Moore Lappé F., Collins J. (1982). *Comer es primero. Más allá del mito de la escasez*. México, España, Argentina, Colombia: Siglo Veintiuno Editores.

Moreyra, C. (2012). "La alimentación en Córdoba a fines del siglo XVIII. Una lectura desde los espacios y objetos cotidianos". Revista *Complutense de Historia de América*, Madrid; vol. 38 p. 55 - 77.

_____ (2017). "Cocinar y comer en la Córdoba (Argentina) del siglo XIX: Una lectura de la cultura material doméstica". *Americanía*, Universidad Pablo de Olavide, 6; 12-2017; 262-294.

Observatorio de la Deuda Social Argentina (OSDA) y Caritas (2021, junio 9) Un rostro detrás de cada número. Radiografía de la pobreza en Argentina [informe-video]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=2FkfczBkhz8>.

Rist, G. (1980). Preguntas fundamentales sobre las necesidades fundamentales. En Spitz, Galtung, Preiswerk, Berthoud, et al., *Comer para vivir* (traducc. Eva Grosser) (pp. 158-206). México: Folios Ediciones.

Schlosser, E. (2002). *Fast Food Nation: The Dark Side of the All-American Meal*. New York: Perennial Books.

Sedó Masís, P. y De Meserville, G. (2004). "Los significados del alimento: caso del adulto mayor, gerotranscendencia y alimentación: Propuesta de un modelo teórico denominado Gero – alimento – terapia basado en las etapas de desarrollo psicosocial de Erik Erikson". *Ensayos Pedagógicos*, 3 (1). Volumen 3, número 1, 49 -73.

Shiva, V. (2003). *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*. Buenos Aires: Paidós.

Spinelli, H. (2017). "Gestión: prácticas, mitos e ideologías". *Salud Colectiva*, 13(4), 577-597.

_____ (2018). "Máquinas y arte-sanos". *Salud Colectiva*, 14(3): 483-512.

_____ (2019). "Planes y juegos". *Salud Colectiva*, 1-20.

Tuñón, I. (2016). *Sobre la medición de la (in)seguridad alimentaria en la Argentina. Barómetro de la Deuda Social Argentina*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina.

_____ (2020). *Condiciones de vida de las infancias pre-pandemia COVID-19. Evolución de las privaciones de derechos 2010-2019*. Documento estadístico. Barómetro de la Deuda Social Argentina. Serie Agenda para la Equidad (2017-2025). Buenos Aires: Universidad Católica Argentina.

Tuñón, I.; Poy, S. y Salvia, A. (2021). *La tarjeta ALIMENTAR a un año de su implementación. Una caracterización sociodemográfica, socioalimentaria y socioeconómica de los hogares destinatarios*. Barómetro de la Deuda Social Argentina. Buenos Aires: Educa.

UNICEF (2020a). *Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el gobierno sobre la vida cotidiana*. Buenos Aires: UNICEF Argentina.

_____ (2020b). *El impacto de la pandemia COVID-19 en las familias con niñas, niños y adolescentes. Encuesta de percepción y actitudes de la población. Informe de resultados*. Buenos Aires: UNICEF Argentina.

_____ (2021). "Evitemos una década perdida: Hay que actuar ya para revertir los efectos de la COVID-19 sobre la infancia y la juventud", informe disponible en: <https://www.unicef.org/es/comunicados-prensa/covid19-peor-crisis-para-infancia-75-anos-historia-unicef>

Zapata, M. E. (2016). *La mesa Argentina en las últimas dos décadas: cambios en el patrón de consumo de alimentos y nutrientes 1996-2013*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CESNI, 2016.

Žižek, S. (1999). *El acoso de las fantasías*. España: Siglo XXI Editores.



Entre dispositivos, espacios e instituciones. La actividad física infantil en hogares populares durante la pandemia

Nicolás Aliano

FaHCE-UNLP, CONICET, CEREN-CIC

Ana Pilar Pi Puig

UNLP

María Eugenia Rausky

CIMeCS/IdIHCS, FaHCE-UNLP, CONICET

Javier A. Santos

UNLP

Resumen

A partir de una investigación cualitativa centrada en entrevistas en profundidad el artículo indaga el modo en que, desde la mirada adulta, niños y niñas de hogares populares del Gran La Plata, Buenos Aires (Argentina), se vincularon con la actividad física a través del juego y las prácticas deportivas en el contexto de aislamiento impuesto por la pandemia del COVID-19.

La investigación revela que las actividades analizadas –mediadas por pautas de crianza, las características de la conformación familiar, las instituciones, espacialidades y dispositivos que les imprimieron ciertos rasgos enclases- signaron la experiencia de niños y niñas durante la pandemia. En un momento tan extraordinario como crítico, padres y/o madres con sus desiguales condiciones de posibilidad, buscaron preservar y sostener este mundo expresivo infantil. Lejos de concebirse como un conjunto marginal de actividades, *dejar jugar* se constituyó en una estrategia central para cuidar de sus hijos e hijas, sobrellevar la vida doméstica durante la pandemia y contrarrestar algunos de sus efectos.

Palabras clave: Infancia, juego, actividad física, hogares populares, pandemia de COVID-19.

Abstract

Based on qualitative research centred on in-depth interviews, the article analyses the way in which, from an adult perspective, children from low-income households in Gran La Plata, Buenos Aires (Argentina), were linked to physical activity through play and sporting practices in the context of isolation imposed by the COVID-19 pandemic.

The research reveals that the activities analysed –mediated by patterns of upbringing, the characteristics of family conformation, the institutions, spatialities and devices that imbued them with certain enclassifying features- marked the experience of childhood during the pandemic. In a moment as extraordinary as it was critical, parents and/or mothers, with their unequal conditions of possibility, sought to preserve and sustain this expressive world of childhood. Far from being conceived as a marginal set of activities, *letting play* became a central strategy for caring for their children, coping with domestic life during the pandemic and counteracting some of its effects.

Keywords: Childhood, play, physical activity, low income households, COVID-19 pandemic.

Introducción

El objetivo de este trabajo es indagar acerca del modo en que los cambios de rutinas y la suspensión de actividades como la educación presencial, las prácticas deportivas y las actividades recreativas con pares, han afectado a niños y niñas en el contexto de la pandemia de COVID-19. Esta última, junto con las medidas de aislamiento social implementadas para hacerle frente, han impactado en diversas dimensiones de la vida social. Tal señalamiento deriva no sólo de una percepción colectiva generalizada, sino de un profuso y acelerado cúmulo de investigaciones que, desde las ciencias sociales, han informado en profundidad sobre su impacto en distintos planos, actores y escenarios de la sociedad argentina.

El punto desde el que partimos es la asunción de que la pandemia de COVID-19 y las medidas dispuestas para evitar su propagación trajeron consigo cambios muy significativos en la organización de la vida cotidiana de los hogares, pero sobre todo en aquellos integrados por niños y niñas. Si bien la mayor parte de los países del mundo dispusieron medidas restrictivas a la circulación para frenar el avance de la pandemia, el caso de nuestro país y en particular del Gran La Plata –integrada a la región metropolitana y área geográfica en la que desarrollamos la investigación empírica-, es especial en tanto que estableció por un período de tiempo muy extenso el Aislamiento Social Preventivo y

Obligatorio (ASPO)¹. Así, durante la mayor parte del año 2020 y un período algo más breve del año 2021, todas las personas –excepto aquellas consideradas prestadoras de servicios esenciales- fueron convocadas a permanecer en sus viviendas o bien en el seno de sus comunidades/barrios.

Las medidas antes mencionadas implicaron una significativa reestructuración de la vida cotidiana: personas adultas sin trabajo o trabajando desde sus hogares, así como niños y niñas sin clases presenciales, actividades extraescolares ni posibilidad de socializar cara a cara con pares, fueron parte de lo vivido en Argentina durante varios meses. Todas aquellas relaciones que comúnmente se mantenían por fuera del espacio del hogar quedaron en suspenso y con ello se movilizaron una serie de recursos para hacer frente a esta novedad, motorizando prácticas y suscitando diversas emociones. En parte, la diversidad de estrategias –materiales y simbólicas- puestas en juego en los hogares se vieron restringidas/habilitadas conforme las condiciones de existencia y los desiguales recursos con los que los hogares contaron para afrontar tamaña situación de excepcionalidad.

En el marco de esta puesta en suspenso/redefinición de la vida cotidiana tal como se la practicaba, en este artículo nos interesa poner el foco de análisis en aquellos hogares integrados por niños y niñas que pertenecen a sectores populares vulnerables, es decir, hogares afectados por el desempleo, la inestabilidad laboral, la pobreza y la imposibilidad de hacer frente a ciertas contingencias. Destacar que se trata de un sector específico de la sociedad es clave, puesto que el análisis de estas experiencias requiere de una reflexión sobre las infancias posibles en contextos situados: como numerosos estudios de lo infantil han señalado, las infancias son plurales y desiguales (Colángelo, et al., 2015).

Los interrogantes que en el artículo formulamos se vinculan con una dimensión específica de la vida social, ligada a la actividad física infantil en el escenario abierto con la pandemia y el ASPO². ¿Qué características asumieron las prácticas lúdicas, recreativas y deportivas infantiles en este cuadro?, ¿qué sentidos adquirieron desde la mirada adulta? ¿Cómo, en suma, jugaron los niños y niñas en un contexto muchas veces vivenciado como crítico y, en ocasiones, dramático? Este trabajo se formula dichas preguntas bajo la

¹ El Decreto 297/2020 estableció el ASPO desde el 20/3/2020 hasta el 31/3/2020 en todo el país. Luego, los sucesivos decretos fueron extendiéndolo de manera diferencial en el territorio nacional, según la situación sanitaria de cada provincia y/o distrito. En el caso del Área Metropolitana de Buenos Aires (comprendido por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y 40 municipios de la provincia de Buenos Aires), el mismo se extendió hasta el mes de noviembre del 2020, momento a partir del que se pasó al Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO). Asimismo, cabe consignar que entre los meses de mayo y junio de 2021 por razones sanitarias se volvió a decretar el ASPO (decreto 241/2021).

² El interés por analizar estas dimensiones específicas se enmarca en un proyecto colectivo de investigación del que formamos parte que –entre otros objetivos- se propuso reconocer las transformaciones de la actividad física vinculadas a las prácticas lúdicas activas y poco activas/sedentarias en niños, niñas y adolescentes. Proyecto PISAC-COVID 19: Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas. Directora: Ianina Tuñón. Coordinadora del nodo Universidad Nacional de La Plata: María Eugenia Rausky.

premisa de que las mismas, lejos de situarnos en aspectos irrelevantes o secundarios de la vida social, significan la puerta de acceso a la comprensión de dinámicas cotidianas centrales de la experiencia de las familias y, en especial, de sus miembros más pequeños, en el tránsito de la pandemia.

Para abordar los anteriores interrogantes, atendemos a los condicionantes ligados a la situación de vulnerabilidad socioeconómica de los hogares analizados y a sus efectos sobre las prácticas culturales caracterizadas, sin por ello aplanar sus márgenes de acción e invención. Siguiendo a De Certeau (1996), se trata de advertir y describir maneras de hacer cotidianas que, si bien se desarrollan siempre en un campo que las regula, en un segundo nivel introducen “un espacio de juego” diferente, algo de imprevisión, creatividad y agencia. Adicionalmente, abordamos estos aspectos como parte de un diálogo complejo con los estilos de crianza en –y entre- los que se despliegan, retomando desarrollos conceptuales acerca de la actividad física y su vital importancia para el bienestar infantil.

En primer lugar, entendemos a la crianza como “el conjunto de acciones de cuidado a la niñez, basada en patrones culturales, creencias personales, conocimientos adquiridos y posibilidades fácticas que presentan los dadores de cuidados” (Ortale y Santos, 2014, p. 30). En segundo lugar, asumimos que la actividad física implica “cualquier movimiento corporal producido por los músculos esqueléticos que exija gasto de energía” (OMS, 2004), y que esto incluye al ejercicio y al deporte, pero también otras actividades que entrañan movimiento corporal y se realizan como un medio para resolver situaciones cotidianas y/o como parte de los momentos de juego (Ministerio de Salud, 2013; UNICEF, 2019). A fin de darle mayor nitidez a la noción, pensamos aquí la actividad física de niños y niñas como parte de un *continuum* que va desde los desplazamientos más básicos (caminar, andar en bicicleta) hasta la práctica de un deporte, pasando por tareas, juegos y actividades recreativas, educación física o ejercicios programados en el contexto de la familia, la escuela o las actividades comunitarias.

Para poder indagar acerca de estas dimensiones buscamos identificar –desde la perspectiva adulta encarnada por madres y/o padres- tanto los cambios en las rutinas cotidianas de los niños y niñas, como así también las emociones y afectividades puestas en juego a lo largo de esos meses en el espacio doméstico. Para ello nos valemos de información cualitativa producto de entrevistas en profundidad realizadas en hogares en condiciones de vulnerabilidad integrados por niños y niñas de barrios populares del Gran La Plata, conglomerado urbano situado en torno a la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires (Argentina). Entre las localidades más importantes que lo conforman, se encuentran las ciudades de Berisso y Ensenada que, junto con La Plata, han formado parte del diseño muestral de la investigación.

El abordaje metodológico que orientó el trabajo empírico fue cualitativo (Verd y Lozares, 2016) ya que a través de sus técnicas y procedimientos pudimos centrar la atención sobre actividades que se ejecutan en espacios sociales específicos –los hogares-, y acceder al punto de vista de los grupos indagados. La primera estrategia que propuso el equipo fue el acercamiento a aquellos barrios populares en que los distintos integrantes vienen desarrollando actividades de investigación y/o extensión universitaria. El conocimiento previo de los territorios, de sus referentes comunitarios y de algunas de las familias –con quienes construimos y sostenemos vínculos sólidos a lo largo de muchos años de trabajo- se constituyó en un factor que nos permitió avanzar en el trabajo de campo con una importante fluidez. A su vez, esta presencia nos habilitó a tener una cobertura territorial amplia, garantizando el acceso a tres municipios –La Plata, Berisso y Ensenada- y en distintos contextos barriales dentro de los mismos, a saber: Barrio 1 (La Plata - Sudeste); Barrio 2 (Berisso - Sudeste); Barrio 3 (La Plata - Sudeste); Barrio 4 (La Plata - Noroeste); Barrio 5, (La Plata - Sudoeste); Barrio 6 (La Plata- Sudoeste); Barrio 7 (Ensenada - Noreste) y Barrio 8 (La Plata - Noroeste).

Por otra parte, el trabajo de campo se realizó durante los meses de abril y mayo de 2021, coincidiendo con uno de los momentos más críticos de la pandemia en el Gran La Plata³, razón por la que combinamos el uso de tecnologías digitales como las videollamadas y llamadas telefónicas, con una aproximación presencial a los territorios, con un mayor peso de la primera estrategia por sobre la segunda. La técnica utilizada fue la entrevista en profundidad basada en un guión a través del que indagamos diferentes aspectos ligados a la vida cotidiana en tiempos de pandemia. Particularmente, ciertas preguntas se orientaron a detectar dimensiones tales como el ocio, el juego, la actividad física y el vínculo de los niños y niñas con actividades deportivas institucionalizadas. Sobre estos aspectos nos detendremos en nuestro análisis. Asimismo, cabe destacar que en la mayor parte de los casos se trató de entrevistadas mujeres que eran madres de niños, niñas y/o adolescentes. A los fines del análisis que proponemos, en este artículo nos centramos en las experiencias de niños y niñas de hasta 12 años de edad. En total reunimos 51 testimonios y el análisis de los mismos se orientó por una aproximación interpretativa de tipo temática, asistida por el programa *Atlas.ti*.

La presentación del trabajo analítico con las entrevistas se desarrolla diferenciando tres ejes: el vínculo de los niños y niñas con los dispositivos electrónicos; los niños y niñas

³ Los análisis estadísticos realizados en la región distinguen una “primera ola”, cuyo pico de casos se registró en agosto-septiembre de 2020, y una “segunda ola”, iniciada a fines de marzo de 2021 con un crecimiento exponencial de los casos (800 casos promedio por día durante el mes de abril), llegando a valores que triplicaron los registrados en el primer pico. Un informe del mes de abril de 2021 señala que los valores promedio más altos se alcanzaron en los tres partidos (La Plata, Berisso y Ensenada) a mediados de dicho mes. La tasa de mortalidad también se incrementó más de 6 puntos, pasando por ejemplo de 11,13 en diciembre de 2020 a 17,79 en abril de 2021. Estos indicadores permiten advertir la crítica situación sanitaria de la región (Alzugaray, Peiró y Santa María, 2021).

y los espacios de juego durante el aislamiento, y el papel de las instituciones –escuelas y clubes- como mediadoras de las prácticas que aquí analizamos. Además, y a fin de contextualizar, nos valemos de un conjunto de datos cuantitativos provenientes del procesamiento de la encuesta ENCAI⁴, referida a la situación de la infancia durante el aislamiento. Entendemos que dicha información puede oficiar de encuadre general y aproximarnos a dimensionar el impacto que tuvo el ASPO en los aspectos que en el artículo analizamos cualitativamente. Cabe aclarar que todas las personas entrevistadas fueron informadas acerca del estudio y sus características, que su participación fue voluntaria y que a fines de resguardar su identidad, tanto los nombres de los barrios en que viven como sus nombres fueron reemplazados por denominaciones ficticias.

La actividad física a la luz de los estilos de crianza: una propuesta analítica

Proponemos avanzar en un análisis de la actividad física, en especial del juego y el deporte, a la luz de los estilos de crianza que las familias promueven. En este marco nos resulta significativo retomar el análisis de Lareau (2011) sobre los estilos de crianza que tienen lugar conforme la pertenencia de clase de los hogares. Siguiendo a la autora, las diferencias en los modos en que se constituyen las experiencias de los niños y niñas pueden verse en aquellos detalles de la vida diaria, por ejemplo a partir de reconstruir la forma en que se organizan las rutinas cotidianas. En su investigación con familias de clase media y de clase trabajadora y sectores pobres, se identifican modos disímiles de pensar la crianza infantil. Las familias de clase media llevan una vida casi frenética alrededor de las actividades que realizan sus hijos e hijas (estudio de idiomas, clases de música, prácticas deportivas varias, etc.), que suponen asuntos de gran importancia para la familia, al punto tal que las actividades de los niños y niñas suelen determinar los horarios y organización del grupo familiar por completo. Para estas familias, la infancia suele concebirse como un tiempo para el juego, pero también como un período para desarrollar talentos y habilidades de los que se podrán valer en la vida adulta. Así, los hijos e hijas son un proyecto a ser desarrollado. Lareau (2011) denomina a este estilo de crianza como “cultivo concertado”.

⁴ La encuesta se diseñó en el marco del proyecto “Estado de situación del Bienestar Infantil, Condiciones de Vida de los Hogares y Cuidados frente al Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio por COVID-19 en La Plata, Berisso y Ensenada, provincia de Buenos Aires, Argentina. 2020-2021”, dirigido por la Dra. S. Ortale y en el que los autores de este artículo participamos. El objetivo fue analizar el impacto del ASPO en el bienestar infantil. La modalidad de implementación fue autoadministrada online –y en menor medida presencial-, y estuvo dirigida a hogares integrados por niños y niñas de entre 3 y 17 años de edad. El muestreo fue representativo probabilístico por conglomerados bietápico de escuelas públicas y privadas de nivel inicial, primario y secundario de La Plata, Berisso y Ensenada y su tamaño fue de 4008 casos. El relevamiento se llevó a cabo entre los meses de agosto y noviembre de 2020. Se trató de un cuestionario que fue respondido por padres y/o madres e indagó –entre otros aspectos- en torno a dos dimensiones que son de relevancia para este trabajo: “Actividad Física” y “Recreación”.

Por el contrario, en las familias de clase trabajadora como así también en las que se encuentran en condiciones de pobreza, se presenta un enorme trabajo para llevar adelante el día a día, producto de los estreñimientos económicos que padecen. En este marco, las actividades de los hijos e hijas son mucho más relajadas y el ritmo en el tiempo familiar suele ser más pausado. En ciertos casos tienen algunas actividades organizadas, en otros no tienen ninguna y el resultado es que disponen de mucho más tiempo libre para pasar con miembros de la familia extendida, mirar televisión, jugar informalmente con pares y entretenerse a sí mismos. Este último rasgo es de suma importancia puesto que estos niños y niñas tienden a ser criados desde una lógica cultural que promueve una crianza con mayor autonomía, que se mantiene un poco más apartada del mundo adulto, con una agenda más abierta y no tan intensamente controlada por los padres y madres. En definitiva, se concibe que la crianza debe “desarrollarse naturalmente”.

Este panorama que traza Lareau (2011), aunque inscrito en la realidad norteamericana, presenta paralelismos con los casos que aquí estudiamos. En términos generales, los niños y niñas que viven en hogares pobres tienden a organizar su vida diaria en el sentido descrito por la autora; es por eso que la comprensión del modo en que el ASPO afectó sus rutinas cotidianas no puede escindirse de la lógica cultural sobre la que se asientan las ideas de crianza. Creemos que el parteaguas de la pandemia afectó a los niños y niñas de manera diferente conforme los rasgos de la organización cotidiana de las familias. En los casos que aquí analizamos, esas rutinas presentan similitudes con la idea de crianza que identificó Lareau para las clases trabajadoras y sectores pobres norteamericanos.

En este escenario es que proponemos comprender el modo en que niños y niñas se vincularon con la actividad física a través del juego y las prácticas deportivas. En ese sentido, entendemos que durante la infancia, el juego es un gran referente de la actividad física y un importante organizador: las relaciones con pares y con personas adultas son frecuentemente configuradas por y a través de los juegos que niños y niñas practican durante sus interacciones sociales. En suma, jugar es una actividad central durante la infancia (Duek, 2016). Como sostiene Enriz (2014), no diríamos nada nuevo si destacamos la polisemia de la noción de juego y por tanto la dificultad de utilizarla en enunciados académicos. No obstante ello, aquí entenderemos a la noción de práctica lúdica como aquella que nos permite abordar el juego desde las prácticas que son definidas por los sujetos de tal modo.

La actividad física durante el ASPO: una mirada agregada y en perspectiva

Según muestran los datos del relevamiento ENCAI, el ASPO tuvo un efecto fuerte, directo y extendido sobre el nivel de actividad física de los niños y niñas (CEREN, 2021).

Particularmente, en aquellos pertenecientes a hogares en situación de vulnerabilidad, se registró una marcada caída en su nivel de actividad física. En efecto, conforme los relatos de los padres y madres, más de la mitad de los niños y niñas (53,6%) disminuyó –algo o mucho- su nivel de actividad física durante el ASPO en comparación con la pre-pandemia. De ellos, los de nivel primario sufrieron un mayor impacto, con una reducción del 58,5% de la actividad en relación con los de nivel inicial, cuya reducción fue del 42,1%. Entre las principales razones vinculadas a la reducción de actividad física se refirió no tener espacio para la misma/ no querer salir (38,8%) y cambios en los hábitos cotidianos asociados con un mayor uso de dispositivos electrónicos, principalmente la TV (32,2%) y dormir más (17,5%).

Ahora bien, a pesar de la reducción del nivel de actividad física general y del avance de las actividades de tipo sedentarias, los niños y niñas pudieron retener algo de actividad en el contexto doméstico. Así se observó en el 63,4% de las respuestas sobre los niños y niñas, siendo los del nivel inicial quienes en mayor medida pudieron sostener este tipo de actividad (68,6%) –en relación con los niños y niñas más grandes (60,5%). El tipo de actividad que pudieron desarrollar en el contexto del hogar fue: correr (55,1%), jugar al fútbol (35,9%), andar en bicicleta (30,1%), bailar (32,5%), hacer gimnasia (16,8%) u otras (8,6%). Estas actividades mostraron mayor realización en los niños y niñas más pequeños y paridades de realización entre niños y niñas en correr y andar en bicicleta, mayor énfasis en jugar al fútbol en los varones y bailar y hacer gimnasia entre las niñas. Además de estas prácticas, otras de tipo sedentarias también ganaron espacio en función de las restricciones del ASPO. Entre ellas encontramos: mirar TV (77,1%), la realización de las tareas escolares (74,7%) –más intensa en los niños y niñas del nivel primario (82,5%) que en las de inicial (57,0%)-; dibujar/ pintar y/o realizar manualidades, que mostró realización en el 50,0% (con mayor énfasis en el nivel inicial –76,4%- que en el primario –51,4%-); y jugar con juegos de mesa 34,3% (mayor en nivel inicial 46,4% que en el primario 29,0 %).

Así, el ASPO tuvo un efecto fuerte, directo y extendido sobre el nivel de actividad física de los niños y niñas, afectando sobre todo a quienes transitaban los últimos años del nivel primario. Concomitante a la reducción del nivel global de la actividad física de los niños y niñas –principalmente debida a las limitantes materiales del espacio de la vivienda- se desplegaron un conjunto amplio de actividades de tipo sedentarias que incidieron en los niveles generales de realización de ejercicio y deporte, principalmente entre quienes asisten a los últimos años del nivel primario. En suma, los datos agregados muestran, por un lado, una percepción marcada sobre la reducción en los niveles de actividad física infantil durante la pandemia, y correlativamente, la focalización de las actividades físicas –de esparcimiento y lúdicas- en el entorno doméstico de la casa. Una vez presentadas estas tendencias, pasaremos a indagar cualitativamente en ellas.

El vínculo de los niños y niñas con los dispositivos tecnológicos

Hace algunos años, Duek (2014) afirmaba que los dispositivos tecnológicos tales como los celulares, las *tablets*, las consolas de juego y computadoras, entre otros, estaban desplazando a los juguetes “tradicionales” como los juegos de mesa y las muñecas, de los horizontes de deseo de los niños y niñas generando su reubicación en un nuevo mapa de oferta y consumo. Junto con estos cambios también se produjeron transformaciones en las formas de parentalidad que, al acompañar los intereses de los hijos e hijas, tuvieron que incorporar a las tecnologías digitales entre sus tareas. Esto es, poner en juego actividades de mediación parental digital a fin de regular el uso de las tecnologías por parte de los niños y niñas (Duek y Moguillansky, 2021). Sobre este trasfondo en que los niños y niñas están creciendo en hogares que tienden a estar cada vez más conectados a los nuevos medios y redes (Duek, 2016) y en el que se manifiestan cambios en el tipo de juegos que vienen empleando y en el tipo de regulaciones que los padres y madres van desplegando.

La pandemia generó una situación muy particular que lleva a preguntarnos por el modo específico en que los niños y niñas se han vinculado con los dispositivos tecnológicos y la forma en que estas cuestiones se presentaron en aquellos hogares en condiciones de vulnerabilidad, justamente caracterizados por una restricción en el acceso a estos recursos. Esta restricción, es preciso subrayar, tiene lugar en un período histórico en el que, como sostiene Becerra (2020), la organización de casi todas las facetas de la vida pública y una creciente porción de la vida privada están mediadas por las Tecnologías de la Información y Comunicación (TICs), confiriéndoles un carácter esencial en la estructuración de la sociedad.

En primer lugar y como dato de suma relevancia debemos destacar que los hogares entrevistados cuentan con escasos dispositivos tecnológicos. En un número muy reducido de hogares había una computadora de escritorio o portátil y alguna consola de juegos. En pocos y de manera aislada se disponía de *tablet*, mientras que al menos sí se contaba con un televisor –algunos con servicio de cable o satelital, pero con conexión intermitente vinculada con la capacidad de pago-, reproductor de DVD, generalmente utilizado para reproducir películas/series infantiles y un celular con datos móviles. Este último, aunque pensado como dispositivo de uso individual, se constituyó para estos hogares como el dispositivo de uso colectivo por excelencia a través del que todos los miembros tenían acceso al servicio de internet y todo lo que este ofrece puesto que, como dijimos, en la mayor parte de los hogares no se disponía de otros dispositivos para tales fines.

En términos generales cada hogar contaba solo con un teléfono celular o a lo sumo dos, con independencia de la cantidad de miembros que lo integrasen. Este dato debe interpretarse a la luz de una tendencia que se produce en los últimos veinte años en el

país, que evidencia que las telecomunicaciones móviles exhiben una penetración y masividad superior al resto de las tecnologías (Becerra, 2020). Ahora bien, esos aparatos de los que efectivamente se dispone se describen como de segunda generación, caducos, antiguos, con poca memoria y escasa velocidad. Así, ese único dispositivo con el que se cuenta es obsoleto, al tiempo que tiene características de conectividad inestables, ligadas a la capacidad de pago del servicio, esto es, la posibilidad de recarga de los hogares a lo largo de cada mes. En este contexto, los múltiples usos que personas adultas y niños y niñas durante el ASPO tuvieron que darle al dispositivo vieron excedida su capacidad de respuesta en todos los sentidos.

De este modo, un aspecto central que el ASPO puso de relieve es el problema de la brecha digital pero entendida en su complejidad. En nuestro caso, casi todos los hogares contaban al menos con un celular con servicios de datos móviles. Sin embargo, el problema fundamental radicaba en la fragilidad de la cobertura –intermitente, de mala calidad- y la cantidad de dispositivos en función del tamaño del hogar, todas variables que a la vez deben vincularse con el nivel de ingresos de los hogares. El celular, además de posibilitar la comunicación con familiares, amigos y ámbitos de trabajo de personas adultas, en el caso de los niños y niñas fue fundamentalmente utilizado a fines de sostener el vínculo con la escuela, quedando así relegado su uso con fines lúdicos. Como sostiene una entrevistada:

Computadora no tenemos y celular [se lo compartimos] obligado por las clases (...). A veces mi hijo me dice: “mamá dame un poquito para jugar”, pero le digo: “un poquito, porque si no después me lo malogras y es importante”. Ya he tenido problemas que se me ha malogrado y es una preocupación más. El celular no es un lujo le digo, es una necesidad (N., Barrio 7).

Así, el uso del celular por parte de los niños y niñas se reservó generalmente para recibir y enviar las tareas escolares, y en una menor proporción de casos, para establecer una conexión a las clases sincrónicas, modalidad de vínculo que apenas fue promovida por las escuelas a las que los niños y niñas de sectores vulnerables asisten y que, cuando se la promovía, muchos no tenían la posibilidad de sostener por las limitaciones de los dispositivos con que contaban (Aliano, Pi Puig, Rausky, Vallejos, 2021). Este panorama nos permitió advertir un fenómeno que el ASPO potenció y que no debe soslayarse, y es el estrés que supuso el carácter limitado de sus dispositivos y de la capacidad de conexión: una y otra vez en los relatos de las entrevistadas se destaca el derrotero y difícil camino de la conexión vía celular a fin de acompañar las trayectorias escolares de los hijos e hijas, sobre todo cuando el hogar era numeroso. Una madre de siete hijos e hijas sintetiza claramente estas sensaciones:

Es re complicado porque te llaman de la escuela de los más chicos, de la más grande –que también tiene que estar comunicada-, es todo un tema el celular. Tenía una computadora que se me rompió, –una *netbook* chiquita- pero se me dañó, así que... Como yo le digo a los profesores: ¡entiéndanme, que yo con este celular no puedo todo!, porque también esta comunicación es de mi trabajo (...) es re complicado (...). Así que me costó un montón, y bueno como pudimos la traté de ayudar, y este año está complicada de vuelta. Ya te digo, [está] el tema de que por ahí se quieren comunicar con ella, mandan muchas tareas por teléfono; pero en el teléfono yo no tengo memoria, es un teléfono J2 de antes. Imagínate que la memoria se me llena enseguida, y uno no puede estar guardando cosas, después tengo que estar borrando: “que foto, que... ¡ah!” La verdad me vuelvo loca. (I., Barrio 8).

En este contexto de escasez de dispositivos y de precariedad de su conectividad y operatividad, resulta lógico que prácticamente para la mayoría de las personas entrevistadas, la exposición a celulares, *tablets* o pc no representara un problema ni mucho menos algo a ser controlado. Si bien, en términos generales, la regla era preservar el celular de los niños y niñas y limitarlo a usos estrictamente pedagógicos, en una menor proporción de hogares y generalmente cuando se contaba con más de un dispositivo, los niños sí podían utilizarlo con fines lúdicos, “para jugar a los jueguitos” o bien “mirar videos de *YouTube*”. Como señala C., “el celular mío yo se lo daba con tal de que por ahí se entretenga un rato” (C., Barrio 5).

En los casos en que los niños y niñas efectivamente hacían un uso algo más regular del celular, sí se tendió a problematizar su vínculo y, en efecto, se identificaron algunas representaciones elocuentes sobre los significados e implicancias de su uso en la vida cotidiana de los niños:

Como que yo soy muy rara con el celular: los domingos no les dejo usar el celular; en la mesa tampoco, si no hacen los deberes no hay celular. Y no soy madre que le deje todos los días el celular, tienen que ganárselo al celular, portarse bien, no pelearse. Si veo que se pelean, ellos saben que una semana están sin celular, porque no me gusta que sean los nenes de ahora que están todo el día... Es como que no tienen madre, están con el celular y hablan con el celular en vez que con la madre. Ellos no (P. Barrio 6).

Estos testimonios nos permiten pensar en cómo se producen los significados sobre la infancia, el uso de dispositivos y el vínculo entre padres, madres e hijos. En primer lugar, se subraya la necesidad de regular la exposición al celular en lo referido a la cantidad de

tiempo en que lo utilizan. Su consumo no es libre sino más bien controlado por las personas adultas: “un ratito”, “una o dos horas”, ya que no pueden permanecer mucho tiempo frente al dispositivo ya que hay algo en esa exposición que no resulta beneficioso. En segundo lugar, emergen ideas ligadas a la legitimidad/ilegitimidad de su uso, puesto que en algunas narrativas aparecen nociones acerca de la tensión e incomodidad que produce el uso del celular por parte de los niños y niñas: hay algo allí que no es correcto y que en algún punto jaquea el papel socialmente esperado de padres y madres en la vida de sus hijos e hijas: “los nenes que están todo el día con el celular es como que no tienen madre”, tal como remarca una entrevistada. Esto lleva a la necesidad de justificar frente a otros por qué se los dan cuando lo hacen –y en parte el ASPO fue motivo de esa justificación-, o por qué no se los facilitan cuando así lo deciden. Adicionalmente, hay otro elemento que permeó su uso y que habilita a pensar en el carácter negociado que encierra el acceso de los niños y niñas al dispositivo: el sistema de castigos y recompensas ligado, entre otros aspectos, a la buena conducta y el compromiso escolar. En este punto, lo que no se discute es que su uso con fines lúdicos está condicionado, y quien pone esas condiciones es una figura adulta.

Así y todo, como balance general, la mayor parte de los hogares entrevistados por motivos más bien pragmáticos, no habilitaba el celular a los niños y niñas, o bien lo hacía esporádicamente, de allí que resulta interesante contrastar nuestros resultados con aquellos obtenidos en investigaciones realizadas en sectores medios, en donde por ejemplo se destaca que durante los primeros meses del ASPO no solo en los hogares se adquirieron nuevos dispositivos, aumentando su stock, sino que además las personas adultas refirieron haber transitado situaciones de descontrol y caos en lo que al uso de tecnología por parte de los niños y niñas respecta (Duek y Moguillansky, 2021).

A diferencia de las experiencias narradas en torno al celular, el consumo de televisión sí tuvo una mayor presencia en los hogares durante el ASPO, en parte porque la mayoría de los entrevistados refirieron tener televisión, incluso en ciertos casos con servicio pago de cable o satelital, aunque con conexión intermitente vinculada con la capacidad de pago. La posibilidad de contar con un servicio pago lógicamente habilitaba el acceso a una oferta más variada de programas destinados al público infantil, y en consecuencia a un uso diferencial en cada hogar conforme se contara o no con ese servicio. Recordemos que en un estudio conducido por Duek y Heram (2017) se identificó que en la televisión de aire de Argentina, la programación infantil ocupa un lugar periférico, con una oferta muy limitada en contenido y tiempo destinado a ese público. Es por eso que no es difícil advertir que quienes disponían solamente de este acceso, consumieran menos televisión y no necesariamente porque no lo quisieran o desearan –lo que cabe también para el celular-, sino porque no tenían a su disposición contenidos de interés.

Desde esta materialidad es que deben comprenderse las características del consumo de programas de televisión por parte de los niños y niñas que viven en hogares vulnerables.

Como planteamos anteriormente, el recurso de la televisión sí fue –en comparación con otras tecnologías digitales-, más ampliamente utilizado por niños y niñas durante el ASPO, aunque con intensidades variadas. En efecto, el televisor se relaciona con la vida diaria a partir de que se constituye en un mediador tanto del tiempo como del espacio. En lo que refiere al espacio, suele tener un lugar destacado en el hogar. En lo relativo al tiempo, se inscribe en los hábitos cotidianos como factor que contribuye a la seguridad, proveyendo material para el ejercicio de rutinas (Silverstone, 1996, citado en Lewin y Denardi, 2007). Por ejemplo, para M. (Barrio 8): “Mirar tele o el celular con los juguetitos, era la única forma que los podía sostener adentro”, o bien como señala A. (Barrio 8): “estaban embobados con la tele y el celular”. Sin embargo, para otros el consumo de televisión era mucho más limitado:

Ellos están más concentrados en hacer dibujos, en estar con las cosas de la escuela, la tele miran un rato a la tarde, no le dan mucha importancia... Como ahora hay una sola tele, porque la otra se me quemó, así que tengo una sola en mi pieza, están un rato en mi pieza mirando tele y después se van a jugar. Prefieren estar en actividad, jugando entre ellos a la pelota, a la bolita o dibujando en vez de estar mirando la tele (M., Barrio 5).

Estos últimos relatos nos permiten dimensionar otro aspecto de interés vinculado con el tema que en este artículo indagamos: cuando el hogar está integrado por niños y niñas cuyas edades son similares, el recurso del juego tradicional entre pares era muy utilizado durante el ASPO, mientras que en los hogares con un solo niño o niña o con hijos o hijas de edades diferentes, se observaba una tendencia a un mayor uso de la televisión. Asimismo, un recurso adicional que se empleaba en aquellos hogares que solo tenían televisión abierta era el reproductor de *DVD* para mirar películas infantiles o “familiares”. La idea de compartir momentos en familia mirando alguna película de interés para sus miembros emergió en algunos testimonios como recurso utilizado. De este modo, el encuentro armónico de integrantes del hogar frente a la televisión, compartiendo un producto de interés con independencia de la edad, se vivenció en ciertos casos como una actividad de encuentro y disfrute de la familia.

En esta sección buscamos identificar el modo en que se estructuró un tipo de prácticas lúdicas en la vida cotidiana de hogares en contextos de profundas restricciones materiales. A través de las narrativas sobre los modos en que los niños, niñas y las personas adultas se vincularon con la tecnología pudimos identificar algunas ideas sobre la infancia: qué puede hacer un niño o niña y qué no, qué tipo de negociaciones se

producen entre ellos, ellas y sus padres y madres, cómo se establecen límites, etc., en un contexto particular como el del ASPO. Al mismo tiempo, y producto de nuestro análisis, también interesa subrayar otro aspecto: los hogares con los que trabajamos tienen un acceso precarizado (cuando no limitado) a las TICs y comunicación con lo que buena parte de lo que se tematiza en las ciencias sociales en torno a su apropiación cultural y el desplazamiento de los juegos tradicionales hacia los electrónicos, ha resultado marginal en nuestro análisis. Sin embargo, si bien destacamos la singularidad con la que se produce el acceso a las TICs en hogares en condiciones de vulnerabilidad, algo que lleva a pensar en la absoluta precariedad –en cantidad y calidad- con la que los niños y niñas se vinculan con estas tecnologías, no debemos pasar por alto la identificación de ciertas estrategias activas y creativas de apropiación cultural de los dispositivos en los contextos analizados.

De acuerdo a los testimonios recuperados, y a diferencia de lo que sucede en otros sectores sociales en donde se describe un escenario de fragmentación e individualización junto con la segmentación y multiplicación de dispositivos en el hogar (Duek, 2015), aquí registramos consumos de otras características en lo que a la televisión y el celular respecta. Los niños y niñas se reunían alrededor de la televisión y compartían los contenidos emitidos. Esto no necesariamente se producía de manera armónica o por una confluencia de intereses, pero en definitiva se consumía de este modo. Así, la idea de individualización, segmentación y fragmentación de las audiencias tiene en estos casos un techo. Lo mismo ocurría con el tiempo de exposición que –salvo las excepciones mencionadas- resultaba acotado. Algo similar se produjo con el celular, cuyo uso no fue individualizado, sino que se trató de un objeto colectivizado que “circulaba” entre los diferentes integrantes del hogar y cuya circulación estaba pautada –por contextos, valores y jerarquías establecidas en el seno de cada hogar- y que regulaba las formas que adquirió el ocio infantil en tiempos de pandemia.

Los lugares del juego infantil: entre las apropiaciones lúdicas de los espacios y el repliegue sobre lo doméstico

¿Cómo se recrean, en los testimonios de padres y madres, los espacios de juego infantil? ¿Qué relación tuvieron las personas adultas con esos espacios y con las actividades que allí se realizaron? ¿Cuáles fueron las tácticas desplegadas –tanto por personas adultas como por niños y niñas- para sostener espacios de juego y recreación infantil? En esta sección nos centraremos en analizar los lugares, las experiencias y las dinámicas espaciales en las que se desarrolló la actividad física y los juegos infantiles durante el aislamiento.

Una primera cuestión a atender se vincula con el modo en que, en los relatos, se recrean los entornos domésticos más asociados al juego infantil: invariablemente, el

“patio” aparece como sitio central de la actividad física y lúdica de los hogares. En este sentido, si bien no todas las viviendas cuentan con “patio” o “fondo”, este espacio es aludido recurrentemente en buena parte de los relatos como lugar exterior en el que los niños y niñas pasaron un tiempo sustancial jugando y realizando diversas actividades físicas. Al respecto, una entrevistada comentaba: “por lo general nunca salen a la vereda, siempre se mantienen acá en el fondo, tienen una hamaca que la hicimos con una rueda y una soga. Así que se hamacan con eso. Tienen para jugar, tienen espacio” (L., Barrio 8). Convergentemente, otra informante refería: “generalmente [los chicos] están acá afuera en el patio jugando. Tienen bicicletas, mis nietos andan en bicicleta en el patio” (N., Barrio 6). Así, el tipo de entorno que se reconstruye en los testimonios sobre el juego infantil remite a espacios abiertos, donde los niños y niñas andaban en bicicleta, jugaban “a la pelota”, “a la mancha”, con las mascotas, con la tierra y el pasto. Cuando se habla del juego infantil en el exterior hay, en suma, un énfasis puesto en el contacto directo de los niños y niñas con esa materialidad del mundo. Así lo describía una entrevistada:

Gracias a Dios tengo un patio grande y un terreno grande. Así que la rutina de los chicos fue acá en mi casa. No salíamos a ningún lado. (...) [Los chicos] son más de jugar en el patio a la pelota, no sé, con los camiones juntan tierra... Hacen cosas. Esas cosas hacen (S., Barrio 2).

En un sentido similar, en otro relato se afirmaba:

Jugamos en el fondo y a veces, viste, los chicos buscan tierra...porque yo tengo el patio puesto en cerámico. Porque yo ahí les ponía la pileta, entonces les puse un patio como para que no se me ensucien... Y ¡no!, Buscan tierra los chicos [risas] (E., Barrio 7).

A la luz de estos testimonios se advierte que el patio es concebido como un espacio de juego privado –no se encuentra directamente abierto al espacio público, pero tampoco forma parte de los espacios domésticos del interior de la vivienda. En esta línea, recuperando la definición de Marcus et al. (2020), podemos referir a este sitio –junto con otros como balcones y terrazas- como un espacio “intersticial” entre el interior y el exterior de la vivienda. Basados en una investigación cuantitativa –y con intereses que no responden al análisis del juego infantil-, Marcus et al. advirtieron una creciente centralidad de estos espacios intersticiales durante el aislamiento. Asimismo, identificaron estrategias novedosas para (re)apropiarlos en tanto sitios previamente “relegados” u “olvidados”. En la descripción de estas formas de reapropiación el análisis de los autores se centró fundamentalmente en el uso del balcón en entornos urbanos ligados a las clases medias. En nuestro caso, percibimos una similar tendencia hacia la intensificación en el uso de estos espacios intersticiales; sin embargo, a la vez, en los entornos populares esta

intensificación supuso una importancia preexistente del patio como espacio de sociabilidad, ocio y esparcimiento del hogar, antes que un “redescubrimiento”. En este sentido, el patio fue un espacio intersticial en el mundo popular no solo porque conectó “exterior” con “interior” de la casa, sino también porque se constituye –y se constituyó durante el ASPO- como un sitio de contacto entre hogares próximos, en una sociabilidad semipública. Volviendo sobre el análisis de las actividades infantiles en estos espacios, se advierte que muchas veces las mismas eran compartidas con amigos, vecinos, primos. Así, una madre expresaba:

-[mi hijo] juega con los chicos del barrio generalmente. También tiene un par de primos y vecinos y demás, entonces generalmente juegan en la casa de uno o de otro...

-¿De qué modo se contactan? O sea, ¿salen a la calle a jugar?

-Mirá, en el caso de los primos, viene la familia... Los hijos de mi hermano, por ejemplo. Y en el caso de los chicos, nos llevamos muy bien con la vecina de acá al lado, y entonces es simplemente cruzar la reja...

-¿Y qué es lo que más juega? ¿Qué juguetes son sus preferidos?

-Eh... La verdad, no le sigo mucho el rastro de lo que están jugando, pero suelen ser juegos tipo... “Mancha” o depende. No sé, a veces se ponen a jugar a la pelota, es bastante amplio... (Ag., Barrio 5).

Del mismo modo, asociado a este carácter intersticial del patio como lugar de juego y sociabilidad situado en un lugar entre el interior y el exterior, y entre lo público y lo privado, también se establecieron arreglos extra domésticos de cuidado entre familias – por ejemplo, se organizaban entre vecinas o familiares para asignar momentos de atención a las actividades de juego de los hijos e hijas. Con estas palabras lo describe una de las mujeres entrevistadas:

-Y con los vecinos ¿juegan adentro de las casas o juegan en la vereda?

-En la vereda, sí... Tratamos de que no entren mucho en las casas.

-¿Ahí vos salís o supervisa alguna de las otras mamás? ¿Cómo lo manejan a eso?

-Sí, sí, alguno se queda mirándolos y con ellos, sí. Nos vamos turnando. (..) Tenemos un patio también, que lo comparto con mi tía que vive adelante pero también juegan ahí a veces (Al., Barrio 5).

En suma, tal como se recupera en los fragmentos, la posibilidad de contar con espacios intersticiales muchas veces funcionó como “válvula de escape” de los hogares para sostener el aislamiento prolongado y la exigencia de mantener a los niños y niñas a la vez “entretenidos” y “seguros”, bajo algún tipo de supervisión. Por ello mismo, contar o

no con este tipo de espacio constituyó un diacrítico clave en la experiencia diferencial del ASPO en los hogares populares. En este testimonio, por ejemplo, se alude a la situación de no contar con patio, como una limitación del hogar:

- ¿Tienen espacio para jugar, por ejemplo, al aire libre o juegan siempre adentro?
- Eh, no... No, adentro, porque no tenemos lugar, está la casa y la vía, digamos. No hay mucho lugar. Y cuando juegan con los primos, juegan afuera, en la calle (L., Barrio 7).

El hecho de no tener patio conduce, para el entrevistado, a una opción subóptima para sus hijos e hijas: “jugar afuera, en la calle”. En este sentido, es sugestivo que en los testimonios, en contraposición simbólica con “el patio” suele aparecer “la calle” como lugar social asociado al riesgo y a peligros diversos: al contacto con personas adultas (que pueden generar situaciones de violencia o constituirse en “malas compañías”), al encuentro con la policía, con situaciones de delincuencia, etc. Así lo expresaba una entrevistada:

- Prefiero que [los niños] estén adentro de casa; tienen el patio para jugar, salimos al pasillo, cosa que yo los vea que estén ahí. Porque con lo que estamos viviendo, hace rato no se puede confiar a los chicos afuera. Acá continuamente la policía anda en el barrio, no le importa si alguien está en la calle. Sigue el descontrol a cualquier horario (I., Barrio 8).

En otro testimonio, por último, se construye una representación similar de la oposición patio/calle:

- Tenemos espacio por suerte. Es un terreno grande. Vivimos en realidad entre medio de las casas, porque vivimos en un pasillo, pero por suerte es grande. [Los chicos] no llegan a tener que andar ni siquiera en la calle (...) tienen el portón para poder estar en su terreno sin tener peligro en la calle.
- ¿En el barrio hay alguna canchita, una placita?
- Sí, hay canchita, pero no salen mucho. Los nenes de acá son medio... No sé cómo decirte. Por ahí está todo bien y después te cagan a palos, se pelean entre ellos, entonces prefiero evitar viste, como las más grandes son nenas, prefiero que se queden en casa (C., Barrio 5).

A esta lista de “riesgos” pasibles de encontrarse en la calle, se adicionó la posibilidad de contagio del COVID-19. Sin embargo, en los relatos esa preocupación resulta no ser la exclusiva o la de mayor incidencia en el repliegue hacia los espacios intersticiales. De este modo, cabe pensar que ese repliegue se acentuó con la pandemia,

pero no se termina de explicar por ella. En su lugar, es preciso inscribirlo en un fenómeno de mediano plazo, captado por otras aproximaciones etnográficas que, asociadas al análisis del efecto del temor al delito y a la violencia en los barrios populares, describen un similar repliegue sobre lo privado como estrategia de cuidado de los hogares (Kessler, 2009; Míguez e Isla, 2010; Saraví, 2004; Segura, 2018). En este sentido, en la base de las reticencias de los padres y/o madres de llevar a sus hijos a la plaza o a otros espacios públicos de esparcimiento, también apareció –junto con el temor al contagio- un “sentimiento de inseguridad” (Kessler, 2009) más difuso y generalizado hacia el “exterior” y la calle, que la pandemia pareciera reforzar. Por otra parte, en lo relativo a las actividades que se realizaron en los espacios intersticiales de la vivienda, dos prácticas emergen de manera central y recurrente en los testimonios: “andar en bici” y “jugar a la pelota”. Se trata de dos actividades físicas y lúdicas infantiles realizadas durante el aislamiento, sobre las que los padres y madres no ejercieron mucho control ni observación, ni tuvieron mucha injerencia: “no le sigo mucho el rastro de lo que están jugando” dice la mujer del fragmento referido arriba, condensando esta idea. Pareciera, en este sentido, que estas actividades no son excesivamente regladas por el mundo adulto –los padres y madres no saben exactamente qué hacen los hijos e hijas-, perteneciendo al universo cotidiano de las experiencias infantiles, sobre todo de los de menor edad. Estas dos acciones, en los relatos, no aparecen generalizadas (tanto niños como niñas, conforme las descripciones, andan en bici y juegan a la pelota). Asimismo, estas actividades no se interrumpieron con la pandemia y fueron en buena medida, como ya señalamos, la “válvula de escape” de los hogares en relación al encierro permanente y duradero de los miembros de la familia en un mismo espacio cerrado.

Por último, una vez descriptas las actividades desplegadas en los espacios exteriores de la vivienda, cabe detenernos un momento en el uso lúdico del espacio interior de las casas. Como observamos en la sección previa, las actividades recreativas asociadas al interior de la vivienda estuvieron vinculadas al uso de la TV y a las posibilidades de los niños y niñas, generalmente restringidas, de hacer uso de los celulares de algún miembro adulto de la familia. Sin embargo, el esparcimiento infantil no se limitó solo al uso y/o contemplación de pantallas. En los relatos de los padres y madres se mencionan otro tipo de juegos –tanto individuales como grupales- que nutrieron la vida cotidiana durante el ASPO: juegos colectivos de mesa o de azar (bingo, cartas), juegos de rol, actividades artísticas (dibujar, pintar) y coreográficas (bailar, ensayar actuaciones), son algunas de las prácticas registradas con cierta recurrencia. A su vez, otra estrategia de esparcimiento frecuentemente referida ha sido la de otorgar un sentido lúdico a actividades ligadas a las prácticas rutinarias de la reproducción del hogar (“juntar ramitas” para prender la estufa, “ordenar” los elementos de cocina, “ayudar a romper escombros” para terminar de construir una parte de la vivienda, etc.). En suma, una serie diversa de actividades en las que los niños y niñas “acompañaban” las tareas del hogar. Si bien en

todos estos casos se destaca la inventiva y la diversidad de estrategias de los padres y madres para dinamizar esa dimensión lúdica en sus hijos, a la vez, esas descripciones se presentan contextualizadas en entornos materiales que imponen ciertas restricciones, asociadas a la dificultad para llevar a cabo esas actividades en espacios reducidos, dispuestos para realizar también “otras actividades más importantes”, o compartidos con varios miembros del hogar. Es por eso que, a su vez, las estrategias de esparcimiento en los espacios intersticiales exteriores fueron claves y ocuparon un rol central en los barrios populares.

A modo de balance, a la luz de lo señalado, podemos advertir que la situación de ASPO fue un momento de reinención de espacios de la casa, de despliegue de estrategias novedosas para contener y encauzar la energía diaria de los niños y niñas y conectarla con actividades lúdicas, pero también de refuerzo de pautas previas de crianza (asociadas a marcos culturales precedentes, a posibilidades y disposiciones espaciales de las viviendas, y a recursos económicos disponibles). En suma, las actividades lúdicas infantiles no se desarrollaron en un “vacío cultural”, sino que fueron delineadas en el marco de estilos de crianza previamente modelados y contextualizados, que se encontraron con la contingencia del ASPO. Frente a estrategias más propias de las clases medias, ligadas a la multiplicación individualizada de actividades en los niños y niñas –en torno, por ejemplo, a las exigencias de la educación virtual, o de “ocupar” el tiempo con actividades pautadas (Aliano, 2021; Duek y Moguillansky, 2021)-, aquí primaron otros rasgos, asociados a estilos de crianza diferentes. Por un lado, el despliegue no reglado por el mundo adulto de actividades lúdicas en espacios exteriores –sobre las que los padres y madres tenían, en todo caso, un seguimiento difuso-; por otro, la permisividad de cierta sociabilidad reducida y contenida –pero no anulada- con familiares y vecinos, que da cuenta de representaciones parentales menos individualizantes del juego y de la persona.

La actividad física institucionalizada: Educación Física y deporte durante el ASPO

Llegados a este punto, cabe aquí preguntarse: ¿qué papel jugaron las instituciones externas a la familia en lo relativo a la actividad física de niños y niñas as durante el ASPO? ¿Cómo se conjugaron con las dinámicas del hogar? Partimos de reconocer, por un lado, que la práctica de alguna actividad física es importante para la salud y el desarrollo infantil y que, particularmente, el deporte, la recreación y el juego proporcionan cierto sentido de normalidad en épocas de crisis, conflicto o emergencia (UNICEF, 2019). En efecto, la pandemia por COVID-19 con la consecuente medida de ASPO en nuestro país ha sido una situación de emergencia. Por otro lado, tal como se ha mencionado anteriormente, consideramos que durante el ASPO existió una reducción en los niveles de actividad física infantil y, correlativamente, una mutación en los modos de desarrollo de la actividad física.

En este marco, y a fin de responder los interrogantes planteados, identificaremos, por un lado, el papel que jugó la escuela mediante las propuestas de la asignatura Educación Física y, por otro, las estrategias para el sostenimiento de prácticas deportivas en el contexto de los clubes, entendiendo que la especificidad de dichos ámbitos es justamente la promoción y acompañamiento de la actividad física.

En relación al lugar que la asignatura Educación Física⁵ tuvo en el marco de la continuidad pedagógica, los relatos señalan situaciones sumamente diversas, que van desde el reconocimiento de la ausencia de elaboración de propuestas pedagógicas por parte del o la docente de la asignatura, hasta un involucramiento sumamente activo por parte de los niños y niñas en dicha asignatura, presentándose matices entre esos dos polos. Cabe señalar que dentro del Currículum Prioritario para Nivel Inicial y Nivel Primario en el marco de la suspensión de la presencialidad se diagramaron objetivos vinculados a la comunicación y el juego fundamentalmente. Al respecto se señaló:

En el Nivel Inicial, la presencia del juego y el componente lúdico resultan elementos esenciales para que las niñas y los niños se apropien de prácticas corporales y motrices en una constante interacción con las/os otras/os y el ambiente a partir de un abordaje en donde se propicie la exploración, la curiosidad, la participación y el disfrute (DGCyE, 2020, p. 17).

Para el Nivel Primario, asimismo, se indicaron varios propósitos que debían ser adaptados y ajustados al contexto de cada caso particular: favorecer la apropiación y utilización de habilidades motoras básicas y combinadas en diferentes situaciones motrices con creciente complejidad; propiciar la participación en diversas prácticas ludomotrices, gimnásticas, expresivas y deportivas compartidas construyendo el sentido del juego, la constitución de grupos a partir de la aceptación y valoración de cada una y cada uno; promover la manifestación de formas de expresión y comunicación corporal, elaborando composiciones grupales que incluyan diferentes gestos, posturas y ritmos (DGCyE, 2020). Ahora bien, si estos fueron los ejes orientadores de los contenidos, aquí nos centraremos en recuperar la forma en la que fueron transmitidos a niños y niñas y tramitados por las familias.

En algunos hogares, las personas adultas manifestaron no tener conocimiento de que se hubieran enviado consignas relativas a la materia Educación Física, como le sucedió a N.: “porque en la escuela no sé si él tuvo Educación física, digamos (...). Y a fin de año tenía aprobado Educación Física igual que otras materias, digamos” (N., Barrio 1).

⁵ La Educación Física es concebida como una disciplina pedagógica que interviene intencional y sistemáticamente en la constitución de la corporeidad y la motricidad de niños y niñas y adolescentes contribuyendo a su formación integral mediante propuestas docentes provenientes del ámbito escolar (DGCyE, 2014).

En otros casos, las actividades propuestas parecen haber sido las más valoradas y disfrutadas por parte de niños y niñas. En un lugar intermedio, muchos de ellos recibieron consignas de actividad física y en algunos casos el resto de los miembros del hogar se involucraron y participaron en su desarrollo. A veces, por indicación de los padres o madres, la actividad era realizada entre hermanos, como en el hogar de Y. que refiere: “yo les hacía practicar a las nenas, que practiquen todas juntas para que no se aburran” (Y., Barrio 5). Asimismo, en ocasiones otros miembros fueron convocados para realizar/supervisar la actividad, como ocurría en el hogar de E., en donde las tareas de Educación Física implicaron la participación de la tía: “tengo mi hermana de 16 años que se engancha y los ayuda” (E., Barrio 6).

Ahora bien, en un contexto de aislamiento estricto y de restricciones materiales, se evidenciaron dos condicionantes principales en relación a poder cumplir con la tarea de Educación Física. Por un lado, la falta de espacio disponible para desplegar la actividad propuesta –en aquellos casos en que se trataba de una actividad práctica. Este aspecto es determinante teniendo en cuenta que uno de los objetivos principales, como se mencionó, tiene que ver con el estímulo y apropiación de habilidades motoras y la práctica del juego, que requieren espacio para desarrollarse. Por otro lado, la tarea de Educación Física fue, junto con las otras asignaturas, enviada por medios de comunicación digital aunque, en algunos pocos casos, también se propuso la modalidad sincrónica de clase de Educación Física. Como ya se mencionó, en muchos hogares el celular constituye un bien escaso, compartido y con capacidad limitada, por lo que el cumplimiento de las consignas se vio dificultado. Tal como relata L.:

Este año arrancamos con dificultad, porque como siempre tuve contacto con la maestra de A. y de M. También, los profesores de danza y de Educación Física, también siempre están en videollamadas, pero como ahora se me rompió el teléfono, a mi teléfono no le funciona bien la cámara. Y nos estábamos contactando con el de mi mamá, y al de mi mamá se le rompió el micrófono, así que no nos podemos contactar. Pero seguimos yendo a buscar la tarea al kiosco ahí enfrente del colegio, seguimos mandando por foto y es todo un operativo mandar alguna que otra foto (L., Barrio 8).

Cabe señalar que las tareas de Educación Física estuvieron orientadas en dos sentidos. Algunas consignas fueron de orden teórico, vinculadas a la descripción de las reglas de algún deporte, los jugadores, las características de las canchas y elementos necesarios, etc.: “solo le mandaban los *pdf* y... Con preguntas; y le mandaban un video, y ellos lo tenían que ver, hacer las preguntas, nada más” (T., Barrio 1). Otras consignas se basaron en indicaciones para la realización de algún tipo de actividad física, en ocasiones involucrando elementos como una silla, una pelota, una soga, entre otros: “le

mandaban un video con instrucciones de, no sé, como que había que hacer caminos con sogas, o poner obstáculos e ir saltando, o ir con un pie, esas cosas le gustan a él también” (M., Barrio 5). En muchos de estos casos se solicitaba que la actividad fuera grabada en un video y enviada por celular –a modo de devolución y para su evaluación⁶– a los y las docentes. La imposibilidad de grabar la actividad –por los motivos arriba expuestos- no implicó en muchos casos que no se realizara de todas formas. De hecho, esas propuestas eran interpretadas en clave de oportunidad de entretenimiento para niños y niñas, algo así como un *recurso adicional* para mantenerlos en actividad:

-Dos o tres veces le quise pasar los videos y la maestra dice que nunca le llegaban, entonces no los hicimos más. Por problema de mi teléfono.

-¿No porque la nena no se enganchase, digamos?

-¡No, no, no! Ella, los hacíamos igual, digamos, pero nunca le mandábamos a la maestra lo que ella hacía digamos, ¿no? (C., Barrio 5).

En este sentido, cuando la propuesta de la asignatura era una consigna práctica vinculada a la actividad física, la valoración por parte de los padres y madres fue en general positiva, aun a pesar de los avatares que implicaba filmar el video y enviarlo (en caso de que fuera un requisito):

L: Y les mandaban a veces trabajos escritos y a veces que tenían que hacer alguna actividad.

E: ¿Y eso se filma y se manda o cómo?

L: Eh... Le filmo, le envío al *email* y después ellos me contestan.

E: Ah bien, ¿y qué te pareció eso?

L: Y... Medio complicado porque con las tres se complica.

E: [Risas]. ¿Y era efectivo? Digamos... Como actividad física digo...

L: Sí, sí, era efectivo (L., Barrio 7).

Sobre la recepción de las consignas de ejercicios por parte de niños y niñas, los relatos fueron variados: desde ignorar las propuestas y mostrar desinterés por realizarlas, hasta convertirlas en un momento de diversión y disfrute. De modo general, en los casos en los que sí hubo propuesta de actividades prácticas –que involucraran juego y/o movimiento- por parte de la asignatura Educación Física, la misma parece haber encontrado predisposición y buena recepción en los hogares. Aunque fueron

⁶ El currículum prioritario en contexto de ASPO también contempló una adaptación en la evaluación de los contenidos (DGCyE, 2020).

excepciones, en algunos hogares se manifestó como un *plus* el hecho de contar con conocimientos (“su papá estuvo estudiando Educación Física y tiene como referente eso”) y/o materiales propios (“acá nosotros como mi marido es el DT tenemos conitos y todas esas cosas”) para la realización de actividad física. Se relataba con entusiasmo la posibilidad de hacer uso de ese instrumental por parte de los hijos e hijas para cumplimentar las tareas propuestas o para practicar actividades de manera autónoma. De este modo, a partir de las narrativas de las personas entrevistadas se deja ver que el clima familiar y la predisposición de las personas adultas del hogar a acompañar y/o promover la actividad física impartida desde la escuela, se conjugan con las prácticas cotidianas de niños y niñas.

En relación a la práctica de deportes⁷, como ya hemos mencionado, existe una tendencia hacia lo que se conoce como deporte social –en contraposición al deporte de alto rendimiento- en el que la participación, la integración, los valores sociales, el logro y el mantenimiento de la salud son los sentidos orientadores. Los clubes de barrio, que abundan en el municipio de La Plata, podrían enmarcarse dentro de estas propuestas. Sin embargo, aunque insertos en el entramado social de poblaciones vulnerables, no son accesibles para muchos hogares. Las razones que se presentan –en tanto *imperativo de justificación* (Boltanski, 2000)- están vinculadas con motivos económicos (la dificultad para sostener la cuota mensual de socio o para comprar algunos de los insumos más básicos para la realización de una práctica deportiva). Una entrevistada relata esta limitación: “ellos quieren jugar al fútbol y las otras nenas quieren patín, pero bueno todavía no llegó la oportunidad de anotarlos. Pasa que es como te digo, es todo plata” (I., Barrio 8).

En líneas generales, lo que se observa respecto a la práctica de algún deporte en el club de barrio –siendo fútbol el más recurrente - es que durante el ASPO la actividad se vio suspendida y ello impactó negativamente en los niños y niñas, quienes manifestaron extrañar ir a entrenar, generando sentimientos de enojo.

Estaba en pleno torneo cuando pasó todo esto de la pandemia de nuevo (...) así que se le cortó el deporte. Extraña, está todo el día pensando cuándo va a terminar esto, cuándo va a volver el fútbol (M., Barrio 4).

Habían arrancado hace poquito pero ya se suspendió todo de vuelta. Así que ahora están enojados porque quieren ir a fútbol, obviamente aman el fútbol (M, Barrio 5).

⁷ El deporte involucra actividad física “pero introduce las reglas de juego, con límites espacio – temporales, además de la agonística, es decir que siempre se hará referencia en deporte a la actividad competitiva” (Ministerio de Salud, 2013).

Algunos clubes continuaron con las actividades por vías alternativas, como clases sincrónicas por *Zoom* o el envío de actividades para que los niños y niñas pudieran entrenar en sus viviendas. Por su parte, quienes previo a la pandemia y el ASPO no practicaban ningún deporte en un club, no manifestaron tomar la iniciativa por acercarse a ninguno, incluso al momento de cierta apertura de las medidas (como a principios de 2021). Por último, e ilustrando la profundidad del impacto de la medida de ASPO frente a la pandemia, cabe señalar que aquellos hábitos que formaban parte de las rutinas de muchos hogares, incluyendo a niños y niñas, e involucraban actividad física –como caminar o andar en bicicleta–, se vieron suspendidos por la repentina prohibición de salir de casa como medida sanitaria. Ir a la escuela, salir a visitar a algún pariente o amigo, dejaron de ser prácticas cotidianas y junto con ello se abandonó el movimiento que implica el transporte activo y el encuentro con pares en espacios de socialización. Así lo relata B.:

Él está acostumbrado a salir a jugar a la pelota, a andar en bici... El año pasado no pudo hacer nada de eso (...) sumado al tema de que tampoco podía ir a la escuela. Porque por lo menos también en la escuela jugaba con otros nenes (B., Barrio 6).

A modo de balance, puede encontrarse un denominador común entre la Educación Física y la práctica de deportes. Ambos se desarrollan en épocas normales en instituciones, la escuela y el club, respectivamente. Junto con la posibilidad de realizar actividad física, dichas instancias se constituyen en espacios de sociabilidad y encuentro entre pares, coadyuvando al bienestar infantil en un doble sentido. Fueron justamente las prácticas desarrolladas en las instituciones las que se vieron profundamente trastocadas durante el ASPO, afectando en diversos grados a los niños y niñas.

Conclusiones

El artículo buscó aportar elementos para la comprensión del modo en que la pandemia y las medidas de aislamiento dispuestas por el gobierno nacional afectaron a las rutinas infantiles. Particularmente, pusimos el foco en lo relacionado con la actividad física, práctica que los discursos expertos señalan como de vital importancia en el bienestar infantil. Hemos diferenciado tres ejes analíticos en nuestra aproximación: el vínculo de los niños y niñas con los dispositivos electrónicos; los juegos y espacios en que se despliegan y el papel de las instituciones –escuelas y clubes– como mediadoras de las prácticas que aquí analizamos.

Nos interrogamos por las particularidades que esto asumió en aquellos hogares en los que la infancia transcurre bajo condiciones materiales de existencia que son de una extrema vulnerabilidad: familias con ingresos magros, viviendas precarias, con espacios interiores más bien reducidos, con un stock de juegos, juguetes y material recreativo

variado, aunque generalmente escaso. En este escenario, el reacomodamiento de las rutinas cotidianas impuesto por el ASPO estuvo moldeado por los estilos de crianza de las familias, los modos de entender la infancia y las relaciones padres/madres-hijos e hijas, y la actividad física infantil estuvo en parte mediada por las instituciones –escuela y clubes- cuya presencia en la vida cotidiana de niños y niñas adoptó diferentes intensidades.

Sobre ese trasfondo, hijos, hijas y padres, madres activaron una variedad de recursos ligados a sus posibilidades materiales y simbólicas que en un mismo contexto de vulnerabilidad, hicieron jugar sus variaciones. Es claro que los niños y niñas necesitaban entretenerse y que, para hacerlo, debían hacer uso de los recursos provistos por su entorno. Sin embargo, la forma en la que se organizaron para hacerlo arroja un espectro de acciones variado con distintos resultados. Contrario a lo que inicialmente suponíamos, durante el ASPO las prácticas sedentarias no fueron un problema mayúsculo para las personas entrevistadas –como sí lo fue la suspensión de la presencialidad escolar y la difícil tarea de brindar acompañamiento en propuestas educativas mediadas tecnológicamente. Aunque se reconocía en las narrativas una disminución del “movimiento” –corroborada cuantitativamente por los datos de la ENCAI- los niños y niñas pusieron en práctica en el espacio doméstico –o en sus inmediaciones- diversas formas de juego, recreación y actividades deportivas que los mantuvieron en cierto nivel de actividad y movimiento.

Como rasgo emergente cabe señalar que el modo en que jugaron, el tipo de juegos y actividades que desplegaron, estuvo signado por un factor diferenciador de importancia: la presencia o no de hermanos y hermanas o bien la cercanía con primos, primas y/o vecinos y vecinas de edades similares. Contar con esta presencia redundó en la posibilidad de favorecer el juego tradicional entre pares, desempeñándose con una relativa autonomía respecto de las personas adultas y con una atención muy lejos de ser individualizada. Por el contrario, en aquellos casos en que el hogar estaba integrado por un solo niño o niña o por hermanos y/o hermanas en edades muy dispares, la presencia de personas adultas compartiendo juegos y/o viéndose en la necesidad de “entretener” a los niños y niñas fue más importante. Allí, pese a la escasez, se observó un uso algo más intensivo del celular con fines lúdicos o bien una mayor exposición a la televisión. De cualquier manera, el desplazamiento de los juegos tradicionales por los dispositivos electrónicos –a excepción de algunos casos- se presentó como un escenario ajeno al mundo cotidiano de las familias entrevistadas. En este sentido –y como ya planteamos- los resultados de nuestra investigación contrastan con lo que se advierte en sectores medios, en los que el uso en exceso de dispositivos electrónicos con fines lúdicos y la tendencia a prácticas sedentarias sí fueron objeto de preocupación para padres y madres.

Al mismo tiempo, y en pos de adaptarse a las nuevas rutinas, los espacios de la vivienda fueron refuncionalizados. Contar con un lugar abierto como el patio fue muy importante para quienes lo tenían, ya que allí niños y niñas pasaban mucho tiempo jugando y gastando energías, en un espacio vivenciado como seguro, que no requería de la supervisión adulta. Sin embargo la situación fue más compleja para quienes no disponían de esos espacios, que tuvieron que recurrir a otras estrategias, tales como jugar en la vereda, en lo de algún vecino, vecina o familiar, habilitando –en ocasiones- una sociabilidad más ampliada.

En lo que refiere a la asignatura Educación Física, cuando institucionalmente se elaboraron propuestas prácticas, las mismas se experimentaron como un momento de recreación y esparcimiento de los hogares (y no solo de los niños y niñas). En ellas se reconocía la posibilidad de generar un “corte” en la rutina infantil, canalizar energías psíquicas y físicas y, a la vez, sostener un rol materno/paterno “comprometido” y “competente” con la educación de los hijos e hijas (algo que presentó más dificultades de sostenerse en otras asignaturas). Algo similar se suscitó con la recepción de propuestas para desarrollar actividades en el hogar por parte de quienes asistían a algún club de barrio para realizar deporte, una propuesta que igualmente fue menos frecuente. Así y todo, la participación en alguna práctica deportiva previo al ASPO, como ya señalamos, no fue homogénea: algunas familias las estimulaban –por diversas razones- y otras no. De allí que el modo en que el ASPO redefinió rutinas vinculadas al deporte fue diferente conforme se mantuviese algún vínculo con la realización de deportes o no previo a la pandemia.

Es significativo que las representaciones asociadas a las transformaciones de la actividad física durante el aislamiento no se vincularon con el potencial impacto en la salud de los niños y niñas, sino más bien con la supresión de la sociabilidad con pares y el esparcimiento. Lo que se advierte en los relatos es que la re traducción adulta de los lamentos/nostalgia/enojos de los hijos e hijas en torno a la interrupción de las prácticas deportivas tuvo que ver con ese aspecto: la pérdida de contacto físico y afectivo con pares. Desde este lugar es que resulta relevante pensar en las definiciones que elaboran los actores en relación a aquellas que circulan como parte de un saber experto que liga la actividad física con la salud infantil. En este sentido, la ligazón deporte-salud en pandemia no apareció en las narrativas analizadas como una representación significativa vinculada a cuestiones como el sedentarismo o la prevención del sobrepeso; en cambio sí se reconoció una que priorizaba la dimensión relacional con pares.

En suma, las actividades físicas y lúdicas analizadas –mediadas por pautas de crianza, las características de la conformación familiar, las instituciones, espacialidades y dispositivos que les imprimieron ciertos rasgos enclasantes- signaron la experiencia de niños y niñas durante la pandemia. En un momento tan extraordinario como crítico, los hogares buscaron preservar y sostener este mundo expresivo infantil. Lejos de concebirse

como un conjunto marginal de actividades, “dejar jugar” se constituyó en una estrategia central de los hogares populares para cuidar de sus hijos e hijas, sobrellevar la vida doméstica durante la pandemia y contrarrestar algunos de sus efectos.

Referencias bibliográficas

- Aliano, N. (2021). “La reinención de lo cotidiano en tiempos de pandemia. Aislamiento, usos de la casa y estrategias de ordenamiento de las rutinas en hogares de clase media en Argentina”. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 58, 21-34.
- Aliano, N.; Pi Puig, P.; Rausky, M. E. y Vallejos, M. (en prensa). “Los Jardines de Infantes durante la pandemia: vínculo pedagógico, salud y desigualdad en el Gran La Plata”. *Avá. Revista de Antropología*.
- Alzugaray, L. Peiró, M.L y Santa María, J. (2021). *Cuarto reporte: actualización de la evolución de la pandemia de COVID-19 en el Gran La Plata. Abril 2021*. Ensenada: FaHCE-IdIHCS.
- Becerra, M. (2021). *Accesos tic 2000-2020 en Argentina: ¿20 años no es nada? Conectividad y brechas en telecomunicaciones, internet y tv paga en el Siglo XXI*. Informe. Recuperado de: <https://martinbecerra.files.wordpress.com/2021/06/accesos-tic-argentina-2000-2020-mb-jun2021.pdf>
- Boltanski, L. (2000). *El Amor y la Justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CEREN (2021). *Informe de la Encuesta sobre Condiciones de vida y Cuidados a la Infancia durante el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) por COVID-19*. La Plata: CEREN/CIC. Recuperado de [https://ceren.cic.gba.gob.ar/?p=1309-](https://ceren.cic.gba.gob.ar/?p=1309)
- Colángelo, A.; Núñez, P.; Szulc, A. y Unda Lara, R. (2015). “Introducción al Dossier Construcciones de las infancias y las juventudes en América Latina: discusiones sobre diversidad, diferencia y desigualdad”. *Horizontes Sociológicos*, 3(6), 29-36.
- DGCyE (2014). *La Educación Física y el deporte*. Documento de Trabajo. 1. Recuperado de: <https://abc.gob.ar/secretarias/sites/default/files/202107/Documento%20de%20trabajo%20N%C2%BA12014.%20La%20Educaci%C3%B3n%20F%C3%ADsica%20y%20el%20deporte.pdf>
- DGCyE (2020). *Anexo I - Curriculum Prioritario*.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México D. F: Universidad Iberoamericana.
- Duek, C. (2014). *Juegos, juguetes y nuevas tecnologías*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Duek, C. (2015). *Consumos culturales en la Argentina. Tecnología, dispositivos*

- y prácticas. En Vanina Papalini (ed), *Promesas y traiciones de la cultura masiva. Balance de 30 años de democracia en Argentina* (155-179). La Plata: Edulp.
- Duek, C. (2016). "El juego contemporáneo y las nuevas plataformas: la construcción de nuevos espacios de juego y de interacción". *Intercom - RBCC*, 39 (1). 193-210.
- Duek, C. y Heram, Y. (2017). "Televisión para niñas y niños en Argentina. Un estudio exploratorio". *Revista Comunicação Midiática*, 11 (3), 215-229.
- Duek, C., y Moguillansky, M. (2021). "La mediación parental en la pandemia: dispositivos, género y distribución del trabajo". *Ciencia y Educación*, 5(3), 7-18.
- Enriz, N. (2014). "Juego, concepto y ordenamiento de una práctica escurridiza". *Espacios en Blanco. Revista de Educación*, 24, 17-33
- Kessler, G., (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lareau, A. (2011). *Unequal Childhoods. Class, race and family life*. Berkeley: University Of California Press.
- Lewin, H. y Dinardi, M. C. (2007). Son amores: la recepción televisiva de los Jóvenes. En Mario Margulis, Marcelo Urresti y Hugo Lewin (coords), *Familia, hábitat y sexualidad en Buenos Aires. Investigaciones desde la dimensión cultural* 251-279). Buenos Aires: Biblos.
- Marcús, J.; Boy, M.; Benítez, J.; Berardo, M.; Felice, M.; Márquez, A.; Peralta, M. y Vázquez, D. (2020). "La vida cotidiana ante el COVID-19. Modos diferenciales de usar y valorar el espacio en el Gran Buenos Aires durante la fase 1 del ASPO, 2020". *Revista Ensamblés*, 13, 96-129.
- Míguez, D. e Isla, A. (2010). *Entre la inseguridad y el temor. Instantáneas de la sociedad actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Ministerio de Salud (2013). *Manual director de actividad física y salud de la República Argentina*. Recuperado de: <https://cesnibiblioteca.org/manualdirector-de-actividad-fisica-y-salud-dela-republicaargentina/>
- OMS (2004). *Estrategia mundial sobre régimen alimentario, actividad física y salud*. Recuperado de: https://www.who.int/dietphysicalactivity/strategy/eb11344/strategy_spanish_web.pdf
- Ortale, S. y Santos, J. (2014). *Crianza. Un estudio de los patrones de crianza en hogares del partido de La Plata*. La Plata: El Aleph.
- Saraví, G. (2004). "Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural". *Revista de la CEPAL*, 83, 33-48.
- Segura, R. (2018). "De casas y de inseguridades. 'Arreglos de protección' a través de las clases sociales en la ciudad de La Plata". *Etnografías Contemporáneas*, 4, 53-62.

Verd, J.M. y Lozares, C. (2016). *Introducción a la investigación cualitativa. Fases, métodos y técnicas*. Madrid: Síntesis.

UNICEF (2019). *La actividad física en niños, niñas y adolescentes. Prácticas necesarias para la vida*. Panamá: UNICEF.



Salud adolescente en contextos de vulnerabilidad social durante el ASPO COVID-19

Ianina Tuñón

UNLAM y ODSA, UCA

Nazarena Bauso

ODSA, UCA

Valentina Passone

Instituto Gino Germani, UBA

Resumen

En Argentina, el cuidado integral de la salud adolescente es una deuda persistente que en el contexto del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) probablemente se profundizó y adquirió nuevas aristas. Este artículo propone explorar en los cambios que experimentaron los/as adolescentes en su vida cotidiana y que impactaron en su salud física y psicoemocional. La mirada se orientó hacia una población de adolescentes en situación de vulnerabilidad social. A través de una aproximación de tipo cualitativa se procuró reconstruir la perspectiva de adolescentes y sus madres. Los resultados evidencian que la interrupción de las actividades "normales" entre los jóvenes, tuvo como consecuencia sentimientos negativos, malestar psicológico asociado al encierro, autopercepción de cambios en el peso corporal, merma de la actividad física e incremento del comportamiento sedentario frente a pantallas, pérdida de la centralidad del grupo de pares en los procesos de socialización y, en algunos de estos indicadores, diferencias de género regresivas para las mujeres.

Palabras clave: Argentina, COVID-19, adolescencia, socialización, salud integral.

Abstract

In Argentina, comprehensive adolescent health care is a persistent debt that, in the context of Preventive and Mandatory Social Isolation (ASPO), probably deepened and acquired new

edges. This article proposes to explore the changes that adolescents experienced in their daily lives that impacted their physical and psycho-emotional health. The gaze was oriented to a population of adolescents in a situation of social vulnerability. Through a qualitative approach, an attempt was made to reconstruct the perspective of adolescents and their mothers. The results show that the interruption of the "normal" activities of the young people resulted in negative feelings, psychological distress associated with confinement, self-perception of changes in body weight, decreased physical activity and increased sedentary behavior in front of screens, loss of the centrality of the peer group in socialization processes, and in some of these indicators regressive gender differences for women.

Key Words: Argentina, COVID-19, adolescence, socialization, comprehensive health.

Introducción

Al iniciarse el período de aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) decretado por el gobierno argentino (DNU 297/2020) a principios de marzo de 2020, se creía que era una de las medidas más efectivas para evitar el contagio y proliferación del coronavirus, y ello ocurrió en muchas partes del mundo. Sin embargo, no se consideraron las consecuencias que este confinamiento iba a tener para la sociedad y sus poblaciones. Las políticas públicas con que se enfrentó la pandemia se orientaron prioritariamente a prevenir los contagios descuidando otros aspectos de la salud de las personas y las graves consecuencias en la vida económica y social que hacen a la vida misma de las poblaciones.

Tanto se priorizó lo sanitario vinculado a la prevención de los contagios, que siendo los/as niños/as y adolescentes (NNyA) la población con menor riesgo de mortalidad, fueron en cierto sentido invisibilizados e invisibilizadas por las políticas públicas, quedando una vez más subsumidos/as al espacio privado de sus hogares. Justamente, las medidas restrictivas de circulación se prolongaron y afectaron de modo particular la vida cotidiana de las infancias y adolescencias porque la escuela, una de las principales instituciones estructurantes de las rutinas diarias de NNyA, fue una de las que más tiempo permaneció cerrada a la presencialidad en el país. Así fue que la población de NNyA más vulnerable fue asistida a través de transferencias de ingresos orientadas a la seguridad alimentaria hasta los seis años en el marco del ASPO, a través de la entrega directa de bolsones de alimentos en las escuelas, y participaron de la escolaridad a la distancia según los recursos de conectividad, humanos y sociales de sus hogares, y la estructura de oportunidades que pudieron construir en sus contextos locales.

Dentro de la población de NNyA, conjeturamos que los/as adolescentes experimentaron una situación de especial privación. Precisamente, durante

la adolescencia la integración en el grupo de pares, los vínculos de amistad, sentirse parte e integrado socialmente, son claves en los procesos de construcción de una autoestima elevada y el desarrollo de competencias sociales (Martínez, 2013). En este sentido, resulta relevante realizar una aproximación a algunos aspectos de la vida cotidiana de los/as adolescentes durante el ASPO. Desde un enfoque sociológico, la situación de la población adolescente requiere ser abordada en la comprensión de las diferentes configuraciones de relaciones de interdependencia de las que participan: el espacio escolar, familiar, sociabilidad entre pares, el tiempo de ocio, deportes, cultura y medios, entre otros (Lahiere, 2007). Es decir, desde un enfoque relacional que considere a la adolescencia como una generación con un estatus y una posición de poder determinada (Alanen, 2001). Esta última perspectiva es la que aporta la mirada según la que los/as NNyA son actores sociales y agentes; y, por lo tanto, deben ser considerados por su vida presente y no únicamente por las repercusiones futuras.

Las mencionadas configuraciones de relaciones, en el marco del ASPO, se vieron reducidas a lo familiar, nuevas configuraciones del espacio escolar y restringidas oportunidades de sociabilidad con grupos de pares. En contextos de vulnerabilidad social, se conjetura que el espacio físico limitado de las viviendas en los que los grupos familiares tuvieron que convivir de modo permanente se tornó privativo de la intimidad e incluso de la autonomía adolescente, aspecto que se sumó a las privaciones de socialización con grupos de pares y otros adultos significativos.

Con el correr del año 2020, las medidas de aislamiento se fueron extendiendo y comenzó a surgir el interés y la preocupación por el estado de salud físico y psicoemocional de la población, en particular sobre aquellas en situación de vulnerabilidad. Es el caso de los/as adolescentes que, como se mencionó, se encuentran en una etapa de desarrollo y formación, en el que los espacios de socialización secundaria adquieren una particular relevancia. En efecto, uno de los espacios de socialización prioritarios de las adolescencias es el escolar, que mutó a la virtualidad en condiciones dispares según la situación socioeconómica de los hogares. Justamente, se ha reconocido que los/as adolescentes de sectores sociales desfavorecidos en su mayoría mantuvieron contactos parciales, discontinúos en el tiempo y mediatizados por las redes sociales como Whatsapp (Tuñón, Passone y Bauso, 2021). Asimismo, presuponemos que la escuela como espacio ordenador de las rutinas tendió a desdibujarse y las oportunidades de interacción con grupos de pares y otros adultos de referencia no familiares se vio reducida. Consideramos entonces que el cierre de las escuelas junto al resto de las medidas restrictivas afectaron los procesos de socialización primaria y secundaria de los/as adolescentes, aunque resulta difícil estimar sus consecuencias (efectos) en el mediano y largo plazo. Incluso en el contexto de distanciamiento social preventivo y obligatorio (DISPO), se mantienen situaciones que han trastocado dichos procesos como son las

restricciones vinculadas a los contactos físicos, el uso de mascarillas y los espacios híbridos, entre otros. En este marco, el artículo propone una mirada que se focaliza en las características y consecuencias de los cambios experimentados en los procesos de socialización en tiempos de aislamiento partiendo de la perspectiva de los propios adolescentes y sus madres en contextos de vulnerabilidad socioeconómica y socioresidencial.

Podemos advertir, entonces, que la pandemia interrumpió no solo la continuidad de las clases en las escuelas, sino también los procesos que están implícitos en ellas, las rutinas cotidianas, hábitos alimentarios y de sueño, entre otros. A su vez, se presume una posible afectación de la salud de los/as adolescentes, entendida como el estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades (OMS, 1946), debido a factores causantes de estrés por la vivencia de una situación de excepcionalidad. Se pone énfasis en la importancia de las rutinas de los/as adolescentes ya que estas facilitan y promueven la asimilación y aprehensión de hábitos, normas y pautas de comportamiento fundamentales para la vida familiar, escolar y social, como también potencian la autonomía personal (Pérez Saldaña, 2018). Efectivamente, se conjetura que durante el ASPO no solo se profundizó el distanciamiento de los/as adolescentes del sistema educativo y de salud, sino que además no se acompañó a esta población con una estrategia de comunicación e intervenciones protectoras y promotoras de conductas saludables en un sentido amplio.

Dentro del territorio argentino, una de las regiones en donde históricamente se registra una situación de vulnerabilidad socioeconómica estructural es en el Conurbano Bonaerense. En este marco geográfico, se encuentra el partido de La Matanza, ubicado entre el primer y segundo cordón del Conurbano, donde el 75,4% los NNyA entre 0 a 17 años se estima viven en hogares en situación de pobreza, el 60,2% no cuenta con cobertura de salud a través de obra social, mutual o prepaga, dependiendo íntegramente del servicio médico estatal (Tuñón, 2021) y casi el 27% de la población adulta percibió malestar psicológico durante el 2020 (Rodríguez Espínola et al., 2021). A su vez, La Matanza se caracteriza por disponer de diversas carencias dentro de su población, dado que la mayoría de sus familias se ubica en los estratos socioeconómicos más bajos y registra necesidades básicas insatisfechas (De Grande y Salvia, 2019 a y b).

En ese contexto, esta investigación se propone estudiar el impacto autopercibido del ASPO COVID-19 sobre la vida cotidiana, la salud física y psicoemocional de una población especialmente vulnerable, no solo por su condición social y residencial, sino por su condición particular de desarrollo humano y social. Más específicamente, se abordan algunos aspectos de la salud vinculados al sueño en su relación con la pérdida de rutinas escolares ordenadoras del uso del tiempo y al mayor uso de tecnologías para sociabilizar con grupos de pares. Además, la percepción del encierro, los estados emocionales y su

vínculo con la actividad física, como aspectos centrales de la salud integral y la formación de estilos de vida saludables.

Metodología

La metodología implementada en esta investigación es de corte cualitativo, con un enfoque exploratorio y descriptivo. Tal metodología permite no sólo dar cuenta de ciertas regularidades presentes en los casos, sino profundizar en las experiencias particulares y perspectivas de los actores, sus valoraciones, representaciones, costumbres y cosmovisiones (Robles, 2011). En el marco de este enfoque, se utilizó la técnica de la entrevista en profundidad. La principal intención de este tipo de técnica es lograr adentrarse en la vida de aquellas personas entrevistadas, procurando comprender los gustos, los miedos, las satisfacciones, las angustias. Esto consiste en construir paso a paso y de manera minuciosa la experiencia del otro/a respecto de su acontecer, su contexto, tal como la expresan con sus propias palabras.

Asimismo, partimos de una guía de entrevista semi-estructurada que consideró las siguientes categorías de análisis sobre las cuestiones relacionadas a la vida cotidiana y a la salud física y psicoemocional de los/as adolescentes durante la pandemia:

- Los hábitos de sueño.
- La relación con los dispositivos electrónicos.
- La realización de actividad física y actividades lúdicas no activas.
- La autopercepción de las variaciones en el peso corporal.
- La autopercepción de los cambios en el estado de ánimo.
- El padecimiento de alguna enfermedad.
- El COVID-19 y sus cuidados.

Se realizaron 25 entrevistas presenciales en profundidad a adolescentes (once mujeres y catorce varones) y a sus madres, pertenecientes a hogares en situación de vulnerabilidad socioeconómica. Las mismas se llevaron a cabo en las localidades de Ciudad Evita, Gregorio de Laferrere, Villa Celina, Virrey del Pino y Rafael Castillo del Partido de La Matanza. Si bien fue valiosa la triangulación de perspectivas entre los/as adolescentes y sus madres, también resultó limitante la realización del trabajo de campo en un mismo espacio físico. Cabe conjeturar que los/as adolescentes pudieron verse condicionados por la presencia de otros miembros de su entorno familiar.

El proceso de codificación y análisis de las entrevistas se realizó con base en el método de comparación constante (Glaser y Strauss, 1967). Las categorías y propiedades

se definieron previamente en el diseño de la entrevista, es decir, la guía de entrevista fue el instrumento rector de las mismas. Sin embargo, esto no limitó el desarrollo de nuevas categorías o la redefinición de estas en el proceso de investigación. En efecto, en los sucesivos análisis de las entrevistas y codificaciones, se sustrajeron propiedades emergentes.

Se propone expandir los datos construidos más allá de la narración descriptiva a una analítica, que posibilite la transferencia de los resultados a contextos similares y se constituya en una contribución tanto a una mejor definición del problema, como a la gestión de políticas públicas.

El tiempo de sueño y el uso de dispositivos electrónicos

El tiempo de sueño y la calidad del mismo fue uno de los principales aspectos que se reconoce que experimentaron alteraciones durante el ASPO. No obstante, se pudieron detectar dos situaciones: una, mantenimiento de los horarios de sueño semejantes al período prepandemia, y otra, irse a dormir más tarde y levantarse más tarde. Una marcada tendencia hacia la segunda situación, ya que los/as adolescentes que hablaron de sus hábitos en cuanto al sueño, indicaron que se iban a acostar o a dormir mucho más tarde que antes de ella, despertándose también mucho después.

E: ¿Dormías muchas horas?

A: Eh... Más o menos, días. Días, pero yo porque a veces me engancho con una película a la noche y me quedo mirando la película como hasta las tres de la mañana y no me doy cuenta. Pero a veces sí, a veces me levantaba a las nueve, diez (Adolescente mujer, 14 años, Virrey del Pino).

E: ¿A qué hora te levantabas?

A: Antes, me levantaba más temprano.

E: ¿Antes te levantabas más temprano?

A: Sí, para la escuela.

E: ¿Y ahora?

A: Y ahora, me levanto más o menos a eso de las diez, diez y media.

E: ¿10:30 más o menos?

A: Sí (Adolescente varón, 15 años, Laferrere).

Por otra parte, se observó una relación estrecha con los dispositivos electrónicos, prácticamente único medio a través del que se comunicaban con el exterior y se entretenían. Pocos son los/as adolescentes que cuentan con un celular de uso propio,

primando entre este grupo observado el hecho de tener que compartir un dispositivo con sus hermanos o hermanas u otros familiares, independientemente de la titularidad del dispositivo. A su vez, la tenencia o uso del celular se vincula con los casos de los/as adolescentes que reportaron irse a dormir más tarde, conjeturando que se quedan hasta la madrugada utilizando el dispositivo electrónico, ya sea para jugar juegos *online*, chatear con sus amigos o ver videos en línea.

E: Y en la pantalla, ¿cuánto tiempo estabas así frente al televisor, *play*...?

A: Veía tele a veces.

E: ¿Cuántas horas más o menos por día te acordás?

A: Tipo depende, creo que una película dura dos horas, una hora y media.

E: ¿Y después? ¿Celular también?

A: Celular sí, también.

E: ¿Algún jueguito así metías?

A: No, jueguito no.

E: ¿O sea que en realidad cuánto tiempo estabas sentado frente a una pantalla en un día común?

A: En un día común... Máximo tres horas (Adolescente varón, 16 años, Rafael Castillo).

E: ¿Mirás tele, chateás?

A: Con el celular.

E: Con el celular... Ves el celular. ¿Cuánto tiempo lo usás?

A: Todo el día (Adolescente mujer, 15 años, Virrey del Pino).

E: ¿Tenés computadora?, ¿tenés celular?

A: Por celular.

E: El celular lo comparten.

A: Sí, lo compartimos (Adolescente mujer, 14 años, Virrey del Pino).

En tal sentido, los cambios de horarios de sueño en los/as adolescentes se asocian al mayor uso de la tecnología y a la pérdida de horarios sociales, principalmente de escolaridad. Esta situación, cabe conjeturar, no ocurrió en todas las adolescencias de igual modo porque las condiciones de escolaridad fueron disímiles según el estrato social de los hogares de origen (Tuñón, 2021).

Las consecuencias del uso nocturno de celulares y/o la televisión –principales tecnologías a la que acceden los/as adolescentes vulnerables-, si bien siguen siendo en gran medida desconocidas, se infiere que se asocian a una merma en la calidad del sueño (Fisher, 2018; Twenge et al., 2019). El uso abusivo en cantidad de tiempo, así como el

brillo de la pantalla, podría producir modificaciones en el estándar de sueño. Efectivamente, existe amplio consenso en torno a que los problemas de desorden en el sueño de NNyA pueden tener un impacto negativo en el desarrollo y en particular en el comportamiento, el rendimiento académico, deserción y ausentismo. Asimismo, la evidencia indica una fuerte correlación entre la calidad del sueño y el estado de ánimo (Masalán et al., 2013). Es decir, que se puede conjeturar que los desórdenes y la merma de la calidad del sueño de los/as adolescentes en tiempos de pandemia, junto a otros múltiples factores sociales condicionantes, pudieron afectar el bienestar psicoemocional, las relaciones familiares y especialmente la continuidad educativa.

Por último, cabe mencionar que los problemas de sueño también se asocian a variaciones en el peso corporal (sobrepeso y obesidad), así como pueden producir alteraciones del sistema inmune.

Actividades físicas, lúdicas y autopercepción del peso corporal

También se indagó sobre la realización de actividades para el entretenimiento, enfocándose especialmente en aquellas que involucran un aumento del movimiento físico y las que no, estas últimas fueron catalogadas como lúdicas no activas. Más de la mitad de los/as adolescentes entrevistados expresó haber realizado actividad física, aunque no de forma estructurada ni periódica, mencionando actividades como correr o jugar a la pelota. Este registro está también presente en el relato de las madres.

E: ¿Me contarías qué actividades realizaban tus hijos durante el día de cuarentena? ¿A qué le gusta jugar?

M: Y este juega a la pelota. Morena al handball, ¿cómo es? ¿Vóley? Hockey.

E: ¿Y dónde realizan esas actividades?

M: En una cancha que tenemos ahí...

E: En cuarentena, ¿dónde la realizaban?

M: En una canchita que tenemos ahí a media cuadra.

E: ¿En plena cuarentena?

M: Sí.

E: ¿Y dentro de la casa?

M: Dentro de la casa jugamos a las cartas con los chicos. Nosotros con eso. Jugamos así al "Ta Te Ti" o así, cosas así. Armamos cosas... (Madre, Ciudad Evita).

E: ¿Qué actividad realizaban tus hijos en un día en cuarentena...?

M: Un rato corrían por el patio, jugaban a la pelota, miraban la tele y hay veces que ellos ingeniaban juegos... Así, a las cartas o ajedrez o ellos trataban de buscar en los libros algunos juegos, Ta Te Ti, por ejemplo y así la pasaban.

E: ¿Vos tenés un jardín?, ¿tenés un patio?

M: Tengo un patio.

E: ¿Grandecito?

M: Sí.

E: ¿Y el lugar preferido de ellos para jugar? ¿En qué parte de la casa?

M: Sí, en el patio porque yo tengo así en mi casa un espacio todo libre y en esa parte jugaban. En el patio (Madre, Rafael Castillo).

De todas maneras, se observó la realización de actividades físicas que sí implicaron el mantenimiento de una rutina o entrenamiento, es decir, de tipo estructurada. Quienes desarrollaron estas rutinas fueron especialmente adolescentes varones. Empleamos el término “rutina” ya que estos jóvenes precisaron la regularidad del ejercicio desarrollado: por ejemplo, uno de ellos explicitó que se ejercitaba levantando pesas dos o tres veces por semana. Mientras que entre las adolescentes mujeres fue menos frecuente y careció de una planificación. Las actividades de corte lúdico, que no implican una movilidad constante del cuerpo, fueron desarrolladas como un medio de entretenimiento y para pasar el rato dentro de los hogares. Los/as jóvenes se divertían jugando a las cartas, juegos de mesa, jugar a las “bolitas” o jugar con muñecos, ya sea con sus hermanos/as o con sus padres.

E: ¿Se te dio por hacer actividades físicas?

A: Sí, entrenaba con pesas y esas cosas.

E: ¿Hacías pesas? ¿Cómo lo hicieron? ¿Cuántas veces en el tiempo? Contame. Motivaciones...

A: Eh... Nada, surgió de parte mía nomás. Me compré algunas dos o tres para hacer ejercicio y hacía a veces, unas tres, cuatro, veces a la semana (Adolescente varón, 15 años, Ciudad Evita).

E: ¿Estás haciendo alguna actividad física ahora?

A: Sí, entrenar.

E: ¿Y durante la cuarentena?

A: ¿Cómo durante la cuarentena? ¿Ahora?

E: Durante la cuarentena...

A: ¿Anteriormente? Sí, hacía.

E: ¿Hacías algo para moverte, ejercitarte un poco?

A: Sí.

E: ¿Qué hacías?

A: Unos trotes corriendo, abdominales, flexiones de brazos, calentamiento, típico de entrenamiento.

E: Perfecto. Hacías entrenamiento. ¿Tuviste algún vínculo con el profesor o la profesora de educación física durante la cuarentena?

A: Mmm... No.

E: Perfecto. ¿Y entrenabas un deporte?

A: Sí.

E: ¿Qué deporte...?

A: Taekwondo (Adolescente varón, 14 años, Laferrere).

E: ¿Hacías alguna actividad física durante la cuarentena?

A: Durante la cuarentena... Y a veces sí. Ponele, jugábamos a la pelota con mi hermano, como le decía, o si no hacíamos flexiones y eso, pero a veces, de vez en cuando (Adolescente mujer, 14 años, Virrey del Pino).

E: ¿Y a vos, se te dio por hacer gimnasia aparte?

A: Sí, con mi hermana. Se nos estaban acalambrando los huesos de tanto no hacer, en tantos meses, empezamos a hacer (Adolescente mujer, 15 años, Laferrere).

E: ¿Alguna actividad física estructurada, en tu casa, deporte?

A: No (Adolescente mujer, 15 años, Villa Celina).

E: Y, bueno, ¿estás haciendo alguna actividad física?

A: ¿Actividad física?

E: Deporte o algo de eso.

A: Deporte... Es... No, creo que no (Adolescente mujer, 16 años, Laferrere).

E: ¿Hacías algún deporte o actividad física?

A: Antes de la cuarentena hacía hockey y después no (Adolescente mujer, 13 años, Ciudad Evita).

E: ¿Hiciste alguna actividad deportiva o dijiste, bueno, me tengo que mover más y empezaste a hacer algo de eso?

A: Sí, hacía gimnasia en casa (Adolescente mujer, 16 años, Ciudad Evita).

E: Y con el tema de los juegos y eso, ¿juega a algo él?, ¿hace algo de eso?

M: Sí, en casa sí. Ya te digo, tenemos un jenga que Angie me había regalado, que fue para un día del niño de antes cuando no estaba la cuarentena. Jugábamos a eso...

E: Juegos de mesa.

M: Juegos de mesa... Al *Tutti Frutti*, si no está con el celular, hacemos videollamadas... (Madre, 44 años, Virrey del Pino).

Vinculado a las actividades realizadas en el ASPO, se destaca el uso diferencial del espacio público. Los adolescentes varones prontamente salieron al espacio público de los barrios a jugar al fútbol y juntarse con pares, mientras que las mujeres quedaron restringidas al espacio privado de sus hogares. Se trata de diferencias de género que probablemente sean preexistentes a la situación de aislamiento social pero que en el contexto de cierre de las escuelas y otros espacios de socialización se profundizaron y evidenciaron con más fuerza e incluso impacto en la salud física de las adolescentes mujeres.

Cabe destacar que la actividad física no solo mejora el sistema inmune –aspecto relevante en el contexto pandémico–, sino que de modo más estructural se asocia con el desarrollo de alta autoestima. Se reconoce una amplia literatura especializada que establece la asociación entre la actividad física y el autoconcepto físico y la autoestima (Franco et al., 2017). Asimismo, existe amplio consenso en torno al mayor riesgo de mortalidad por Coronavirus de las personas con sobrepeso y obesidad, y en general, la mayor propensión a padecer enfermedad coronaria, accidente cerebrovascular y diabetes tipo 2, entre otras (Ding Ding et al., 2016). En tal sentido, en lo que respecta a la salud física de los/as adolescentes durante el ASPO, uno de los aspectos tomados en consideración fue la variación en el peso corporal, es decir, haber adelgazado o engordado durante la cuarentena. En este punto, hubo respuestas en ambas tendencias en los dos géneros; sin embargo, se logró identificar que las adolescentes mujeres tuvieron una mayor propensión a manifestar haber sufrido un aumento en su peso que sus pares varones. A su vez, también hay una diferencia y una coincidencia con los reportes de las madres. En cuanto a la diferencia, es que, comparativamente, las madres dieron más precisiones acerca de las alteraciones en el peso de sus hijos/as. Y la coincidencia es que también hay una mayor propensión en las madres que reportaron que sus hijos/as engordaron frente a las madres que dijeron que adelgazaron. Analizando lo dicho hasta aquí, se podría sostener que hubo un cambio vinculado al aumento de peso en los/as adolescentes y que, dentro de este grupo, las mujeres denotaron una mayor percepción de los cambios en su cuerpo, lo que podría deberse a que fueron ellas las que estuvieron más expuestas a conductas sedentarias, a partir de la reducción o no realización de actividad física.

E: ¿Llegaste a notar si durante la cuarentena vos adelgazaste o engordaste?
¿Modificó tu peso?

A: Cuando fui al médico me dijeron que había engordado tres kilos (Adolescente mujer, 13 años, Ciudad Evita).

E: ¿Y vos viste que adelgazó?, ¿engordó?

M: No, engordó.

E: ¿Engordó?

M: Sí (Madre, Rafael Castillo).

E: ¿Notaste, desde que arrancó allá lejos, viste el año pasado la pandemia, que nos tuvimos que encerrar, si engordaste, si adelgazaste?

A: Yo como que engordé un poquito (Adolescente varón, 13 años, Villa Celina).

E: ¿Y vos notaste que engordaron, adelgazaron los chicos?

M: Engordaron.

E: ¿Sí?

M: Engordaron. Todos engordaron (Madre, Ciudad Evita).

E: ¿Vos notás alguna modificación en tu peso?

A: Básicamente... Subí de peso. (...)

E: ¿Y por qué crees que subiste?

A: Porque, básicamente, ya no estoy haciendo el ejercicio que hacía antes. Con esto de la cuarentena comí muchas cosas (Adolescente mujer, 16 años, Laferrere).

Salud y enfermedad en tiempos de COVID-19

Fueron pocos los/as adolescentes entrevistados que se contagiaron de coronavirus, registro que coincide con el de las madres. En los casos donde sí se produjeron contagios en el hogar, la forma de tratamiento fue aislarse en una habitación, siendo esta en algunos casos la única pieza del hogar. Asimismo, fue inusual el reporte de los/as adolescentes de haber estado preocupados por el virus y su posible contagio. Sin embargo, esto no implicó que no hayan adoptado las medidas de prevención recomendadas. Por el contrario, fue una práctica usual y uniforme, en la que primó el uso de barbijos y de alcohol en gel o el lavado de manos. Estos comportamientos no fueron adoptados por *motu proprio*, sino que fue por indicación de sus madres.

E: Y alguno de tu familia cercano a vos, ¿tuvo COVID?

A: No.

E: ¿No hubo ninguno? ¿Y se te cruzó por la cabeza a vos de que se contagió alguno de tu familia?

A: No.

E: ¿Tampoco? ¿Cómo te cuidabas vos?

A: El barbijo, alcohol en gel, me lavaba las manos a cada ratito y cuando comía (Adolescente varón, 12 años, Rafael Castillo).

E: ¿Qué pensás? ¿Qué te parecen los cuidados esos que salieron? Los cuidados que tendríamos que tener.

A: Al principio lo de no salir no me gustó tanto, aunque no salía. Después, el barbijo y alcohol en gel era fácil. Ponerse el barbijo, después cuando salís ponerte el alcohol en gel (Adolescente varón, 13 años, Ciudad Evita).

En lo que respecta a la preocupación frente al contagio de COVID-19, sí se hallan diferencias con lo expresado por las madres, ya que entre ellas se observó que fueron más conscientes y atentas de los cuidados de prevención del contagio y la regularidad de poner en práctica las medidas dentro de sus hogares. Con ello, se logra precisar que la mayor preocupación de las madres fue proteger especialmente a sus hijos/as del virus.

Por último, se intentó conocer si los adolescentes experimentaron algún otro tipo de enfermedad durante este período y de qué manera fue tratada. Un tercio de los entrevistados relató haber padecido alguna afección. Sin embargo, cinco de ellos tuvieron enfermedades que podemos catalogar como leves (fiebre, tos, gripe o dolor de muelas), mientras que unos pocos sufrieron enfermedades preexistentes a la pandemia y crónicas (ACV medular, asma y complicación pulmonar). En cuanto a los jóvenes que experimentaron enfermedades leves, sólo tres concurren a un hospital para su tratamiento, mientras el resto prefirió no consultar con un médico. Esto permite inferir que se evitó el contagio COVID-19 o que estas enfermedades fueron consideradas como pasajeras y no preocupantes. En cuanto al resto de los entrevistados, no reportó haberse enfermado durante el ASPO.

E: ¿Y te enfermaste en algún momento de la pandemia? Porque viste que no podíamos ir a ningún lado. No nos dejaban ir al médico ni nada.

A: No, pero lo que tenía, creo que era que se me había inflamado una muela, y ahí me dolía mucho y ahí me dejaron ir al hospital. (...)

E: Y, ¿te hiciste atender?

A: Sí.

E: ¿Fuiste con miedo? Porque viste que...

A: Sí, un poquito (Adolescente varón, 13 años, Villa Celina).

E: Y en algún momento del año pasado, ¿vos tuviste alguna complicación de salud?

A: Eh, no, nunca. ¿Así de quedar internada, algo?

E: Que te dio fiebre, algo de eso, sí. O que te resfriaste.

A: Sí.

E: ¿Y cómo hiciste? ¿Fuiste al médico?

A: No, mi mamá desde mi casa. Estaba engripada entonces me fue a comprar té y eso (Adolescente mujer, 14 años, Virrey del Pino).

Entonces, partiendo de un contexto que no se caracterizó por implicaciones graves en la salud física de los/as adolescentes, se buscó conocer también cuál fue el estado de anímico de los mismos, adentrándonos en su salud mental y psicosocial. Así, logramos advertir que predominó la vivencia de emociones negativas durante la cuarentena en su fase inicial y que luego, a medida que avanzaron los meses, las emociones experimentadas pasaron a ser más positivas. De lo último, se infiere un proceso de acostumbamiento y autorregulación, en el que, al ver que pasaba el tiempo y la situación sanitaria no mejoraba, los chicos/as tuvieron que asimilar que el aislamiento iba a durar más de lo que se imaginaban y sobreponerse a esta circunstancia. En un primer momento, se reportaron emociones tales como tristeza, miedo, aburrimiento, estrés y/o enojo, y posteriormente, felicidad y relajamiento. Los estados emocionales fueron fluctuantes en un tiempo de ASPO muy extendido.

E: ¿Te acordás cómo te sentiste cuando anunciaron la cuarentena?

A: Eh... Sí.

E: ¿Cómo te sentiste? Contame.

A: Mal porque no podíamos salir ni nada.

E: ¿Tu estado de ánimo cómo era?

A: Mal.

E: ¿Cómo imaginaste que sería?

A: No, no sabía.

E: ¿Qué sentiste durante el aislamiento obligatorio?

A: Nada. Tristeza.

E: ¿Por qué motivo?

A: Por no poder salir a la calle ni jugar con mis amigos.

(...)

E: ¿Cambios de motivación para hacer algo...?

A: Sí.

E: ¿Cómo te sentías?

A: Muy triste (Adolescente varón, 12 años, Laferrere).

E: ¿Recordás cómo te sentiste cuando anunciaron la cuarentena?

A: Y triste porque no podía ver a mis abuelos, mis tíos y... Como que yo los quería ver y no se podía.

E: ¿Y cómo imaginaste que sería?

A: Y 40 días encerrados, pero... Se extendió más.

E: ¿Y qué sentías a nivel emocional durante el aislamiento?

A: Triste porque antes yo iba a la casa de mi primo y jugábamos en una canchita, pero ahora no (Adolescente varón, 12 años, Rafael Catillo).

Las emociones negativas se justificaban, en los relatos de los actores, por la imposibilidad de los/as jóvenes de desarrollar lo que manifestaban como “su vida normal”, que incluía poder ver a sus amigos/as y pasar tiempo con ellos/as, ir a la escuela, visitar a familiares –como abuelos/as-, entre otras actividades. Esto fue algo reportado tanto por los/as adolescentes, como por sus madres. A su vez, sentimientos como enojo, aburrimiento o estrés fueron expresados por adolescentes que habían dicho que no pensaban que la cuarentena iba a extenderse por el tiempo que duró. Por lo tanto, se infiere un cierto grado de agotamiento y hartazgo de los/as adolescentes a vivir encerrados. Justamente, durante este lapso de tiempo, carecieron de factores protectores de la salud psicológica como son el vínculo entre pares, los espacios sociales secundarios de interacción y se vieron reclusos en el espacio privado de sus hogares en condiciones de hacinamiento y problemas económicos que muy probablemente ocasionaron conflictos intergeneracionales.

M: ...Sí se ponían tristes al no poder ver a sus abuelos.

E: Eso justo te iba a preguntar...

M: No poder ver a sus abuelos, ir a visitarlos y a los tíos. Ese sí fue un tema que... A ellos les chocó mucho (Adolescente mujer, 12 años, Virrey del Pino).

E: ¿Recordás cómo te sentiste cuando anunciaron la cuarentena?

A: No mucho. Sí decepcionada porque yo quería ir al colegio, me gustaba mucho ir y por eso, no poder estar con mis amigos y todo eso.

E: ¿Qué era lo que más extrañabas?

A: Eh... Extrañar... El colegio. O sea, ir, estar en el colegio y hablar con mis amigos, abrazarlos y todo esto. Eso es lo que más extraño del colegio (Adolescente mujer, 14 años, Virrey del Pino).

E: Y con el estado de salud de los chicos, ¿cómo se sintieron físicamente? ¿Cómo los notaste vos a ellos?

M: Y andaban... Andaban mal, angustiados, enojados. También era el tema del colegio. Estar encerrados y... Que no podían salir a ningún lado y con todas las tareas que les mandaban y se manejaban con mi celular nada más. Era rebeldía, una locura en casa (Madre, Villa Celina).

E: ¿Te acordás cómo te sentiste cuando anunciaron la cuarentena?

A: Y... Mal. Porque me separó de compañeros, cambiaron los estudios, no se aprendió mucho tampoco el año pasado, con la cuarentena no se pudo aprender mucho. Y también actividades.... Antes de la cuarentena sí entrenaba también y ya no pude ir a entrenar tampoco, no salía y, bueno, se extrañaban todas esas cosas.

(...)

E: Y a nivel de ánimo, ¿cómo te sentías?

A: Y a veces mal, a veces bien. Problemas familiares también, esas cosas (Adolescente varón, 15 años, Ciudad Evita).

E: ¿Recordás cómo te sentías cuando anunciaron la cuarentena?

A: Sí, con bronca.

E: ¿Por qué?

A: Y, porque dije “no, no voy a poder salir”.

E: ¿Y tu estado de ánimo cómo fue?

A: Nada, normal, pero con bronca por eso, por no poder salir con mis amigas y esas cosas. Pero igual, después, salí un par de tiempo y después ya no.

E: ¿Y cómo te imaginabas que sería, durante la cuarentena?

A: Y, distinto, porque no era lo mismo. Salir a caminar y esas cosas.

E: ¿Qué sentiste durante el aislamiento obligatorio?

A: Y, no sé.

E: ¿Qué emociones sentías?

A: No sé, que sé yo, aburrimiento, así, esas cosas. Estar encerrada, no poder salir. Y bronca, también, por no poder salir (Adolescente varón, 15 años, Villa Celina).

Las emociones se tornaron más positivas cuando los/as adolescentes pudieron concretar algún tipo de encuentro social, ya sea con sus amigos/as o familiares. Asimismo, se detectó que aquellos/as jóvenes que manifestaron no haber sufrido cambios en su estado de ánimo o estar felices, se debió a que no dejaron de tener contacto con su familiares o amigos/as durante la cuarentena. Estos hallazgos nos permiten inferir y confirmar lo fundamental de sociabilizar para la salud integral, siendo esta última no solo física sino también psicosocial.

Discusión y conclusiones

Esta investigación explora en aspectos que hacen a la salud integral de los/as adolescentes que pudieron verse afectados por la situación de encierro del ASPO en relación al sueño, la actividad física, el peso corporal y lo emocional. En tal sentido, se focalizó en una población de adolescentes que residen en barrios vulnerables y

segregados del partido de La Matanza en la provincia de Buenos Aires. La información fue recolectada durante los meses de abril y mayo de 2021, es decir, después de un año de la implementación del ASPO y sus medidas de prevención de contagio, involucrando la interrupción y suspensión de las actividades y rutinas comunes como la escolarización de modo presencial. Es por eso que, se conjetura que la vida común de estos tuvo que adaptarse drásticamente y abruptamente a las nuevas circunstancias de aislamiento que planteó el Coronavirus.

En términos generales, investigaciones durante momentos de crisis –como pueden ser los desastres naturales o epidemias anteriores-, muestran que los fenómenos como el malestar psicológico y el sentirse infeliz aumentan sobre la población en general. En dichas situaciones, los síntomas que particularmente afectan a los/as adolescentes son ansiedad, depresión (Paricio del Castillo y Pando Velasco, 2020), irritabilidad y estrés (Singh et al., 2020), y la sensación de que no pueden hablar con nadie de sus familias acerca de sus sentimientos (Bazán et al., 2020). Asimismo, un estudio reciente de Unicef (2021) en la Argentina señala que los altibajos emocionales y la mayor sensibilidad fue reportada en mayor medida entre mujeres, por sobre los varones y que alrededor de un 14% de los/as adolescentes consultados consideran que deberían realizar una consulta de salud mental. Dentro de las familias pobres que no tienen ni abundantes ni estables recursos económicos, los/as adolescentes también se vieron afectados por el mal humor de sus padres/madres, ya que ellos/as al estar experimentando sentimientos de frustración pueden manifestarse de formas violentas, ocasionándoles a los menores una exposición mayor frente a la depresión, ansiedad e incluso predisposición al suicidio (Petito et al., 2020).

Partiendo de estos antecedentes, en el marco del presente estudio se pudo dar cuenta de una alteración en los hábitos de sueño de los/as adolescentes durante los tiempos de ASPO, quienes pasaron a dormirse más tarde por las noches, levantándose también más tarde por las mañanas. Esto reafirma la perspectiva de aquellos estudios que sostienen que estos, inclusive, pasaron a dormir mayor cantidad de horas que antes de la pandemia (Moore et al., 2020). Se observó que esto se vincula con el hecho de que los/as chicos/as no tenían que concurrir a sus respectivas escuelas para tener clases, y el reemplazo de estas últimas por clases remotas o la realización de tareas. A su vez, la asistencia a clases virtuales no se produjo en los días ni horarios vigentes para la modalidad presencial, por lo que la escuela dejó de funcionar como institución organizadora de las rutinas de los/las estudiantes (Tuñón, Passone y Bauso, 2021).

Asimismo, se observó un aumento del tiempo frente a pantallas o el uso de dispositivos electrónicos, los que se asocian al acostumbramiento de conductas sedentarias. El celular fue el aparato tecnológico de uso más común por parte de los/las jóvenes, a pesar de tener que compartir dicho dispositivo con otros miembros de su familia, como por ejemplo sus hermanos/as. Además, este era el único medio a través del

que podían tener contacto con el exterior. Sin embargo, este vínculo no necesariamente se pudo dar como hubiesen querido por la carencia de suficientes dispositivos en el hogar e incluso privaciones en el acceso a datos. Cabe recordar que en la Argentina urbana, se estima que sólo un 38% de los niños/as en hogares de estratos socioeconómicos bajos poseen una computadora (Rieble-Aubourg y Vitele, 2020) y una situación similar se registra con la tenencia de un celular (Anderete Schwal, 2021). Otros estudios propios permitieron identificar el uso prioritario del celular disponible y los datos móviles que tuvieron los niños/as en edad primaria para seguir con su escolaridad frente a los adolescentes que podían acceder durante el horario nocturno (Tuñón, Passone y Bauso, 2021).

En esa línea, el comportamiento sedentario se exacerbó en el marco del ASPO, y la insuficiente actividad física fue algo recurrente, especialmente en las adolescentes mujeres. También entre ellas fue más común el autoreporte de aumento de peso, lo que ocasionaría problemas nutricionales a largo plazo. Estudios anteriores identifican que es en los períodos de receso escolar o vacacionales –tres meses aproximadamente en el país- que los NNyA aumentan de peso, situación que pudo verse profundizada por la pandemia, ya que casi durante todo el año 2020, no fueron a la escuela, aumentando el riesgo de obesidad (Rundle et al., 2020; von Hippel y Workman, 2016).

Si bien es clara la reducción de la actividad física entre los adolescentes, en el contexto de los barrios informales hubo situaciones de mayor apertura al espacio público en canchitas, baldíos, e incluso se realizaron las llamadas “cuarentenas barriales” que propiciaron el encuentro lúdico activo en espacios públicos. En este sentido, es probable que el fenómeno de la insuficiente actividad física se haya profundizado más y de modo sostenido en el tiempo entre las adolescencias más aventajadas en términos socioeconómicos. Cabe señalar, no obstante, la particular situación de las adolescentes mujeres, para quienes el espacio público del barrio parece estar más restringido que para sus pares varones. Los hallazgos internacionales son coincidentes en reconocer una reducción promedio de la actividad física recomendada (Moore et al., 2020; Guan et al., 2020), también para el caso de las infancias argentinas (Tuñón, 2021). Sin embargo, aproximaciones cualitativas como estas permiten conjeturar disparidades sociales y profundización en las desigualdades de género preexistentes a la pandemia.

Asimismo, se resalta la predominancia de sentimientos/emociones negativas en los/as adolescentes durante los meses de aislamiento, vinculado a que vieron restringida drásticamente su movilización/circulación por fuera de sus hogares (Unicef, 2021). Los/as adolescentes expresaron extrañar poder salir al exterior y/o realizar sus anteriores actividades y rutinas, pudiendo esto último incidir en las alteraciones del sueño (Medina-Ortiz et al., 2021). A su vez, la vulnerabilidad de estos sectores en sus condiciones de vinculación virtual interpela sobre los déficits estructurales e integrales, en tanto las necesidades no solo fueron materiales y de escolarización, sino también en relación a la

posibilidad de tener contacto con otros/as por los medios habilitados en ese momento (a distancia). Esto permite aproximarse también al por qué los hogares de barrios o asentamientos vulnerables presentaron las mayores dificultades para cumplir con las condiciones de aislamiento establecidas por el gobierno nacional, en tanto las oportunidades de los mismos en términos de disponibilidad de espacio en sus viviendas y conectividad son restringidas y representaron un importante obstáculo para la interacción social con grupos de pares y otros adultos de referencia.

Un dato sumamente relevante, especialmente en contextos en los que se ubican los hogares entrevistados debido a su posible experimentación de déficit habitacional, es que ninguno de los/las adolescentes entrevistados/as contrajo COVID-19 durante el 2020, a pesar de, en algunos casos, haber tenido contacto cercano y vínculo familiar con un contagiado. Además, se observó que una baja proporción de ellos/as padeció algún otro tipo de enfermedad. En tal sentido, y a pesar de no mostrarse demasiado preocupados por el posible contagio de Coronavirus o tomando dimensión de la magnitud y gravedad de la crisis epidemiológica, los/as adolescentes adoptaron rápidamente las medidas de prevención y cuidado contra la enfermedad. Únicamente se identificaron dificultades para el acostumbramiento de dichos cuidados.

En efecto, se trata de una población que experimentó menor riesgo de contraer la enfermedad del COVID-19 y parece haberse autopercebido con menor riesgo. No obstante, se trata de una población que sufrió de privaciones sociales estructurantes de su autoestima en un período de desarrollo y formación clave. Algunos expertos del campo de las neurociencias reconocen en la adolescencia una “segunda ventana de oportunidad” (Balvin y Banati, 2017; Torralba, 2019). Sin dudas, en el caso de las infancias que crecen y se desarrollan con múltiples privaciones materiales, de estimulación temprana, muchas veces en contextos tóxicos, entre otros riesgos, esta “segunda oportunidad” puede ser clave para el desarrollo de intervenciones protectoras, reparadoras y/o compensatorias.

La promoción temprana de conductas saludables merece ser resignificada en un contexto pandémico y de incertidumbre sobre el futuro. La adopción de comportamientos saludables es un proceso multidimensional que se construye a lo largo de la vida. Dicho proceso se asocia a las características del ambiente físico y social, pero las personas no son entes pasivos, sino que a su vez pueden influir sobre su propio ambiente, en una dinámica interactiva. Los contextos de socialización también son importantes –los comportamientos de adultos de referencia, las ideas que se difunden y promueven en diferentes ámbitos, entre otros, juegan un rol fundamental en las conductas asociadas a la salud (Bandura, 1986; McAlister, 1981). Así, un estilo de vida saludable se asocia a una autoestima elevada y ello representa un componente psicológico fundamental que se consolida a edades tempranas. La adolescencia es una “ventana de oportunidad” para alcanzar el equilibrio psicológico que se vehiculiza en la socialización con grupos de

pares. La realización de actividad física es otro indicador de estilo de vida saludable, y existen numerosos estudios que señalan la asociación entre el autoconcepto físico y la autoestima, y entre la calidad y cantidad del sueño y los estados de ánimo (Franco et al., 2017), y entre la actividad física moderada y la calidad del sueño (Masalán et al., 2013).

En tal sentido, consideramos que la promoción temprana de conductas saludables debería ser una meta de salud pública. Los costos directos e indirectos en la salud pública, de hábitos y conductas no saludables que pueden ser mitigadas, tienen conocidas consecuencias en la atención médica y representan pérdidas de productividad, y años de vida ajustados por discapacidad (DALYs) (Ding Ding et al., 2016). En un contexto en el que no estaba presente la actual emergencia sanitaria, se ha evidenciado que los recursos sanitarios son finitos y que se incrementan las demandas sobre gastos de salud pública. Ante esa situación, se torna prioritario el diseño e implementación de políticas públicas integrales especialmente orientadas a los/as adolescentes, desde un enfoque relacional de los diferentes espacios de socialización. Sin dudas la escuela es un espacio privilegiado para el desarrollo de intervenciones orientadas a la salud integral del adolescente, pero no es el único en el marco de una sociedad hiperconectada en la que las nuevas generaciones son actores sociales destacados y agentes de cambio.

Finalmente, la vida cotidiana –que influye en la salud física y psicosocial de las personas-, se vio alterada con la llegada del COVID-19 y del ASPO. Sin embargo, los anteriores hallazgos permiten conjeturar que, nuevamente, en un contexto de privaciones estructurales, las consecuencias son siempre más profundas y requieren de intervenciones protectoras y compensatorias que consideren a los/as adolescentes como sujetos de derechos con un potencial de desarrollo en diferentes espacios relacionados e interconectados de socialización.

Agradecimientos

Se agradece las observaciones y sugerencias de las y los referís, y el financiamiento de la investigación a la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación, en el marco del Proyecto PISAC COVID19 009 “Efectos del Aislamiento Social Preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas”, realizado en el marco del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Matanza y el Observatorio de la Deuda Social Argentina de la Universidad Católica Argentina.

Referencias bibliográficas

Alanen, L. (2001). Explorations in generational analyses. En L. Alanen, & B. Mayall (Eds.) *Conceptualizing child-adult relation* (pp.11-22). London: Routledge Falmer.

- Anderete Schwal, M. (2021). "Las desigualdades educativas durante la pandemia en la educación primaria de Argentina". *Revista Andina de Educación*. Vol. 4 (Núm. 1): pp. 5-10. Disponible en: <https://revistas.uasb.edu.ec/index.php/ree/article/view/1564/2194>
- Balvin, N., & Banati, P. (2017). *The Adolescent Brain: A second window of opportunity* - A compendium, Miscellanea
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Englewood Cliffs, N.J: Prentice-Hall.
- Bazán, C., Florencia, B., Giacomazzo, D., Gutiérrez, M. A., y Maffeo, F. (2020). "Adolescentes, COVID-19 y aislamiento social, preventivo y obligatorio". *Revista AMAdA*. Vol. 16, (Núm. 2). Disponible en: <http://www.amada.org.ar/index.php/revista/numeros-antteriores/volumen-16-n-2-2020/419-adolescentes-covid-19-y-aislamiento-social-preventivo-y-obligatorio>
- De Grande, P. y Salvia, A. (2019a). Estratificación y desigualdad social, 2010. Recuperado el 2 de noviembre de 2021, de <https://mapa.poblaciones.org/map/7101>
- _____ (2019b). Indicadores del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas, 2010. Recuperado el 2 de noviembre de 2021, de <https://mapa.poblaciones.org/map/3701>
- Ding Ding, M. et al. (2016). "The economic burden of physical inactivity: a global analysis of major non-communicable diseases". *The Lancet*, Vol. 388, 10051, pp. 1311-24.
- Emergencia Sanitaria. Decreto de Necesidad y Urgencia 297/2020 de 20 de marzo de 2020. Boletín Oficial de la República Argentina. <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/verNorma.do?id=335741>
- Fisher, P. G. (2018). "To sleep and dream without digital screens". *J Pediatr*. 2019;205:2. <https://doi.org/10.1016/j.jpeds.2018.12.017>
- Franco, E., Coterón, J. y Gómez, V. (2017). "Promoción de la actividad física en adolescentes: rol de la motivación y autoestima PSIENCIA". *Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*. Vol. 9 (Núm. 2). Buenos Aires, Argentina.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). *El muestreo teórico y el método de comparación constante de análisis cualitativo. La teoría fundamentada. Estrategias para el análisis cualitativo*. New York: Aldine Publishing Company.
- Guan, H., Okely, A. D., Aguilar-Farias, N., del Pozo Cruz, B., Draper, C. E., El Hamdouchi, A., & Veldman, S. L. (2020). "Promoting healthy movement behaviours among children during the COVID-19 pandemic". *The Lancet Child & Adolescent Health*, Vol. 4 (Núm. 6), pp. 416-418. Disponible en: [https://www.thelancet.com/journals/lanchi/article/PIIS2352-4642\(20\)30131-0/fulltext](https://www.thelancet.com/journals/lanchi/article/PIIS2352-4642(20)30131-0/fulltext)

Lahire, B. (2007). "Infancia y adolescencia: de los tiempos de socialización sometidos a constricciones múltiples". *Revista de Antropología Social*, vol. 16, pp. 21-37, Universidad Complutense de Madrid. Madrid, España.

Martínez, B. (2013). El mundo social del adolescente: amistades y pareja. En E. Estévez (Coord.). *Los problemas en la adolescencia: respuestas y sugerencias para padres y educadores* (pp. 71-96). Madrid: Síntesis.

McAlister, A. L. (1981). "Social and environmental influences of health behavior". *Health Educ Q.* 1981; 8(1):25-31.

Masalán, M. P., Sequeida, J. y Ortiz, M. (2013). "Sueño en escolares y adolescentes, su importancia y promoción a través de programas educativos: Education and behavioral approach programs". *Revista Chilena de Pediatría*. Vol. 84 (Núm. 5) pp. 554-564.

Medina-Ortiz, O., Araque-Castellanos, F., Ruiz-Domínguez, L. C., Riaño-Garzón, M., y Bermúdez, V. (2021). "Trastornos del sueño a consecuencia de la pandemia por COVID-19". *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, Vol. 37 (Núm. 4), pp. 755-761. Disponible en: <https://doi.org/10.17843/rpmesp.2020.374.6360>

Moore, S. A., Faulkner, G., Rhodes, R. E., Brussoni, M., Chulak-Bozzer, T., Ferguson, L. J., Mitra, R., O'Reilly, N., Spence, J.C., Vanderloo, L.M. & Tremblay, M. S. (2020). "Impact of the COVID-19 virus outbreak on movement and play behaviours of Canadian children and youth: a national survey". *International Journal of Behavioral Nutrition and Physical Activity*, Vol. 17(Núm. 1), pp. 1-11. Disponible en: <https://ijbnpa.biomedcentral.com/articles/10.1186/s12966-020-00987-8>

Organización Mundial de la Salud (OMS) (1946). *Constitución*. Ginebra: Organización Mundial de la Salud. Disponible en: <https://apps.who.int/gb/bd/PDF/bd48/basic-documents-48th-edition-sp.pdf?ua=1#page=7>

Paricio del Castillo, R. y Pando Velasco, M. (2020). "Salud mental infanto-juvenil y pandemia de Covid-19 en España: cuestiones y retos". *Revista de psiquiatría infanto-juvenil*. Vol. 37 (Núm. 2), pp. 30-44. Disponible en: <https://www.aepnya.eu/index.php/revistaaepnya/article/view/355/293>

Pérez Saldaña, R. (2018). *La importancia de establecer buenos hábitos y rutinas para potenciar la seguridad, la confianza y la autonomía personal en educación infantil*. Tesis de grado, Universidad de Valladolid. Disponible en: <https://uvadoc.uva.es/handle/10324/32954>

Petito, A.; Pop, T. L.; Namazova-Baranova, L.; Mestrovic, J.; Nigri, L.; Vural, M. & Pettoello-Mantovani, M. (2020). "The burden of depression in adolescents and the importance of early recognition". *The Journal of pediatrics*, Vol. 218, pp. 265-267. Disponible en: <https://www.jpeds.com/action/showPdf?pii=S0022-3476%2819%2931628-2>

Rieble-Aubourg, S., & Viteri, A. (2020). *Nota CIMA# 20 COVID-19: ¿Estamos preparados para el aprendizaje en línea?* Washington DC: BID. Disponible en: <https://publications.iadb.org/es/nota-cima-20-covid-19-estamos-preparados-para-el-aprendizaje-en-linea>

Robles, B. (2011). "La entrevista en profundidad: una técnica útil dentro del campo antropofísico". *Cuicuilco*. Vol. 18 (Núm. 52). México. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592011000300004

Rodríguez Espínola, S.; Filgueira, P.; Paternó, M. A. y Rave, E. (2021). *Privaciones estructurales en el desarrollo humano. Argentina urbana 2010-2020 bajo el escenario COVID-19. Desigualdades en recursos psicosociales, condiciones sanitarias y representaciones ciudadanas frente al contexto de pandemia*. Documento Estadístico-Barómetro de la Deuda Social Argentina. 1era edición. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Educa. Disponible en: <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/12096>

Rundle, A. G., Park, Y., Herbstman, J. B., Kinsey, E. W., & Wang, Y. C. (2020). "COVID-19 related school closings and risk of weight gain among children". *Obesity* (Silver Spring, Md.), Vol. 28 (Núm. 6), 1008. Disponible en: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC7440663/>

Singh, S.; Roy, MD; Sinha, CPTMK; Parveen, CPTMS; Sharma, CPTG & Joshi, CPTG. (2020). "Impacto de COVID-19 y bloqueo en la salud mental de niños y adolescentes: una revisión narrativa con recomendaciones". *Investigación en psiquiatría*. 113429. Disponible en:

<https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S016517812031725X?via%3Dihub>

Sobrino-Bazaga, A. & Rabito-Alcón, M. F. (2018). "Gender differences existing in the general population in relation to body dissatisfaction associated with the ideal of beauty: a systematic review", *Studies in Psychology*, 39:2-3, 548-587, DOI: 10.1080/02109395.2018.1517860

Torralba, T. (2019). *Cerebro adolescentes: riesgos y oportunidades*, Buenos Aires: Paidós.

Tuñón, I., Passone, V., y Bauso, N. (2021). "Escolaridad en tiempos de Aislamiento Preventivo Social y Obligatorio: entre la desigualdad y las estrategias de equiparación". *Voces De La Educación*, 152-179. Disponible en: <https://www.revista.vocesdelaeducacion.com.mx/index.php/voces/article/view/447>

Tuñón, I. (2021). *Nuevos retrocesos en las oportunidades de desarrollo de la infancia y adolescencia. Tendencias antes y durante la pandemia de COVID-19*. Documento estadístico. Barómetro de la Deuda Social de la Infancia. Serie Agenda para la Equidad (2017-2025). 1era edición. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Educa. Disponible en: <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/12060>

Twenge, J. M.; Hisler, G.C. y Krizan, Z. (2019). "Associations between screen time and sleep duration are primarily driven by portable electronic devices: evidence from a population-based study of U.S. children ages 0– 17". *Sleep Med.* 2019; 56:211–8. <https://doi.org/10.1016/j.sleep.2018.11.009> 18.

Unicef (2021). *Estudio sobre los efectos en la salud mental de niños, niñas y adolescentes por COVID-19*. Buenos Aires: Argentina.

Von Hippel, P. T., & Workman, J. (2016). "From kindergarten through second grade, US children's obesity prevalence grows only during summer vacations". *Obesity*, Vol. 24(Núm. 11), 2296-2300. Disponible en: <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/full/10.1002/oby.21613>



Sueños de niños, niñas y adolescentes durante el ASPO. Incertidumbre, angustia por el aislamiento y violencia de género¹

Leandro Drivet

CONICET y FCEdu-UNER

Mariana López

CONICET y FHAYCS-UADER

María Laura Schaufler

CONICET y FCEdu-UNER

Juan Pablo Hetzer

UNR

Resumen

En el marco del PISAC-COVID 19 "Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas", recopilamos un corpus de 82 relatos de niñas, niños y adolescentes (NNyA) de la región Noreste-Litoral de la Argentina (mayormente sueños y, excepcionalmente, historias inventadas) y de ilustraciones de esos relatos, con la finalidad de explorar algunos sentidos que el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio tuvo para dicha población. Una introducción explícita la perspectiva epistemológica que sustenta el análisis y sintetiza la metodología que organizó la recolección de relatos. Luego, el trabajo expone y analiza, a través de cuatro relatos de sueños, tres de los temas más recurrentes que aparecen en el conjunto de producciones oníricas referentes al

¹ Este trabajo se realizó en el marco de un proyecto de investigación seleccionado en la convocatoria "PISAC-COVID 19 – La sociedad argentina en la pospandemia", de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y titulado "Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas".

período de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio de NNyA de la región mencionada durante la pandemia por COVID-19. A partir de estos ejemplos, mostramos cómo se figuran en el discurso y en las ilustraciones de NNyA: a) la incertidumbre respecto de las posibilidades de la propia realización personal; b) el malestar derivado del encierro y del aislamiento, y; c) la angustia ante la violencia de género (institucional y social).

Palabras clave: sueños, dibujos, niñez, Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO)

Abstract

In the framework of PISAC-COVID 19 "Effects of preventive social isolation in the exercise of the right to health in Argentine childhoods", we compiled a corpus of 82 stories from girls, boys and adolescents from the Northeast-Litoral region of Argentina (mostly dreams and, exceptionally, invented stories) and illustrations of those stories, in order to explore some meanings that Social, Preventive and Compulsory Isolation had for said population. An introduction makes explicit the epistemological perspective that supports the analysis, and synthesizes the methodology that organized the collection of stories. Then, the work exposes and analyzes, through four dream stories, three of the most recurrent themes that appear in the set of dream productions referring to the period of Preventive and Obligatory Social Isolation of children and adolescents in the mentioned region, during the pandemic by COVID-19. Using these examples, we show how the following appear in the speech and in the illustrations of children and adolescents: a) uncertainty regarding the possibilities of personal fulfillment; b) the discomfort derived from confinement and isolation, and; c) anxiety about gender violence (institutional and social).

Key Words: Dreams, Drawings, Childhood, Social, Preventive and Compulsory Isolation (SPCI)

Introducción: metodología y perspectiva epistemológica

En el marco de la pandemia por COVID-19 declarada por la Organización Mundial de la Salud el 11 de marzo de 2020, el Gobierno Nacional argentino dispuso el "Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio" (ASPO) a través del Decreto N° 297/2020 de fecha 20/03/2020. Este estableció que las personas debían permanecer en sus residencias habituales o en la residencia en la que estuvieran, absteniéndose de concurrir a los lugares de trabajo, y de desplazarse por rutas, vías y espacios públicos, a los fines de limitar la circulación del coronavirus del tipo 2, causante del síndrome respiratorio agudo severo

(SRAS-CoV-2). Durante la vigencia del ASPO se prohibió la realización de eventos culturales, recreativos, deportivos, religiosos; se suspendió la apertura de locales, centros comerciales, establecimientos mayoristas y minoristas, y cualquier otro lugar que requiriera la presencia de personas. Esto implicó que la educación estuviera suspendida: en un principio, de modo absoluto, situación que sólo de modo muy progresivo y desigual se fue atenuando con la entrada en vigencia de la educación a distancia, mediada por tecnología. El ASPO se prorrogó desde el 20 de marzo hasta el 9 de noviembre de 2020, cuando se estableció la medida de “distanciamiento social, preventivo y obligatorio” (DISPO) a través del Decreto N° 875/2020. Dicha medida permitía relajar algunas restricciones, siempre y cuando se cumplieran estrictos parámetros epidemiológicos y sanitarios, algo fuera del alcance de las grandes ciudades como Santa Fe y Rosario, en las que el ASPO continuó hasta fines de noviembre.

Teniendo en cuenta esta situación de aislamiento prolongado, conjeturamos que la situación del ASPO ha producido un incremento de la vulnerabilidad de las infancias en el pleno ejercicio del derecho a la salud, considerada esta desde un punto de vista integral. Los efectos nocivos del ASPO afectaron la economía y las condiciones de vida: diversas familias vieron reducidas sus fuentes de ingresos y tuvieron dificultades, incluso, para el acceso a los alimentos. En este contexto, muchos niños, niñas y adolescentes (NNyA) se vieron obligados a empezar a trabajar (OIT, 2021). A su vez, el estrés al interior de los hogares aumentó los niveles de violencia y negligencia hacia NNyA y el aislamiento respecto de pares y de otros adultos significativos dificultó los pedidos de ayuda. El encierro afectó también el derecho a la educación de muchos NNyA y su posibilidad de realizar la suficiente actividad física, impactando de modo general en la salud física, emocional e intelectual de esta población.

A partir de esta caracterización general, analizamos la salud de NNyA desde una perspectiva psicosocial. Para ello, realizamos un análisis de un conjunto de relatos (en su mayoría, de sueños) y dibujos de NNyA de entre 6 y 16 años, pertenecientes a estratos socioeconómicos medios y bajos, referidos a la situación de aislamiento, recabados entre mayo y septiembre de 2021. Consideramos de estratos socioeconómicos “bajos” o de mayor vulnerabilidad a la población sin obra social o servicio de salud prepago que concurre a un efector público de salud, en el que fue entrevistada, emplazado en un barrio periférico y precario de la ciudad de Santa Fe (con marcados déficits de infraestructura, transporte y servicios). Denominamos de estratos “medios” a la población con la que establecimos contacto a través de redes internas de instituciones educativas de gestión privada o mixta de la ciudad de Santa Fe. Esta población puede caracterizarse por poseer empleo formal y acceso a servicios básicos. Nuestro objetivo consistió en indagar los sentidos que tienen para dicha población la pandemia y las medidas vinculadas a ella, en particular el encierro en sus lugares de residencia, y el aislamiento respecto de cualquier persona por fuera del círculo de convivientes. Esto incluyó la suspensión prolongada de

clases presenciales, de encuentro con pares y con adultos significativos en la escuela y en otros espacios extrafamiliares. El aislamiento limitó las posibilidades del juego colectivo y el tejido de alianzas de amistad y protección, y como contracara forzó la endogamia familiar e intensificó sus violencias específicas. De acuerdo con los datos registrados por el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, los llamados a la línea 137 por violencias intrafamiliares y/o sexuales contra niños, niñas y adolescentes aumentaron un 20% durante la cuarentena, respecto al mismo período de 2019 (UNICEF, 2021).

La metodología para obtener los relatos fue la siguiente: solicitamos el debido consentimiento informado a los adultos a cargo de menores de edad por vía de un sistema de mensajería digital y, en algunos casos, de modo personal, cuando el marco regulatorio lo permitió, y en la medida en que el contacto a través de un sistema de mensajería era imposible. Les pedimos a NNyA que nos enviaran el relato de un sueño que hubieran tenido durante el tiempo que “tuvieron que quedarse en casa” (o una historia inventada, en su defecto) y un dibujo sobre lo que habían narrado. Luego, analizamos el material desde un marco teórico informado por el psicoanálisis, la semiología, los estudios de género y la historia cultural. La idea del presente artículo es presentar algunos resultados del análisis. Para ello, nos referiremos antes al contexto teórico que inspira nuestro trabajo.

Nuestra propuesta de investigación se construye en el punto de convergencia de dos líneas de investigación que durante mucho tiempo han sido marginadas o contenidas en estrechos límites en lo que concierne a sus alcances posibles: la interpretación de los sueños y la escucha y el reconocimiento de NNyA. Ambas líneas encuentran inspiración fundamentalmente en el psicoanálisis, en la filosofía y en la historia cultural de los sueños.

En cuanto al primer enfoque, hay un punto de partida inevitable: le debemos a Sigmund Freud (1991a) la recuperación del valor de verdad de los sueños y el desarrollo de una perspectiva que demostró la dignidad científica de las formaciones del inconsciente en general. Sin embargo, la interpretación freudiana de los sueños permanece anclada fundamentalmente en el análisis de la intimidad del soñante, en aspectos primarios y familiares de su biografía. Desde esta mirada, si el sueño comunica algo, comunica algo del soñante. Esto mismo vale para cualquier formación del inconsciente y para la interpretación de producciones artísticas. Esta última tiene su origen en la comprensión amplia –no restringida al campo de la psicopatología– del concepto de “proyección” en la obra freudiana, descrito cabalmente en la obra *Tótem y tabú* (Freud, 2004) y que articula toda la bibliografía contemporánea sobre test proyectivos gráficos. No pretendemos renunciar al nivel de análisis orientado a la “novela familiar”, sino que nos preguntamos si el valor de verdad de los sueños y las producciones artísticas debe limitarse a la esfera íntima.

Gracias a la historia cultural sabemos hoy que “los sueños tienen un nivel cultural de significado, además del personal y del universal” (Burke, 2000, p. 47), nivel que responde

a estereotipos social e históricamente establecidos o sugeridos. No hablamos de una determinación lineal que la cultura haría del pensar inconsciente, sino de condicionantes históricos que modulan la experiencia general de los soñantes. Esto significa que fuera del abordaje clínico es posible analizar, por ejemplo, numerosos sueños de diferentes soñantes que pertenecen a una misma época y lugar, bajo la hipótesis de que en una cultura determinada la gente tiende a tener determinados tipos de sueños. El libro de la periodista Charlotte Beradt (2019), titulado “El Tercer Reich de los sueños” y recientemente traducido al castellano, constituye un buen ejemplo de esta perspectiva. En 1933, cuando la República de Weimar había caído definitivamente, la autora comenzó en Berlín a recopilar relatos de sueños de la ciudadanía no comprometida con la militancia política. Continuó esta tarea hasta 1939, cuando debió, por fuerza, exiliarse. Lo más relevante de su análisis es que los sueños reunidos advertían, como mensajes lanzados al mar, sobre la transición catastrófica en curso de la democracia al régimen totalitario. Quienes en la vigilia permanecían desvinculados de la política, se figuraban tempranamente en sueños el derrumbe de la vida privada y de la intimidad, las renunciaciones exigidas a la identidad, y la aniquilación progresiva de la esfera pública. El libro demuestra que los sueños pueden ser leídos como mensajes que no se vinculan unilateralmente al nivel psicológico-familiarista, sino que elaboran también preocupaciones vinculadas a la situación política y cultural, que perciben tendencias sociales apenas evidentes para la consciencia despierta, y que las proyectan en escenarios que, retrospectivamente, tendrían el aspecto de profecías (Beradt, 2019). Lo que esta tesis tiene en común con la interpretación psicoanalítica de los sueños es que también recupera las figuraciones oníricas como perspectivas que iluminan zonas que, ya sea por la protección de ciertos ideales narcisistas, o para evitar un desprendimiento de angustia, preferiríamos no ver, pero en este caso de nuestro mundo social.

Esto último se enlaza con la segunda vertiente teórica que nutre nuestra mirada: la escucha de la vida anímica de NNyA. Esta población estuvo históricamente silenciada, o desplazada a los márgenes del archivo, víctima de un sesgo adultocentrista dominante. Si durante décadas la consideración de los sueños como testimonios político-culturales estuvo limitada por prejuicios o carencias teóricas, los sueños de los niños fueron sencillamente ignorados. También en lo relativo a la interpretación de los sueños primó una perspectiva adultocéntrica que aquí nos ocupamos de cuestionar, tanto en sus presupuestos epistémicos como en sus consecuencias políticas. La indiferencia respecto de NNyA es por sí misma significativa, especialmente cuando las violencias de las que esta población es víctima se intensifica. Considerar a los sueños de NNyA como un material digno de análisis implica especialmente disponerse a escuchar en esos discursos aquello que nosotros no queremos saber, pero no sólo acerca de los menores de edad, sino también de nosotros mismos como miembros y representantes de la sociedad ante ellos: nuestros aspectos denegados, algunas de aquellas dimensiones que hieren

componentes tradicionales de nuestro narcisismo adulto. Desde la perspectiva que exploramos –y en este punto radica una clave de lo que pretendemos aportar– no nos interesan los relatos de NNyA sólo para aprender *sobre* dicha población, sino también para aprender sobre nosotros (en la memoria de quienes algo de nuestra niñez vive) y acerca del mundo al que invitamos a habitar a quienes, a través de sus sueños, nos hablan.

Para esta ocasión, hemos tomado de nuestro corpus cuatro ejemplos representativos de algunos de los temas más recurrentes y significativos en los sueños infantiles. Los reproduciremos, transcritos, tal como nos fueron narrados, y desarrollaremos a continuación una breve reflexión sobre cada uno de ellos. En este análisis parcial y preliminar no pretendemos ser exhaustivos en las interpretaciones particulares, y tampoco en la presentación de los temas que, con sus diferencias, reiteradamente, según muestra nuestro corpus, ocupan los pensamientos oníricos de NNyA de diferentes estratos sociales. Apuntamos, en cambio, a volver patente la interpretación de los sueños como “la vía regia hacia el conocimiento de la vida anímica dentro de lo inconsciente”, según la celeberrima expresión freudiana (Freud, 1991a, p. 597), para alcanzar cierta comprensión sobre el mundo psicosocial que condiciona la salud de NNyA. Para satisfacer estos fines, exponer algunos ejemplos concretos con sus respectivas ilustraciones, nos pareció un camino adecuado.

Los relatos

1. El tema que nos interesa exponer a continuación se conforma a partir de dos sueños que se iluminan recíprocamente: uno de un niño de 12 años, perteneciente a la clase media, y otro de un niño de 10 años, en situación de pobreza. El primero envió su relato con su propia voz a través de un audio que transcribimos:

Hola, vengo a hablar de mi sueño que tuve durante la cuarentena. Y el más radical y el que más me pegó fue uno que yo pensaba que yo ya estaba grande pero me daba un poco de miedo pensar que yo estaba creciendo tanto ya que no sé qué quiero ser ni a qué me quiero dedicar. Y bueno ese es el sueño más radical que tuve. No tuve muchos más interesantes y nada más, eso.

El dibujo que acompañó el relato anterior es el siguiente:



Imagen 1: dibujo de niño de 12 años

Fuente: Corpus de la investigación PISAC COVID-19 Nodo Noreste-Litoral (2021).

El niño de 10 años, quien asiste al quinto año de una escuela pública, dictó el siguiente relato: “Era una noche en la que dos amigos jugaban básquetbol afuera. El sol se estaba ocultando y dos estrellas fugaces caían del cielo y se iban a chocar contra la casa primero, después contra el aro de básquet y al final le iba a dar en la frente a uno de los amigos. Le dio en la cabeza y lo llevaron al hospital”.

El dibujo que acompañó el relato:



Imagen 2: dibujo de niño de 10 años

Fuente: Corpus de la investigación PISAC COVID-19 Nodo Noreste-Litoral (2021).

Si bien ambos sueños son muy diferentes, el elemento que tienen en común es una angustia asociada al futuro. En el primer caso, esta resulta evidente: se manifiesta sin disfraces como una incertidumbre “radical” en lo que concierne a las posibilidades del soñante en su realización como adulto, en un sentido psicoanalítico, es decir, como alguien constituido como un sujeto singular y relativamente autónomo, capaz de gozar y producir en una medida suficiente (Freud, 1991b). El dibujo que ilustra su relato establece respecto de este una relación de trasposición entre registros significantes diferentes que exigen traducción recíproca. El trazo figura un rostro dividido a la mitad, con dos caras: del lado

izquierdo, un rostro joven que ríe, y del derecho una cara adulta o vieja, ya sin sonrisa, con un solo pelo que parece un signo de interrogación del que pende la cabeza, y un cigarrillo. Esta partición tajante entre opuestos condensa modos de figurar el presente y el futuro, que se asocian respectivamente a la alegría y la tristeza, a la juventud y la vejez, a la ilusión y la potencia de un niño, que se encaminaría a la frustración de un adulto. El adulto que proyecta el niño presente parece un individuo *despojado* (de pelos y expectativas). Podría leerse también en esa parte de la ilustración un intento poco disfrazado por parte del niño por lidiar con la percepción inquietante de la incertidumbre de la que fueron presa los adultos en la circunstancia del ASPO. El miedo del niño está asociado a pensar, y de este modo revela algo que fue un denominador común del ASPO: el mayor tiempo para pensar que tuvieron los adultos –tiempo *desocupado*, angustiante– uno de cuyos asuntos principales fue el porvenir. Un porvenir no exclusivamente centrado en asegurar la conservación de la vida evitando el contagio, que abarcó la posibilidad de ver impedida la realización laboral (“no sé qué quiero ser ni a qué me quiero dedicar”, dice el niño). El tiempo ritmado por el trabajo y la educación, que hasta antes del ASPO era cotidiano, se convirtió en un tiempo *desocupado*. Las actividades que se relacionaban para el niño con su *realización* se desdibujaron, al punto de que, desde su discurso, no es sólo el futuro lo que se *des-realiza*, sino su mismo deseo (“no sé qué quiero ser”). Finalmente, la mitad “vieja” del rostro, suspendida de un pelo como de un signo de preguntas, evocando la incertidumbre, muestra una nariz mucho más pequeña, acaso vinculada a la falta de potencia ya mencionada. Sin embargo, es preciso decir que un esclarecimiento convincente del sentido que posee este rasgo para el niño en cuestión requeriría más información de la que disponemos.

2. El segundo sueño, que enlazamos al anterior, metaforiza la angustia ante el futuro de un modo creativo, recurriendo a una consabida tradición popular. En efecto, la visión de una estrella fugaz suele asociarse a la posibilidad de pedir un deseo o realizar un sueño. Divisarla es raro, debido a su aparecer impredecible y a su carácter efímero. Al hecho de afirmar que es la suerte la que nos permite observarlas, lo separa un paso: considerarlas señal o anuncio de la fortuna prometida. Por otro lado, la estrella orienta y señala el camino, especialmente a navegantes y viajeros, es decir, a quienes se hallan en tránsito, en transición (por ejemplo, hacia la adultez), y se asocia en nuestra cultura al signo de la “Salvación” paradigmática: la del “Niño Jesús”, y por consiguiente a la bienaventuranza de todos. Pero en el relato del sueño del niño santafesino de 10 años en situación de pobreza esta simbología se invierte: dos estrellas fugaces, como proyectiles fuera de control, “rebotan” (como una pelota) en la casa, luego en el aro de básquet en el que los dos amigos jugaban y, finalmente, una de ellas golpea la cabeza de uno de los amigos, al punto de que deben llevarlo al hospital. Todo un símbolo de lo que pasa con los sueños/deseos de NNyA pertenecientes a una población crónicamente pobre (pobreza de

varias generaciones) en nuestra época. A diferencia del sueño del niño de clase media, en este sueño no aparece una incertidumbre repentina donde antes había supuestas posibilidades más concretas de un proyecto personal. Lo que se figura en él es la caída de una esperanza depositada en un “golpe de suerte” enviado del cielo. La promesa o la expectativa provenientes “de arriba” se materializan en proyectil, en disparo insensato. Como si fueran los sueños mismos, en su desmoronamiento, los que apuntan a despertar al pequeño de sus ingenuas ilusiones, mostrando que su precipitación es violenta, peligrosa, incluso *fatal* (inevitable y potencialmente mortal).

Es llamativa la descripción redundante o remarcada del momento, que parece referir a algo más que al día en cuestión: cuando caen las estrellas fugaces no sólo “es de noche”, sino que “el sol se está poniendo”. Metáforas, podemos hipotetizar, no de un día, sino de una *época oscura*, en la que el sol se pone (fuente de luz, símbolo paterno), el cielo se enrarece y el afuera se vuelve hostil. Y allí afuera están los amigos, jugando: no el soñante en primera persona, sino dos amigos a quienes el niño que habla y dibuja parece observar desde otro lugar, con quienes en todo caso él se identifica, y *a través* de quienes disfruta del juego, aprende de las peligrosas consecuencias de la exposición, y se mantiene a resguardo de las heridas y desventuras que parecen consecuencia de salir, divertirse y soñar. El sueño parece ilustrar el mandato que advierte, amonesta y castiga a quienes salen de sus lugares de residencia. También enseña al pequeño, que ve la caída de las estrellas-sueños, sobre lo que es posible esperar “de arriba”: es decir, de lo que tiene derecho a ilusionarse con recibir “gratis”, de ese “arriba” que es para NNyA el mundo adulto (los adultos son quienes están *por encima*). Ocurre como si el niño se preguntara: “¿qué es posible desear/esperar?”, y el sueño le respondiera con un escarmiento impiadoso. La *teoría social inconsciente* del soñante nos dice que ser niño pobre no equivale sólo a habituarse a la frustración, sino que implica saber (aprender) que jugar, divertirse y soñar es peligroso y está contraindicado.

En el dibujo que acompaña este relato llama la atención lo tosco de los trazos, y la ausencia de detalles, teniendo en cuenta la edad del niño. A excepción de la casa, resulta difícil incluso identificar los elementos gráficos mencionados en la historia: los dos amigos, las dos estrellas fugaces y el aro de básquet. Se ven algunas manchas en amarillo que parecen ser los impactos de las estrellas fugaces, y una mancha roja en el suelo (podría ser de sangre). Una figura humana parece estar sobre el techo de la casa, mientras que otra se adivina completando lo observado sobre el margen inferior derecho de la hoja, como media figura humana.

Pasemos ahora al segundo tema de nuestra indagación: nos ocupará de modo sintético el relato de una niña de 8 años de clase media. Ella nos contó, a través de un mensaje de audio, el sueño que transcribimos a continuación: “Soñé que yo me iba a la casa de una vecina y pero esa casa estaba en otro lugar. Estaba en la unión de dos calles que se juntaban y tenía una puerta chiquitita y yo me iba a adoptar unos cachorritos”. Su

relato fue acompañado de un dibujo (ver abajo), descrito por la niña en otro audio de la siguiente forma: “En el dibujo está la casa donde yo iba y las dos casas de al lado. A la casa que yo iba era la naranja y tenía una puertita muy chiquitita. Y el perrito que está al costado es uno de los perritos que yo iba a adoptar”.



Imagen 3: dibujo de niña de 8 años

Fuente: corpus de la investigación PISAC COVID-19 Nodo Noreste-Litoral (2021).

¿Qué sugieren estas figuraciones? En un contexto de encierro, la niña sueña que se va a la casa de una vecina: hasta aquí, todo indicaría que se trata de un sueño de realización de deseo. La imaginación permite cumplir los anhelos que en la realidad efectiva son frustrados. Los relatos de encuentros con vecinos fueron muy reiterados entre los niños participantes.

No obstante, hay diferentes aspectos que lo tornan particularmente interesante. Lo primero que llama la atención en el relato de la niña es que ella dice que sueña que va a la casa de una *vecina*, pero aclara que en el sueño esa casa estaba *en otro lugar*. Aparece allí una contradicción: ella dice primero “y”, y después “pero”, dando cuenta de que registra dicha contradicción. Después, cuando se refiere a la ubicación de la casa de la vecina, aparece una redundancia en la expresión “estaba en la *unión* de dos calles que

se *juntaban*" (cursivas nuestras). La casa de la vecina estaba, entonces, en otro lugar, un lugar donde las calles, los trayectos, se juntan. Finalmente, dice que la casa tenía "una puerta chiquitita", y que ella se iba a adoptar unos cachorritos.

Al describir el dibujo expresa que en él está la casa a la que ella iba, y las dos "casas de al lado". En la ilustración se ve que las casas están muy al lado, (a)pegadas una a la otra, lo cual evoca, por la vía del grafismo, la reiteración de esa idea que ya habíamos escuchado respecto de las calles. En el sueño de la niña, la vecina vive, entonces, en *otro* lugar, donde las calles se juntan, se unen, y las casas también. Estas calles, como trayectos vitales de quienes están separados, parecen graficar el deseo de que las distancias actuales se achiquen hasta que sea posible encontrarse. Podemos pensar que esta fusión de las casas y las calles le permite cumplir en su fantasía el deseo de estar cerca (muy cerca) de la vecina a la que en sueños visita. Así mantiene además una expectativa de cumplimiento de ese deseo, que le posibilita hacer lugar a una compañía posible (imaginaria) de ella durante el encierro. La arquitectura onírica de la niña le sirve para burlar las estrictas medidas de aislamiento respecto de pares por fuera del círculo familiar.

Que el aislamiento es la dificultad o el malestar que el sueño aborda, y a su modo soluciona, es una hipótesis que se deriva también de otro elemento. En la descripción de su dibujo, la niña vuelve a hacer referencia al tamaño de la puerta, sobre el que había puntualizado en el relato de su sueño: "tenía una puerta muy chiquitita", repite. El dibujo muestra una puerta muy estrecha, con picaporte. Este aspecto del relato y del dibujo da la idea de una difícil accesibilidad: una dificultad para acceder a esa socialización anhelada. La ausencia de puerta llevaría a pensar en la inaccesibilidad y el aislamiento, mientras que una puerta pequeña podría indicar reticencia al contacto o indecisión sobre él. El contexto particular en el que en ese dibujo emerge la indecisión respecto del contacto podría deberse a la alarma acerca de un exterior peligroso o inseguro. En este mismo sentido, son llamativas las rejas en todas las ventanas de las tres casas graficadas. Una de ellas, la central, la casa de la "vecina", tiene rejas muy anchas y negras, que transmiten y subrayan la idea de encierro. De acuerdo con la literatura sobre evaluación psicológica a través de test proyectivos gráficos, demasiados intersticios en la ventana pueden expresar el sentimiento de que el cuarto de adentro es una prisión. Y justamente las rejas de la casa naranja parecen barrotes (Hammer, 2008). El temor y la indecisión respecto del contacto se hacen constar también en el hecho de que, a pesar de la idea repetida de "juntarse" y "unirse" que se figura en los caminos y las casas, el encuentro entre la niña y su vecina parece no concretarse en el sueño.

Otra curiosidad de la particular arquitectura de este dibujo es que las tres casas ilustradas conforman un triángulo que da la impresión de ser una sola casa, una "casa techo", en la que el techo hace las veces de techo y de paredes simultáneamente. La literatura especializada sugiere que al proyectarse uno mismo en el concepto gráfico de

la casa, el techo corresponde al área de la fantasía (cfr. Buck, 1948; Buck, 2008; Hammer, 2008). El dibujo de una casa techo podría indicar entonces que la persona vive una existencia predominantemente fantaseada. En efecto, los techos excesivamente grandes son típicos de personas inmersas en la fantasía y apartadas del contacto interpersonal. En este dibujo, esta forma de la casa podría indicar una compensación de la privativa realidad en el área de la fantasía, y quizás también una sensación de encierro en esa fantasía, teniendo en cuenta las características mencionadas respecto de la casa dibujada en el espacio central –rejas extremadamente anchas, puerta chica, picaporte–.

La adopción de cachorros (de animales domésticos, no salvajes ni agresivos) que requieren cuidado, especialmente cuando son pequeños, nos lleva a pensar que en el relato canaliza las necesidades de contacto y apego por la vía de la identificación proyectiva con figuras animales. En el dibujo, el perrito parece también estar intentando ingresar a la casa de la vecina, y se encuentra en el lugar imaginario de la niña en este sentido. Es importante tener en cuenta que los animales son elementos gráficos de identificación habituales en niños pequeños (Hammer, 2008; Corman, 1967). El núcleo narrativo (lo que ocurre en el relato), la arquitectura soñada y graficada, y la aparición del cachorro, condensan en la producción de esta niña una denuncia del malestar derivado del aislamiento y una desmentida imaginaria de la causa de sus frustraciones.

3. Finalmente, expondremos un ejemplo de angustias vinculadas a la muerte de seres queridos, y en particular de muerte violenta. La angustia de muerte es difícil de verbalizar y de simbolizar. Los relatos de sueños son un género discursivo especial que permite comunicar una angustia (o un deseo) disfrazada, sin que esta se vea plenamente censurada por la barrera crítica de la preconsciousia del soñante. Y bien, un tema recurrentemente representado en los sueños de NNyA es la violencia física. Un niño de 11 años de estratos pobres relata lo siguiente sobre su sueño:

[Niño]: “- Había un auto sin patente y había una mamá con la nena, y salió el perro del auto para torear. Y dos señores se bajaron y se llevaron a la nena y la mataron.

[Adulto] “- ¿Cómo sabés si la mataron?”

[Niño] “- Porque yo los perseguía. Y la policía después los estuvo buscando. Pero antes la fueron a buscar a la mamá y la mataron y la tiraron al zanjón. Y ahí me desperté.”

Lo primero que podemos destacar en la reflexión sobre este sueño es que la violencia física en los relatos a los que accedimos tiene por víctimas –mayoritaria y casi invariablemente-, a las niñas, a las adolescentes y a las mujeres adultas. Los victimarios son por regla los varones: es de ellos de quienes se espera la violencia e incluso el crimen. Esto se deriva tanto de los sueños de NNyA de estratos medios como de los relatos y

dibujos de población infantil y adolescente de sectores más expropiados o vulnerables. La diferencia significativa es que en los sectores más vulnerables la violencia se muestra de modo más directo y brutal.

La narración que compartimos es explícita y cruda, y el niño que comunicó el sueño aquí transcrito prefirió no realizar un dibujo. Esta decisión no sorprende: se trata efectivamente de un sueño de angustia que interrumpe la función del sueño como “guardián del dormir” (Freud, 1991a, p. 245). El pensamiento onírico: “una madre muerta arrojada al zanjón”, supera los límites de la otra escena. El niño se despierta, permanece con esa valencia angustiante y se niega a dibujar el sueño. El intento de elaboración onírica llegó hasta un punto infranqueable.

Asimismo, hay señales de un esfuerzo previo para mitigar la angustia que se desprende de aquella representación: en el relato se muestra relevante la expresión “una mamá”, en la que se toma distancia de la angustia más personal a través del uso del artículo indefinido. Este modo de decirlo es tal vez el elemento decisivo que le permite al niño observar la violencia narrada como un observador externo, desacoplando en alguna medida la angustia más intensa que, podría esperarse, estuviera asociada a semejante representación. El artículo indefinido que anonimiza a la madre figurada contrasta con el modo de referir inmediatamente a “la nena”, a través de un artículo definido. La presencia de un auto sin patente nos indica un saber acerca de la vida en los márgenes de la ley con la que el niño está familiarizado. Los femicidas son dos “señores”: dos *varones adultos*; las víctimas de la agresión: una mujer y una niña. El niño demuestra comprender, en sueños, una de las formas dominantes de la violencia social estructural. El temor a la muerte y a la oscuridad pueden ser fantasías persecutorias invariantes, y un análisis de las asociaciones del soñante permitiría reconocer qué es lo que en su relato se manifiesta de su historia como sujeto. Pero el peligro criminal de dos varones adultos, circulando en un auto sin patente, que matan a una mujer y a una niña y se deshacen de los cadáveres como de basura, no se explica por referencia a una simbólica universal y abstracta, ni se agota en las asociaciones singulares de un niño concreto, sino que adquiere sentido en relación con una precisa *teoría política infantil* que le ayuda a elaborar las violencias del tiempo y la sociedad en los que el niño vive y sufre.

En este sentido, un elemento que resulta interesante subrayar es una referencia ambigua, presente hacia el final del sueño: el niño declara saber que habían matado a la nena porque persiguió a los asesinos y cuenta que “la policía los estuvo buscando”. Luego añade: “pero antes la fueron a buscar a la mamá y la mataron y la tiraron al zanjón”. Un interrogante se impone en este punto: ¿quiénes fueron a buscar a la mamá, la mataron y la arrojaron a un zanjón? El sentido común indica que, a nivel consciente, el niño se refiere a los asesinos de la nena. Pero la interpretación de los sueños enseña precisamente a evitar la clausura del sentido, a poner en suspenso el sentido común, el significado de aquello que parece obvio y que nosotros, como lectores u oyentes, tendemos a cerrar. Y

lo cierto es que lo expresado admite la posibilidad de interpretar que quienes buscaron a la mamá, la mataron y la tiraron al zanjón fueron miembros de las fuerzas de seguridad. Esta ambigüedad podría atribuirse a la imprecisión propia del dominio del lenguaje de un niño promedio de 11 años en la Argentina actual. Pero desde una perspectiva histórico-cultural, que rastrea las marcas de lo social en la expresión de una figuración onírica, el equívoco en la lectura ilumina la escena pública. A través de su ambigüedad involuntaria, el niño nos recuerda que estamos, incluidos NNYA, habituados a enterarnos de la complicidad de las fuerzas de seguridad en la comisión y el encubrimiento de delitos, aun de los más macabros. Esa confusión de órdenes entre la ley y su transgresión se vuelve manifiesta en un detalle del relato, aparentemente privado de sentido, que una lectura no analítica invita a soslayar.

Conclusión

La revalorización metodológica y epistemológica de la interpretación de los sueños nos llevó más allá de la práctica habitual de la técnica psicoanalítica, circunscripta mayormente a los límites de la clínica individual, para alcanzar sentidos que, encontrándose manifiestos en el discurso de NNYA, sobrepasan la biografía de los soñantes. Sin abandonar los fundamentos psicoanalíticos de los que depende la interpretación de los sueños (y de cualquier formación del inconsciente), el análisis que realizamos de cuatro sueños concretos y de tres dibujos asociados a ellos nos permitió ilustrar la importancia de los sueños como testimonios históricos de una época.

En tal sentido, a partir del análisis del nivel cultural del significado de los sueños, los relatos oníricos se presentaron aquí como complementos dignos de formar parte del archivo histórico del período del ASPO en la Argentina. El valor de estos testimonios se vuelve aún más significativo cuando tenemos en cuenta que pertenecen a fragmentos de la vida anímica de NNYA: una población social e institucionalmente marginada. Con clases presenciales suspendidas por un período más prolongado respecto de lo ocurrido en la mayor parte de los países del mundo, y a contrapelo de las recomendaciones de las agencias de salud pública más prestigiosas del mundo desde fines de 2020 (ECDC, 2020; CDC, 2020; OMS, 2021). Además, con clausura simultánea de actividades con pares por fuera de la escuela, con restricción de acceso y permanencia en espacios públicos al aire libre; los menores de edad –que no pertenecían a los grupos de riesgo de COVID-19-, quedaron literalmente excomulgados: expulsados de la comunidad, confinados al margen de la sociedad, desatendidos, no escuchados ni reconocidos. En el mejor de los casos, fueron condenados a limitarse a soñar. En este contexto, no exageramos al afirmar que la atención científica sobre los relatos de sueños de NNYA ha sido prácticamente inexistente por fuera de su abordaje clínico (de base psicoanalítica) y tampoco es difícil probar que durante el ASPO y el posterior Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO),

NNyA han sido poblaciones a las que no se consideró prioritariamente. Parte de nuestra contribución consistió en recuperar esas producciones oníricas en un tiempo excepcionalmente difícil para NNyA.

El valor del material que recopilamos quedó demostrado en su capacidad de revelar algunos sentidos recurrentes en los modos en que NNyA experimentaron el aislamiento. En este trabajo, mostramos a través de análisis de casos puntuales cómo se simbolizaron tres temas de frecuente aparición en los relatos: la angustia ante la incertidumbre, el malestar a causa del aislamiento y la angustia ante la violencia de género normalizada. Estos temas permitieron iluminar sentidos que no se revelan mediante la aplicación término a término de una clave simbólica universal, y que tampoco se sustraen a la comparación como simbolizaciones puramente singulares: el anhelo de encuentro con amigos (contracara de la necesidad de salir del encierro y de la endogamia, incluso del hacinamiento, que fueron generadores de ansiedades específicas); la caída de los sueños y la pérdida de claridad respecto del propio futuro, y la violencia social –en particular la violencia de género– a la que están expuestos NNyA, de modo naturalizado por los adultos.

A través de esta aproximación psicopolítica a la interpretación de relatos y dibujos de sueños, y parafraseando la invención freudiana de las teorías *sexuales* infantiles, introdujimos los conceptos de *teoría social inconsciente* y de *teoría política infantil*. Los utilizamos para referirnos a los modos infantiles específicos de dar cuenta de lo que para NNyA constituyen angustias, deseos, enigmas e interrogantes provenientes del mundo adulto. Escuchar e interpretar estas teorías nos permite volver extrañas ciertas dimensiones sociales que hemos naturalizado. A través de una de estas teorías que reconstruimos en nuestro análisis postulamos que el sueño y el dibujo de la niña de 8 años figuraban las casas con rasgos de “prisiones”, y hacían manifiesta la necesidad de esta niña de contacto y apego. Descubrimos también, en el relato y el dibujo de un niño de 10 años, que, en su universo simbólico, *llegar a ser niño* en sectores sociales afectados por pobreza estructural significa tener que atravesar de modo reiterado frustraciones intensas, y entender que jugar, divertirse y soñar es, al menos durante el ASPO, una práctica riesgosa, e incluso fatal. Otra teoría infantil, que desplegamos a partir de un relato de un niño de 11 años, denuncia con toda claridad algunas de las reglas de la violencia social contemporánea en nuestro país –violencia a la que NNyA están expuestos como víctimas directas o indirectas (como familiares o testigos)–: su carácter criminal, organizado, clandestino y patriarcal, su índole cotidiana, las fronteras indistinguibles del mundo de la delincuencia con el de las fuerzas de seguridad, la extrema vulnerabilidad de la vida y la brutal degradación de la dignidad humana.

Este desarrollo de tres temas recurrentes de nuestro corpus a partir de cuatro narraciones verbales y tres dibujos de sueños no pretendió ser exhaustivo ni representativo de la totalidad del corpus, sino que se limitó a mostrar algunos ejes que

organizan los relatos de NNyA sobre el ASPO en la región Noreste-Litoral de nuestro país. Entendemos que para tener una visión más abarcadora del conjunto de producciones oníricas de la población referida, será necesario realizar un análisis general del corpus identificando los asuntos y las categorías prevalentes presentes. Esto nos permitirá poner en perspectiva algunos aspectos de la vida de NNyA y de nuestro mundo social adulto durante la pandemia por COVID-19.

Referencias bibliográficas

Beradt, C. (2019). *El Tercer Reich de los sueños*. Traducción y prólogo: L. Levi y S. Nívoli. Posfacio y notas de B. Hahn. Santiago de Chile: LOM. (Versión Original 1966).

Buck, J. N. (1948). "The H-T-P technique; a qualitative and quantitative scoring manual". *Journal of Clinical Psychology*, 4, 317–396.

_____ (2008). *HTP. Manual y guía de interpretación*. Madrid: TEA Ediciones.

Burke, P. (2000). *Formas de historia cultural*. Trad.: B. Urrutia. Madrid: Alianza.

CDC (2020). "Summary of Guidance for Public Health Strategies to Address High Levels of Community Transmission of SARS-CoV-2 and Related Deaths, December 2020". Recuperado de https://www.cdc.gov/mmwr/volumes/69/wr/mm6949e2.htm?s_cid=mm6949e2_w

Corman, L. (1967). *El Test del dibujo de la familia en la práctica médico-pedagógica*. Buenos Aires: Kapelusz.

Drivet, L. (en prensa). "Lo onírico es político. Sobre la interpretación cultural de los sueños". Revista *Psicoanálisis en la Universidad*. Rosario: UNR.

ECDC (2020). "COVID-19 in children and the role of school settings in transmission - first update". Recuperado de https://www.ecdc.europa.eu/sites/default/files/documents/COVID-19-in-children-and-the-role-of-school-settings-in-transmission-first-update_1.pdf

Freud, S. (1991a). *La interpretación de los sueños*, en *Obras completas*, Tomos IV (completo) y V, pp. 345-612. Buenos Aires: Amorrortu. (Versión Original 1900).

_____ (1991b). Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III). En Sigmund Freud, *Obras completas*, Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu. (Versión Original 1916-1917).

_____ (2004). *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*, en *Obras completas*, Tomo XIII, pp. 1-164. Buenos Aires: Amorrortu. (Versión Original 1912-1913).

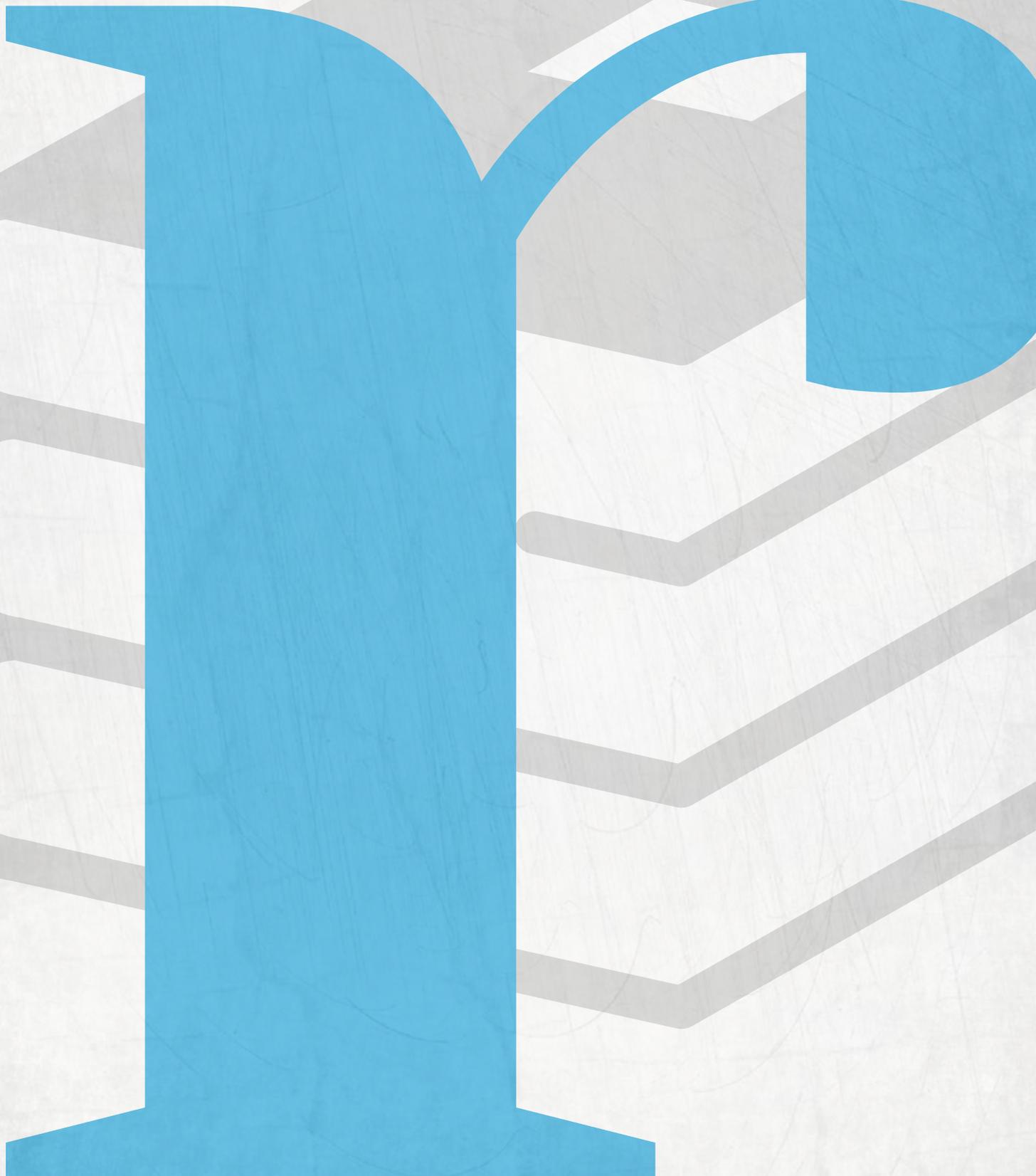
Hammer, E. F. (2008). *Tests proyectivos gráficos*. Buenos Aires: Paidós.

OMS (2021). “Ensuring safe schooling during COVID-19”. Recuperado de <https://www.euro.who.int/en/health-topics/Health-systems/pages/news/news/2021/4/ensuring-safe-schooling-during-covid-19>

OIT (2021). “COVID-19 y trabajo infantil” Recuperado de https://www.ilo.org/buenosaires/noticias/WCMS_793493/lang--es/index.htm

UNICEF. (2021). “De los chicos y las chicas #SomosResponsables, una campaña contra la violencia durante la pandemia” <https://infanciasinviolencias.org.ar/> Recuperado de: <https://www.unicef.org/argentina/comunicados-prensa/de-los-chicos-y-las-chicas-somos-responsables-infancia-sin-violencia>

RESEÑAS





Reseñas

Vol. 1, Nº 2. Experiencias de infancias y prácticas de cuidado en tiempos de pandemia

COMUNICARNOS CON LOS MUERTOS MÁS ALLÁ DEL TRABAJO DEL DUELO

[Vinciane Despret. *A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan*. Buenos Aires, Editorial Cactus, 2021, 192 pp.]

Por Pablo Sánchez Ceci

Vinciane Despret, nacida en Bélgica el 12 de noviembre de 1959, es licenciada en filosofía y psicología por la Universidad de Lieja. En 1997 defendió su tesis de doctorado bajo la dirección de Isabelle Stengers. Su trabajo intelectual cruza campos diversos como la filosofía de la ciencia, la antropología cultural, la psicología animal, la epistemología, la etología y el arte. A la fecha ha publicado más de una decena de libros en francés. Traducidos al español contamos solamente con *Cuerpos, emociones, experimentación y psicología* (UNED, 2016), *¿Qué dirían los animales... si les hiciéramos las preguntas correctas?* (Cactus, 2018) y, más recientemente, el libro que nos convoca esta reseña: *A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan* (Cactus, 2021).

En una entrevista reciente, Despret pronuncia una frase que condensa su posición como investigadora y su estrategia en la producción del conocimiento: “*los posibles modos de ser* filósofa los aprendí con aquellos con los que realmente amaba filosofar”. Desde su perspectiva, no hay un modo único de ser filósofa, como no hay un único modo de ser nada. La existencia de un ser no está dada ni garantizada, es algo que puede defenderse, es posible y no necesaria, es precaria y contingente, depende de la defensa de ciertas condiciones. En tal sentido, destacamos en el libro de Despret algunos aspectos interesantes: una metodología sensible al registro de una experiencia tan curiosa como la comunicación entre muertos y vivos; una resistencia a un imperativo epocal y teórico a

realizar un trabajo del duelo que exorcice de una vez y para siempre esas voces que atormentan o protegen a los vivos para domesticarlos como meras “representaciones culturales”; una política de la citación sumamente delicada que reconoce todos los encuentros y nombres propios que se cruzaron en el camino de esta autora y apuntalaron su trabajo de investigación aportando historias, materiales; así como un gesto de generosidad que evidencia el carácter social de la construcción del conocimiento de las prácticas académicas.

Por último, y no menos importante, se destaca en el texto reseñado un estilo literario nada usual para los típicos libros que compendian o adaptan una serie de *papers* ya publicados. La estructura narrativa de este volumen, por el contrario, trabaja con un montaje que alterna las escenas de (auto)indagación biográfica recuperando las tramas personal y vital de la “novela familiar” de la autora, que funciona como hilo conductor de un trayecto donde se insertan otras escenas de la práctica más formal de la investigación. Entre ellos: los antecedentes en la obra del antropólogo Heonik Kwon y sus investigaciones sobre las relaciones entre vivos y muertos en Vietnam; la construcción un “marco teórico” a partir de las obras de Deleuze, Souriau, Stengers y Latour; la interpretación de textos culturales como novelas o series como síntomas de un malestar social en el que esta investigación se inscribe críticamente; el registro de la experiencia en campo con el “dispositivo espiritista” en el que la investigadora asiste a sesiones de espiritismo en la que conversa con familiares de muertos, matronas de los muertos y con algún muerto mismo.

A partir de una beca de investigación en el extranjero, Despret pasó una breve temporada observando las prácticas de investigación de un etólogo israelí que estudiaba el comportamiento de un pájaro. Desde ese encuentro, a Despret la acecha la pregunta de por qué algunos etólogos encuentran un comportamiento interesantísimo –como lo es la manera de bailar de este pájaro y sentir emociones, o establecer un protocolo de solidaridad entre sus pares- en un animal, y otros etólogos no lo encuentran. Esta diferencia, dice ella, puede estar en el campo de la teoría, la metodología y la práctica, pero fundamentalmente se trata de un hacer, de fabricar un dispositivo. Declara en una entrevista: “Pensé que cada vez que tuviera un nuevo ser que me interesara debía pensar, cada vez, cuál es el dispositivo adecuado para volverlo interesante. Si me interesó, ¿en qué medida aquello que me interesó de él requiere un *dispositivo muy particular*? Cada vez que trabajé después definía cuál sería el dispositivo adecuado”. Esta necesidad de la autora de conjurar, tramar y tejer en la escucha un *dispositivo particular* para cada ser o modo de existencia es quizás su rasgo más distintivo de audacia como investigadora, inspirado en las formas en que el trabajo de Latour y Stengers critica la forma de producción del conocimiento científico moderno. La autora entiende que “el trabajo de los filósofos es justamente luchar contra las generalizaciones”. El trabajo de investigar tiene, desde esta perspectiva, la orientación a suscitar una inquietud en lo universal. Quizá con

estas orientaciones epistemológicas podemos afirmar la vocación de la comunicación (y de las ciencias sociales y humanidades en general) de buscar en la expresión de las singularidades y en sus detalles eso que organiza lo social.

En esa línea, Despret sostiene un gesto de escucha delicada/dedicada capaz de encontrar las continuidades entre animales y humanos, vivos y muertos. Muertos y animales comparten cierta condición de vulnerabilidad y mutismo, son existentes a los que se les niega su potencia de actuar o decir. La autora presta la oreja a las condiciones de audibilidad de las voces de esas formas de existencias descalificadas por “los modernos”, como diría Latour (2007). A esto nos referíamos antes con construir un dispositivo adecuado al modo de existencia que pretende investigar donde, para que ciertos fenómenos sean registrables, hay que suscitar ciertas condiciones de posibilidad. En este sentido, ella dice hacer una “etología” o una “ecología” de los muertos. Para la ecología, como la entiende Despret, no es relevante la pregunta ontológica por si algo existe o no o por la verdadera naturaleza de su esencia. Más bien esta disciplina apuesta por indagar en lo que necesita un ser para existir, busca identificar las “condiciones de existencia” y el “medio” en el que determinado tipo de existente puede ser tal. Una ecología/etología parte de preguntas como:

“¿Qué es lo que vuelve a un muerto capaz de sostenerse? ¿De qué se sostiene un muerto? ¿Cuáles son las condiciones propicias que vuelven capaces a los muertos? ¿Qué tipo de pruebas los fortalecen y cuáles los ponen en riesgo? ¿Qué necesitan? ¿Qué piden? ¿De qué vuelven capaces a otros seres? ¿Qué es constitutivo de un buen medio para ellos y para quienes asumen la responsabilidad de su consumación?” (Despret, 2021, p. 21).

A partir de la particular lectura de Spinoza que hace Deleuze (2008), Vinciane Despret se propone seguir las preguntas que indagan la potencia de un existente, que puede soportar o hacer, no lo que quiere sino lo que efectivamente tiene como potencia. Cabe preguntarse a esta altura si la autora ha enloquecido o si es ella misma una médium: “¿Cómo podemos decir que algunos muertos existen 'realmente', que tienen una existencia plena y entera, que no son, por ejemplo, producto de la imaginación de los vivos –aunque la imaginación de estos pueda estar movilizada?” (2021, p. 19). No es que la explotación capitalista, Martín Fierro, una piedra, un gato, una persona y un muerto tengan el mismo “modo de existencia”, cada cual existe bajo cierto régimen de “instauración” y en un “registro de verdad que le conviene”. Las obras de arte o un personaje de ficción como Fierro, existen y son “verdaderos” en virtud de una relación de “instauración” y “creación” con un autor que nunca es el único creador de la obra. El autor es responsable con el pedido de la obra y así la ayuda a existir participando de esa transformación. De manera similar, Despret adapta la filosofía estética de Souriau (2017) y pasa de analizar

ficciones, a los vínculos entre personas vivas y muertas. Así es que declara: “si no los cuidamos, los muertos mueren totalmente, pero el hecho de que seamos responsables de la manera en que van a perseverar en la existencia de ninguna forma significa que su existencia esté totalmente determinada por nosotros” (Despret, 2021, p. 17). De esta manera, como para Souriau el autor no es el único creador de una obra de arte, para la autora belga los deudos no son los únicos que mantienen la existencia de un muerto, pero sí ambos cumplen la función de instaurar o defender los respectivos modos de existencia con los que están relacionados.

Al indagar cómo se constituyen las condiciones de existencia que permiten la instauración de los muertos por medio de sus relaciones con los vivos, Despret renuncia a cierta oposición binaria que dice de los muertos que simplemente están muertos o que existen como una mera identidad psicológica; o como una representación imaginaria o cultural, o como un malestar que debe ser purgado por medio de un trabajo individual, como prescribe lo que en este libro se llama “teoría del duelo”. La autora se propone “seguir la pregunta por el medio” (2021, p. 45), esto es proceder:

“de manera tal que no se pierdan de vista ni a los vivos ni a los muertos, es aprender a seguirlos o a encontrarlos a través de lo que los une, de lo que los 'mantiene juntos'. Seguir por el medio es agenciarse en un agenciamiento. Es experimentar, con muchas precauciones, la manera de crear una puesta en relación con lo que solo se puede esperar que sea inteligible como puesta en relación” (2021, p. 45-46).

Es por eso que Despret no indaga meramente en la construcción de un sentido sobre la muerte por parte de los vivos o en la configuración de prácticas de memoria en un trabajo clínico de duelo, y es quizás también la razón por la que no trata de ser ella misma una médium para comunicarse con los muertos. En su búsqueda “por el medio”, por lo que vincula y une dos modos de existencia diferentes, se detiene no tanto en lo que los vivos hacen con los muertos, sino en lo que los muertos les hacen hacer a los vivos, porque “el deseo de los muertos de ser recordados convoca a los vivos a conmemorar, tanto como la obligación de conmemorar de los vivos convoca el deseo de los muertos” (2021 p. 69). Y advierte: “El error es no tomarse a los seres en serio” (2021, p. 81).

...

La escritora belga pone a funcionar un dispositivo curioso. Por un lado, prefiere contar su tema de investigación, antes de cualquier pregunta o entrevista, y seguir el consejo y las intuiciones de la gente. Una serie de televisión, una novela policial, un artículo, una historia, un signo que se agita en la respuesta de una persona que quiere

ayudarla en su investigación es el primer material con el que trabaja Despret. En el libro esta trama polifónica de solidaridades que su autora sigue atentamente sin desmerecer la donación de sus interlocutores es reconstruida con nombres y detalles, tratando de combatir que estas intuiciones permanezcan como murmullo atómico. Hay en la autora una política de la cita sumamente solidaria que reconoce que la construcción del conocimiento es colectiva y muchas veces viene de una conversación breve, desinteresada, afectuosa. “Decidí seguir todos los consejos y los consigné todos en mi agenda, día a día: qué mejor que inscribir en una agenda, que rememora los acontecimientos y a la vez prescribe las tareas por hacer” (2021, p. 35). En las numerosas notas al pie de página, la escritora reconstruye de manera explícita cómo fue que llegó a cada momento de su investigación; qué tesisas, profesores, autores y amigos le acercaron de maneras diversas un signo capaz de despertar un *insight*, si bien la investigación social no procede por revelaciones místicas o fortuitas (aunque quizás las haya), sino por un trabajo paciente, sensible y colectivo. Esta última característica es algunas veces imperceptible por las condiciones de producción, circulación y consumo del trabajo intelectual. Reponer aquello que hace posible las condiciones de existencia del trabajo científico es algo que Despret hace constante y conscientemente, no de manera retórica o accesoria al resto de su trabajo. Es en ese sentido que este no es solo un libro sobre las relaciones entre muertos y vivos, como su libro anterior no es solamente sobre los animales: constituye una zona de interrogación constante para la autora los avatares de la producción de conocimiento.

En esa línea, también es destacable el trabajo sobre el género discursivo mismo del libro. Tanto en su forma como en su fondo, Despret escribe de manera tal que cuestiona ciertas soledades y solemnidades de la producción de conocimiento. “A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan”, está compuesto por ocho capítulos cada uno de los cuales es precedido y seguido por un breve relato íntimo en el que la autora narra una investigación que emprendió para identificar las circunstancias de la muerte temprana de Georges, quien habría sido su tío abuelo.

...

Sobre una sesión de espiritismo con una clarividente, Despret dice: “la cuestión no es saber si lo que dice es cierto o no, la cuestión es comprender lo que su propuesta toca, y sus efectos. Crea sentido, se vuelve verdadera, reconstruye la historia de un modo tal que ofrece asidero en el presente” (2021, p. 150). En todo el planteo de la belga hay una línea pragmatista inspirada en la filosofía de William James (2000), que la orienta a preguntarse por los “efectos” y no por contenidos de verdad o falsedad universales. Esos “efectos” son resultado de los momentos en que los muertos “hacen hacer” a los vivos.

Ellos, quienes quedan, tienen una responsabilidad con los muertos a los que hacen existir, pero no podrían ser tan vivos después de todo sin lo que sus muertos les hacen hacer. Así, Despret reúne historias de otros investigadores, de informantes, de su propia familia para dar cuenta de relaciones –entre los muertos y los vivos- que tienen efectos (2021, p. 148).

...

El libro cierra con las conclusiones de la pesquisa por esclarecer la muerte de su tío abuelo a partir de las cuales Despret se/nos pregunta: “¿Qué podemos saber de lo que nos mantiene vivos?” (2021, p. 180). Paradójicamente, pareciera ser que los muertos y los vínculos que los vivos mantenemos con ellos son una condición de vitalidad propia. En lo que insiste la autora es en relevar la potencia epistemológica de los vivos para dar cuenta de estos vínculos. Las historias familiares que se heredan siempre incompletas, como la que la autora sigue, no son (o no solamente son) una búsqueda de autoconocimiento, sino la posibilidad de sobrevivir, como ese padre que escribe cartas a su hijo muerto y así mantiene vivo su deseo y quizás el deseo correspondido de su hijo de ser recordado.

...

A contracorriente con un imperativo cultural extendido socialmente como el que expresa la “teoría del duelo”, Despret produce un dispositivo de investigación capaz de afirmar que “los muertos son formidables inductores de vitalidad. Sin ellos, muchos de los que se ubican bajo su protección, estarían menos vivos” (2021, p. 104). En un presente todavía signado por la caída de grandes relatos y una cultura acosada por los fantasmas culturales de una época que, incapaz de imaginar un futuro diferente, repite constantemente su pasado. En lo que se llamó hauntología –*sensu* Fisher (2018)-, la obra de la escritora belga puede leerse como un gran cuestionamiento a ciertos automatismos ideológicos que pueblan gran parte de nuestra cultura. Quizás una forma de renovar ciertas indagaciones teóricas como las de Fisher que tienen su inspiración en el trabajo sobre Marx de Derrida, puedan encontrarse en la crítica práctica que Despret elabora contra la “teoría del duelo”.

...

Durante la elaboración de esta reseña, la Dra. María Eugenia Boito –directora del Instituto de Estudios en Comunicación, Expresión y Tecnologías (CONICET-UNC) y quien

nos sugiriera la pertinencia de referir este libro-, nos autoriza a compartir una historia personal que ilustra de qué manera los muertos siguen en la vida de los vivos:

“Mi padre murió cuando yo tenía 7 años. Un día, 7 de octubre de algún año de la década del 2000, llegó una carta a la casa de mi vecino del lado, con quien solo nos saludábamos. ‘¿Quién es María Boito?’, dijo, cuando el cartero le dio una carta que venía para mí. ‘Yo’, le dije. ‘¿Qué sos de Oscar?’ ‘La hija’. Y fui parte de una conversación sobre mi padre, me regaló anécdotas que no conocía. Mi padre envió la carta de manera equivocada/correcta; el cartero llevó la carta al lugar equivocado/correcto. Le dije a mi esposo Juan. Este es el saludo de cumpleaños de mi padre” (M.E. Boito, comunicación personal, 14 de diciembre 2021).

Como sostiene Despret: “Los muertos no actúan jamás de manera directa. Tienen modos singulares de presencia que se vuelven particularmente perceptibles mediante las elecciones semánticas y sintácticas que permiten describir las maneras en que actúan” (2021, p. 95). El relato autobiográfico que Boito nos transmitió en una conversación, que bien podría ser parte del corpus de análisis de Despret, evidencia el motivo por el que elegimos reseñar este libro para el dossier de este número. Las prácticas de cuidado no siempre suponen una acción de los vivos sobre los muertos, algunas veces siguen el camino inverso. ¿Cómo registrar o percibir estas experiencias? “A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan” ofrece algunos caminos posibles para abordar la complejidad de esta pregunta. Asimismo, después de tanta muerte y enfermedad, quizá las investigaciones en/sobre los tiempos de pandemia necesiten de un dispositivo tan curioso y delicado como el que propone Despret. Al final de sus célebres doce tesis sobre la economía de los muertos, el teórico John Berger (2017) concluía:

“¿Cómo viven los vivos con los muertos? Hasta antes de que la sociedad fuera deshumanizada por el capitalismo, todos los vivos esperaban alcanzar la experiencia de los muertos. Era éste su futuro último. Por sí mismos, los vivos estaban incompletos. Los vivos y los muertos eran interdependientes. Siempre. Sólo esa forma moderna tan particular del egoísmo rompió tal interdependencia. Y los resultados son desastrosos para los vivos, que ahora piensan en los muertos como los eliminados” (Párrafo 14).

Con Despret podemos decir que a esos resultados desastrosos también los sufren los muertos.

Referencias bibliográficas

Berger, J. (2017). “Doce tesis sobre la economía de los muertos”. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/12824-doce-tesis-sobre-la-economia-de-los-muertos>

Deleuze, G. (2008). *En medio de Spinoza*. Buenos Aires: Cactus.

Fisher, M. (2018). *Los fantasmas de mi vida*. Buenos Aires: Caja Negra.

James, W. (2000). *Pragmatismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Souriau E. (2017). *Los diferentes modos de existencia*. Buenos Aires: Editorial Cactus.



Reseñas

Vol. 1, Nº 2. Experiencias de infancias y prácticas de cuidado en tiempos de pandemia

NUEVOS TERRITORIOS PARA (RE)PENSAR LAS PRÁCTICAS DE ENSEÑANZA/APRENDIZAJE EN TIEMPOS DE PANDEMIA

[Lucía Beltramino (Comp.). *Aprendizajes y prácticas educativas en las actuales condiciones de época: COVID-19*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, 2020. Libro digital, PDF, 486 pp.]

Por Constanza Fariña Hernández

“Aprendizajes y prácticas educativas en las actuales condiciones de época: COVID-19” es un libro digital que contiene una variada compilación de artículos relacionados a la educación en contexto de pandemia. Fue realizada durante el año 2020 y estuvo a cargo de Lucía Beltramino, docente e investigadora de Conicet, de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, en su rol de compiladora. En palabras de la autora: “esta publicación surge como un espacio para detenernos a reflexionar sobre lo que nos acontece y, a la vez, como oportunidad para atesorar y resguardar las experiencias educativas que hemos construido, inventado y reinventado en este contexto” (Beltramino, 2020, p. 10).

En el marco del equipo de investigación “Sentidos y significados acerca de aprender en las actuales condiciones de época: un estudio entre docentes y estudiantes de educación secundaria en la ciudad de Córdoba”, se gesta este libro que resulta del compendio de diversas experiencias en torno a la prácticas educativas en condiciones de virtualidad. Esto nos permite visualizar la multiplicidad de realidades generadas a raíz de una situación que puso en jaque la organización del mundo en general, y su impacto en

la esfera de la educación, en particular. El trabajo, entonces, constituye un gran aporte a la comunidad académica, engrosando las redes colaborativas que buscan favorecer el intercambio de información y conocimiento para potenciar y enriquecer las prácticas educativas situadas. En tal sentido, la sistematización en el ámbito de la educación representa un desafío significativo dentro de la labor docente y, para que esta sea posible verdaderamente, necesita de la participación de los Estados a través de políticas específicas que posibiliten crear redes institucionalizadas de promoción de este tipo de prácticas, a fin de regenerar y recrear los procesos pedagógicos en un *continuum* construido colectivamente.

En esa línea, además de ser un espacio de registro y sistematización, este libro:

...se nos presenta como un lugar donde tensionamos y reflexionamos críticamente sobre las herramientas tecnológicas que median hoy la enseñanza y el aprendizaje. Intentamos no quedarnos en la fascinación, lo que nos impediría atender a otras dimensiones que complejizan el acto de educar, a riesgo de perder de vista las consecuencias que tiene la educación a distancia, virtual, remota, en contextos signados por profundas desigualdades (Beltramino, 2020, p. 11).

De allí que esta publicación forme parte del corpus del Dossier: “Experiencias de infancias y prácticas de cuidado en tiempos de pandemia” como una de las lecturas obligatorias para interpretar el impacto de la pandemia en las reconfiguraciones institucionales, en este caso en relación a la escuela y con gran alcance nacional en la recopilación.

En cuanto a la estructura del libro, está organizada en tres capítulos, a partir de los que se recopilan setenta y tres artículos escritos por docentes, investigadores/as y profesionales del campo pedagógico. Estos reconstruyen producciones de diferentes localidades argentinas, entre ellas: Córdoba, Buenos Aires, La Plata, Santa Cruz, Santa Fe, Mar del Plata, Catamarca, Neuquén, Tucumán y Entre Ríos. Asimismo, cuenta con una experiencia internacional, aportando el caso de Colombia.

El criterio a partir del que se ordenan los artículos responde a las temáticas abordadas y a los niveles educativos de referencia. El capítulo 1 contiene artículos y ensayos relacionados con la práctica de enseñar y aprender en el marco de la pandemia por COVID-19. A su vez, está organizado en tres partes: la primera de ellas agrupa una serie de textos vinculados con los resultados de investigaciones sobre las potencialidades y desafíos de las prácticas educativas en tiempos de virtualidad forzada. Algunos de los textos ponen la mirada en los aprendizajes, otros en la enseñanza, en las profundas desigualdades, en los procesos de comunicación, en los cuerpos, en las emociones y en el oficio docente, entre otras temáticas. La segunda parte presenta una serie de ensayos

situados en distintas universidades del país que buscan poner en cuestión la especificidad del enseñar/aprender y, particularmente, en reconocer las experiencias y estrategias de acompañamiento de estudiantes universitarios. La última parte del capítulo presenta artículos relacionados con el nivel secundario que buscan reflexionar acerca del vínculo de la escuela con la familia en pandemia, incluyendo diversos aspectos, entre ellos: la ESI, las propuestas de enseñanza virtual y las diferentes experiencias y estrategias de acompañamiento para jóvenes y adultes en sus prácticas escolares.

Por otro lado, a lo largo del capítulo 2 se presentan una serie de sistematizaciones de experiencias de educación secundaria: desde las propuestas de enseñanza de espacios curriculares específicos, pasando por la educación secundaria para adultes, hasta la problematización tanto de los modos de evaluación como de las herramientas utilizadas para la enseñanza durante la pandemia.

El tercer y último capítulo, en tanto, incluye específicamente experiencias del nivel superior. En la primera parte se recupera la labor de los Institutos Superiores de Formación Docente, mientras que en la segunda el foco está puesto en diferentes carreras universitarias. Los textos propuestos pretenden dar cuenta de las decisiones pedagógicas que les docentes fueron construyendo durante la pandemia, considerando también las variadas experiencias que atravesaron los estudiantes, como una mirada imprescindible para abordar las prácticas educativas en pandemia.

A partir del recorrido que propone esta compilación surgen especialmente muchas preguntas y cuestionamientos en torno a todo aquello que se generó a partir de la pandemia por COVID-19 y la virtualización (forzada) en el ámbito educativo. Esto nos obliga a repensar permanentemente la complejidad de la tarea docente, la función de la escuela, los límites del aula y las potencialidades de la virtualidad, como temas macro sobre los que comenzar a transitar los laberintos de la enseñanza situada, pensando y construyendo propuestas para lxs estudiantes, pero también interpelando el oficio docente.

Considerando que el 2020 fue un año muy particular en distintos niveles, es prioridad reconocer que fundamentalmente nos exigió, a quienes estamos en el campo de la docencia, repensar las maneras en que llevamos adelante las prácticas de enseñanza/aprendizaje. Si acordamos que en nuestros *habitus* personales y profesionales muchas veces trabajamos desde “un saber pedagógico construido por defecto” (Terigi, 2012), también podemos reflexionar en torno a cómo la situación de pandemia se nos ha presentado como oportunidad y desafío para repensar saberes profesionales y, sobretudo, para estar abiertxs a diferentes modos de construir conocimiento que nos permitan crecer a todos los sujetos de la educación. Por eso resulta tan interesante pensar, a la luz de cada artículo, la forma de romper esquemas de enseñanza, de proponer nuevos, de crear espacios para transformar el aula (presencial y virtual) y de trabajar en

la creación de (nuevos) vínculos. Interpelar nuestra formación es también preguntarnos acerca de cómo les proponemos a nuestros estudiantes que sea la relación con el conocimiento. Tanto docentes como estudiantes estamos sujetos a mediaciones, reelaboraciones y transformaciones en relación al conocimiento. Si hay algo que se puso al descubierto en este tiempo revolucionario, es la importancia de la forma en que ofrecemos a los estudiantes aproximarnos a los conocimientos, no como algo secundario sino que como parte fundante de nuestras propuestas de enseñanza, ya que remite a las lógicas que estructuran nuestro posicionamiento docente.

Es por eso que resulta fundamental no dejar de hacernos preguntas en torno a los modos en que estamos acostumbrados a enseñar, para desnaturalizarlos y reflexionar. Por ejemplo, ¿qué recorridos les proponemos a los estudiantes? ¿Cómo organizamos la información? ¿Qué alternativas les proponemos? ¿Desde qué lógicas producimos los materiales que compartimos con ellos? ¿Cómo interpelamos a los otros? ¿Qué experiencias de trabajo nos gustaría replicar a la hora de pensar nuestras planificaciones? Podríamos –y deberíamos– seguir agrandando la lista de preguntas, para que estas nos ayuden a construir junto a los estudiantes.

Hablar de la construcción de un espacio y un tiempo común, más en tiempos de virtualidad (forzada) es imprescindible, para seguir pensando el aula más allá de los límites –físicos y presenciales–, como un escenario colectivo de interacción conjunta. Para eso, es fundamental trabajar en estrategias que nos permitan articular significativamente las prácticas de enseñanza con la tecnología, abordando, por ejemplo, las aulas virtuales como vehículos y escenarios de recreación del acto pedagógico (Rodríguez Torres y Danieli, 2020). Asimismo, para revisar las formas en las que podemos superar la dicotomía presencialidad vs. virtualidad desde la posibilidad; y de esa manera trabajar junto con los estudiantes para verdaderamente recrear un mundo simbólico específico –como el que representa la escuela - en donde todos se sientan parte.

“Aprendizajes y prácticas educativas en las actuales condiciones de época: COVID-19”, entonces, es un libro de consulta permanente para todos los docentes y profesionales del campo de la educación, que nos convoca a seguir ejercitándonos en la construcción de “momentos”, salir de los territorios conocidos y animarnos a explorar esa “zona de riesgo” sobre otras nuevas, para así invitar y convocar a nuestros estudiantes a acercarse al conocimiento desde un lugar genuino, y que nosotros, desde nuestro rol, también estemos dispuestos a transitar.

Referencias bibliográficas

Beltramino, L. (Comp.) (2020). *Aprendizajes y prácticas educativas en las actuales condiciones de época: COVID-19*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2020. Libro digital, PDF.

Rodríguez Torres, A.C. y Danieli, M.E. (2020). "Gestionar instituciones educativas en tiempos de aislamiento social. El desafío de re-crear condiciones para la enseñanza en la virtualidad". *Revista Científica EFI.DGES* 6(10), pp 105-117.

Terigi, F. (2012). *Los saberes docentes*. Buenos Aires: Santillana.

) **cipeco**
Centro de Investigación en
Periodismo y Comunicación

) **pos**
Secretaría de
Posgrado

) **secyt**
Secretaría de Ciencia
y Tecnología

 **FCC**
Facultad de Ciencias
de la Comunicación

 **UNC** Universidad
Nacional
de Córdoba